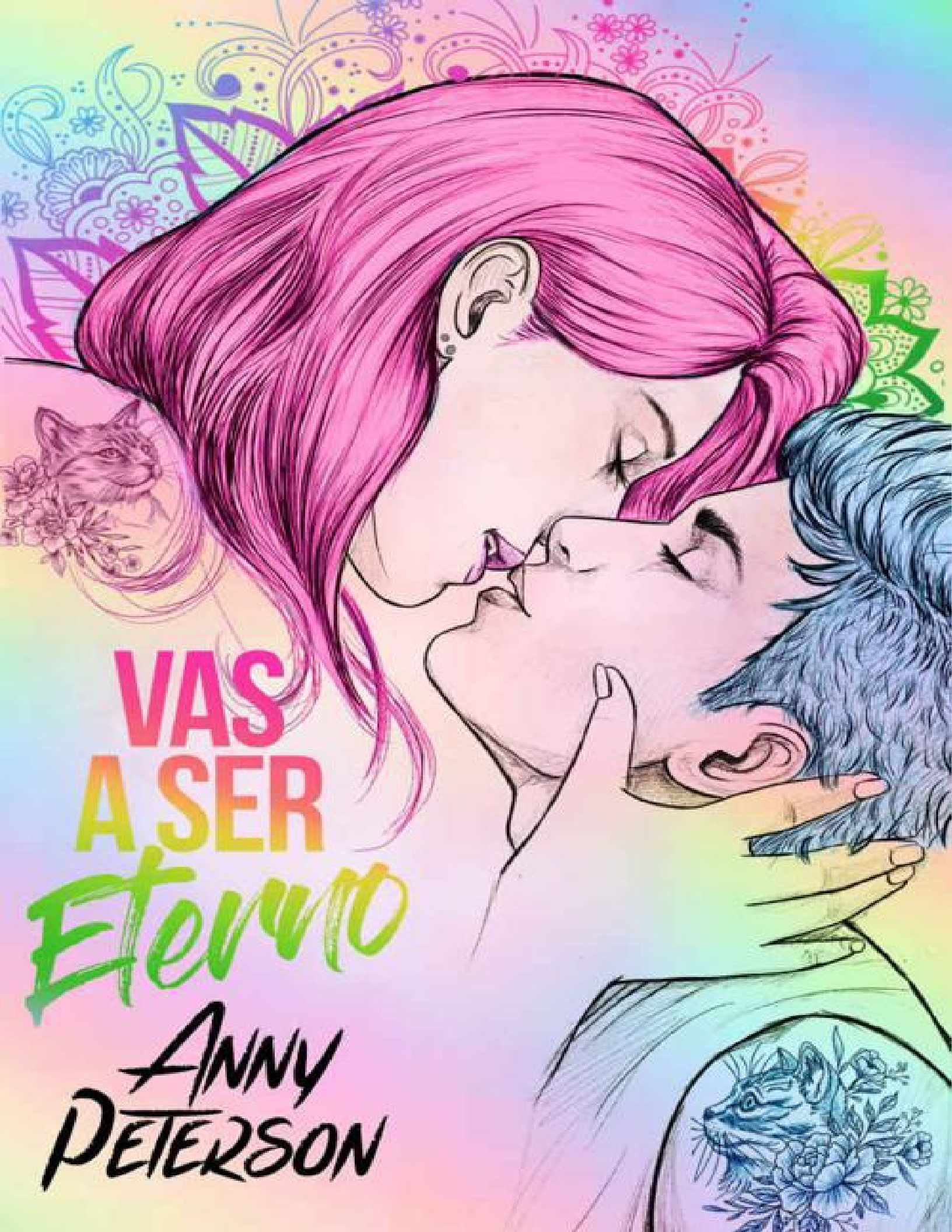

VAS
A SER
Eterno
ANNY
PETERSON


VAS
A SER
Eterno
Lady
fuxia

Árbol genealógico



“Una familia no necesita ser perfecta,
solo estar unida”
Anónimo



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Vas a ser Eterno

Copyright ©Anny Peterson, septiembre 2024

Diseño de la portada: @Lady_fuxia

Ilustración de portada: Adela Aragón @adela_argn_art

ÍNDICE

P. HÁBITOS ATÓMICOS
1. CONSIGUE AL PADRE
2. HOMBRE RICO, HOMBRE POBRE
3. ASISTENTE DE VILLANO
4. UGLY LOVE
5. TODO LO QUE SOMOS JUNTOS
6. EL ARTE DE LA GUERRA
7. FLORES EN LA TORMENTA
8. RIVALES DIVINOS
9. LA PRINCESA PROMETIDA
10. ÉRASE UNA VEZ UN CORAZÓN ROTO
11. ALGUIEN ESTÁ MINTIENDO
12. FIESTA
13. COMO AGUA PARA CHOCOLATE
14. ROMPER EL HIELO
15. CADA SIETE OLAS
16. UN BESO INESPERADO
17. YO ANTES DE TI
18. AMANTE RENACIDO
19. VOLVER A EMPEZAR
20. MALDITO ROMEO
21. PERFECTOS MENTIROSOS
22. LA LETRA ESCARLATA
23. CUMBRES BORRASCOSAS
24. FARSA DE AMOR A LA ESPAÑOLA
25. PÍDEME LO QUE QUIERAS AHORA Y SIEMPRE
26. EL ARTE DE SER NOSOTROS
27. EL DÍA QUE SE PERDIÓ EL AMOR
28. ADICTA A TI
29. CAZADORES DE SOMBRAS
30. BODAS DE SANGRE
31. EL PACIENTE INGLÉS
32. EN EL FONDO, ME QUIERES
33. MI ISLA
34. EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO
35. BAJO LA MISMA ESTRELLA
E1. CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS
E2. LA BODA
E3. UNA CORTE DE ROSAS Y ESPINAS
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR

PRÓLOGO
HÁBITOS ATÓMICOS

“Puedes eliminar un hábito, pero probablemente no lograrás olvidarlo”
James Clear

Mi móvil suena incesante y lo silencio. No pienso contestar.

Llevo tres semanas esperando que Lucas me coja el teléfono o se digne a responder algún mensaje, y en cuanto me rindo, acumulo cinco llamadas perdidas suyas. ¿Por qué le habré mandado ese *email*?

Llevo todo el día preguntándomelo.

No ha sido porque sea lo correcto ni lo mejor. Tampoco porque tenga miedo, ni por despecho o para darle pena. ¡Ha sido para salvar mi honor!, o mejor dicho, para que no haya muerto en vano, porque el pobre la diñó la semana pasada a las tres de la mañana cuando le escribí que «Jamás querría a nadie como a él».

¿En qué coño estaba pensando? No vuelvo a beber Tequi-Fresa a palo seco con un desconocido…

Ese día juré que no volvería a arrastrarme por un hombre, pero Lucas es alguien con el que intercambiaba mi chupete, mi mejor amigo de la infancia, mi gran amor secreto de la adolescencia y el artífice de convertir el sexo en una experiencia sensorial que nunca creí posible.

Le he confesado que estoy embarazada para demostrar que tenía mis razones para no rendirme con él, porque nuestra última noche juntos en Byron no fue una más, ¡sino un maldito Big Bang capaz de originar vida dentro de mi vientre!

Mi móvil vuelve a sonar y veo que esta vez es mi padre. Automáticamente me invade un mal presentimiento. ¿No se lo habrá contado…?

Mi estómago se contorsiona hasta hacerse un nudo triple.

—¿Sí…?

—¡Freya…! Gracias a Dios, cariño, ¿estás bien?!

—Sí, ¿por qué?

—Estoy con Lucas, me lo ha contado todo…

Me quedo en *shock*. ¡¿Se ha vuelto loco?!

—Hija, por favor, escúchame…

Pero no quiero escuchar a nadie. ¡Esto es un tema privado! ¡¿Cómo se le ocurre contárselo a mis padres?! ¡Pensarán lo peor de mí al saber que me acosté con él nada más morir mi novio! Dios…

Incluso Lucas condenó el acto siendo partícipe de ello, pero ya expliqué que la muerte de Christopher fue como si alguien dejara de pisotearme el cuello y pudiera levantar la cabeza por primera vez en mucho tiempo. Sentí que podía empezar a pensar y a sentir de nuevo por mí misma sin el yugo de su mirada acusadora.

—¿Qué quieres, papá?

—Que hables con Lucas…, dice que no le coges el teléfono.

—¡Es él el que no me lo ha querido coger a mí durante semanas, ahora ya es tarde, no tengo nada que decirle!

—¡Solo quiere apoyarte! No tienes por qué pasar por esto tú sola…

Sus palabras son latigazos directos al corazón.

¿«Solo» quiere eso?

Traducción: sigue sin quererme a mí, solo quiere «apoyarme» para no ser el tío que se desentendió de su responsabilidad.

—Por favor, hija, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —añade nervioso.

Pero ya es tarde para eso, ¡porque me arrepiento mucho de habérselo contado! Soy imbécil. Soy…

—Freya, por favor… Lucas está dispuesto a tenerlo.

Me quedo sin respiración al entenderlo todo de golpe.

¡Cree que soy una maldita asesina!

Cuelgo el teléfono y mi cara se congestiona con intención de estallar en el mayor llanto que haya oído el mundo.

Corro por el pasillo del edificio de oficinas con la mano en la boca hasta llegar al baño, y de pronto, siento que un dolor infernal atraviesa mi vientre, como un pinchazo eterno, y me lo sujeto con la otra mano hasta llegar a mi destino, uno de los cubículos.

Me encierro y me siento en el váter, soportando un sufrimiento tanto físico como mental. ¿Por qué no dejo de fastidiarlo todo?

Dudé de si contárselo a Lucas porque no quería que creyera que mi forma de recuperarlo era atrapándolo con un hijo, ¡pero ni se me pasó por la cabeza que pudiera despreciarme aún más por decidir no tenerlo!

No entraba en mis planes ser madre tan pronto, y menos, con alguien que no me quiere. ¡Así no se hacen las cosas!

Llevo tres semanas siendo más yo misma que nunca, intentando recuperar mi amor propio y mi valía, haciendo un buen trabajo y nuevas amistades, y no voy a dejar que nadie vuelva a convencerme de que soy un puto monstruo jamás. ¡No lo soy!

Noto un líquido caliente entre mis piernas y descubro que estoy sangrando. ¡JODER…!

«No, por favor», pienso aterrada. Un sentimiento de angustia me atraviesa el alma y me sorprendo. Es como si de pronto todo fuera distinto. Porque no es lo mismo decidir no tenerlo que perderlo. Dicen que no valoras lo que tienes hasta que lo pierdes, y eso es justo lo que me está pasando.

Acabo de darme cuenta de que no quiero dejar de ser quien soy AQUÍ y AHORA. No quiero perderlo ni perderme.

Ya es hora de tomar las riendas de mi vida sin depender de ningún hombre. Tendré el bebé yo

sola.

1
CONSIGUE AL PADRE

“Ser feliz no es que todo te vaya perfecto, es saber adaptarte a la vida y aceptar sus adversidades y alegrías”
Anny Peterson

Un mes después

Miro mi desayuno con desgana; las mañanas no son mi mejor momento. Todos los días, a las once y media en punto, vomito, en vez de ver a un tío bueno tomándose una Coca Cola light a cámara lenta.

Ese aparece sobre las doce…, y solo para controlar que el fruto de sus entrañas siga sano y salvo. Juro que en la distancia, mientras Lucas me ignoraba alegremente, no era tan guapo como ahora. Perdida en Sídney no tenía que soportar sus camisetas macarras sin mangas ni sus tatuajes brutales ni esa cresta de ola perfecta que tiene por pelo…, pero sobre todo, no tenía que enfrentarme a esa mirada sensual ni a sus prominentes músculos, mucho más marcados cada día que pasa. ¿O serán mis ojos de embarazada salida? Ya dudo…

De pronto, aparece el adonis y mis hormonas se revolucionan. Odio que hagan eso… Pero su visión me pilla con la guardia baja y frunzo el ceño al recordar que mis padres le dieron unas llaves. «Así no tienes que levantarte a abrirle, Freya», dijeron con amabilidad, pero no contaban con el impacto visual que causa el padre de mi hijo en mi sistema, aunque todavía no le haya perdonado.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta Lucas prestándome toda su apabullante atención. Y eso, amigas, es demasiado para cualquier fémina, os lo aseguro. Me hago fuerte antes de contestar:

—Sigo embarazada, si es lo que quieres saber.

El enfado es mi única arma contra sus encantos. Y son tantos que necesito estar muy enfadada. Y lo estoy.

—¿Sigues con naúseas? —pregunta gentil. ¡Maldito sea!

—Sí…

—Podrías ir al médico a que te recetaran algo… —dice agachándose frente a mí.

«No le mires fijamente, Freya, este tío pasó de ti durante tres semanas enteras después de echarte el mejor polvo de tu vida».

—No quiero tomar nada… —digo apartando la mirada de sus ojos de «Perdóname, por favor».

Y como ya es habitual tras una primera conversación de besugos, centra toda su atención en mi tripa y me pongo de los nervios al sentir que empieza a acariciarla. Cuando le di permiso para hacerlo el primer día, no sabía que era una zona tan sensible…

Pero a él le da igual, porque aparta mi camiseta con suavidad y me besa el vientre haciendo que todo mi cuerpo se tense al momento.

«¡*Keep calm*!», les grito a mis hormonas, pero su olor a recién duchado me deja muda y el tono de su voz me derrite.

—Buenos días, pequeño, soy papá… ¿Cómo estás hoy?

Vuelve a rozar sus labios contra mi piel y me da otro espasmo. Al percibirlo, levanta la cabeza y sus preciosos ojos me taladran como nunca, encontrando mis pupilas totalmente dilatadas. ¡Es injusto! ¿Cómo me ha comido tanto terreno en los últimos treinta días con lo enfadada que estaba cuando se presentó en Sídney con mis padres?

Pero debo ser fuerte. Dije «Fuera hombres», solo me nublan el cerebro, y Lucas es un auténtico experto en eso.

Para prueba, empezar esta historia con él pegado a mi tripa… aunque realmente han pasado muchas cosas durante este último mes. Os lo contaré desde el principio:

Empezamos fatal, dicho mal y pronto, yo estaba MUY cabreada, pero poco a poco me he ido ablandando. No es culpa mía que Lucas Morgan sea jodidamente irresistible cuando se lo propone, pero me hizo daño y todavía siento rencor hacia él. El problema es que a veces se queda enterrado en kilos y kilos de atracción brutal.

—¿Necesitas algo? —pregunta lascivo sin dejar de acariciarme.

¡Madre mía, hoy viene a por todas!

Tendría que contestarle que no. O mejor, «De ti no, gracias», pero me faltan dotes de bruja malvada, torturar seres vivos no forma parte de mis *hobbies*. No como él, que dejó que me marchara de Byron sintiéndome una mierda.

Cogí el avión cabizbaja, sin dejar de pensar en los ardientes besos que nos dimos la noche anterior. ¿Cómo era capaz de besar así a una chica de la que pensaba tan mal?

Pero no sabía de qué me sorprendía. Recuerdo haberle visto besando a otras chicas y haber pensado que parecía estar muy enamorado de ellas. Supongo que es su forma de ser, tan intensa y entregada, siempre ha sido así. Me hizo el amor como si me amara y después tuvo la desfachatez de decirme que su integridad estaba muy por encima de la mía porque debería estar de luto.

Lo peor fue no saber con quién hablar sobre el tema. No quería que nadie más pensara mal de mí, y la única amiga que sabía que me entendería al 100% era su hermana Cora, que estaba hospitalizada por salvarme la vida. No podía cargarle con aquello; su situación ya era lo bastante dura.

Cuando aterricé en Sídney, fui directa al hotel donde la empresa me hospedó. Estaba en pleno centro de negocios, y flipé cuando vi que era un cinco estrellas. ¿Me merecía ese trato especial? ¡Si no era nadie!

No sabía muy bien qué esperar de aquella aventura laboral, pero desde el primer día, mi jefe, Landon, se ocupó de que me sintiera acogida vía *email*.

16 mayo 08:00am

Asunto: Primer día.

Buenos días, señorita González.

Bienvenida a Landon Holdings. Me gustaría que esta primera semana se centrara en desarrollar un proyecto de branding, es decir, una estrategia para gestionar la marca que incluya la planificación, creación y la administración de los elementos necesarios para lanzarla.

Tómese su tiempo en estudiar el documento que le envío donde explico pormenorizadamente lo que quiero. Para mí, el branding es mucho más que diseñar un logotipo bonito, es encontrar la identidad visual de una marca, su personalidad y el mensaje que quiere transmitir al mundo.

Un cordial saludo,

Landon M.

Con la boca abierta, así me quedé. ¡Ese hombre hablaba mi idioma!, y no quería defraudarle por nada del mundo. ¿Por qué confiaba tanto en mí? Era un misterio.

Tres minutos después

FW:

Buenos días, señor Mortimer.

Una vez más, le reitero mi agradecimiento por la oportunidad de participar en este proyecto. Analizaré a fondo su informe de proyecto e intentaré acertar con lo que busca.

Un saludo, Freya G.

Diez minutos después

FW:

Querida señorita González:

Sepa que confiamos al 100% en usted. Todo lo que hemos visto en su portafolio nos ha fascinado, solo siga su instinto. Encuentre el público objetivo, defina sus valores y cualidades, y plásmelos en un activo visual. Seguro que nos sorprende.

Con afecto, Landon M.

Decir que estaba aterrada sería quedarme muy corta. Tenía que lucirme como nunca y dar en la diana. Aquel era un trabajo de nivel, mi gran oportunidad, y debía dejar al margen mi vida personal y centrarme a fondo en ello.

Me ofrecieron usar una sala del hotel para no tener que estar todo el día encerrada en los nueve metros cuadrados de mi habitación. Era diáfana y confortable. No paré de trabajar hasta que se puso el sol.

Sobre las ocho de la tarde, recibí otro *email* de Landon, además de varios mensajes de mis padres y amigas, pero esos no los abrí. No quería leer nada que me hiciera pensar en Byron Bay. No más de lo que lo había hecho ya, porque al leer el maldito memorándum de la marca, me evocó las playas de Byron y a Lucas surfeando sus olas. ¡Me sentía atrapada en una eterna pesadilla!

Morgan englobaba todo lo que Mortimer alababa del mundo del surf. Su estilo, su forma de ser, su magnetismo, coincidía perfectamente con los valores y cualidades que buscaba en su dichosa marca. El problema era que yo ya había plasmado esa idea a la perfección en una prenda de ropa: la camiseta para la fiesta de «Byron *fucks* Venice» de Lucas.

—Nena, necesitamos que nos diseñes un logotipo —Me pidieron Luz y Cora hace semanas—. Mi tío Luk va a reabrir el Capitán Nemo y necesita un logo con las alas del tatuaje que comparte con su ex mujer. Y no solo va a ser un *pub* más, ¡es su intento de recuperarla!

—¡¿No me digas?! ¡Qué romántico! —me emocioné. Conocía su historia. Lucas me la había contado la primera vez que pregunté por sus tatuajes. Lamenté que rompieran hace años.

Busqué unas letras nórdicas preciosas y le añadí el distintivo de las alas, pero además Luz me suplicó que diseñara una camiseta con el logo para que Lucas la luciera en la fiesta del finde previo a la reapertura, y auné todo lo que sentía por él en ella. Admito que fue otro de los motivos por los que acudí esa noche a la playa, necesitaba vérsela puesta.

Para mi desgracia, solo lo vi llevándola dos minutos, porque cuando se reunió conmigo detrás del escenario, apareció sin ella y se me nubló el cerebro al ver su torso definido. Le pregunté por qué se la había quitado y entonces me besó. Tuve un fundido a negro.

A partir de ese momento, se me apagó el cerebro hasta tal punto que ni siquiera recordé que había dejado de tomar la píldora. De lujo, Freya…

Al terminar nuestro preludio amoroso, también rehusó ponérsela. Discutimos y se marchó, pero cuando miré atrás, vi la camiseta en el suelo y regresé sobre mis pasos para recogerla.

Lo primero que hice fue olerla como una maldita psicópata. Y sin poder evitarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas. Me había despreciado a mí y también a mi creación. ¿Cómo era posible? En mi opinión, era mi mejor trabajo hasta la fecha y ese hecho terminó de hundirme dudando también de mi único talento.

No obstante, sin pretenderlo, había enfocado el espíritu de lo que el señor Mortimer buscaba en esa prenda y no podía pensar en nada mejor que lo igualara. ¡Estaba perdida!

Intenté modificarlo usando la coincidencia inicial de «Mor» entre Morgan y Mortimer. Le clavé las puñeteras alas puntiagudas de valkiria a la M como si fuera un muñeco de vudú al que quisiera olvidar, pero también le quedaba de muerte que cruzaran la O como en *Juego de Tronos*. Los Morgan podrían haber sido el octavo reino.

A medida que trabajaba con el símbolo de su nombre, renació en mí la esperanza de volver a estar juntos algún día. Lucas era demasiado especial para no luchar por él. Creía firmemente que con el tiempo entendería que mi frialdad con Chris era la de una víctima librándose por fin de su opresor.

A los tres días, el señor Mortimer me preguntó qué tal iba y, con mucho miedo, le enseñé lo que tenía. El logo abreviado era una M con las alas encajadas encima. Cada vez que lo veía me gustaba más. Esas alas le permitirían volar por encima de las olas, y solo los elegidos las conseguían.

19 mayo 20:00pm
Asunto: Seguimiento
Buenas tardes, señorita González.
¿Ha tenido unas jornadas productivas?
Un cordial saludo,
Landon M.

Tres minutos después
FW:
Buenas tardes, señor Mortimer.
Le envío las primeras ideas. Espero sean de su agrado.

Preparé una pequeña presentación con un escrito de lo que pretendía evocar la marca y las posibles combinaciones en distintas prendas. En vez de elegir un color corporativo, me había decantado por un material iridiscente, es decir, un efecto espejo que reflejara todos los colores a

la vez. Quedaba espectacular con cualquier fondo y crucé los dedos.

Diez minutos después
FW:
Querida señorita González…
¡Es usted un genio! Es justo lo que quería. La esencia misma… Eso sí, creo que habrá que buscar otro nombre que no sea Mortimer. Pero la estética es perfecta, ¡ha dado en el clavo!

Diez minutos después
FW:
Apreciado señor Mortimer,
Debo ser sincera con usted. Al leer la declaración de intenciones de la marca me recordó totalmente al estilo y carácter de un chico que conozco y que suele competir en campeonatos de surf. Una vez le diseñé una camiseta a medida de la que estoy muy orgullosa y he intentado encajar esa misma idea en su marca. En mi opinión, si desea vender ropa a chicos que amen el surf, creo que seguir esa línea podría ser un gran acierto. Le mando una foto de la camiseta en cuestión.

Un minuto después
FW:
Querida señorita González,
Le agradezco su sinceridad. Sepa que son precisamente estas corazonadas las que hacen que un negocio funcione. ¿Quién es ese chico? ¿Compite a nivel internacional? Porque podría ayudarnos siendo la imagen visible de la marca haciéndole una oferta de publicidad.
La camiseta me parece espléndida y el nombre de Morgan me gusta mucho. Tiene fuerza. Suena peligroso. Es muy versátil. ¿Qué significa?

Un minuto después
FW:
Morgan es su apellido. Se llama Lucas. No compite a nivel profesional, al menos, de momento, pero es una gran promesa del surf. Quizá podría interesarle una oferta publicitaria. Puedo comentárselo. Somos amigos.

Un minuto después
FW:
Sería estupendo, gracias.
Reenvíeme los bocetos con la palabra Morgan en vez de con Mortimer. Cuando una idea nace de esta forma, no hay que modificarla, porque fue creada para esas letras, por mucho que comiencen igual. Me gusta mucho. No esperaba menos de usted.

Me alegré de que mi jefe fuera un hombre tan sabio e intuitivo, pero cuando fui a contarle las novedades a Lucas, con toda mi ilusión, me encontré con un muro de hormigón en forma de silencio.
No sabía si leía mis mensajes, tenía desactivados los tics azules. Le di unos días para que contestara, pero no respondió.
El que sí me llamó fue Landon, tras enviarle el dossier final.
Me había pedido el teléfono, y cuando vi que un número que no tenía registrado me llamaba,

se me subió el estómago de golpe a la garganta. ¡Seguro que era él!

Ese hombre me imponía mucho sin conocerlo de nada.

—¿Hola…?

—Hola, soy Landon.

Su voz me pareció dinámica y bonita, con uno de esos dejes inteligentes que no pasan desapercibidos, pero tenía un punto ronco e irreal que indicaba que debías tenerle respeto.

—Ho-hola…

—Quería felicitarte personalmente por esta primera semana. Ha sido increíble…

—Ay… Muchas gracias. Y gracias por confiar en mí, Señor Mortimer.

—Llámame Landon. Mi amigo Joshua de Rip Curl tiene muy buen ojo para los diamantes en bruto. Fue él quien te recomendó.

«¡Fue ese tío!», caí en la cuenta. El que conocí gracias a Lucas.

—Pues me alegro de que le hiciera caso —contesté halagada.

—Te llamo porque he concertado una reunión urgente para mañana con el resto del equipo en tu hotel. Yo intentaré acudir, pero si al final no puedo, Jason, mi mano derecha, me mandará el informe de la sesión.

—¡Ah, vale! —¡¿Iba a verle?!—. ¿Y puedo saber para qué es exactamente esa reunión? Quiero estar preparada.

—Claro, solo tienes que convencerles a todos, igual que a mí.

—¡¿Qué?! Pero pensaba que…

—Tranquila, lo harás bien.

—Ay, madre…

—Tengo que dejarte, Freya. Mañana nos vemos. No te preocupes.

Pero no pegué ojo en toda la noche. Y para colmo, al final, Landon no apareció. Vinieron tres personas, dos chicos y una chica, a los que les pareció que mi propuesta era bastante viable, por suerte.

La chica era simpática y me invitó a tomar un café después.

—¿Conoces al señor Mortimer en persona? —le pregunté intrigada.

—No, es un tío muy escurridizo, pero dicen que es un pez gordo de los que hacen campañas publicitarias de varios millones.

—¡¿Millones?! —repetí alelada. Puse cara de que todo aquello me venía muy grande.

—Tranquila, has estado muy bien en la presentación. Creo que has convencido a Roger, es el más duro de pelar.

—¿Por qué tenía que convencerle? Si a Mortimer le gusta y es el jefe, ¿ya está, no?

—Sí, pero sus asesores deben estar de acuerdo, si no, ¿para qué los contrata? Son su ojo crítico. Dicen que Mortimer es muy enamoradizo.

No sé por qué me ruboricé al escuchar eso, pero me sentí tonta.

—Me refiero a que se enamora de ideas que quizá luego no sean rentables, se guía mucho por corazonadas, pero la tuya ha sido buena, así que tranquila.

Pero no lo estaba. Le había prometido a Landon que Lucas podría ser imagen de la marca, ¡y el muy cretino no me contestaba!

Insistí, pero no hubo suerte y empecé a cabrearme y a sentirme cada vez peor. ¡Me iba a hacer quedar mal! Pero no podía culparle, me había metido en ese lío yo solita, como siempre…

Esa misma noche, para mi sorpresa, Landon volvió a llamarme.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien… Creo que bien. ¿Qué le han dicho sus asesores?

—Que tienes mucho talento. Y yo más, por contratarte. Pero trátame de tú o me veré obligado a parecer responsable.

Sonreí divertida. ¡Así daba gusto!

Estuvimos hablando mucho tiempo y su tono jocoso permitió que me relajara con él y cogiera confianza. Tenía respuesta y solución para todo y su seguridad en sí mismo me fascinaba. Al final, me preguntó por Lucas.

—¿Ha accedido a ser la cara visible de nuestra marca?

—Pues… la verdad es que no he podido localizarle. Quizá deberíamos buscar a otra persona.

—¿En serio? Me intrigaba mucho conocer al chico que te había inspirado ese diseño tan increíble…

—Ya, bueno… Es que tenemos una relación complicada.

—¿Por qué?

No supe contestar. No quería hablar de mi vida privada con mi jefe, pero ya estaba metida hasta el cuello. No sé si fue la confianza que me daba Landon o que en esos momentos no tenía a nadie para hablar de ello y me estaba consumiendo, pero mi respuesta fue un sollozo y terminé contándole toda la historia.

Su comprensión y sus palabras de aliento hicieron que no cogiera el primer avión y volviera a Byron tras los primeros siete días fuera de mi hogar.

Que Lucas vuelva a besar mi vientre con lentitud mientras sube los pulgares hacia mis costillas, hace que se me escape un gemidito bajo.

¿Dónde coño ha quedado mi hostilidad inicial contra él? De pronto, se quita la camiseta como si estuviera contestando a esa pregunta y mi mirada va hacia sus pectorales, definidos y bronceados. Intento tragar la saliva acumulada en mi boca al ver su nuevo tatuaje. La M con las alas encima. Si eso no es apoyo, no sé lo que es… Su forma de compensar el haberme dejado tirada en su día, no solo fue lucir una camiseta en el último campeonato de surf, sino que se tatuó el logo como símbolo de su compromiso con la marca y conmigo. ¿Quién no hubiera caído en sus malditas redes? Pero las cosas no son tan fáciles.

—Lucas, para… —le ruego cuando se amarra más a mi cintura.

—Lo siento, es que me acaban de dar una noticia que podría cambiar mi vida —musita sin soltarme.

Esa información me impacta.

—¿Cuál?

—No puedo decírtela. Todavía no…

—¿Por qué no? —pregunto inquieta al ver el miedo en su mirada.

—Mañana sabré más, hoy solo necesito… un abrazo. O un beso que me desee suerte.

¿Suerte para qué?

Se esconde en mi cuello para besármelo y pierdo la oportunidad de replicar nada. Estoy rara con los olores, pero el suyo me aliena como nada. Es como si me colocara, obnubilando mi mente, por eso no dejo que se me acerque tanto, aunque lo intente.

Su boca encuentra la mía y me la abre con sus labios para introducir su cálida lengua dentro. No soy débil, soy lo siguiente. Su sabor me desliza por una espiral de placer que me hace sumergir las manos en su pelo y atraerlo más hacia mí. Por un momento, quiero entregarme a él, pero algo me lo impide. O quizá sea alguien…

Rompo el contacto y le pido que se aparte.

—Freya, por favor…

—No, Lucas, ¡para! —exclamo enfadada conmigo misma—. Todavía no te he perdonado.

Él resopla desolado.

—Pienso luchar por ti.

Bajo la cabeza, confusa.

—¿Por mí o por nuestro hijo?

—¡Por ti, joder! ¡¿Qué tengo que hacer para que me creas?!

—¡Es normal que dude! Hasta que me quedé embarazada no quisiste saber nada de mí. ¡De mí! Y ahora no sé cómo creer lo contrario…

—¿De verdad no puedes verlo en mis ojos?

Quizá no quiera verlo. ¿Cómo puedo confiar en que no vuelva a abandonarme?

—Mucha suerte mañana, Lucas… Sea lo que sea lo que tengas entre manos —digo señalando que todavía tiene secretos conmigo.

Resopla disgustado y se pone de pie. Después se va, no sin agarrarme la cara con vehemencia y plantarme un último beso fiero mientras junta su frente con la mía.

—Si me pasa algo, cuida de él, por favor… —dice sentido—. Y no vuelvas a dudar nunca de que te quiero.

Así es Lucas. Es duro ser borde con alguien que te dice esas cosas.

Abandona mi casa con un portazo y me acaricio la tripa, intranquila. Mentiría si dijera que no me importa, pero eso no significa que me dé confianza ni paz ni felicidad. Cuando pienso en todo eso, solo puedo pensar en una persona…

Como digo, han pasado muchas cosas en un mes. Enciendo el teléfono y escribo a quien para mí ya es casa.

2
HOMBRE RICO, HOMBRE POBRE

“El dinero es sólo un medio para alcanzar tus sueños, no el sueño en sí mismo.”
Irwin Shaw

Mierda… No quería cerrar la puerta de casa de Freya tan fuerte. Deberían darme un premio al más imbécil…

Me voy de su casa frustrado, no soporto ver el rechazo en su cara, pero me lo he ganado a pulso. ¡Creo que ya ni siquiera me odia!

A veces fantaseo con gritarle la verdad. Sería tan sencillo… Pero no puedo. Y no es por cobardía, es… Digamos que me bastó verle la cara cuando llegamos a Sídney para entender por qué mi padre me advirtió que ni se me ocurriera declararme con el corazón en la mano.

Freya estaba muy enfadada. Mucho. Ni me imaginaba cuánto.

Parecía profundamente herida, y lo que pasa con las heridas es que siguen doliendo por mucho que pidas perdón, des explicaciones o te profesen amor eterno. El dolor, cuando es de verdad, lo eclipsa todo y no te deja sentir nada más. No atiendes a razones, y supe que necesitaba un tiempo para tranquilizarse.

—¡¿Qué coño hacéis aquí?! —exclamó furiosa al vernos en la recepción del hotel—. ¡¿Por qué has venido, Lucas?! —Me miró fijamente—. ¡No te quiero cerca! ¡Me has destruido!

Me quedé tan en *shock* que no supe reaccionar.

Quise abrazarla y consolarla, pero sentí que no tenía ningún derecho a hacerlo y eso fue lo peor; sentirla tan lejos después de haberla sentido tan cerca como Landon.

«¡¿Pero qué esperabas, idiota?!», me grité.

Vale, sí. Se me había ido de las manos. Necesitaba mantener el contacto con ella después de lo mal que nos despedimos en Byron. Mi silencio como Lucas era fundamental para que ella se volcara con «su jefe» pero no calculé lo mucho que odiaría a Lucas. Al menos como Landon pude decirle todo lo que necesitaba que escuchara.

—Ten paciencia, Freya… Si de verdad lo vuestro es tan especial, volveréis a estar juntos.

—Lucas es muy especial —Se sorbió las lágrimas—. Siempre lo ha sido. Tiene un aura que lo diferencia de todos los demás, ¿sabes?, pero lo cierto es que yo nunca he estado a su altura…

—Eso no es cierto —dije tajante. Luego carraspeé y lo suavicé—. Es decir, estoy seguro de que si te conoce tan bien, ha visto lo inteligente, valiente, dulce y preciosa que eres… Bueno, o eso me pareció en tu foto del currículum. Joder, acabo de darme cuenta de que no debería haber dicho eso siendo tu jefe… Demándame si quieres, estás en todo tu derecho.

Ella soltó una risita que me hizo respirar aliviado.

—Nunca dudes de lo mucho que vales. Esta semana lo has demostrado con creces.

—Gracias, Landon… —musitó resignada—. Y gracias por ser mi muro de las lamentaciones. Lo mío sí que ha estado fuera de lugar, estoy muy avergonzada…

—No lo hagas. En Landon Holding somos personas, no números, y te entiendo perfectamente porque mi situación sentimental no es mucho mejor que la tuya. A veces creo que soy adicto a sufrir…

—¿No me digas? Oye, pues cuando quieras, en mí tienes un hombro en el que llorar, ¡te lo debo!, aunque pensaba que los hombres de negocios poderosos no tenían permitido enamorarse. Es un cliché.

Solté una carcajada.

—Súmale «graciosa» a tus múltiples cualidades.

—En serio, si necesitas desahogarte, cuenta conmigo. Creo que yo lo he hecho contigo porque necesitaba pronunciarlo en voz alta. Hasta ahora no se lo había contado a nadie y te ha tocado a ti… Lo siento…

—No hay problema. Soy un tío discreto.

—Yo también. Así que no dudes en contarme lo que sea, te juro que no lo usaré como chantaje para que no me despidas. Todavía tengo principios, aunque Lucas no lo crea…

Me estaba riendo de lo del chantaje cuando añadió lo último.

—¿Por qué dices eso?

—Me lo dijo… —Volvió a derrumbarse—. Dijo que no quería estar con alguien que no lamentara la reciente muerte de su novio…

El silencio reinó en la línea y tuve el tino de hacerme el sorprendido. Habíamos llegado al segundo tema que necesitaba aclararle con urgencia. Odiaba que se sintiera mal por lo que le dije para ahuyentarla y más aún por ese gilipollas. No es que yo lo quisiera muerto, pero no podía evitar pensar que el mundo estaba mejor sin él.

—¿Tenías un novio que murió?

Freya me explicó a grandes rasgos la delicada situación. Había pensado muchas veces en cómo debió sentirse al descubrir que Chris había muerto después de haberle traicionado conmigo. Pensaba que su culpabilidad era uno de los motivos por los que me había hecho una cruz para siempre, pero cuando apareció en la fiesta Venice y me continuó el beso, mis inseguridades desaparecieron y me lancé.

¿Quién podía culparme? Estábamos todos al borde de la muerte y sabía que debía alejarla de Byron, pero no podía hacerlo sin estar con ella una última vez. Sucumbí a mis deseos y no me arrepiento lo más mínimo porque fue jodidamente sublime.

—¿No lamentaste la muerte de tu novio…? —pregunté apocado.

—¡No es que no lo lamentara por él!, pero no lo lamenté por mí… —confesó—. Con Chris no podía ser yo misma. Ni siquiera pude plantearme dejarle tras acostarme con Lucas. ¡Le tenía pánico! Me tenía totalmente sometida y cuando murió me sentí… liberada.

—Lo entiendo.

—Pues eres mucho más comprensivo que la mayoría. No sé cómo tu chica no te quiere…

—Ese no es nuestro problema, es que… bueno, sin entrar mucho en detalles, ahora mismo no

podemos estar juntos.

—¿Por qué no?

—Porque alguien podría hacerle daño por mi culpa… por eso la mantengo alejada de mí. Estoy intentando solucionarlo, pero es difícil.

—¡Eso es muy injusto! ¿Quién quiere hacerle daño?

—Eso es entrar en demasiados detalles, pero el peligro es real. Mi miedo es que, cuando por fin solucione las cosas, ella me odie hasta tal punto que sea imposible recuperar su amor…

—¡¿Qué dices?! ¡Cuando ella sepa que lo has hecho para protegerla te perdonará!

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Me parece un gesto muy honorable por tu parte. Tú también estás sufriendo sin ella.

Me gustaría haberle recordado sus palabras a esa chica que me miraba con tanto odio cuando llegamos a Sídney, pero todavía no había solucionado las cosas, y si le contaba el motivo, me metería en el mismo saco que a Christopher, y eso era lo último que quería.

—Cariño, cálmate, hemos venido a ayudarte —le dijo su madre.

—¡No necesito la ayuda de nadie! ¡Voy a tener este bebé yo sola!

Se la llevaron lejos de mí para tranquilizarla y me quedé en el *lobby* del hotel con mi padre y con Dani.

¿Qué hacía Dani allí? Ni siquiera yo lo sé… Creo que era un jodido amuleto para todos. Dani traía paz y serenidad a cualquier situación. Y sobre todo, luz.

Me senté en un sofá y me pasé las manos por el pelo, despacio. Sentir que mi padre me ponía una mano silenciosa en la espalda me dio fuerzas para mirar a Dani y pedirle un balance inicial.

—Está cabreada —soltó su veredicto.

—¿No me digas, Sherlock?

—Pero MUY cabreada… —dijo pensativo—. Demasiado…

—Llevo tres semanas ignorando sus mensajes.

—Sí, pero no es solo eso —musitó enigmático—. Se siente vilipendiada. Cuando un animal ataca suele ser por un tema territorial, o para defender a sus crías o porque tiene hambre, pero cuando están tan enfadados, es por algo personal… y tu silencio no me parece suficiente afrenta. ¿Qué le has dicho?

—¡¿Yo?! ¡Nada!

—¿Le contestaste al *email*?

—No. No me dio tiempo, Jon la llamó antes…

—Pues algo en esa llamada la perturbó. Piensa, chico, ¿qué fue?

—¡No lo sé! ¡Solo le dijo dos frases y le colgó el teléfono!

—¿Qué frases?

—Le preguntó si estaba bien y le dijo que queríamos apoyarla…

—¿Qué más? ¿Qué fue lo último que le dijo antes de que colgara?

—Que yo estaba dispuesto a tenerlo.

—Hum…

—¡¿Hum, qué, Dani?! ¡No me jodas con tus «Hum»! —Sentí que mi padre trataba de ocultar una sonrisa.

—«Dispuesto a tenerlo», no es dispuesto a amarla… Y eso escuchó.

—¡Joder!

—Deberías contarle la verdad, Lucas —recomendó finalmente.

Miré a mi padre, y capté un breve movimiento negativo con la cabeza. ¡Iban a volverme loco!

Pero sabía muy bien lo que significaba esa negación, que Dani tampoco sabía «toda» la verdad. No podía saber que su hijo nos estaba ayudando a resolver el desaguisado infiltrándose en las filas del cártel del Señor Smith. Se enfermaría. Tendríamos que esperar y Freya tendría que soportar el dolor de no sentirse querida por mí. Un dolor que a día de hoy me era imposible arrancarle… Pero si me sinceraba con ella, se nos caería todo el castillo de naipes. Había demasiado en juego.

—Dani… piénsalo, si ahora mismo Freya se entera de que soy su jefe después de haberla ignorado tanto tiempo, me matará.

—¿Qué? ¿Cómo que eres su jefe? —preguntó mi padre perdido.

Dani soltó una risita y musitó que no recordaba ese «detallito».

—Sí… Yo… le envié la oferta de trabajo a Freya en Sídney para alejarla de Byron después de que intentaran atropellarla. Utilicé todos mis ahorros para darle un adelanto y pagar este hotel durante tres semanas. Quería que me ayudara a desarrollar una marca para una empresa de surf que hace tiempo que quiero lanzar… —dije cortado—. Por eso me apunté a los campeonatos, para conocer a gente del mundillo y estudiar su funcionamiento…

Mi padre me miró con verdadera sorpresa, y os aseguro que no es fácil pillarle desprevenido, siempre parece saberlo todo antes que nadie, pero de pronto, su mirada se inundó de un orgullo que casi pude saborear.

—Lucas… Eso es… ¡increíble! ¿Quieres crear una marca nueva?

—Ya está dada de alta —Sonreí nervioso—. ¿Quieres verla?

—¡CLARO!

Cuando se la enseñé, me palpitaba tanto el pecho de anticipación que por poco me da algo, pero la sorpresa volvió a darle un revolcón a la expresión de su rostro. ¡Dos veces en un día, aquello era un hito!

Sus ojos acariciaron el logo embelesados por lo que veían.

—Morgan…. —musitó conmocionado.

—Se merecía ser un estandarte.

—Y las alas de valkiria…

—Para volar por encima de los problemas. ¿Te gusta?

Mi padre sonrió genuinamente.

—¡¿Que si me gusta?! ¡No tengo palabras, Lucas! ¡¿Por qué no me habías hablado antes de esto?!

Me encogí de hombros en vez de admitir que me moría por sorprenderle cuando lo tuviera todo listo.

—Lo mejor es que logró engatusarme a mí para que invirtiera un millón en publicidad —soltó Dani chistoso.

—¡Yo no te engatusé! —exclamé avergonzado.

—¡Eh, yo también quiero participar! —se quejó mi padre.

—No, gracias, no nos haces falta —le picó Dani.

—¡¿Cómo que no?! ¡Pondré dos, en vez de uno! ¡Tú ni siquiera eres un Morgan!

—Dios me libre de serlo…

—Callaos —mascullé cuando vi que Freya y sus padres volvían.

Me mordí los labios nervioso y fue su padre quien habló. Ella se quedó al margen con su madre, cruzada de brazos y sin mirarme.

—Freya volverá a Byron con nosotros. Quiere tener el bebé…

El alivio reinó en mi cara y di las gracias mentalmente. Mi padre y Dani no parecían

sorprendidos, parecía que tuvieran esa premonición desde el principio. Como si pensaran que éramos tal para cual. No entendían la fragilidad de esa imposición.

—Ayer tuvo un sangrado y le han dicho que haga reposo, ahora va a llamar a su jefe para informarle.

De pronto, uno de mis móviles, el de Landon, comenzó a vibrar en mi bolsillo mientras veía que Freya tenía el suyo en la oreja. ¡Era ella!, pero me había quedado colapsado con lo del «sangrado». ¿Estaba bien?

No podía contestar dejando a la vista mi aparato de intercambiado de voz, así que dejé que sonara y vi un gesto de extrañeza en su cara cuando Landon no contestó con celeridad. Siempre lo hacía.

Lo peor fue soportar que mi padre y Dani me miraran sin disimulo. Iba a ser duro que aquellos dos lo supieran todo…

Puse una excusa para escabullirme y la llamé de vuelta.

—Freya, dime. No he podido contestar antes, estaba en una reunión.

—Hola… yo… No sé muy bien cómo decirte esto, pero… ayer me dieron la baja en el médico.

—¿Por qué? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Sí, es que… ante todo quiero que sepas que estoy al cien por cien comprometida con la marca, y que, aunque me han mandado hacer reposo, puedo seguir trabajando con el ordenador al lado.

—Dime qué te pasa y yo juzgaré eso…

—Vale, voy a soltarlo sin más, pero recuerda que no quiero dejar de trabajar por nada del mundo, ¿vale? Por favor, no me despidas…

—Me estás asustando. Dilo ya.

—Me da vergüenza…

Lamenté oír eso.

—Creía que la teníamos superada después de aquella madrugada cuando te emborrachaste con tequila —dije para suavizar el ambiente. Fue una noche genial. Agotadora, eso sí, intentando ser lo más sincero posible sobre mi vida sin que descubriera que Landon era yo.

—¡Oh, Dios…! ¡Es verdad! Bebí mucho y… ¡estoy embarazada!

—¡¿QUÉ?! —Yo iba para actor.

—Sí… Es de Lucas —confesó—. Cuando me enteré, me dolió tanto recordar cómo me había tratado que creí que no tenía ningún sentido tenerlo, pero ayer tuve un sangrado y ahora…

—Ahora quieres tenerlo —terminé por ella.

—Sí. Creo que renegaba de él por haber sido concebido tres días después de enterrar a mi novio, pero ahora que lo sabe todo el mundo, ya me da igual. Por fin puedo ver el bosque, ¿sabes? Los árboles no me dejaban ver el bosque…

—Lo entiendo. Y, no te preocupes por nada, ahora tienes que cuidarte y guardar reposo, ¿de acuerdo?

—Sí, pero, en serio, no quiero dejarte… ¡Quiero decir!, no quiero dejar de trabajar en este proyecto. ¡Puedo hacerlo…! Voy a volver a Byron para que mis padres me ayuden, pero yo seguiré pegada al teléfono y al ordenador todo el día. De verdad…

—Tranquila, incluso si solo fueras una cabeza flotante enchufada a una máquina, no me desharía de ti.

Oírla reír, después de cómo me había hablado hacía unos minutos me dio pavor. Ahí entendí que había creado un monstruo.

—Gracias, Landon, eres el mejor…

Él era el mejor y a mí me odiaba profundamente. La sensación de que estaba cavando mi propia tumba me estremeció.

—Llámame cuando te instales en Byron —contesté sin embargo—. ¿Lo harás?

—Por supuesto… —La oí sonreír—. Gracias por todo, de verdad.

—A ti siempre.

Colgué y resoplé superado. Freya iba a volver a mi terreno y lucharía por que me perdonara, ¡a Lucas!, pero necesitaría tiempo, como dijo mi padre.

—Tiempo es el mejor regalo que puedes darle a alguien —me aleccionó Dani cuando quiso retomar el tema en el avión—. El tiempo lo pone todo en su lugar, chaval.

Ya, pero… ¿y si el cabrón se equivocaba de sitio? ¿Y si el tiempo y el espacio terminan jugando en tu contra y hacen que alguien se desenamore de ti?

Solo había una cosa que me hacía guardar la calma y confiar en que aquello podía salir bien y era la química que había entre Freya y Lucas, digo, ¡conmigo, coño! Una química que casi podía palparse en cada mirada que cruzamos en lo que fue el camino de vuelta a casa. En la sala de espera del aeropuerto, durante el vuelo, esperando sus maletas… Esperé pacientemente a que me concediera un minuto de audiencia para hablar a solas, y el simple hecho de que me lo negara significaba, no solo que estaba enfadada, sino que tenía miedo de volver a caer en mis garras.

Era bueno abrasando a miradas a la gente, sobre todo a chicas que sabía que querían mi atención. Y la paciencia es uno de mis fuertes.

La acompañé hasta la mismísima puerta de su casa y le di el gusto de que pasara de mí, como yo había hecho aquellas semanas con ella.

Me lo merecía. Quería castigarme y lo entendía.

—Dale un poco de tiempo —barruntó su padre.

Asentí y me fui arrastrando los pies. No me vine abajo porque sabía que en cuanto se instalara, llamaría a Landon. Y cuando mi móvil sonó anunciando su nombre, sonreí como un tonto.

—Buenas noches, desaparecida…

—Buenas noches —respondió mimosa.

—Ya pensaba que no me ibas a llamar…

—Ha sido un viaje largo entre unas cosas y otras, pero te tenía en mente.

—Sé que va a sonar mal, pero llevo todo el día echándote de menos.

Se quedó callada.

—¡Quiero decir!, que he echado de menos tu opinión en el trabajo.

—¡Ah! ¿Y por qué no me has llamado si necesitabas algo?

—No quería molestarte. Además, no era nada importante, simplemente, he echado de menos hablar hoy, así que no temas, no puedo permitirme despedirte… Lo bueno es que lo que queda por hacer puedes hacerlo a distancia. Ya hemos logrado lo más importante, dar de alta la marca. Ahora hay que preparar el lanzamiento, ¿crees que podrás? También quiero que descanses…

—¡Claro que podré! No pienso dejarte tirado. Puedo pensar tumbada y diseñar sentada. Además, agradeceré tener la mente ocupada, créeme… Volver a ver a Lucas ha sido muy estresante.

—¿Has hablado con él?

—No… No he querido.

—¿Por qué?

—Porque no quería alterarme más. Pasó de mí después de haberme acostado con él dos veces y ahora que sabe que estoy embarazada, viene corriendo…

—Otros huirían.

—Él no, su honor no se lo permite, pero yo no le importo nada. Supongo que todavía me duele.

—Eso es porque todavía le quieres… —me atreví a decir.

—Del amor al odio hay un paso.

—Sigo pensando que deberías hablar con él si vais a tener un hijo.

—Ya lo haré… De momento, prefiero hablar contigo.

Me quedé callado.

—¡Quiero decir…, de trabajo!

—Ah, ya decía yo, porque soy de lo más aburrido.

—¡No es verdad! —río.

—¡Hablo en serio! Si te sirve de consuelo, «mi chica» tampoco quiere hablar conmigo. Hoy la he visto y creo que no va a perdonarme en la vida.

—¿La has visto?

—Sí… Y, aunque no puedo decirle la verdad de por qué no podemos estar juntos, no quiero que piense que no me importa. Pero es complicado. Creo que me odia.

—Es imposible odiarte, Landon.

—Eres un encanto, pero yo soy el malo de su historia. ¿Alguna recomendación?

—No desaparezcas —dijo tajante—. Por muy enfadada que esté, no dejes que te olvide. Hazte omnipresente en su vida. Ya aflojará con el paso de los días.

—Un gran consejo. Creo que voy a ascenderte.

Escuchar su risa sirvió para que yo también sonriera. A veces me sentía mal por estar engañándola, pero lo cierto es que me sentía atrapado entre protegerla del cártel y mi deseo de estar con ella. Debía ser fuerte y aguantar. Ella tenía a Landon y yo… yo también.

Días después, se me ocurrió una idea para romper el hielo entre el desgraciado de Lucas y Freya a través de la campaña de lanzamiento de la marca, porque justo coincidió con el campeonato de Margaret River, y como su jefe, la puse en un brete.

—¿Sabes si Lucas va a participar en el campeonato?

—No lo sé…

—Podrías preguntárselo.

—No quiero tener que pedirle nada.

—¡Pero te lo debe!, seguro que hará cualquier cosa que le pidas.

Su silencio me hizo entender que se lo estaba pensando.

—Nos vendría muy bien, Freya —presioné—. Podríamos montar un gran *stand* de la marca en la arena, y si se le da bien la ronda, la marca saldría en los medios de comunicación directa al público objetivo. ¡Y sería gratis! Nos ahorraría muchísimo dinero.

—Está bien, hablaré con él…

—Perfecto.

No había dejado de ir a verla cada día, como ella misma me aconsejó. Me preocupaba por su estado, me respondía que estaba bien y luego me pedía que me fuera.

—Algún día tendremos que hablar, Freya… —solía decirle.

—Ya, pero no será hoy, Lucas.

Sin embargo, ese día llegó. Y yo lo sabía de antemano. Así que hice el ademán de marcharme, y cuando escuché un «Espera…» resignado, un montón de vítores martillearon mi cerebro mientras me giraba indiferente.

—¿Sí?

—Quiero hacerte una pregunta.

—Tú dirás…

—¿Tienes pensado ir al campeonato de Margaret River?

—Me apunté cuando abrieron el plazo de inscripción, pero me lo estoy pensando…

—¿Por qué?

—Por ti. No quiero dejarte sola…

—Estoy embarazada, no moribunda. Ve si quieres, yo estaré bien.

—Ya veré…

—Necesito que vayas —soltó apresurada. Fruncí el ceño de maravilla y ella se limitó a explicar, sin mirarme mucho a los ojos, que había usado mi nombre y las alas de valkiria para el logo de su nuevo trabajo.

—¿En serio?

—Intenté contactar contigo para contártelo, pero me ignoraste —dijo bajando la mirada iracunda.

—Si hubiera sabido que se trataba de eso, te habría contestado.

—Ahora ya está hecho… Quedé mal con todo el mundo porque querían que fueras tú quien patrocinara la marca al ser la inspiración, y tuve que dar muchas explicaciones de por qué un chico al que le había diseñado una camiseta tan chula no quería contestar a mis mensajes…

—No sabía que la habías diseñado tú —dije halagado.

—Solo necesito que me digas si vas a ir y te vas a poner la dichosa camiseta para lucir la marca. No tienes por qué hacerlo, pero nos vendría bien…

—Si lo hago, es por ti, no por ellos.

Ella suspiró hondo antes de mirarme.

—Querrás decir, por nuestro hijo.

—No, por ti. Será mi forma de pedirte perdón, ya que no me dejas hacerlo con palabras.

—No quiero hablar de ello, Lucas, ¿no lo entiendes? Yo te preguntaré por qué me ignoraste y la respuesta solo me hará más daño, así que, déjalo, ¿vale?

—Te ignoré porque no quería que volvieras a Byron —confesé de sopetón. Ella me miró alucinada—. Y no es por lo que crees. Me alegré mucho de que consiguieras ese trabajo, eres muy buena en lo tuyo y aquí no tienes ninguna proyección. No quería ser el culpable de que lo rechazaras y no te quería cerca porque en esos momentos mi familia volvía a ser un caos con el atropello de Cora y… no era nuestro momento, pero ahora…

—Para ti nunca es el momento, Lucas —masculló—. No lo fue a los quince cuando pasó lo de Lenny ni ahora cuando pasó lo de Chris y Cora… Lo cierto es que nunca es buen momento para quererme, solo para follarme.

Su alegato me dejó de piedra. La dulce, cándida y benevolente joven con la que hablaba Landon no tenía nada que ver con esa tigresa cabreada. Y a mí me gustaba mucho esa tigresa, porque tenía razón. La culpa era toda mía, pero lo siento, no iba a volver a dejarla escapar nunca más. Lo de tener un hijo en camino era lo de menos, y entender eso me dio fuerza.

En el presente estamos en un punto crítico, después de lo que ocurrió en el campeonato…, y sobre todo, después de lo que ocurrió la semana pasada en la primera ecografía, la tengo a punto de caramelo.

Pero la prueba de fuego será mañana, cuando el asalto se complete, dejemos atrás el peligro y los problemas y pueda contarle toda la verdad.

Eso, si sobrevivo.

3
ASISTENTE DE VILLANO

“Señor, odio menospreciar sus éxitos, pero hay gente que se pasa la vida
sin matar a nadie”
Hannah Nicole Maehrer



Llevo un mes atrapado en un lugar maldito; nunca sabes a quién te vas a encontrar por el pasillo. Si a un tío que ya ha cumplido dos condenas por homicidio «supuestamente» involuntario; si a otro que tiene en su haber más de tres imputaciones de abuso de menores u otro al que lo llaman «el carnicero» y tiene una finca llena de perros de presa sedientos de sangre…

El señor Smith, que más tarde descubrí que se llamaba Isaac, me arrastró hasta una propiedad cerca de Brisbane infestada con este tipo de fauna. Presumían de delitos como si fueran carreras universitarias. La casa no estaba mal, era enorme y moderna y tenía mucho terreno, el mayor problema era que sus inquilinos no se alegraron mucho de mi incorporación a la banda.

Al principio, cuando los jefes no miraban, era como estar en la cárcel. Me limitaba a pasar desapercibido, pero no siempre me dejaban.

—¡Dejad en paz al chaval! —berreaba Isaac cuando me acorralaban.

—¡Nos traerá problemas, jefe! Es un pijo de mierda por el que sus padres removerán cielo y tierra para encontrarle.

—No tengo padres —sentencié con dureza—. Si te refieres a los maricones que me adoptaron, me odian, y ya no soy asunto suyo porque soy mayor de edad.

Me ardió la lengua al pronunciar tal aberración, pero funcionó.

Iker y Dani no podían haber sido mejores padres conmigo; ellos no tenían la culpa de que no me fiara ni de mi sombra por culpa de mi horrible infancia en Etiopía. Mi desconfianza en los adultos era una fobia incurable. Cuando vinieron a recogerme a mi país, me mostré accesible porque la trabajadora social me dejó claro que eran mi billete para salir de aquel infierno. Para dejar de escuchar explosiones por la noche, de ver muertos, de presenciar violaciones sanguinarias y no volver a sufrir palizas que me dejaban al borde de la muerte…

—No te preocupes, chico, se acostumbrarán a ti —me dijo Isaac, pero yo tenía mis dudas. En

la casa éramos ocho, la mayoría eran personas desarraigadas o sin familia que vivían allí en plan secta.

Lo único que parecía importarles era el dinero que ganaban y cómo gastárselo en putas, en beber y en drogas. No había más.

A mí me tenían muy controlado. El primer día me desnudaron para asegurarse de que no llevaba ningún microchip metido por el culo. La comprobación fue humillante.

—Entiéndelo, chaval, tenemos que asegurarnos.

—Lo entiendo… —mascullé incómodo.

En la casa había mujeres y pidieron a una que hurgara dentro de mí en busca de algún dispositivo protegido por una bolsa de plástico. Nunca imaginé que mi primera experiencia anal fuera así, para vuestra información, no eran chicas de Victoria Secret's, eran… «de mala vida». Nunca entendí esa expresión hasta que las conocí. Eran tres y a ninguna le daría más de una semana de vida si me preguntaran, parecían desnutridas y enfermas. Una de ellas era bastante mayor, otra padecía una enfermedad mental a tenor de su extraño comportamiento, y la última, que arrastraba una clara adicción a las drogas, tenía un hijo pequeño. Lo que me sorprendía es que se las tiraban a todas indistintamente. A la más mayor la utilizaban para practicar sexo anal y no veáis como gemía la vieja. Era un sonido horripilante… de gusto.

La que estaba chalada cocinaba para todos y limpiaba la casa, por lo que solían dejarla bastante en paz; es más, casi era ella la que exigía sexo como pago en un determinado momento si me apuras. Pero sin duda, a la que más tralla le metían era a la que no parecía estar muy bien de salud. ¿Cómo iba a estarlo? Siempre iba hasta el culo de caballo y le cedía casi toda su comida a su hijo. El niño no tendría más de tres años, decía algunas palabras y se pasaba el día correteando para agotar su energía.

Kayla, como se llamaba la madre, no habría cumplido los treinta y no era nada fea, pero lo que llamaba la atención era lo pálida y escuálida que estaba. Su pelo castaño claro lucía sin vida, igual que sus preciosos ojos ámbar bajo unas ojeras permanentes. Pensaba seriamente que necesitaba ayuda médica urgente, aunque su sonrisa me descolocaba por momentos, pero no era real, sino la de una adicta.

Cuando reparó en mí, puso cara de asco al identificarme como otra polla más que tendría que satisfacer. Y cuando llegó el momento en el que prácticamente me obligaron a follarme a alguna si quería ser uno de ellos, no pude elegir ni a la mayor ni a la loca…

—¡Venga, chico, date un homenaje con Kayla! —señaló a la drogadicta—. Para eso está aquí. De alguna forma tiene que pagar lo que consume…

Al leer en sus ojos un «Me dejaré hacer cualquier cosa con tal de saciar mi adicción», me entraron ganas de llorar.

¿Qué iba a ser de ese pobre crío? Me lo había cruzado varias veces por la casa en pañales y con un chupete en la boca, aunque parecía mayor para usar ambas cosas. Su curiosidad y valentía lo delataban.

Había tantas armas por el medio que pensaba que cualquier día se volaría su preciosa cabecita llena de rizos alborotados, y cuando lo devolvía a su sitio, su madre ni siquiera me lo agradecía.

¿Por qué no se preocupaba por él? ¡¿Y por qué coño lo hacía yo?!

Os diré por qué. El niño tenía pocos juguetes, pero uno de ellos era un trol de la suerte. Fue verlo y que un torrente de recuerdos me devolvieran un poco el equilibrio mental en aquel manicomio.

Se pusieron de moda cuando tenía nueve años y mis padres me compraron muchos, pero mi

favorito era uno que tenía el pelo amarillo y al que yo le pinté mechas negras y también los ojos negros. A Los Morgan les dio envidia y poco después, lo perdí misteriosamente. Yo estaba convencido de que ellos me lo habían birlado en una barbacoa conjunta que hicieron nuestros padres, lo que derivó en una de tantas riñas. Pero un par de días después, el trol apareció en mi habitación. Estaba en el suelo, en el centro de la estancia y la ventana estaba abierta, alguien lo había lanzado desde el jardín. Lo mejor fueron las caras que se les quedaron a Los Morgan cuando volví a presumir de que lo tenía delante de ellos. Nunca supe quién fue, nadie se atribuyó el mérito, pero me bastó con saber que no todo el universo estaba en mi contra.

Y tampoco lo estaría contra ese niño mientras tuviera su trol.

Pronto me descubrí vigilando todos sus movimientos, y un día, empecé a jugar con él a la pelota en el jardín. Le hice un quiebro que le maravilló y desde entonces, el pequeño me empezó a buscar sin parar poniéndose aún más en peligro.

—¡Kali! ¡Llévate al niño de aquí! —me gritaban cuando accedía a zonas privadas que no debía. Al final, me proclamaron su canguro, sobre todo cuando alguno se estaba beneficiando a su madre, que era bastante a menudo.

—¡Vamos, tíratela, ¿eres un hombre o tus padres te han pegado su enfermedad?! —me retó uno de ellos aquel día. Me tragué la bilis para no saltar sobre él y liarla parda. Después, me dirigí hacia ella con la chulería que me caracterizaba y me la llevé a un lugar alejado.

—¡Pero hazlo aquí mismo, delante nuestro! —vociferó otro.

—Lo siento, pero te vas a quedar con las ganas de verme la polla.

Se escucharon risotadas y me encerré con ella en una habitación. Enseguida se subió a la cama a cuatro patas y se apartó la falda. Para sorpresa de nadie, no llevaba bragas.

—¡No…! —exclamé azorado—. No vamos a hacer nada. Solo quería que lo pensaran.

Ella me miró sin comprender.

—Tápate, por favor —le pedí mientras me sentaba en la cama y miraba hacia otro lado.

—¿No quieres tener sexo?

—No.

—Cuando un hombre no quiere sexo, o tiene problemas en sus bajos, o hay otra mujer o es gay. ¿Lo eres?

—No. Y tampoco tengo ningún problema ahí abajo.

—Entonces, ¿cómo se llama ella?

Negué con la cabeza.

—No hay nadie.

Era la pura verdad. Estaba metido en una situación demasiado jodida como para pensar en mujeres. Ni siquiera me había planteado tocarme en la ducha, siendo el único lugar en el que mis manos rozaban mi anatomía por fuerza mayor. No estaba para hostias.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí con tu hijo? —le pregunté de vuelta.

—Algo más de año y medio…

Eso me sorprendió. Pensaba que el niño había nacido en esa casa y no sabían de quién de ellos era.

—¿Y cómo llegaste aquí con él?

—Le debía dinero a Isaac porque sus camellos me fiaron y llegamos a un acuerdo.

—Por Dios… ¿y te compensa?

—Lo necesito.

—¡Necesitas desintoxicarte y llevarte a tu hijo lejos de aquí! —exclamé preocupado.

Ella sonrió como si hubiera contado un chiste.

—No duraría ni dos noches en la calle. Necesito mi dosis. Tú no lo entiendes…

—Pues no, no lo entiendo. ¿No tienes a nadie que pueda ayudarte? ¿Y tus padres?

—¿Y los tuyos? —replicó—. ¿Qué coño haces tú aquí? No eres como ellos…

—Es una larga historia.

—La mía también.

—¡Pero tú tienes un hijo…! Ese niño no debería estar aquí.

—Métete en tus asuntos, idiota, seguro que tienes problemas mucho más graves que preocuparte por mi hijo.

No sabía cuánta razón tenía.

Al salir, me abuchearon, envidiosos, y sonreí falsamente. Si supieran las pocas ganas que tenía de sexo… Me reía por no llorar.

No obstante, esa misma noche, me desperté totalmente manchado por haber soñado con… las Morgan. Con ambas. En plan trío. Quería morirme… Pero no podía controlar mis sueños. ¡Estaba desquiciado! Tenía que estarlo para aceptar esa misión y tener ese tipo de fantasías. El Moonbow me había jodido el cerebro para siempre..

El señor Smith empezó a llevarme con él para enseñarme el negocio. Dónde llegaba el cargamento, cómo distribuían la droga ahora que el bar del Capitán Nemo había desaparecido. Y de pronto, me acordé de él.

—¿Qué sabéis del capitán? ¿Al final lo soltaron?

—Sí. A cambio de atraparnos en esa tregua, pero les salió mal —Sonrió petulante.

—Me alegro por él… —barrunté—. ¿Dónde se habrá metido?

—El hijo de perra estará escondido, esperando su momento, porque los Morgan le jodieron el negocio y ahora tiene que volver a buscarse la vida. Pero a nosotros ya no nos interesa, ya está fichado.

—Claro…

De pronto, empecé a sudar. No solo teníamos que acabar con ellos, sino también con el puto capitán, que fue el que vendió a Chris en primera instancia. Lo manipuló y lo entregó sin miramientos cuando él solito provocó la existencia de Moonbow. Y lo hizo con mi ayuda…

La culpabilidad hizo mella durante semanas gracias a las palabras de Marco. Y ahora no solo odiaba a los Morgan, sino a mí mismo por haberme dejado utilizar por el capitán para provocarlos y que Chris y Cora pagaran las consecuencias.

—Aquí es donde la distribuimos. —Señaló la parte trasera de un garito de moda en Brisbane. Era una discoteca donde las monodosis volaban al instante nada más repartirlas a sus camellos. Eso de hacerlo en una nave apartada no les gustaba, decían que era más efectivo llevar la sustancia hasta la misma pista de baile.

—Menos interferencias, menos sueldos, menos peligro —expuso Isaac—. Lo más difícil es encontrar un establecimiento que esté dispuesto a sostener un negocio paralelo de este calibre.

—Es decir, alguien con huevos —comenté.

Lo vi sonreír y me dio una colleja con satisfacción. Se notaba que le caía en gracia, pero no terminaba de fiarse de mí del todo. No podía.

—Ahora tú formas parte de esto, chaval, por eso te lo he enseñado. Nos has ayudado mucho y quiero que te impliques más. Solo es cuestión de tiempo que el resto se fíe de ti.

—¿Tú ya te fías?

—¡Por supuesto!

—Entonces, ¿por qué sigo teniendo el móvil pinchado? —le lancé.

El primer día no solo me desnudaron, sino que me quitaron mi teléfono y me dieron un

terminal de mierda con una conexión de mierda y me advirtieron que lo usara con cabeza si no quería meterme en un lío.

—Todos están pinchados. En nuestra organización no hay secretos. Puedes hacer lo que quieras, pero tenemos que saberlo. Y si no tienes intención de hacer nada estúpido, no debería importarte.

—Ya, pero existe una cosa llamada intimidad…

—Y otra llamada madurar, hazlo de una puta vez —dijo antes de soltar el humo de su cigarrillo.

Genial, pero no sabía cómo coño avisar a Marco de las coordenadas de la base del cártel para que vinieran a por mí.

—Cuando asaltemos la casa, escóndete bien —me ordenó Marco—. En cuanto el señor Smith oiga el primer disparo, sabrá que has sido tú e intentará matarte.

—¡¿Y cómo se supone que voy a avisaros?!

—Cuando te den confianza, podrás decirle a cualquier adolescente que mande las coordenadas por WhatsApp a mi número y le haremos un bizum de 200 dólares.

—¿Y si nunca me dejan solo?

—Lo harán. Gánatelo. Tardarán más o menos, pero lo harán. Ten paciencia, ¿vale?

Pero siempre iba acompañado y tuve que esmerarme en demostrarle a Isaac mi eficiencia para que me encomendaran labores como acompañar a otro al supermercado, o a los muelles, o a recaudar el dinero de los camellos en sus propias casas.

No me acostumbraba a que se acojonaran al vernos, era como estar en una película donde yo era el matón. Pero sabía que era porque mi compañero iba armado. A mí no me daban armas. En el fondo no se fiaban de mí, y hacían bien.

—¿Y si compramos unos de estos para el niño? —Se me ocurrió decir un día, señalando unos bebibles de frutas en el súper. A saber cuándo fue la última vez que ese niño había ingerido algún tipo de hortaliza… Estaba claramente desnutrido.

Mi compañero se encogió de hombros.

—Me la suda. Echa lo que quieras al carro.

Ante esa respuesta, cogí también un paquete de papilla de ocho cereales con galletas y alguna crema de verduras. No es que me creyera su padre de repente, pero cuanto más intentaba olvidarme de su existencia, más cariño me cogía él. Era como esos gatos que solo se acercan a la gente que los detesta.

—Eh, chaval, mira lo que te he traído —le enseñé un juguete.

—¡Míííooo! —gritó el enano agarrándolo con fuerza.

—¿Qué se dice, niño? —le dijo su madre.

—Grazas….

—¿Cómo se llama? —quise saber—. ¿Cuál es su nombre?

—Niño —murmuró su madre.

—¿Qué? Pero… ¿no tiene un nombre?

—Tenía uno, pero hace mucho que no lo uso y se me olvidó. Todos le llaman «el niño».

—Y… ¿no tiene partida de nacimiento? ¿Dónde nació?

—En urgencias. Pero me escapé antes de que llegara la policía… Me lo habrían quitado y me hubieran empapelado.

—Entonces, ¿no ha pasado ninguna revisión médica? ¿No está vacunado?

—Las vacunas son veneno. ¡Es un niño listo y sano! —me gritó.

Ojalá fuera cierto, pero me parecía muy difícil de creer.

—¿Consumiste drogas durante el embarazo? ¿Quién es el padre?

—¡Me estás hartando, niñato! ¡Aléjate de él! ¡Si lo tocas, te mato!

Ese fue el principio del fin. Juro que me centré en alejarme de ellos, pero cada vez que el niño me sonreía, me mataba un poco por dentro, sobre todo por no poder devolverle la sonrisa; no, sabiendo donde estábamos metidos. ¡Tenía que sacarlo de esa casa antes del asalto! Y a las mujeres también. Eran inocentes y no podía haber testigos.

El plan se complicaba por momentos. Hacía días que estaba listo para hacerle llegar las coordenadas a Marco. A todos les gustó mi papel de «chico de la compra», porque ya los iba conociendo y les traía caprichos personalizados, por eso pronto todos quisieron que siempre fuera yo quien fuese al supermercado, acompañado, claro, pero había momentos en los que inevitablemente me dejaban solo con otros clientes al alcance.

Pero tenía un problema. Uno grande. Las mujeres y el niño.

La mala suerte, —o la buena, vete tú a saber—, quiso que esa mañana encontrara a Kayla muerta en su cama. Estaba más pálida que nunca y con la mirada fija en la nada.

—¡¿Kayla?! —La zarandeé, dándole palmadas en la cara—. ¡Vamos, reacciona! ¡Despierta! —Pero fue inútil.

Mis gritos alertaron al resto y enseguida llegó más gente.

—¡Me cago en la puta! —dijo uno llevándose las manos a la cabeza.

—¡¿Qué ha pasado?!

—Que Kayla la ha espichado… —murmuró otro—. A ver a quién nos follamos ahora…

Hice oídos sordos a esa mezquindad mientras le hacía compresiones rápidas por si… por si… ¡yo qué sabía!

Su cuerpo no estaba rígido todavía y no tenía claro si aún respiraba. Intenté notar los latidos de su corazón, como quien espera oír algo que sabe que es imposible.

—¡¿Qué coño ha pasado?! —apareció Isaac entrando como un vendaval.

—Me la he encontrado así —farfullé asustado.

—¡Qué putada! ¡¿Quién le dio el último tiro?! ¡¿Cuánto le distéis?!

—Fui yo —contestó Jim, su mano derecha—. Le di lo de siempre, jefe. No ha podido ser una sobredosis.

—¡¿Entonces…?! —Me salió del alma preguntar.

—Quizá la heroína estaba adulterada —discurrió Jim.

—¡¿Cómo que adulterada?! —Tenía que calmarme y disimular, pero era incapaz.

—A veces nos la cuelan adulterada con Fentanilo y a la gente le da un viaje cien veces más potente de lo normal. Algunos no lo soportan…

—¡¿Pero qué cojones me estás contando…?! ¡¿Eso puede pasar?!

—A veces… —admitió Isaac—. Que analicen el último pedido, Jim.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó de pronto mi jefe y el mundo se me vino encima. ¿El niño la había visto así? Todos se miraron extrañados. No parecía estar en ninguna parte.

—Encontradlo —susurró Isaac con voz fría.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunté con miedo.

—No sé, dejarlo en la puerta de una iglesia o algo así.

«¿Con los curas y voluntarios de Jesús?», pensé aterrado. Seguro que había buenos cristianos por el mundo, pero yo no tuve una buena experiencia con ellos en Etiopía. Por su culpa nunca me he fiado de los adultos que gentilmente aparecen en tu vida para ayudarte, porque siempre quieren algo a cambio… Que les tocaras, que te dejaras tocar… y otras cosas de las que pude escapar a tiempo, forzándome a vagar solo durante días muriéndome de hambre y de sed hasta

encontrar a gente que no me hiciera sentir tan incómodo.

—¿Qué vamos a hacer con su cadáver? —pregunté atribulado.

—Joder, no quiero líos —contestó Isaac desganado—. Si la dejamos por ahí, la poli comenzará a hacer preguntas y a investigar… Lo mejor será enterrarla en una esquina del jardín.

El corazón comenzó a galoparme indicando que debía darme prisa. No había podido hacer nada por Kayla, pero al niño todavía podía salvarlo de tener una vida llena de cicatrices incurables como la mía.

—Sacadla de casa antes de que empiece a descomponerse —ordenó mi jefe mirándome. Una vez más, poniéndome a prueba. Y vi la oportunidad.

—Isaac… —comencé renqueante—. Si vamos a hacer esto, no podemos dejar que las otras mujeres lo vean. Diles que se tomen el día libre y vuelvan mañana. No queremos testigos, ¿no?

—Bien pensado, Kali. Decidles que se vayan y vuelvan mañana a las nueve en punto para atender los desayunos.

Respiré aliviado e intenté no desmoronarme pensando dónde estaría escondido el niño. No pude ponerme a buscarlo enseguida porque me encomendaron cavar el maldito hoyo para enterrar a su madre. Los peores marrones siempre son para el nuevo en todos los trabajos, pero apenas podía cavar con el cuerpo presente de Kayla a mi lado mirando hacia la nada. Ahí me di cuenta de que no era tan duro como pensaba, porque necesitaba cerrarle los ojos antes de continuar.

—Ahora vuelvo, voy al baño —anuncié tirando la pala al suelo, pero lo que hice fue volver a la habitación, porque sabía que el niño no podía andar lejos de su madre muerta.

—¿Dónde estás, campeón? Soy Kali… —susurré, pero no hubo respuesta. Debía de estar muerto de miedo al ver a su madre en ese estado. Busqué debajo de la cama, dentro del armario, y al final, me acerqué a un cajón bajo que usaban de zapatero. Encontrarlo agazapado dentro me dio muchísima pena.

—Eh… —Ni siquiera entonces me miró, solo temblaba—. Sal de ahí.

El niño negó con la cabeza y farfulló un «Quiero con mamá».

De pronto, tuve una idea. Si no lo encontraban, no se lo llevarían.

—De acuerdo, campeón. Hoy jugaremos a que nadie te encuentre. Tienes que quedarte aquí escondido, sin hacer ruido, hasta que yo vuelva, ¿de acuerdo?

Lo vi asentir y supe que tenía que actuar rápido; no aguantaría mucho tiempo ahí.

—Isaac… —lo abordé de nuevo—. Creo que enterrar a Kayla en el jardín es una mala idea. Cuando quisimos enterrar a mi perro, nos avisaron de que podía afectar severamente a la salud de los habitantes de la casa y al medio ambiente.

—¿Por qué?

—Por mil cosas. Contaminación de aguas subterráneas, enfermedades, en animales que excaven para comérselo, moscas que se posarán en sus restos y luego en ti, haciendo que acabes en el hospital con una sépsis…

—¿Con qué…?

—No es buena idea, hazme caso. Lo he estudiado y hay alternativas.

—¿Cuáles?

En verdad, el tío era corto hasta decir basta. Supongo que alguien con cabeza no lleva este tipo de vida.

—Lo mejor sería quemarla… Al menos, es lo más fácil y seguro. O embalsamarla, es decir, envolverla al vacío para que no contamine nada.

—Ajjj… Qué puto asco… Esto es un marrón de cojones.

—No tiene por qué serlo. Puedo ir a comprar un cubo grande e ignífugo y todo lo necesario para incinerarla dentro. En tres horas estará resuelto.

—De acuerdo, encárgate de ello. Eres un genio, chaval.

—Pero necesitaré ayuda. Que Michael me acompañe. Volveré pronto.

—Muy bien.

Michael era un tío fuerte… y también el hombre más empanado que ha pisado la faz de la tierra. Fue fácil esquivarle para pillar por banda a un chico joven y proponerle un trato.

—Te doy dos mil pavos si me dejas hacer una llamada desde tu teléfono ahora mismo —Se los enseñé y sus ojos se agrandaron con el símbolo del dólar. Su respuesta fue cederme el teléfono como si le diera igual que me lo comiera.

Tenía efectivo porque me habían pagado por estar un mes al servicio del cártel, pero no quería ese sucio dinero.

Lo primero que hice fue buscar en *google maps* las coordenadas de la casa en la que estábamos exactamente. Cuando las localicé, marqué el número que Marco me hizo memorizar y contestó rápido.

—¿Sí?

—Soy Kali.

—¡Joder…! ¡No tenías que llamarme!

—Apunta las coordenadas. Es urgente que vengáis mañana mismo a las ocho en punto de la mañana. ¿Me oyes?

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué pasa?!

—Prométeme que vendréis. Apunta:

Cambié de pantalla para dictárselas.

—¿Las tienes?

—¡Sí! ¡Sí! ¡¿Tú estás bien?!

—No. Mañana a las 8. No falléis, por favor.

—¡Kali, espera…!

Pero colgué, ya me había arriesgado demasiado. Borré la llamada y le devolví el móvil al chaval. Después seguí comprando tranquilamente todo lo que necesitaba para incinerar a Kayla. ¿Cómo coño iba a estar «bien»?

Por mucho que quisiera normalizarlo, no era un puto enterrador. Otra experiencia para olvidar…

Por la noche, comuniqué a todos que había encontrado al niño en el zapatero. No podía dejarlo allí por más tiempo.

—Ya es tarde para llevarlo a ninguna parte —expuse—. Cuidaré de él esta noche y mañana lo llevaré a una iglesia.

—De acuerdo. Pero que no moleste.

—Descuida.

El niño se ha dormido abrazado a mí, pero yo no he pegado ojo en toda la puta noche. No puedo evitar pensar que quizá sean mis últimas horas de vida porque el día de la verdad ha llegado y podría pasar cualquier cosa en el asalto.

Sobre las siete y media traslado al niño al cajón de los zapatos. Me parece increíble que no se despierte. Confío en que si oye ruidos horribles no salga. Es un superviviente, como yo, y yo me escondía bien cuando sentía peligro.

Vuelvo a meterme en la cama muy estresado. Marco me dijo que sería mejor atacar al alba.

—Cuando todo el mundo esté durmiendo, así estarán desprevenidos.

Me ordenó que me escondiera debajo de la cama porque probablemente no iría armado, y así es. Estoy totalmente indefenso.

Cuando queda un minuto, me escabullo bajo el somier con el corazón en un puño pensando que este es mi final.

Hasta aquí he llegado…

4
UGLY LOVE

“Es fácil confundir los sentimientos con algo que no son, especialmente cuando el contacto visual se involucra”
Collen Hoover

Es de día, pero es pronto y el sol todavía no hace que nada brille. Es una buena alegoría de cómo me siento desde hace un mes. Sigo emanando luz, pero no doy calor.

—¿Todos listos? —pregunta Marco con tensión en la voz.

De pronto, soy consciente de que estamos a punto de asaltar una casa llena de delincuentes armados. ¿Dónde coño me he metido?

Olvidaba que los Morgan nos volvemos kamikazes cuando estamos tristes, por eso mi padre se preocupa tanto por nuestra felicidad.

Lucas tenía razón, soy capaz de convencer al más cuerdo para acceder a hacer cualquier locura. La prueba es que he convencido a mi viejo para que nos deje participar en este suicidio colectivo. ¿Cómo? Ni idea. Supongo que de la misma forma que convencí a Enzo de que era buena idea enamorarse de mí, a pesar de que ya tenía la vida que quería.

Conclusión: me falta un puto tornillo y soy peligroso. Soy el Spiderman de traje negro, un tío sin responsabilidad suficiente para manejar todo su poder de convicción.

Llevo un mes siendo un maldito trozo de hielo, ¡¿y justo tengo que empezar a descongelarme en este preciso momento?! Desde luego, tengo el don de la oportunidad…, pero esta situación fundiría a la mismísima Elsa de Frozen. ¡¿No se dan cuenta de que vamos a morir todos?!

Miro a Enzo y su cara me transmite preocupación. No le ha cambiado desde que apareció a la mañana siguiente en el hospital, después de romperme literalmente el corazón. Mi madre estaba conmigo porque mi padre y Lucas se habían ido a Australia a por su nuevo huevo kinder, y tras contárselo todo con pelos y señales, le di instrucciones precisas de que no dejara entrar a Enzo si aparecía.

—Que se largue —murmuré indolente al verle.

—Ahora no es buen momento, Enzo —dijo mi madre educada—. Acompáñame fuera, por favor.

—Solo quiero saber si está bien —dijo como si no hubiera roto un plato en su vida.

—Sí, está bien.

«Bien jodido», completé mentalmente.

No quería volver a verlo. Me sentía avergonzado, y no de que no me hubiera elegido, sino por haberlo elegido yo. Por haber forzado la situación con él y haber confiado en alguien que no fuera en mí mismo. ¡Qué estúpido fui!

Cerré los ojos y sentí que se inundaban contra mi voluntad. Sabía que dolería durante un tiempo, pero también que aprendería de ello y saldría fortalecido. En teoría…

Mi madre volvió a entrar en la habitación y me limpié las lágrimas.

—No digas nada —la avisé. Porque la conocía. Le gustaba hacer de abogado del diablo. Siempre se ponía del lado de las causas perdidas. Cuando celebrábamos la victoria de nuestro equipo de fútbol favorito, ella señalaba la pena que le daba el bando perdedor.

—No iba a decir nada.

—Te lo veo en la cara.

—Enzo está realmente preocupado.

—Normal, casi la palmo por su culpa. No te pongas de su parte.

—No me pongo de su parte y no has estado a punto de palmarla. Tampoco exageres…

—Me ha roto por dentro, mamá —farfullé—. ¿Te parece poco?

Vino a abrazarme al ver que iba a llorar y me envolvió con mi olor favorito en el mundo. Mi madre y yo siempre habíamos tenido una conexión especial, igual que Lucas con mi padre.

—No digas tonterías. Tú eres irrompible, Aitor…

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres como yo —dijo con seguridad—. Tienes una mente privilegiada que puede doblarse por completo antes que partirse.

—Pero duele.

—Lo sé. Estás disgustado y lo entiendo, pero te aseguro que Enzo me da mucha más pena, porque tú lo superarás, pero él…

—¿Cómo estás tan segura de que lo superaré?

—Porque te conozco —dijo acariciando mi cara con cariño—. Tienes la fuerza de cien dragones, cariño, y coraje…, y eso es más importante que nada.

—¿Por qué no encuentro a alguien como tú en mi vida?

—Porque no te hace falta —sonrió halagada—. Tú ya eres así, no necesitas un alma gemela, solo un alma afín.

—Eso suena muy conformista, mamá…

—Nadie es perfecto, ni siquiera tú —Me dio un toque en la nariz.

—¿Ah, no? ¿Y qué defecto tengo si puede saberse? —dije medio en guasa.

—Que tienes muy mal gusto para los hombres —Sacó la lengua.

Me reí, algo que parecía poco probable dada mi situación, y solo tuve que mirarla para adivinar lo que estaba pensando: «¿Lo ves? ¿Crees que alguien va a hacer sonreír a Enzo en el próximo mes? No cuentes con ello». Y tenía toda la razón. No podía dejar que ese amargado me amargara la vida.

—Gracias, mamá… —Le agarré la mano.

—Para mí eres perfecto, Aitor, perfecto a tus veinticuatro, pero te queda mucho por madurar; a mí también me costó lo mío. Pero son estas cosas las que un día te convertirán en un hombre pleno y equilibrado. Y cuando llegue ese momento, estaré aquí para verlo.

Enzo volvió cada día que estuve en el hospital, pero ninguno quise verle. Al que sí vi fue a Hugo, mi salvador. Se supone que eran un 99,9% iguales, pero mis sentidos percibían ese jodido

0,1 de lejos, en cada brizna de su ser.

No sé cómo explicarlo… Hugo me daba tranquilidad. Era una persona simple, sin aristas afiladas, sin inquietudes más allá de sus funciones vitales (meto follar como una de ellas), un arte que sin duda dominaba. Pero Enzo era distinto… no era tan vicioso, con él el sexo se impregnaba de un aire más romántico, aunque no lo pretendiera. Y su mente…, joder, tenía una mente afilada e inteligente que podía dejarme con la boca abierta y babeando. Era tan retorcido como yo, y era de las pocas personas que percibían el alcance de mis intenciones secretas, escondidas tras un humor negro desconcertante.

Hugo me convenía, Enzo no. Pero ya sabemos todos lo que nos mola intoxicarnos a los humanos… Enzo era mi droga; Hugo, vitaminas. Hugo era un chico sano, Enzo me enfermaba… Pero el corazón no atiende a razones, solo a sentimientos. Y no soportaba estar tan equivocado con él.

Cuando salí del hospital y lo vi apoyado en una pared con su uniforme de policía, más guapo de lo que recordaba, quise morirme.

No soy de los que subestiman ese tipo de sensaciones, pero…

«Está casado. Está casado. Está casado», recordé como un mantra y aparté la vista, desolado. Lucas ya estaba de vuelta de Sídney y me flanqueaba. Mi madre se quedó con Cora en el hospital, le quedaba poco de estadía.

—Aitor… —Se acercó renqueante Enzo—. ¿Cómo estás?

—Déjalo en paz —Lo bloqueó mi hermano, yo seguí andando.

—No voy a parar hasta que me escuches —amenazó y solo entonces detuve mis pasos para girarme.

—¿Qué quieres?

—Solo pedirte perdón. Por favor…

—No hay nada que perdonar.

—Pero te ha pasado esto por mi culpa.

—No… Yo mismo me lo busqué. No te preocupes por mí y sigue con tu vida. Aprendo rápido de mis errores, no se volverá a repetir.

Continué andando y noté que Lucas me seguía de cerca.

—¿Estás bien? —preguntó cuando nos subimos al coche.

—Sí, llévame a casa, por favor.

—¿A la nuestra o a la de mamá y papá?

No entendí la propuesta.

—Te cuento: yo me he trasladado de momento, porque así estoy más cerca de Freya. Ahora mismo, en nuestra casa no hay nadie, Lenny y Charlotte se han ido de Luna de miel con sus padres y Marco y Luz están en Cannes. ¿Dónde prefieres estar?

—En casa de mamá y papá —decidí—. En cuanto Lenny y Marco vuelvan, nuestro chalet se convertirá en un picadero, y ahora mismo soy el único que no tiene pareja. Bueno, lo tuyo es una cosa rara…

Lucas sonrió como si guardara un secreto. A voces, digo. Porque no podía ocultar que su futura paternidad le hacía muy feliz. Cuando volvió de Sídney y me contó la noticia, flipé en colores. Solo me faltaron unas palomitas y aplaudir.

—¡Eres un genio, hermanito!

—¿Es ironía?

—Que va, a vuestra tormentosa relación solo le faltaba un hijo bastardo para ganar un Emmy.

—Un día alguien te romperá esa preciosa boca…

—Lo sé. Ven aquí, anda, dame un abrazo —Sonreí.

Él se acercó, ilusionado, y susurré «Felicidades» cuando lo agarré.

—Saldrá bien.

—¿Tú crees?

—Esa chica está loca por ti desde antes de que supiera hablar y ahora se ha enamorado de un alter ego que te has inventado. Vas de puta madre…

—No es un alter ego, es mi yo del futuro.

—Qué suerte, yo no sé cuál es mi futuro. Está todo muy negro.

—Venga ya, Aitor, en realidad, no ha cambiado nada. Si estuvieras con Enzo, ¿qué querrías hacer con tu vida? Termina el máster y busca trabajo. Allí podrás tirártelos a todos.

—No sé… Pasará tiempo hasta que vuelva a estar con alguien.

Lucas levantó una ceja con incredulidad, pero lo dije en serio. Bueno, en ese momento lo creía, pero la cabra siempre tira al monte…

Me tomó unos días volver a la normalidad, o quizá debería decir un par de visitas de cortesía de Hugo.

—¿Vas a estar encerrado en casa para siempre? —me vaciló el segundo día que vino a verme —. ¿Tienes miedo de algo?

—Cuando has sentido que el corazón te falla, tiendes a tomártelo todo con más calma.

—Te dijeron que ya estabas bien. Y tú no eres así, Tor, no dejes que esto te cambie… No pareces el mismo.

—¿Entonces ya no te gusto? —le piqué.

—¡Has vuelto! Bienvenido. Podríamos ir a cenar para celebrarlo…

—No sé…

—Venga, así te recuerdo que hay vida más allá de… de lo que te haya provocado esto. ¿Qué te ha alterado tanto, por cierto?

Carraspeé. No podía contárselo.

—Digamos que he tenido demasiados sustos y demasiadas emociones últimamente… —me fui por la tangente—. ¿De verdad quieres ir a cenar? Porque será solo eso, cenar. No estoy para nada más…

—Me encantaría solo cenar contigo.

Lo miré agradecido de que no me viera como un objeto sexual.

Fuimos a un restaurante tailandés que me encanta y estuvo haciéndome reír con anécdotas de su trabajo.

—¡Te lo juro!, el *piercing* de su lengua se había enredado con el de su prepucio y fue tronchante.

—¡Cállate! —grité agarrándome los huevos. No tenía ningún *piercing*, pero me dolía igual—. ¿Y cómo lo solucionasteis?

—Con unos alicates…

—¡Qué fuerte!

—Sí, me lo paso bien en el curro.

—Has madurado desde que conseguiste la plaza de bombero.

—Me siento mejor conmigo mismo —admitió—. Y las emergencias me la ponen dura.

Eso me hizo reír. Había olvidado lo fácil que era sentirse bien con Hugo. Hablamos de mi máster y de la escasa salida que mi doble grado de Humanismo y Relaciones Internacionales podría tener en un lugar como Byron y al final me dejó en casa de mis padres, como prometió. Pero al despedirse, se le escapó una mirada furtiva hacia mis labios y reculé.

—Mmh… Buenas noches, Hugo, gracias por esta magnífica velada.

—Cuando quieras…

Lo vi aparcar tres casas más allá. Hugo seguía viviendo con sus padres. Bueno, eso era incorrecto, porque sus padres, Guille y Laura nunca estaban en casa. Cuando no estaban de gira promocional de sus libros *best seller,* estaban de retiro espiritual para escribirlos, así que tenía la propiedad para él solito. Ese chalet que me traía demasiados recuerdos… Por eso decliné la invitación de ir a cenar allí y ver una película el siguiente viernes, porque sabía que no la veríamos y me parecía una locura saltar de los labios de Enzo a los de Hugo. Menuda forma de olvidarle…

Le di largas e hice vida con Lucas. Me ofrecí a acompañarle al campeonato de surf en la otra punta del país, y para mi sorpresa, Freya nos acompañó. Fue cómico escucharlos discutir.

—Es mejor que no vueles, Freya…

—¡El médico dice que no hay ningún problema!

—Es una paliza, está muy lejos.

—Estoy perfectamente.

—Tuviste un sangrado hace quince días…

—¡Eso fue porque tú me alteraste!

Mi hermano puso cara de haber sido herido de muerte y ella pareció arrepentida. ¡Vaya dos!

—Si no quieres que ocurra nada, no discutas conmigo y todo irá bien —continuó ella—. Quiero ir. Es importante para mí. Mi jefe va a montar un *stand* y forma parte de mi trabajo. ¡Es mi marca!

—¿Tu marca? —repitió Lucas socarrón.

—Bueno, mi diseño. Y soy la responsable de preparar todos los *banners* para lanzarla. Quiero estar allí para verlo. ¡Y si viene Aitor, no estaré sola en ningún momento!

Ambos me miraron y les hice el gesto de pulgar arriba. Al que no me esperaba ver allí es a Hugo… Apareció en la carpa, que había quedado brutal con una lona negra y el logotipo de Morgan y las alas en plateado iridiscente. Le había estado hablando sobre ello.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —exclamé alucinado.

—Tenía el fin de semana libre y he venido con unos amigos…

—Si a ti no te gusta el surf.

—Ya, pero me gusta el ambiente, y esta carpa es superchula. ¡Estoy muy impresionado, Freya!

—Gracias —Sonrió ella halagada.

—¿Vendéis camisetas? Porque yo soy muy fan de los Morgan…

Al decirlo me miró como si quisiera comerme vivo, y hasta Freya lo notó, porque cuando se fue derechito a la tienda me dijo:

—Hugo está loquito por ti. ¿Cuánto más le vas a hacer sufrir?

—¿Y tú a mi hermano? Porque también lo tienes loco.

—Sí, claro… —Sonó desencantada.

Tuve fuertes tentaciones de contarle la verdad, pero me callé a tiempo. ¡Estaba madurando!

—Mi hermano te ha querido toda la vida, Freya. Quizá no ha sabido demostrártelo, pero no tiene nada que ver contigo, sino con él. Nunca ha confiado en sí mismo y ha vivido abrumado por las expectativas de mi padre, pero cuando aprenda a quererse a sí mismo, aprenderá a quererte bien.

Ella me miró alucinada. La había dejado sin palabras.

—No pongas esa cara, es evidente que está enamorado de ti. Siempre lo ha estado. Solo que sus sentimientos nunca han sido su prioridad porque en el fondo de su alma, cree que no se

merece que le quieran. ¿No lo ves?

De pronto, mi hermano apareció preocupado.

—Es la hora… Deseadme suerte… —formuló nervioso.

—No la necesitas —sentencié—. Hazlo como sabes.

Los vi lanzarse una mirada cargada de pasado y de futuro. De ganas y de dolor. Eran la viva imagen de la agonía.

—Suerte… —balbuceó Freya todavía impresionada por mi opinión.

—Gracias… Dale a Aitor la camiseta que debo ponerme al salir.

—Sí, ya la tengo lista. Y Lucas…

—Intentaré hacerlo lo mejor posible… —adujo mi hermano serio.

—Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes —parafraseó a Dani imitando a su querido Yoda, y le lanzó una sonrisa de la que él se contagió al vuelo. ¡Eran tan cuquis!

—Lo haré —dijo con más convicción.

—Tú eres surf, Lucas… Eres Byron. Y eres un Morgan. No lo olvides cuando estés ahí arriba. Solo sé tú mismo y disfruta —dijo ella.

Esa vez fue él quién se quedó sin palabras.

Sobra decir que mi hermano lo petó y consiguió colarse en la segunda plaza asegurándose un pase para las olimpiadas. Fue la gran sorpresa del momento y los medios se le tiraron encima mientras lucía la camiseta de su propia marca. Fue perfecto. Casi tanto como el abrazo espontáneo que le dio Freya al volver a juntarnos. Lucas la agarró y parecía no querer soltarla. Ella se ruborizó entera y yo sonreí, sabiendo que todavía había ascuas al rojo vivo en esa relación.

Las mías con Hugo eran inexistentes porque mi fogata estaba mojada después del jarro de agua fría que había vertido Enzo, pero el calor de su amistad estaba haciendo que se secara poco a poco.

Esa noche, Hugo dejó a sus amigos de lado y nos fuimos a cenar los cuatro por el centro. Acepté porque Freya y Lucas necesitaban carabina o se separarían. Quise brindar y alejar el mal rollo durante unas horas y lo conseguí. Freya nos habló de su trabajo, de la marca y de su fantástico jefe, pero cuando llegó el turno de Lucas, ella se preocupó por su trayectoria profesional.

—Estaría bien que consiguieras un trabajo, vamos a tener muchos gastos.

—Estoy en ello. Pero de momento, tengo el sueldo del Valhalla.

—Ah, sí…

Lucas me miró con ganas de arremeter contra ella anunciándole que tenía grandes planes para dejar de ser camarero, pero le hice un gesto de calma. Ese era precisamente su problema, que no se permitía a sí mismo ser normal, con un trabajo honrado, se sentía forzado a destacar.

—Podría ser interesante comprar el Valhalla, Lucas —intervine—. Luk y Ani están más cerca de los sesenta que de los cincuenta y necesitan un encargado joven que saque adelante el negocio. Es uno de los más fructíferos de la zona y no creo que Lenny esté interesado.

—O que lo compre tu jefe, Freya, ya que se ha apropiado de la marca de la familia…

—Pues igual se lo comento —contestó ella chulita.

—Hazlo, así trabajaré para él en todas partes.

Le di una patada a Lucas para que parase y se mordió los labios, divertido.

Después de cenar, Freya se fue a su habitación individual y Lucas y yo nos dirigimos a la que compartíamos por cortesía del señor Landon Mortimer, o Lucas Morgan para los amigos.

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta? —me sugirió mi hermano.

—¿Por?

—Estoy esperando una llamada personal…

—¿De quién?

—De Freya. Freya va a llamar a Landon. ¡¿Vas a irte o no?!

—¡Dios… mira que sois raritos!

—Dijo el que hasta hace poco tenía una trieja, y ahora la persona correcta te invita a una copa y le dices que no…

—¿Crees que Hugo es la persona correcta? —pregunté hecho un lío.

—Os gustáis. Eras feliz con él antes de que Enzo se cruzara en tu vida, y ahora que ya has terminado con él, quizá sea vuestro momento.

Sus palabras hicieron mella y me marché de la habitación. Llamé a Hugo que supuestamente se había marchado con sus amigos a una fiesta y me dio una dirección.

Cuando se abrió la puerta, me sorprendió ver que estaba solo.

—¿Y la fiesta?

—No hay ninguna. Me has pillado. He venido solo… —dijo casi avergonzado.

—¿Por qué?

—Me dijiste que vendrías y… yo estaba libre. Pensaba que estarías solo, no recordé lo del patrocinio de Freya hasta que la vi allí.

—¿Has venido por mí? —pregunté halagado.

—Sí. Pero… ¿Por qué me has vuelto a llamar?

—Porque he cambiado de opinión acerca de esa última copa.

—Ah, vale, pues vamos… la noche es joven.

Pero lo frené agarrándolo del brazo y su respiración cambió, haciéndose cargo de lo que significaba.

—Ahora me apetece otra cosa… —susurré lascivo.

Nos miramos y no vi a Enzo en él. Vi a un chico que se preocupaba por mí, un chico que siempre me había querido y que se merecía que le amasen.

El beso fue mejor de lo que recordaba entre nosotros. Quizá porque fue la primera vez que no me sentí culpable por no desear que fuera Enzo. Eso se acabó. Esa vez lo sentí bien y olvidé que Enzo existía. Enterré en un lugar remoto lo embarazoso que sería cuando se enterase de que volvíamos a estar liados y procuré disfrutarlo. Nos lo merecíamos. Fue un encuentro muy íntimo y personal, nada de sexo duro. Sus caricias fueron, sobre todo, sanadoras.

Pasamos una semana fantástica llena de besos interminables en los que quería perderme para siempre y no pensar. A Lucas no le importó que me mudara a nuestra casa sabiendo que estaba bien acompañado, pero todo se estropeó cuando Lenny y Marco volvieron de sus viajes. No por ellos, entendedme, sino porque Enzo volvió a aparecer en mi vida.

—Aitor… quiero comentarte una cosa —empezó Marco apurado.

—¿Qué pasa?

—Quería avisarte de que esta tarde he quedado con Enzo aquí… En esta casa. También vendrán los mayores, y Lucas y Lenny, pero entenderemos perfectamente que no quieras verle.

—¿Vais a hablar del asalto?

—Sí.

—Entonces me quedo. Es mi familia la que está amenazada, no la suya.

—Siento decirlo, pero necesito que Enzo participe en esto.

—Que participe si quiere, pero yo no voy a apartarme.

Marco puso una cara extraña, como si no se fiara de mi estabilidad emocional, pero en ese

momento me sentía fuerte y afianzado en los brazos de Hugo. Le había pedido que no contara nada a nadie para que no nos jodieran otra vez con opiniones externas antes de empezar.

Llevaba días tranquilo, pero fue ver a Enzo y que mi entrecejo se arrugara con saña. Me cabreó su mirada de cachorro arrepentido e infeliz. ¿Por qué no lo era si había elegido lo que quería?

Debería haber disimulado mejor porque estaban los tres reyes delante, pero a tomar por culo.

—Habla tú, hijo —empezó Mak con orgullo mirando a Marco.

—Entraremos en uve —señaló el plano—. Yo iré delante, Luk y Mak serán mis alas, situándose a ambos lados, y detrás, Enzo vigilará la retaguardia de espaldas.

—¿Y el resto? —preguntó Lucas sorprendido.

—¿Y yo? —preguntó Kai casi a la vez. Eran como una calcomanía.

—Los demás no vendréis —contestó Marco parco.

—¡¿QUÉ…?! ¡¿Me estás vacilando?! ¡¿Cómo?! ¡No te lo crees ni tú! —Se escucharon diversas quejas.

—Yo voy —dijo Kai convencido.

—Si tú vas, yo también —replicó Lucas.

—Yo iré con o sin permiso —avisó Lenny.

—Yo también quiero ir —expuse. Y todos me miraron extrañados.

—¿Tú? —susurró Enzo casi burlón, cosa que aún me irritó más.

—Sí, ¿tienes algún problema? Porque si aquí sobra alguien, eres tú.

—Tor… —masculló Marco contrariado—. Le necesitamos.

—Nos necesitáis a todos —sentencié enfadado—. Os superarán en número y podemos aprender a disparar a quemarropa. No será tan difícil…

—¿Te ves capaz de disparar a un ser humano? —volvió a preguntar Enzo—. Porque no es lo mismo hacerlo contra el cartón o un muñeco.

—¿Te pones delante y hacemos la prueba?

Luk y Mak rieron.

—¿Qué te dije? Igual de loco que su madre… —susurró Mak.

—Papá… —intervino Lucas suplicante—. Un día no estaréis, y Dios quiera que esto no nos vuelva a pasar, pero voy a ser padre y necesito aprender a proteger a mi familia…

Mi padre se mordió los labios. Todo un avance frente a su tajante no.

—Lucas tiene razón —opinó Mak—. No les haces ningún favor protegiéndolos, Kai… Ya es hora.

—Pueden sernos útiles —añadió Luk—. Cuantos más seamos, mejor, solo tenemos que confiar los unos en los otros.

—Por favor, papá —musitó Lucas—. Podemos ensayarlo. Seremos rápidos. Saldrá bien. Tal y como yo lo veo, podemos entrar en uve, como ha dicho Marco, Luk y Mak serán sus puntas de flecha, pero las alas seremos Lenny y yo —dijo con seguridad—. Tú puedes cubrirnos y Aitor puede quedarse atrás con Enzo, cuidando nuestras espaldas. Seremos un escudo, todos juntos. Nos protegeremos unos a otros.

—¡Así se habla, chaval! —exclamó Mak—. ¡Podrías haber sido geo!

—De acuerdo —habló Marco—. Vendréis todos y avanzaremos en grupo. Conseguiré algunos escudos blindados.

—Yo paso de escudos blindados, son un coñazo —dijo Mak.

—No son para ti —murmuró Marco con una sonrisa.

—Ni para ti, ¿no?

En vez de contestar, se dirigió al equipo.

—A ver, tenemos poco tiempo. A partir de mañana, quedaremos a las nueve de la mañana en el campo de tiro. Tenéis mucho que entrenar. En cualquier momento, Kali puede llamarme y habrá que actuar rápido. Os quiero ágiles, tenéis que poneros en forma, así que tras el entrenamiento táctico, haremos una hora de musculación.

—Uy, yo paso de las pesas —avisé—. Soy más de abdominales.

—Los abdominales no sirven para nada. Necesitas fuerza.

—Me basta con mi inteligencia, gracias.

Pero no todos pensaban lo mismo, más tarde vi cómo Enzo se acercaba a Marco para recriminarle mi participación. Cuanto más se quejaba de que fuera a ir, más ganas tenía yo de venir. Y aquí estoy.

Me gusta llevar la contraria. ¡¿En qué coño estaba pensando?!

Siempre supe que Enzo sería la causa de mi muerte…

Es mi destino.

5
TODO LO QUE SOMOS JUNTOS

“El amor no es solo cosa de palabras, sino de acciones que demuestren lo que sentimos”
Alice Kellen

Marco hace un gesto y avanzamos hacia la entrada de la casa en la que se supone que está Kali.

Debería estar tranquilo… Llevamos aquí media hora, sobrevolando un dron con un radar móvil que permite detectar el más mínimo movimiento y generar con precisión el plano completo de una casa. Es decir, tenemos las posiciones del enemigo, es «pan comido», como dicen mis tíos, pero aun así, hay demasiado en juego.

Sin paños calientes, no sé si estoy listo para matar a un ser humano.

—Son ellos o nosotros —dijo Luk anoche cuando lo preparamos todo—. Pensad en eso. Pensad en Cora… Pensad que estos mismos tíos empuñaron un arma para mataros hace un mes en lo que dijeron era una tregua. No hay lugar para la compasión.

Todos asentimos. Pero yo no quería tener ese peso en mi conciencia. Quitar una vida, cambia la tuya. Lo sabía por Lenny.

Miro a mi padre y lee en mi mirada que estoy cagado, porque solo alguien que no tiene nada que perder no lo estaría, y yo tengo mucho. Me toco el tatuaje del pecho y pienso en Freya. En lo que estamos construyendo juntos en todos los sentidos. En que ayer, cuando le dije que la quería, optó por el silencio. Y no porque ella no me corresponda, sino porque no quiere hacerlo, que es aún peor.

Cuando terminó el campeonato de surf estaba agradecida conmigo. Lo sé porque cuando llamó a Landon al marcharse a su habitación estuvieron hablando de mí. ¡Estuvimos!

Vi que me llamaba y me acomodé en la cama.

—¡Hola! Estaba esperando tu llamada, ¿cómo ha ido todo?

—¡Genial! Ojalá hubieras estado aquí, pensaba que vendrías…

—Ya, pero me ha sido imposible.

—Era un día importante, Landon.

—Lo sé, por eso te pedí que fueras tú. Sabía que lo harías bien.

—Me he quedado con las ganas de conocerte… y hablar de mil cosas. De trabajo…

—Lo sé, pero hoy quería que te centraras totalmente en Lucas. Necesitaba que lo hiciera bien.

—Y lo ha hecho.

—Ya lo he visto. Tiene una pinta de chulo… —Me metí conmigo mismo para ver si me defendía.

—Sí. Es el típico tío bueno, pero en realidad es muy tímido.

—¿Tímido? —Soné sorprendido.

—Sí. Y respetuoso, y juicioso… No sé. Siendo como es nunca se ha aprovechado de su físico. Si lo hiciera, sería una fuerza de destrucción masiva… —bromeó—. Ninguna mujer escaparía de su control.

Que dijera aquello me explotó la cabeza. ¿Qué insinuaba?

—¿Qué quieres decir?

—Que no explota todo su magnetismo. Pero la cámara sí lo capta como has podido ver…

—Es resultón, pero debe de ser muy tonto si ha dejado escapar a alguien como tú…

Ella rio coqueta.

—Ahora parece haber recuperado el interés…, pero paso de él.

—¿Por qué?

—Dice que no contestó a mis mensajes porque no quería ser el motivo de que volviera a Byron y no aprovechara tu oferta de trabajo en Sídney.

—Ya empieza a caerme mejor.

—¡Venga ya! Es una excusa. Seguro que estaba con otra…

—¡¿Cómo va a estar con otra pudiendo estar contigo?! —exclamé.

«¡Frena, Lucas!».

—Quiero decir, que eso no tiene mucho sentido…

—Nada de lo que hace lo tiene nunca. Ya me he rendido con él.

Escuchar eso me dolió.

—No lo hagas, es el padre de tu hijo. No hace tanto que le querías…

—Sí, pero me ha hecho daño y no voy a ponérselo fácil. No vale con mirarme con cara de bueno y pedir perdón. Si quiere reconquistarme, que se lo gane. Quiero hechos.

—¿Qué hechos? —pregunté con avidez.

—No sé… hacer algo que me demuestre que puedo confiar en él. Y está difícil…

—Bueno, y tú ¿cómo estás? ¿Cansada? Llevo todo el día sintiéndome culpable por tu estado…

—¿Ves? Lucas también se ha pasado el día preocupado por eso, pero cuando lo dices tú, siento que es por mí, y cuando lo dice él, siento que solo lo dice por el bebé. Esa es la diferencia. Yo no le importo.

Me sentó tan mal oír eso que corté rápido la conversación. No estaba de humor para hablar más. Tenía que pensar en un modo de demostrárselo. Y sobre las tres de la mañana, se me ocurrió algo.

Al volver a Byron, fui directo a mi tienda de tatuajes favorita, la de Livy. Esquivé que me atendiera ella y les pedí que me tatuaran la M de Morgan con las alas en el pectoral. Seguro que Freya flipaba.

Lo llevé oculto una semana, y cuando se me curó, elegí el mejor momento para enseñárselo, el día de la primera ecografía.

Le dije que me hacía ilusión escuchar el latido del bebé por primera vez y me dejó acompañarla.

—¿Cómo va el trabajo? —le pregunté de camino.

—Bien. Mi jefe está invirtiendo mucho en publicidad on line ahora que la página web ya está

operativa. Y también van a rodar un anuncio.

—Suena bien.

—Sí… Estoy contenta. Y estoy aprendiendo mucho con el equipo de publicidad que tiene. Me hacen caso y me siento… valorada.

—Me alegro.

Cuando llegamos a la consulta y llegó el momento, el médico avisó a Freya de que se desnudara de cintura para abajo y abriera las piernas porque sería un ecografía transvaginal.

Ambos nos quedamos blancos.

—Ah… ¿no es en la tripa? —preguntó confusa.

—No, me temo que es demasiado pronto para eso. Tenga esta sábana y cúbrase con ella.

En ese momento, me miró indecisa y le rogué en silencio que no me echara de la habitación.

—Me quedaré detrás de ti —le aseguré.

Ella resopló y fue a la cabina para quitarse la ropa. Cuando por fin se subió a lo que parecía un potro de torturas, estaba muy nerviosa.

—Relájate, querida… —le pidió el médico.

¿Pero quién podría relajarse cuando iban a meterle un aparato de plástico enorme por el…?

—Veamos…

Freya dio un respingo y yo le toqué el hombro para que se tranquilizara. Me miró apurada y después a la pantalla con miedo.

—Aquí está… —El médico accionó el sonido y se escuchó un martilleo rápido en todo el habitáculo—. Es ese punto parpadeante.

—Dios… —susurró Freya impactada.

Yo me quedé mirando la pantalla y sentí que la vida me pasaba por encima. Era mi hijo… o hija… Mi familia. Y Freya también. Y no iba a permitir que les pasara nada jamás. En ese instante, sentí que tenía que recuperarla como fuera. Con todas mis armas, con todos mis poderes de seducción que según ella no explotaba.

De pronto, una enfermera entró a la carrera.

—¡Doctor Wilson…!, disculpe la intrusión, pero tenemos una urgencia en el quirófano. Le necesitan. ¿Puede venir ahora?

—Claro. Esto ya está, chicos. ¡El embarazo va perfecto! Vístete y podéis iros. Os llamarán para la próxima ecografía. ¡Adiós!

Salió zumbando y Freya se quedó allí, de piernas abiertas. Toda para mí. Uf…

—Joder… A ver cómo bajo ahora de aquí… —murmuró desvalida.

—Yo te ayudo.

—¡No! ¡Tú quédate al otro lado de mis rodillas!

Pero no obedecí. Había llegado el momento. ¿Tímido, respetuoso y juicioso? Sujétame el cubata….

Me situé delante, entre sus piernas.

—No tienes nada que no haya visto antes —dije chulesco.

—Lucas, por favor… —me advirtió cubriéndose más con la sábana.

Mis manos fueron a parar a sus muslos y sonreí.

—Hace días que quiero enseñarte una cosa…

—¿Y tiene que ser en esta postura?

—Sí, es perfecta. Estás cómoda. Y no tenemos prisa…

—¿Cómoda? ¡Y una mierda!

—Mira esto… —Me quité la camiseta y le mostré el tatuaje.

Nunca la había visto tan atónita. Me acerqué más a ella para que lo viera mejor, haciendo que la sábana subiera por sus piernas.

—¿Te gusta?

Sus ojos brillaron de excitación por la postura y la sorpresa.

—¿Es de verdad?

—Pues claro… —Cogí su mano y la insté a que lo tocara. Ella no salía de su asombro. Su leve caricia en mi pectoral hizo que mi entrepierna despertara.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó aturdida.

—Porque me encanta… Porque es un símbolo que hiciste pensando en mí y que me permite saber lo que significo para ti… y quería… devolverte ese gesto de alguna forma. ¿Qué mejor que tatuándomelo?

Me miró a los ojos conmovida y me lamí los labios.

—No sé qué decir…

—No tienes que decir nada —dije acariciando sus piernas de nuevo. Entonces se tensó—. También quería darte las gracias por… dejarme venir hoy contigo y verlo.

—No hay de qué… —balbuceó notando que mis caricias no cesaban y que había sorteado la sábana para rozar la piel de sus muslos.

—Me gustaría decirle algo… ¿puedo? —Señalé su vientre.

—¿Qué?

—A mi hijo —Llevé mi mano bajo la tela hasta su vientre, sin dejar de acariciarla—. ¿Puedo?

—Supongo… —musitó tragando saliva. No parecía desagradarle mi contacto.

—¿Y si lo vemos de nuevo…? —dije agarrando esa especie de micrófono—. No creo que el doctor vuelva pronto…

—¡¿Te has vuelto loco de repente?! —jadeó ella aprisionándome entre sus piernas y agarrándome el brazo.

—La pantalla está encendida, solo tienes que relajarte, Freya…

—¡Lucas, deja eso, que te cargas la máquina! —bramó roja hasta las orejas.

—Confía en mí… —dije lobuno—. No voy a tocarte con mis manos, ni voy a hacerte daño… Relájate —Volví a acariciar su vientre con mi mano libre y acerqué el artilugio a su entrada con la otra. Empecé a pasearlo por fuera, de arriba abajo, como lo haría con un vibrador, bordeando sus labios y subiéndolo hasta el clítoris.

La oí jadear.

—Sería una pena desperdiciar este lubricante… —murmuré.

La vi cerrar los ojos con fuerza, mientras rozaba el mango contra sus puntos erógenos con suavidad, sin llegar a penetrarla.

—Lucas, por Dios, para…

—Es que ese punto palpitante me ha dado envidia, porque sé lo de puta madre que se está dentro de ti… Tan caliente y húmeda…

La vi agarrarse a la silla para soportar el placer y empecé a insistir en su clítoris con más empeño y ritmo. Su cuerpo se tensó aún más.

—Sentirse comprimido por tus músculos es una delicia… y deslizarse dentro de ti, alucinante… —Introduje la sonda con suma suavidad y volví a sacarla al momento. Ella gimió desesperada por más.

Pero pronto me di cuenta de que ese trasto no le ofrecía la fricción deseada y empecé un movimiento circular por sus paredes que pareció volverla loca. No obstante, seguía sin ser suficiente.

«¿Sabes lo que sería suficiente?», pensé notando mi erección de caballo.

Mandé la sonda a tomar por culo al escuchar sus sonidos lastimeros y la sustituí por mi mano, abalanzándome sobre ella.

Pero al sentir mi contacto pareció salir del trance.

—¡No, Lucas! No me toques… —Me presionó los brazos.

Aparté la mano al momento y quise alejarme de ella, pero me tenía agarrado con fuerza y no me soltaba.

Nos miramos a los ojos, impresionados y excitados, y leí en su mirada que me deseaba, que me quería, pero a la vez le humillaba sentirlo porque todavía le dolía.

—Lo siento… Perdóname —musité avergonzado.

—No pasa nada…

—Me refiero a todo el daño que te he causado desde… siempre.

Ella me clavó la mirada mientras los recuerdos de nuestra vida abarcaban todos los momentos que recogía ese dolor y sus ojos comenzaron a brillar.

—No te lo merecías… —sentencié.

Esa frase la dejó sin palabras, como si siempre hubiera pensado lo contrario. Solo por eso me acerqué a ella y le robé un beso corto y suave. Mis labios se cerraron sobre los suyos por primera vez en meses, fue tan lento y esponjoso que ni siquiera le salió empujarme. Las ganas de capturar mi sabor le ganaron la batalla, pero enseguida despegué mis labios.

—Esperaré lo que haga falta hasta que me perdones…

Me aparté de ella y le dejé intimidad para que se vistiera.

En el camino de vuelta a casa, no hablamos. Solo le pregunté si estaba bien y me contestó que sí.

Al bajarnos del coche, la acompañé hasta su puerta. No sé qué esperaba, pero algo. Sin embargo, ella se despidió y entró en su casa.

Bufé algo amargado, porque sabía que algo había cambiado, habíamos dado un paso, pero desconocía si hacia adelante o hacia atrás.

Quizá con Landon fuera menos críptica sobre cómo se sentía, pero para mi sorpresa, sobre las ocho y media de la tarde me escribió. ¡A mí! A Lucas…

«Me gusta tu tatuaje», ponía simplemente. Y eso significó más para mí de lo que podáis imaginar.

«Me alegro», contesté. «A mí me gustaría haberte llevado hasta el orgasmo», me arriesgué a poner, «y podía haberlo hecho sin tocarte, como te prometí, pero me han podido las ganas y lo he estropeado».

Tardó en contestar, pero permaneció en línea.

«No pasa nada».

«¿Me habrías dejado continuar?», me mordí los labios.

«Quiero pensar que no, pero seguramente mentiría… No estoy orgullosa».

«Pues deberías… Siempre me gustó tu vena temeraria».

«Yo no tengo de eso»

«¿Cómo? ¡No engañas a nadie! Siempre fuiste una rebelde…;)».

La imaginé sonriendo y di gracias a Dios por estar entablando una conversación por mensaje instantáneo.

«A Christopher le avergonzaba esa parte de mí», apareció en pantalla.

«Christopher era tonto. Nunca entendí lo que pintabas con él. No podíais ser más distintos».

«No hay que hablar mal de los muertos».

«¿Quién lo dice? Hitler también era un gilipollas».

La imaginé sonriendo de nuevo contra su voluntad.

«No puedo creer que te hayas hecho ese tatuaje…», tecleó.

«¿Por qué no? Siento que me pertenece. Es un regalo que me has hecho y que nunca quiero olvidar. Es para siempre».

Tardó en contestar. La imaginé pensando en muchas cosas durante ese minuto.

«Nada es para siempre, Lucas», escribió sin más.

«No es cierto. Cada latido de ese bebé es un vínculo eterno entre nosotros. Gracias por dejarme escucharlo».

«De nada. Buenas noches», cortó la conversación.

No sabía qué había dicho para que se fuera tan rápido. Necesitaba al oráculo de Dani, pero no estaba tan loco como para enseñárselo. Confiaba en que Landon me aclarará la cosas, y lo hizo en su posterior llamada, unas horas después.

¿Le parecía normal llamar a su jefe a las once de la noche? Quizá no debería cogérselo, para que dejara de obsesionarse tanto con él, pero era yo el que no podía resistirse a oírla.

—Freya… Hola…

—¿Qué tal el día?

—Largo y desesperante.

—Uy, te noto un poco estresado. ¿Qué te ha pasado?

—Hoy la he visto… —confesé—. Y ha sido… no sé lo que ha sido, pero estoy hecho un lío. Hemos tenido un acercamiento, pero ahora que están a punto de solucionarse las cosas, creo que ya no se fía de mí… —Tenía que andarme con ojo o me pillaría en breve—. Además he tenido que aguantar a los de compras todo el día —añadí para distraerla.

—Me lo imagino. ¿Qué les pica ahora? ¿Puedo ayudarte?

—Son muy pesados. Mejor que no te incordien a ti también. ¿Qué tal tu día?

—Pues hoy he tenido la primera ecografía…

—¿Y qué tal ha ido?

—Bien. Está todo bien. Hemos oído su latido.

—¿Hemos?

—Lucas ha querido venir.

—Ah, qué bien…

—Sí.

¡¿Es que no pensaba contarme nada?!

—¿Qué tal con él? ¿Estáis mejor?

—Depende de lo que entiendas por mejor… ¿Sabes que se ha hecho un tatuaje de la marca? La M con las alas…

—¡¿Qué me dices?! Madre mía… ¡Ese chico te quiere!

—A ver, es su nombre… La M de Morgan. Y las alas son importantes en su familia.

—Sí, pero ese logo lo has creado tú.

—Ya, bueno…, ¿podemos dejar de hablar de él? Esta mañana he estado repasando la próxima campaña, y creo que deberíamos pedirle a alguien famoso, o un influencer, que nos ayude a promoverla un poco. Tengo un par de personas en mente…

Que no quisiera hablar de Lucas me dolió, pero después de pensarlo un rato, llegué a la conclusión de que era porque le había removido algo por dentro. Eso, sumado a la conversación que habíamos mantenido, me dio esperanzas.

Y me las dieron todavía más que al día siguiente, cuando le escribí «Buenos días» por la

mañana, me contestara enseguida. A Lucas.

«Buenos días»

«¿Cómo estás hoy?»

«Como siempre. ¿Y tú? ¿Tienes el día muy liado? Se me ha ocurrido una idea», escribió directa.

«Tengo un hueco de 11.30h a 14h. ¿Te vale?».

«Me vale».

«Pues soy todo tuyo. Mi anatomía al completo. ¿En qué puedo servirte?».

Que me sacara la lengua me gustó.

«No te hagas ilusiones, solo necesito una parte de tu anatomía».

«¿Cuál? Algunas están en oferta y otras en 2x1».

Me lanzó más emoticonos sonrientes. ¡Ya era mía!

«Necesito tu tatuaje, unas gafas de sol y tu tabla de surf. Quiero que mi tío Iker te eche unas fotos de catálogo con su réflex».

«¿Y qué conseguiré yo a cambio?», escribí sibilino.

«¿Qué quieres?», respondió valiente. ¡JODER! Quería tantas cosas de ella y con ella y sobre ella… o debajo.

«Una cita contigo».

«Define cita. ¿Cuánto tiempo y dónde?».

«A cenar, este sábado, en tu italiano favorito y después un helado».

«Recógeme a las nueve. Ni un segundo más tarde. Y me dejarás en casa a las doce».

«¿Como Cenicienta?».

«Mismamente».

«Tenemos un trato».

No pensaba desaprovechar esa cita; era mi oportunidad. Pensé mucho en qué temas de conversación sacar, no quería cabrearla, solo que disfrutase de mi compañía como nunca había podido hacerlo antes. Ser el Lucas que siempre quiso que fuera con ella, pero sin miedo a demostrarle lo mucho que me gustaba y cuánto me importaba.

Y creo que lo conseguí porque la hice reír, procuré que se relajara y no mencioné en ningún momento nuestra situación actual, ni siquiera al bebé, sin embargo, hacia el final de la velada, comenzó a estar rara.

—¿Te pasa algo?

—Quiero ser sincera contigo, Lucas…

¡Guau! Eso parecía importante. Y un poco preocupante también.

—Desde que me fui de Byron, he cambiado.

—¿En qué sentido?

—En que… ya no soy esa chica que suspiraba por ti. Y solo por ti. Necesito que sepas que, hoy por hoy, hay alguien más en mi vida.

—¿Qué…? —contesté alelado. NO ME JODAS…

—Me gusta alguien —confesó cohibida—. Lo digo porque la cita está yendo bien y quizá, no lo sé…, al final esperes un beso o algo así. Y quiero que sepas que no es que no te perdone todo lo que me has hecho, porque creo que ya lo he hecho… Es solo que, no quiero volver a sentir que dependo del amor de un hombre para sentirme válida, ahora tengo mi trabajo y, por otro lado, tienes que saber que si pongo freno a lo nuestro en un momento dado es porque… hay otra persona.

—¿Quién? —pregunté desconcertado.

—No le conoces…

—Pero… ¿Qué tipo de relación tenéis? ¿Es algo serio?

—No. Ni siquiera estamos juntos. Es una relación estrictamente laboral. No puede pasar nada porque es mi jefe, pero siento algo por él.

Cuando entendí que se refería a Landon suspiré aliviado. ¡Qué puto susto! Pero luego lo pensé mejor y me di cuenta de que no hay mayor rival que uno mismo… ¡Mierda!

—¿Tu jefe?

—Sí, se ha convertido en un buen amigo.

—Pero… ¿estás enamorada de él?

La vi tragar saliva como si no quisiera admitírselo ni a ella misma.

—No… Ni siquiera lo conozco en persona. Pero puede que lo que sienta por él impida que me enamore de otro ahora mismo. O que vuelva a enamorarme de ti tan fácilmente…

Me quedé callado. No pensé que Landon pudiera ser un obstáculo.

—Lo siento. No lo planeé… —añadió—. Quería ser sincera contigo.

—Gracias… —grazné.

«Que no cunda el pánico», me dije. No debía sentirme celoso, ¡ese tío también era yo!, pero lo estaba. Y terriblemente acojonado por cuando llegara el momento de contárselo.

En resumen, no puedo morir en este puto asalto porque todavía tengo muchas cosas que solucionar en mi vida.

Miro a mi padre y me promete con los ojos que no dejará que nos pase nada. Y le creo.

Entramos en la casa, es la hora de la verdad.

6
EL ARTE DE LA GUERRA

“Ganará quien sabe cuándo pelear y cuándo no pelear.”
Sun Tzu



Sé que tengo un problema cuando me muero de ganas por entrar en una casa para matar a alguien. Quien sea. Para mí, cualquiera que quiera hacerle daño a nuestra familia debe morir. Punto. Mi mente analítica y fría no puede verlo de otra forma. Ya no.

El tío que volvió de las Maldivas con su novia y sus padres hace un par de semanas no está aquí. Se quedó allí y no quiso volver. Y el de ahora sabe que nunca podrá estar tranquilo ni ser del todo feliz hasta que todos los habitantes de esta maldita guarida mueran.

Bueno, menos Kali. Él puede morir otro día, como James Bond.

«¡¿De qué coño va?! ¡¿De héroe de pacotilla?!», pensé cuando me enteré de que estaba compinchado con Marco y Enzo para infiltrarse en el cártel.

Si cree que por esto empezará a caerme bien, está muy equivocado. Seguro que tiene unas razones perfectamente egoístas para hacerlo. Él mismo me lo confirmó cuando me lo encontré en el baño del Manhattan tras la tregua fallida.

A Lucas se le cruzó el cable con ir allí después de que nuestros padres nos trataran como a críos ocultándonos el complot de la tregua.

Queríamos demostrar que éramos tan hombres como ellos, pero al llegar al club, nos dimos cuenta de que no encajábamos allí.

En teoría, lo hicimos todo bien: pedimos un reservado con chicas, nos procuraron droga y dejamos nuestras armas sobre la mesa para demostrar que éramos muy duros. Por mi parte sentía que aquel no era sitio para un hombre enamorado. Bueno, para uno correspondido, porque enamorados estábamos todos. Pero no importó porque desde el minuto uno todo fue una jodida pesadilla.

Al entrar, las chicas se acercaron cariñosas, pero no creía que fueran a ir tan a saco, y cuando una se dejó caer en mi regazo y no la sujeté al vuelo de la espalda, se despeñó hacia atrás, cayendo al suelo.

—¡AH!

—¡¿Caty, estás bien?! —gritó su compañera cuando vio que no se levantaba del suelo

enseguida.

—¡No, creo que me he roto algo! La clavícula o algo así, no puedo moverme.

Mis ojos como platos descubrieron los de mis primos.

—¿Qué le has hecho, Lenny? —me acusó Aitor.

—¡Yo nada!

—¡Exacto, nada! ¡No me ha cogido!

Levanté las manos como si no supiera que se esperaba eso de mí.

—Ayudadme a girarla —se activó Lucas—. ¿Te duele mucho?

—Sí…

—Id a llamar al encargado.

—¿Quién me mandaría a mí…? —lamentó—. Yo quería ser veterinaria.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Aitor.

—No me llegó la nota para entrar…

—Yo tampoco pude ir a la universidad.

—¿Sabéis que ese no es el único camino, no? Hay cursos de auxiliar de formación profesional que te permiten trabajar y más adelante, que te convaliden gran parte de las asignaturas… Después también se puede…

—¡¿Qué les estás diciendo a mis chicas? —Apareció el encargado enfadado.

—Nada, nada… —Aitor estuvo rápido lanzando su chaqueta sobre las armas.

—Ahora se llevarán a Caty, las demás ¡a trabajar! Chicos, la casa os invita a una botella de whisky.

—Gracias… —barruntó Lucas.

Las chicas nos miraron con cara de circunstancias cuando dos gorilas aparecieron con una camilla y se la llevaron con nuestra ayuda.

—Vete si quieres —le dije a una chica que se dirigió a mí y que parecía realmente preocupada por su amiga—. Ya está pagado. Vete con ella.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Gracias!

—Podéis ir todas, les diremos a vuestros jefes que habéis cumplido.

Se pusieron tan contentas que cuando nos quedamos solos ninguno recriminó nada, sino que estábamos satisfechos, e incluso Aitor.

—Pobres chicas… —opinó este último—. Creo que la semana que viene pagaré una sesión privada con cada una de ellas para orientarlas sobre sus opciones.

—Quién te ha visto y quién te ve, Tor —dije con guasa.

—¿Y a ti? ¿Que casi desnucas a una chica por estar enamorado?

—Yo no he hecho nada… Ni pensaba hacer nada con ninguna. No necesito follarme a nadie para demostrar nada. Precisamente en eso, les damos mil vueltas a nuestros padres. Con nuestra edad no habían hecho ni la mitad que nosotros.

—Es verdad —dijo Lucas—. No creo que papá follase mucho en la cárcel… —dijo desabrido —. Vamos a beber y a reírnos un rato —Señaló las bolsitas con toda clase de sustancias.

—Primero voy al baño —anuncié.

—Y yo voy a ponerme la chaqueta —dijo Aitor—. Aquí hace más frío que en un quirófano…

—Es para que a las tías se les endurezcan los pezones —discurrió Lucas—. Y ponen esta luz oscura para que apenas les veas la mala cara que ponen y lo poco que lo están disfrutando. Es penoso…

De pronto, Aitor cogió la chaqueta y se escuchó un disparo.

Todos nos asustamos y vimos el agujero en la pared.

—¡¿Pero qué cojones haces?! —gritó Lucas, poniéndose de pie.

—¡Yo no he hecho nada! —contestó Aitor—. Solo he cogido mi chaqueta.

—¿A alguno se le ha olvidado poner el seguro?

—No me jodas… —susurré—. ¿Podía haberme volado los huevos?

Aitor se los agarró con pánico. Eran su bien más preciado.

Lucas revisó las pistolas, le puso el seguro a una y las escondió detrás de un cojín. Después movió una mesa para tapar el disparo de la pared justo cuando apareció alguien.

—Hemos escuchado un ruido extraño… ¿Va todo bien?

—Ha sido en el reservado de al lado —dije rápido.

—Gracias —Y se fue.

Vi a Lucas pasarse las manos por el pelo angustiado.

—¿Qué pistola era? —preguntó Aitor.

—La mía… —admitió L—. Tengo muchas cosas en la cabeza, ¿vale?

Ninguno dijimos nada. Suficiente tenía ya encima.

Les dije que iba al baño y cuando por fin lo encontré, me topé con Kali de frente y nos quedamos mirándonos como dos bobos.

—¡¿Qué coño haces tú aquí?! —pregunté alucinado. En ese momento se me pasaron mil cosas por la cabeza. Que nos había traicionado. Que nos había seguido. Que venía a matarnos.

—¡¿Y TÚ?! —espetó todavía más enfadado.

—¡Hemos venido a relajarnos!

—Hostia puta… —Se llevó la mano a la frente—. ¡Si nos ven hablando, podría joderse todo el plan! ¿Desde cuándo venís aquí? ¡Pensaba que estabas con Charlotte!

—No menciones su nombre. —Me acerqué a él amenazante.

Llevaba encendido desde que supe que «Enzo desangrándose en mis brazos» era un puto montaje. ¡Conocía a ese tío desde que era un niño! Un niño que volvía a tener las manos manchadas de sangre…

¡¿De qué demonios iban todos, joder?! Estaba furioso.

—Tranquilito… —Me apartó molesto—. No estoy para tías…

—No es una tía, sino una mujer que te da cien mil vueltas.

—Lo sé, lo sé. Mi padre me lo recuerda cada día. No sé por qué tenéis tanta fijación con esa chica, ¡ni que tuviera el coño de oro!

—Se está rifando una hostia y tienes todas las papeletas…

—Joder, te prefería cuando no hablabas. Te huele el aliento, ¿sabes?

—¿Por qué nos ayudas? —cuestioné como si no me fiara de él.

—Eso es cosa mía, no pienses que es por vosotros.

—No lo pensaba.

—Bien. Se cargaron a Chris y van a pagar por ello.

—¡Christopher era uno de ellos, Kali! Él se lo buscó tratando con esa clase de gente, ¡y tú te lo estás buscando también!

—¿Acaso te importa lo que me pase?

—No, pero a Cora sí.

—También lo hago por ella. La atropellaron y van a morir todos.

—Estás loco…

—Tu padre dice que soy valiente.

—Lo que eres es idiota.

—¡Y tú un puto bocazas!

Me agarró y yo a él. No teníamos remedio.

Pero entonces miró a lo lejos y la cara le cambió de golpe.

—Lo siento, tengo que hacerlo…

Y de pronto perdí el conocimiento. Lo siguiente que recuerdo es a Lucas palmeándome la cara y gritando mi nombre histérico.

—¡Lenny…! ¡Joder, menos mal! ¡¿Qué te ha pasado?!

Me llevé la mano a la mandíbula porque me dolía un huevo.

—El puto Kali me ha noqueado —mascullé incrédulo.

—¡¿Qué?! ¡¿Está aquí?!

—Sí… Están aquí.

Vi que Aitor y Lucas compartían una mirada seria, pero yo seguía aturdido al entender que Kali podría haberme noqueado cuando quisiera a lo largo de mi vida y no lo había hecho. ¿Qué significaba eso? Manda cojones que la única vez que lo hiciera fuera para salvarme de un sicario que estaba a punto de descubrirnos.

—Voto por ir a por ellos —dijo Aitor enfadado—. Es nuestra oportunidad para demostrarles a nuestros padres y a Enzo que somos capaces de encargarnos de nuestros asuntos.

—Kali me ha dicho que podríamos joder el plan —expuse.

—¿Por qué, no le quedan balas de fogueo? —dijo Aitor molesto.

—Podríamos acabar con esto esta misma noche —le dije a Lucas—. Así no le deberíamos ningún favor al puto Kali…

Lucas nos miró pensativo, dándose cuenta de que Aitor y yo estábamos dispuestos a liarla. Era como si estuviera visualizando el futuro de lo que podría pasar, observando su destino, eligiéndolo.

Y entonces sucedió algo inaudito. Encomiable. Épico…

—Vámonos de este puto antro —masculló—. Ya nos hemos metido en suficientes líos. No pintamos nada aquí, nosotros no somos así.

Echó a andar y le seguimos sin rechistar. Le seguimos sintiendo un orgullo incalculable, cayendo de rodillas antes su madurez, ante su astucia por haber encontrado por fin su papel en el mundo, el de no cometer los mismos errores que su padre y hacer las cosas mejor.

Estoy seguro de que mi tío Kai se habría sentido orgulloso de él.

Marco llega a la primera habitación con sigilo y dispara a uno de los ocupantes de las camas. Mi tío Mak dispara al otro y una sensación extraña recorre mi cuerpo al oír la respuesta silenciosa de la muerte. Es la misma que sentí a los diez años cuando abatí al asaltante en nuestra casa. Y a mi madre, claro… La sensación se convierte en un malestar descomunal con el que no contaba. La verdad es que no esperaba sentir ni pena ni gloria.

Marco avanza despacio hasta que se detiene y levanta el puño: es la señal para que nos quedemos inmóviles. Se escuchan pisadas cerca.

Marco mira a mi padre y los veo asomarse con rapidez para disparar a los blancos en movimiento.

—¡Isaac! —grita uno de ellos. Y mi padre le dispara sin pestañear.

La imagen me deja en *shock*.

Marco ordena que avancemos rápido. Mis primos, a los que considero mis hermanos, obedecen, pero yo no me muevo. De pronto, alguien abre fuego desde el final del pasillo y nos ponemos a cubierto como nos han enseñado, rodando por el suelo y manteniendo la espalda

pegada a una pared.

¿El peor momento de mi vida? Este, sin duda.

Porque no sé si le han dado a alguien, no sé dónde estoy y no controlo lo que siento. Hago un esfuerzo por recordar el plano de la casa. La planta era cuadrada y al salón central lo rodeaba el pasillo de las habitaciones por tres flancos, con diferentes aberturas a la estancia en las que somos vulnerables.

Veo que un tipo intenta cruzar por una de ellas y disparo apenas sin apuntar. Él también abre fuego contra mí y me lanzo detrás de un sofá. La situación me recuerda a un *paintball*, solo que esta vez las balas no son de pintura, sino de verdad.

El corazón me palpita frenético. Esto va en serio. ¡Alguien podría volarme la puta cabeza! O peor, a uno de mis seres queridos. ¿Qué pasaría conmigo si ocurriera? ¿Dejaría de hablar de nuevo? No, ya no soy ese tío. Ahora soy un tío que hace quince días volvió del mejor viaje de su vida, acompañado de sus padres a los que ya daba por perdidos, y por la mejor novia que alguien podría desear. Una chica que ha hecho que todo vuelva a importarme. Pero ahora estoy aquí…

«¡Céntrate, joder!», me reprendo.

No es momento para recordar las horas en el paraíso para que el cerebro se me haga mantequilla. Todo fue perfecto. Ver a mis padres tan unidos me hizo muy feliz, pero al tercer día, nos enteramos de que Freya estaba embarazada y la noticia tambaleó la armonía tropical.

—¿Y Marco se va a ir a Cannes? —escuché a mi padre preocupado hablando por teléfono—. Quizá debería volver ya…

—Ni de coña, estás de luna de miel, lo tengo controlado —imaginé que le contestaba mi tío Mak.

—Pero si Freya vuelve a Byron y encima está embarazada…

—Cálmate —lo cortó—. No pasará nada. Freya no va a salir de su casa, y yo mismo haré guardia día y noche.

—¡Tú solo no puedes!

—No estoy solo. Están Kai y Lucas. Y si ese chico es la mitad de protector que su padre, no creo que vuelva a dormir en su puta vida…

—Pero han soltado al capitán —insistió mi padre preocupado.

—Y va a estar escondido un tiempo. Esperará para actuar y lo sabes.

—No me gusta que Marco no esté en Byron. ¿Y si pasa algo?

—No pasará. Pronto volverá. Tenía que irse con Luz para no olvidar por qué luchamos… Haz tú lo mismo y quédate tranquilo. Tu hijo está contigo.

—Si no, ya estaría cogiendo un avión…

—Lo sé. Pero confía en mí. Todo irá bien.

—Vale…

—¿Ocurre algo? —le pregunté a mi padre cuando colgó. No me gustaba que su expresión de agobio hubiera vuelto a su cara.

—No. Todo va bien —intentó sonreír. Dios sabe que no se merecía que le jodieran su nuevo comienzo, así que no insistí.

Por otro lado, mi madre también había cambiado su expresión y no dejaba de hablar del bebé de Freya. Era evidente que era una querencia que todavía estaba latente en ella y que nunca olvidó.

—¿Os dais cuenta de que por fin va a haber otro bebé en la familia? Después de tanto tiempo… Ahora mismo Neo tendría diez años…

Esa frase volvió a hundirme en la miseria. A todos, en realidad, porque nos quedamos

callados.

—¿Con cuántos años ibas a tenerlo? —preguntó Carlota.

—Con 42. Ya habíamos perdido toda esperanza de tener más hijos porque siempre tuve una reserva ovárica baja, pero después de eso, ya fue imposible.

—¿Y no os planteasteis adoptar?

—No —respondió mi padre—. Ya teníamos suficiente con intentar que Lenny volviera a la normalidad…

—¿Y ahora? ¿Por qué no adoptáis ahora?

—¿Qué? —dijo mi madre sorprendida. Como si esa posibilidad no hubiera pasado por su cabeza—. Ya somos demasiado mayores…

—No hablo de un bebé. Has dicho que Neo tendría diez años, ¿por qué no adoptar a un niño de esa edad? Si os sigue faltando eso, no veo por qué no…

Miré a Carlota sin entender quién la había colocado en mi vida para hacerla mejor. Que me sonriera y uniera su mano con la mía me dio más tranquilidad que nunca. Sus gestos curaban mi inseguridad por momentos.

—Yo no creo que seáis tan mayores —opiné.

—Los servicios sociales son los que deciden eso —murmuró mi madre con tristeza.

—No sería empezar de cero —insistí—. Y además, me tenéis a mí. Yo podría ayudaros.

—Podríamos ayudaros los dos —me corrigió Carlota. Y en ese momento la amé más que nunca. Más que todas las veces que me había hundido en ella desde que le dije que la quería en esa roca. Fue como si toda esa adrenalina cobrara sentido uniéndose a cualquier causa en la que yo quisiera comprometerme. Allí sentí que era más que mi novia, aquello era un compromiso de por vida.

—Si es lo que queréis, no estáis solos —dije como colofón.

Mis padres se miraron y nos dieron largas, pero les esperaba una larga noche de hablar sobre el tema con sus cuerpos entrelazados en la cama. Yo tampoco podía dormir, así que salí a la terraza para tumbarme en una especie de balancín gigante con cojines.

Carlota no tardó en aparecer y me gustó que no encendiera ninguna luz, porque la de la luna resplandeciendo en el agua era suficiente.

Se abrazó a mi cuerpo como si fuera un koala y nos quedamos allí.

—Esto es lo más parecido al cielo que podría soñar —musité.

La sentí sonreír contra mi pecho desnudo.

—Lo mismo digo —murmuró afianzando su abrazo—. ¿Eres feliz?

—Ayer pensaba que no podía serlo más, pero es mentira. Siempre se puede más…

—¿Lo dices por tus padres?

—Lo digo porque Lucas y Freya me han dado envidia.

Ella me miró asustada.

—¿Quieres ser padre? ¡Somos muy jóvenes! Nos queda mucha vida por delante.

—Lo sé, no estoy pensando en eso.

—Ah, menos mal…

—¿Tú no quieres tener hijos?

—Hoy por hoy, no. Pero como soy científica y sé que estamos programados biológicamente para reproducirnos, quién sabe si un día se me cruza el cable y los bebés me parecerán demasiado monos como para no tener uno. La naturaleza es una trampa mortal y no se puede escapar de ella, igual que del amor.

Me entró la risa.

—¡Eres única!

—Es ciencia. —Se encogió de hombros.

—Pero tú sabes que los humanos evolucionamos por momentos, ¿no?, y si algo nos diferencia de los animales es que podemos pensar y elegir lo que queremos. Podemos desafiar los límites y las normas establecidas.

—Hasta cierto punto. Hay muchas cosas que no puedes elegir.

—¿Como qué?

—Como lo que deseas.

—¿No puedes elegir lo que deseas?

—Muchas veces no. ¿O ya no te acuerdas de cómo te resistías a mí al principio…? —dijo con una sonrisa que tuve que acercar a mi boca.

—¿Cómo podemos ser tan estúpidos los hombres? —susurré en sus labios.

—Ni idea…

La besé con ganas y ya no pudimos parar. Lo cierto es que no hemos parado desde que volvimos a Byron. Es lo que tiene sentir a la muerte soplándote la nuca. Hemos dormido casi todos los días en mi casa, excepto uno, donde acusamos tanto la falta del otro que después tuvimos que hacer horas extras en la piscina…

—Ni se te ocurra —musitó C divertida cuando vio mis intenciones de llevarla contra un lateral y apartarle el bikini en pleno día.

—No nos verán… —dije lascivo lamiéndole la oreja. Volvía a tener el pelo largo y las gotas caían por mí cara. Aun así, estaba al rojo vivo.

La vi cerrar los ojos con gusto al atacar su punto débil.

—La casa está llena de gente, Lenny…

—¿Te refieres a Marco y Luz? Si esos ni comen desde que han vuelto de Cannes. Y no me hagas hablar de Aitor y Hugo… ayer los pillé en la cocina y vi cosas que nunca hubiese querido ver.

—¿Echas de menos a Lucas? —preguntó suspicaz.

—En este momento no… —Le solté las tiras del bikini y acomodé su entrepierna contra mi erección en el bañador—. Quiero sentirte…

—¿No me has sentido ya suficiente el último mes?

La miré a los ojos preocupado de que ella estuviera harta de mí, así de frágil era mi ego todavía. Era feliz, pero seguía teniendo la sensación de que Dios podía arrebatármelo todo en cualquier momento, como decía Benson Boone sobre las cosas bonitas de su vida.

—No. ¿Y tú…? ¿Ya has tenido suficiente de mí?

La vi sonreír.

—Nunca… Nunca me cansaré de ti. No hay nada que puedas hacer que me separe de ti.

—¿Y si necesito estar aún más cerca? —susurré lascivo, apartando su bañador—. ¿Y si necesito estar dentro?

—Oh… —gimió cuando me introduje en ella hasta el fondo agarrada a mi cuello.

Me moví sobre ella y terminamos besándonos sin necesidad de llegar al orgasmo. Solo quería sentirme conectado con ella. Era bestial.

—Yo nunca te dejaré… —dije por fin.

Pero esa promesa podría caer en saco roto si una bala me alcanza, cosa probable si me despego del grupo, y que Marco señaló con ahínco que no hiciéramos. Tengo un mal presentimiento.

Oigo sonidos de pisadas cerca de mí y más disparos. Repto por el suelo hacia un lado del sofá para intentar ver algo, pero es difícil concentrarme con el corazón rebotando en mi pecho a mil

por hora.

—¡¿DÓNDE ESTÁ LENNY?! —escucho gritar a mi padre a lo lejos, pero no contesto para no delatar mi posición.

De pronto, me asomo y veo aparecer a un niño pequeño por una de las puertas. ¡¿Qué cojones…?! ¡No tendrá ni tres años!

Oigo más disparos amortiguados y me desconcierta no saber hacia quién van dirigidos.

El chaval, al ser una miniatura, se cuela entre los muebles como si nada pasara, e intento llamarle.

—Psss, psss… —Pero no me sitúa. Oye campanas y no sabe dónde. ¡Es un maldito bebé grande!

Entonces veo aparecer a Kali con cara de pánico buscando al niño. Al verme acechándole, se asusta, pero recupera la calma al reconocerme. Me señala al niño para que lo agarre porque estoy más cerca de él, pero no dejo de estar parapetado tras el sofá.

Le señalo la boca indicándole que lo llame por su nombre. Kali niega con la cabeza y me señala el hueco por el que se oyen disparos, avisándome de que, en cualquier momento, el niño quedará expuesto.

Sus ojos me transmiten que ese crío está a punto de sufrir un daño psicológico irreparable y al instante mi mirada cae al vacío al entender que es un niño en medio del fuego cruzado.

Esas cosas no se olvidan, yo lo sé muy bien y Kali también parece saberlo. Una vez escuché decir a los mayores que nuestro vecino era un adolescente problemático porque había tenido una infancia dura en la guerra. No entendí a qué se referían, pero ahora, al ver su expresión, todo cobra sentido.

Salgo de mi escondite sin pensar y agarro al niño con rapidez, lo que le hace soltar un grito que desencadena el llanto. Todo sucede muy deprisa. Un hombre aparece, pero mi arma no le está apuntando porque estoy sujetando al pequeño. Él sí empuña la suya contra mí con expresión siniestra y cuando me giro para proteger al niño con mi cuerpo, oigo un disparo.

Un instante después estoy en el suelo, pero no siento nada. Mi cuerpo ya no importa, solo el hecho de que al crío se le ha cortado el llanto de golpe; no sé si del susto o porque le han dado, y el miedo atraviesa mi cuerpo dejándome lívido mientras oigo más disparos y gente que cae al suelo. Esto es una maldita pesadilla.

A mí no me duele nada, pero creo que tampoco lo percibiría porque llevo mi muralla antidolor que no me permite sentir nada de nada.

—¡Maldita sea! —Escucho mascullar a Marco, agachándose a mi lado—. Aguanta, joder…

Pero no me habla a mí, sino a… ¡Kali! Lo veo tirado en el suelo, delante de mí, con sangre en la clavícula y la imagen me afecta en lo más profundo de mi ser. Se supone que estaba listo para ver cualquier cosa hoy, pero no para ver cómo, precisamente él, se lleva un balazo por mí.

—Estoy bien… —gorgotea Kali—. Termina el trabajo, Marco. No te preocupes por mí. Que no se escape nadie, son siete. Isaac es el señor Smith…

—Ya lo hemos abatido —le informa—. Ahora no hables. Respira hondo. Todo ha terminado.

Mak llega acelerado y ve el percal.

—Mierda… ¿Es grave? —pregunta al ver a Kali herido. Después me mira a mí para evaluarme—. ¿Tú estás bien?

Por un momento tengo que buscar mi voz, porque ya la había perdido de nuevo.

—Sí… Estoy bien. ¿Dónde está mi padre?

—Enseguida viene… —murmura poniendo los ojos en blanco. Me extraña que no esté ya aquí muriéndose de preocupación por mí—. Se ha vuelto un poco loco y he tenido que noquearle —

Se encoge de hombros—, enseguida despertará. ¿De dónde ha salido ese niño? —Lo señala.

De pronto lo miro y veo que permanece callado calibrando si somos buenos o malos. Dos lágrimas perfectas surcan sus mejillas como si estuviera en «pause» de llorar hasta que tome una decisión.

—Estaba en la casa… —explica Kali a duras penas—. Su madre falleció anoche. No tiene a nadie… ¿Está bien? —pregunta ansioso.

—Sí —contesto rápido.

—La bala no ha salido —musita Marco tras revisar a Kali y mira a Mak.

—Hay que activar el protocolo de emergencia —replica este—. No podemos ir a un hospital. Harán preguntas… ¡Kai! —lo llama.

—¿Dónde están los demás? —pregunto preocupado.

—Creo que Aitor está herido —dice Marco.

—¡¿QUÉ?!

—No es nada. Se ha roto un par de dedos de la mano.

—¡¿Pero cómo?!

—Hay que irse —repite Mak—. ¡KAI!

—¿Qué pasa? —aparece el aludido con prisa—. ¿Está todo el mundo bien?

Cuando ve a Kali, blasfema y se agacha junto a él.

—Necesita un médico, la bala sigue dentro.

—Mierda, joder…

—Iban a dispararme y se ha puesto delante —informo para que lo sepan.

Ambos lo miran agradecidos, pero la mirada de mi tío Kai rebota en mí haciéndose cargo de cómo me siento y asegurándome que no va a dejarlo morir.

—Nos vamos. —Activa su modo patriarca—. Subidlo al coche. Posición de cuatro equis. Lucas, ayúdanos —le ordena cuando aparece el resto—. Enzo, sube a Aitor a mi coche. ¡Andando todos!

Cuando nos ponemos en marcha, el niño empieza a llorar asustado. Lo cojo en brazos y le hablo.

—No es momento de llorar, pequeñín, es momento de ser valiente, ¿vale? Kali se va a poner bien, ya lo verás. —Parece que se lo explico a él, pero en realidad nos lo digo a los dos. ¡¿Por qué coño lo ha hecho?!

«Para salvar al niño», me respondo para quedarme tranquilo, pero no puedo evitar pensar que al niño ya iba a salvarlo yo… En realidad, lo ha hecho para salvarme a mí. Y eso… eso es algo muy difícil de asimilar para mí. No sé cómo sentirme.

Cuando salimos, meten a Kali en la parte de atrás del coche de Kai y Aitor se sube delante con él. El resto vamos en el Toyota, algunos dentro y otros sobre la zona de carga, yo entre ellos. Ahora mismo necesito aire fresco y no hablar con nadie.

En el último momento, Kai sale del coche con dos garrafas de gasolina, una en cada mano, y entra en la casa. Segundos después, sale corriendo y el Toyota arranca.

No sé cuánta mecha ha dejado antes de que llegara a los bidones, pero escuchamos la detonación cuando ya estamos lejos.

Acabo de entender lo que es ser un Morgan… Llámalo justicia poética, ser práctico o letal, pero es algo que se lleva dentro y viene a decir que «Si te metes con mi familia, lo pagas».

Ahora sé de dónde saqué los cojones para disparar un arma a la edad de diez años.

7
FLORES EN LA TORMETA

“En aquella piedad paciente leyó su destino: era un lunático de vuelta al manicomio y a las cadenas. De vuelta a morir. O lo que es peor: a vivir.”
Laura Kinsale



¡Sabía yo que la violencia no lleva a ninguna parte!

Bueno, te lleva al hospital, pero no iba a ponerme a razonar con un bicharraco armado que ha salido de la nada. En ese momento, Enzo estaba mirando hacia el otro lado y no le iba a dar tiempo a girarse y disparar, y como yo tampoco iba a hacerlo, le he dado un puñetazo como si estuviéramos en el patio del colegio.

Un segundo después, he gritado de dolor, y al siguiente, Enzo lo ha abatido.

—¡¿Qué coño haces?!

—¡Diosss…! ¡Me he roto los nudillos!

—¡Podía haberte matado!

—No, tenía de mi parte el factor sorpresa.

—¡¿Qué factor sorpresa?!

—Le ha sorprendido lo guapo que soy.

—¡La madre que te parió!

—¡No me riñas, me duele mucho! He oído el crac.

—Joder… —ha bufado Enzo furioso.

—¡Aitor, ¿estás bien?! —Ha aparecido mi padre de la nada.

—Sí, pero me duele la mano.

—¡En vez de dispararle le ha dado un puñetazo! —se chiva Enzo.

—¡¿Por qué no le has disparado?!

—¡Porque no podía! Soy antiarmas.

—¿A quién se le ocurre…? —ha murmurado Enzo enfadado.

—Ha funcionado, ¿no?

Mi padre me abraza con fuerza y arrugo la cara con dolor.

—Estoy bien, suéltame… Vámonos ya de aquí.

—¡KAI! —Hemos oído que gritaba Mak, y mi padre se ha ido a la carrera.

Admito que al final me ha impresionado la imagen de verlo avanzar hacia la casa con los bidones de gasolina. Para mí es un padre sensible y bueno, pero si se meten con sus cachorros, no le tiembla el pulso para prenderle fuego a todo.

—¿Vamos al hospital? —pregunto intrigado cuando ya estamos en el coche con Kali. Somos la patrulla de los heridos.

—No, iremos a casa de un amigo que es médico —contesta mi padre—. Nos está esperando. ¿Cómo vas, Kali?

—De puta madre… —murmura débil tumbado en la parte de atrás.

—Te pondrás bien.

—Se suponía que ibas a esconderte —señalo su idiotez—. Ese era el plan. ¿Por qué has salido?

—Por el niño.

—¿Qué niño?

—¿No te has fijado en que Lenny llevaba a un niño en brazos?

—No, lo siento, me estaba ocupando de mis nudillos destrozados. ¿Había un niño en la casa? —pregunto alucinado.

—Sí… El hijo de una yonki a la que todos se tiraban a cambio de un chute… Murió anoche. Iban a dejarlo en la puerta de una iglesia, por eso decidí llamaros. Le dije que se escondiera en un cajón y no saliera. Yo me metí debajo de la cama como planeamos, pero de pronto salió y… ¡Joder, casi me da algo!

—Has sido muy valiente, Kali —sentencia mi padre.

—O muy estúpido… —barrunta dolorido.

—Me refiero a todo este mes… Has debido de pasarlo mal…

Su silencio responde por él, y mi padre y yo nos miramos pensando que si mi madre estuviera aquí sabría exactamente qué decirle. Ella es así.

—Has salvado a Lenny —dice mi padre—. Has sido el MVP de hoy. (*Most Valuable Player*).

—¿Has salvado a Lenny? ¿Tú? Qué raro…

Mi progenitor me mira subiendo las cejas ante mi comentario.

—Es que le odia. ¿O lo has hecho pensando en cómo te lo va a agradecer Cora?

—¡Aitor…! —berrea mi padre.

—Pues olvídate porque ahora mismo tiene un montón de huesos rotos y no puede hacer nada con nadie.

—¡Cállate ya, Aitor! —grita mi padre desquiciado.

—Me callo —Hago el gesto de cerrar la boca y tirar la llave.

—No se preocupe, señor Morgan, Cora y yo solo somos amigos.

—Entonces se alegrará mucho de que estés bien.

—La verdad es que no estoy bien, estoy muy mareado.

—Es por la pérdida de sangre. Enseguida llegamos. Id pensando en una historia que explique estas heridas porque nadie puede saber nada.

—Podemos decir que me mordió un tiburón —propone Kali.

—Eso mola, pero los guardacostas vendrían a preguntar dónde y cuándo —discurro—. ¿Y si decimos que te di un puñetazo y me rompí la mano?

Mi padre y Kali se carcajean como si fuera poco creíble y los maldigo en voz baja. Al final, decidimos que yo le he dado un puñetazo a una máquina de *vending* que quería timarme y que a

Kali lo ha atacado un ovni.

—Muy gracioso…

—Es lo más creíble… Un gancho quiso llevarte a su nave, pero al ver que no había dónde rascar, te soltaron otra vez.

—Solo te haces gracia a ti mismo —replica ofendido.

—No habléis más —Nos riñe mi padre.

Su amigo nos cura a ambos. A mí me entablilla los dedos y a Kali lo tumba en una camilla para intervenirle a costa de dormirle la zona para extraerle la bala, al final, lo venda y nos receta ibuprofeno y paracetamol a mansalva, además de mucho descanso.

Para cuando llegamos a casa de mi padre, mi familia está toda en el porche delantero para recibirnos como si llegáramos de la guerra. Pero mi padre aparca el coche a cuatro casas de ellos y los veo avanzar a todos calle arriba. ¡Tienen el disimulo en el culo…!

Para que no se note tanto, voy hacia ellos para frenar la avanzadilla y dejo que mi padre acompañe a Kali hasta su casa. Pero al parecer, no hay nadie, y busca encuentra unas llaves que Dani suele dejar escondidas en una maceta para los «por si acaso».

Lucas y Lenny pasan de mí y van directos a ayudar a Kali, que se ha quedado apoyado en la puerta.

—Yo estoy bien, ¿eh? No os preocupéis por mí —digo con retintín.

—No necesito ayuda —masculla Kali procurando que no le toquen, pero es obvio que sí la necesita.

—Lo siento, tío, ahora mismo eres nuestro héroe —dice Lucas cargando con él en su hombro. Lenny se queda cerca, como si quisiera ayudar, pero no supiera cómo.

A lo lejos veo a Marco dándose el lotazo con Luz sin dejar de abrazarse como dos lapas. Qué bonito es el amor al borde de la muerte. Seguro que Enzo se ha ido corriendo a casa para celebrar la vida con Ruby… Aparto ese pensamiento de un manotazo.

De repente, veo salir a Enzo de casa de sus padres, que es la anterior a la de Kali, y me ve con la mano vendada.

Intento disimular y no le miro. ¿Por qué cuando quieres que alguien te haga caso, no sucede, y cuando no quieres, se te acerca? ¡No es justo!

—¿Cómo estás?

—Bien, no es nada…

—No te hagas el fuerte, sé que duele un montón. Una vez me rompí un dedo.

—¿Cómo fue?

—Dándole un puñetazo a una pared.

—Como buen hombre de las cavernas.

—Estaba enfadado. Tenía dieciséis años.

—Es verdad, lo recuerdo. Llevaste la mano vendada ese verano. Fue el mismo que yo empecé a liarme con…

No menciono el nombre de su hermano, pero no hace falta.

—Sí… —admite bajando la mirada. Y de pronto caigo. ¿No sería por mí…?

Sus ojos descubren lo que he supuesto y no lo desmienten. ¡¿PERDÓN?!

—¿Nos viste? —digo sin poder evitarlo.

—Sí… Hugo llevaba varias noches desapareciendo misteriosamente y le seguí.

—Como buen poli en ciernes…

Enzo desvía la mirada. Eso fue muy al principio, antes de que…

—¿Y por qué no dijiste nada? ¿Por qué esperaste a pillarnos en la cama en Navidad para

decirle que no le convenía?

—Porque cuando os pillé dijo que te quería…

En ese momento, la puerta de su casa se abre y aparece Hugo.

—¿Aitor? Dios mío… ¡¿qué te ha pasado?! —Viene corriendo.

—Nada, estoy bien… —Le quito importancia.

—¡Esto no es nada! ¡¿Cómo ha sido?!

De repente, no recuerdo la excusa plausible. ¿Cómo era?

—Le he dado un puñetazo a una pared…

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¿Qué te ha cabreado tanto? —Me coge del codo para estudiar mi lesión.

¡Joder, piensa en una excusa rápido!

—Me han rechazado de un trabajo que me interesaba —comento.

—¿Dónde era?

¡Mierda!

—En una empresa de lo mío, ya sabes que estoy buscando… Según ellos, tengo poca experiencia. Tengo veinticuatro años y acabo de terminar un máster, ¡¿Cómo iba a tenerla?!

—Bueno, ya saldrá algo, no te preocupes —Me acaricia la espalda con cariño y después me apretuja contra él sin recordar que tiene que cortarse delante de Enzo.

Me tenso y Hugo deja de tocarme al instante.

—Ehm, bueno… —intenta disimular entonces—. Ya nos veremos… Voy a meterme en casa. Subo los escalones, abro la puerta, y adiós —desaparece dando un portazo.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —Me hago el tonto.

—Cuando mi hermano miente, narra todo lo que hace: subir los escalones, abrir la puerta… ¿qué oculta?

—Pues no sé…

—¿Hacía cuánto que no os veíais?

Me cabrea que empiece a interrogarme como un sabueso. No tengo por qué mentir. Que se joda.

—Estamos juntos —suelto a bocajarro.

Enzo permanece tan quieto que parece que está disecado. Creo que ni siquiera respira. Y como quiero que vuelva a hacerlo, se lo explico mejor:

—El día de la boda de mi tío Luk, cuando discutimos, fue él quien me llevó al hospital. Le llamé porque me encontraba mal y me desmayé en su coche.

—¿Le llamaste a él…?

—Sí, y eso me salvó la vida. Me estuvo apoyando sin hacer preguntas durante semanas y ahora estamos juntos.

Sus ojos no parpadean.

—Te agradecería que no le dijeras nada —añado—. No te metas de nuevo en nuestra vida. Cada uno a lo suyo, ¿vale?

De pronto, se marcha sin decir nada en dirección a casa de mis padres.

—Adiós… —digo con retintín, haciéndole saber que me parece un maleducado. Y como ya lo sabe, voy en busca de mi ración de mimos. He estado a punto de morir y me los merezco.

Cuando Hugo me abre la puerta, me meto dentro y le beso.

—¡Tor…!

—Lo sabe —sentencio—. Nos ha pillado y se lo he confirmado.

—Joder… —Se lleva la mano a la frente como si fuera una desgracia.

—Eh, no pasa nada… Algún día se iba a enterar. Le he dicho que no te diga nada.

—Me va a odiar —dice de pronto. Y me sorprende oír esas palabras.

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque eres el tío que se casó con su mujer! Nunca te aceptará, y no quiero que esto sea una brecha entre nosotros…

—No tiene por qué serlo —digo culpable.

—Quería esperar a ver cómo nos iba antes de enfrentarme a él…

—Yo no quiero que te enfrentes a él por mí —digo muy serio.

—Ya lo sé. Pero me gustaría que lo quisieras…

Me quedo en blanco porque sé lo que significa eso. Hugo busca un compromiso, justo lo que Enzo dijo que yo nunca podría ofrecerle.

—¿Sabes qué? Creo que esta vez Enzo nos dejará en paz.

Por la cuenta que le trae…

8
RIVALES DIVINOS

“Ser vulnerable es una fortaleza que la mayoría de nosotros teme”
Rebecca Ross

Me tumbo en mi cama y creo que podría llorar. ¡¿Antes era tan cómoda?!

A la vez, el olor de esta casa me parece insuperable. Huele a mis padres. A amor. A uno que siempre di por supuesto y nunca me conmovió, pero ahora lo hace, incluso sin ellos aquí.

No sé si el Moonbow me cambió por dentro o lo ha hecho todo lo que he pasado estos últimos meses, pero me siento distinto. Era un experto en ignorar mis ganas de llorar y ahora apenas puedo controlarlas.

—Gracias —digo a Morgan casi sin voz—, por ayudarme…

—No, gracias a ti —contesta solícito—. Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros.

—No lo he hecho por vosotros —Me afano en decir como un eco de mi antiguo yo.

—Lo que tú digas… —murmura Lucas ahuecando mi cojín—. ¿Necesitas algo más?

—Que vengan mis padres —confieso vulnerable, y me mantiene la mirada como si entendiera el gran paso que es decir eso para mí.

—Ya vienen. Mi padre les está llamando en este momento.

—Bien…

Ver a Lenny en mi habitación me pone nervioso. Es mi espacio personal y él es mi máximo enemigo, siempre lo ha sido, además estoy herido… por su culpa. Es pensarlo y acordarme del niño.

—¿Dónde está el niño? —le pregunto preocupado.

—Con mi madre y mis tías, en casa de Kai. Iban a bañarlo y a ponerle algo de ropa que guardan como oro en paño de cuando estos eran pequeños…

El corazón me da un vuelco pensando en que estará muy asustado. Tanto como lo estuve yo cuando me vi por primera vez solo sin mis padres.

—Traedlo aquí, conmigo estará más tranquilo.

—No te preocupes, está encantado, le han dado una galleta y se le ha pasado todo. Esas tres saben cómo alienar a un niño…

No lo pongo en duda, porque son las mujeres más guapas que he visto en mi vida. Las tres. Mía, Ani y Mei. Reproduciendo réplicas de sí mismas que superan su belleza. Hacer niños no se les da tan bien, son todos idiotas.

Miro a Lenny y me mira, no con su habitual ceño fruncido que denota que piensa que soy un mierda, sino con confusión, como si no supiera qué pensar de mí. ¡Bienvenido a mi vida!

—¿Qué les vas a decir a tus viejos? —interrumpe mis pensamientos.

—Les diré que mi viaje en solitario ha terminado. Que ayer me emborraché y no sé cómo me hice daño. Espero que les valga.

—Estarán tan contentos de verte que no creo que te presionen —opina Morgan.

—En mi opinión deberían saberlo todo —dice Lenny de pronto.

—Me matarían ellos mismos —contesto.

—Y a nosotros —añade el mayor de los Morgan.

—Yo creo que lo afrontarían. Y empezarían a conocerte mejor por fin, como nosotros.

—No creas que me conocéis una mierda…

—Bueno, sé que has podido dejarme seco muchas veces y nunca lo has hecho; sé que te has puesto en la trayectoria de una bala para salvarme la vida y sé que te gusta Taylor Swift —Señala un póster muy sexi de mi pared—. Nunca lo hubiera dicho…

Se hace un silencio en el que Lucas se toma muy en serio esas palabras, pero no me quedan fuerzas para rebatírselo más.

—¿Insinúas que no te gusta Taylor Swift? —digo, sin embargo.

—¿Como chica o como cantante?

—Cuidado con lo que dices sobre ella en mi habitación…

Ver una sonrisa en la boca de Lenny me pone aún más nervioso. No sé cómo he aterrizado en un universo paralelo en el que Lenny Morgan tiene sonrisas para mí.

—Dejemos que descanse —dice Lucas intuitivo.

—Traed al niño, por favor —les suplico—. Quiero que mis padres lo adopten. No tiene a nadie…

Los Morgan se miran teniendo una conversación silenciosa de las suyas. Ojalá las entendiera.

—¿Qué pasa?

—Que no va a ser tan fácil —expone Lenny—. Los servicios sociales tienen un protocolo.

—Ese niño no existe —explico—. Ni siquiera está registrado, no encontrarán nada. Un juez debería dictaminar que el niño se quede con quien se sienta a gusto, y conmigo lo está. No sabéis qué vida ha tenido…

—¿Dónde está su madre? —pregunta Morgan.

—Incinerada. No la encontrarán.

—Tendrán que investigarlo.

—¡Ni siquiera tiene nombre! ¡¿No lo entendéis?! —El dolor me atraviesa el hombro por gritar y me lo toco. Cada vez me duele más.

—Tranquilo, ahora lo traemos, ¿vale? —musita Lucas.

—Gracias…

Los dos se van de la habitación y me dejan solo. Los oigo hablar fuera, pero de nuevo no entiendo lo que dicen. Se me ha olvidado decirles que quiero que venga Marco. Necesito hablar con él.

Oigo cuando mis padres entran en casa porque los escucho correr hasta mi habitación.

—¡Kali! —exclama Iker al verme—. ¡Por Dios…! ¡Menos mal!

Se lanza sobre mí y me abraza con tanta fuerza que me hace gritar.

—¡¿Qué te ha pasado?!

—La verdad es que no lo sé… Me desperté herido y fui a un ambulatorio para que me curaran.

—¡¿Dónde?!

—Eso da igual… He vuelto, papá.

—Gracias a Dios… —Me abraza con más suavidad—. ¡Llevamos un mes sin dormir! ¡¿Por qué no has llamado?!

Y esa es justo la pregunta que leo en la mirada de Dani. Una que no perdona todo lo que ha sufrido por mí, porque «no existe un animal tan cruel como para hacerle eso a sus padres, que no sea el hombre». Es como si lo oyera.

Iker es todo corazón y sonrisas. Tiene buen humor. Dani, sin embargo, es mucho más complicado y profundo, y tiene un genio cuando se enfada que intenta aplacar con su lado zen naturalista, pero cuando se trata de la familia es implacable.

—Hola, papá… —lo saludo.

—¿Dónde has estado? —pregunta solamente.

—En muchos sitios…

—¿Lo has pasado bien? —pregunta con inquina.

—Dani, no empieces…

—Solo pregunto qué tal se lo ha pasado mientras nosotros envejecíamos por momentos de preocupación sin tener noticias suyas.

—¡Basta, Dani! ¡Ahora no! ¡Te lo he dicho…!

Cuando Iker se pone serio también da miedo, pero es pocas veces, y conmigo no suele hacerlo. Más bien me transmite su decepción y luego suspira cansado, con Dani es más duro.

—Si a cualquier animal no le demuestras que un mal comportamiento tiene consecuencias, nunca aprenderá —enuncia en su defensa.

—¡No es un animal! ¡Es nuestro hijo!

—Todos somos animales. Algunos más burros que otros…

De pronto, me doy cuenta de que Lenny tiene razón. ¡Mi padre cree que he estado por ahí de fiesta y sin necesidad de tener contacto con ellos! Cree que soy profundamente egoísta y ya es hora de que sepan la verdad. Además, quizá no acepten al niño si no se la cuento.

Intento pensar un modo de hacerlo sin implicar a los Morgan. Al menos, no demasiado.

—Vale ya, papá, no soy ningún burro. He estado viviendo con los sicarios que mataron a Christopher…

Los ojos de mis padres se abren al máximo y respiro hondo.

—Les hice creer que estaba de su parte y contra los Morgan. Fui a ver al capitán a la cárcel y me creyó. Él me puso en contacto con ellos y he estado todo este tiempo encerrado en una casa con un montón de matones, haciéndoles creer que era uno de ellos.

—¡¿PERO POR QUÉ?! —grita Iker desquiciado.

—Porque quería vengarme por haber intentado matar a Freya, casi matar a Cora y conseguirlo con Christopher.

—Dios mío… —Iker se levanta sujetándose la cabeza y es Dani el que ocupa su lugar. Intento adivinar si he hecho bien confesando, y su mirada me dice que sí, porque ya no me mira con rencor, sino con algo de esperanza.

—Estoy orgulloso de ti —dice de pronto Dani.

—¡Eso, tú anima a nuestro hijo a ser un asesino! —exclama Iker.

—No es un asesino, es un justiciero —musita colocando sus manos alrededor de mi herida—. ¿Te duele mucho?

—Sí, me han disparado.

—Me voy a desmayar… —musita Iker con una mano en el pecho.

—No te desmayes —contesta Dani—. Ya está en casa con nosotros. ¿Quién te ha curado?

—Un amigo de Kai que es médico —Mis padres me miran porque quieren saberlo todo, y procedo—. Cuando estuve listo, llamé a Marco, es policía. Le dije que me habían secuestrado y que viniera a por mí. También le avisé de que en la policía de Byron hay un topo y que tenía que venir por su cuenta y riesgo. Formó equipo con Enzo, Luk y Mak y me han rescatado esta mañana extraoficialmente.

—¿Qué ha pasado con tus secuestradores? —pregunta Iker.

—Ya conoces a los Morgan —contesta Dani—. Son ex geos y cosas peores. Imagínate lo que han hecho con ellos…

—¡Calla! ¡No quiero saberlo! Dios… ¡Esto no está pasando!

Dani se levanta y va hacia Iker.

—Ya ha pasado y te vas a relajar, ¿vale?

—Vale… —dice respirando hondo.

—Nuestro hijo está bien.

—¡Le han disparado!

Dani pone las manos sobre sus hombros.

—Está bien —repite.

—Os he echado mucho de menos —digo de pronto y mi voz se quiebra al final haciendo que mis ojos se empañen. Eso hace que ambos vengan corriendo a abrazarme con cuidado.

—Menos mal que estás bien… —Llora Iker—. Pensaba que nunca volvería a verte.

—Yo no —gime Dani—, porque te habría buscado por medio mundo hasta encontrarte.

—¿Solo por medio? —replico con humor y los tres nos reímos entre lágrimas.

—Lo que has hecho es increíble, hijo…

—Pero no vuelvas a hacerlo jamás —añade Iker—. Por favor…

—Necesito contaros algo más —digo entonces. Y me preparo para hablarles de un niño sin nombre.

24 horas después

Lo que estoy viendo parece imposible. Es una imagen totalmente irreal después de vivir lo que he vivido durante un mes. ¡Es como estar dentro de un puto anuncio de Coca Cola!

Chicas preciosas en bikini, gritos de alegría, chapuzones y comida de todo tipo, buena música de fondo… la fiesta soñada de cualquiera y sin salir de casa, porque pasará tiempo hasta que mis padres me dejen volver a salir, creo que se pondrían a llorar si lo sugiriera.

Lo único que no encaja en esta estampa jovial es que un niño me mire desde el agua, subido a los hombros de Lenny, como si no supiera si echarse a reír o llorar. Lo saludo y me devuelve el gesto. Es increíble que de pronto lo único que me importe es que esté bien.

—Mira quién ha venido a la fiesta —me dice Iker desde la puerta de conexión al salón.

Veo aparecer una silla de ruedas portando a una Cora sonriente empujada por… Lía. Fantástico… Nótese la ironía.

—¡Hola! —grita Cora con alegría.

—Oh, joder… ¡¿De verdad eres tú?! —digo divertido.

—¡Pues claro que soy yo!

—¡No te había reconocido! Creía que eras una niña de once años.

Lía pone los ojos en blanco mientras termina de acercarla.

—¡Soy yo, bobo! —exclama Cora—. ¡Más yo que nunca! Verme sin maquillaje y sin escote te habrá despistado.

—Y sin piernas, porque a eso que tienes ahí no se le pueden llamar piernas…

—¡Cállate! —Me pega en el brazo bueno. Extiendo la mano para agarrarla y ella me la coge con cariño.

—Te he echado de menos… —confieso melancólico.

—Y yo a ti.

—Qué bonito todo… —masculla Lía con sarcasmo y trata de ignorarnos observando a la gente en el agua, para mi gusto, demasiado atestada de Morgans. Solo faltan ellas. Bueno, y Marco, que está trabajando. Los demás están todos aquí, tocando las narices.

Ayer por la tarde le dieron el alta a Cora en el hospital y tenía muchas ganas de verla. Por fin es libre, pero lo cierto es que está hecha un cuadro y va a necesitar mucha rehabilitación para volver a ser la misma. Al menos por fuera. Porque por dentro, seguramente, no vuelva a serlo. Ninguno podremos.

—¡¿Cómo estás tú?! —pregunta Cora interesada—. ¡Mis hermanos dicen que ayer fuiste un héroe!

—Hice lo que pude…

—¡Dicen que salvaste a Lenny de una muerte segura!

Lía me mira como si fuera la oportunidad de redimirme, pero no la quiero.

—Simplemente estaba en la trayectoria de la bala…

—Me alegro de que estés bien —dice Cora aliviada.

—Y yo de que tú te estés recuperando.

—¡Todavía no he empezado a recuperarme! De hecho, hoy es mi primera sesión de rehabilitación con tu padre y tengo un poco de miedo.

—Tenlo. Es un fisio terrible.

—Terriblemente bueno, querrás decir —aparece Dani por detrás.

—Sí, sí, eso quería decir…

—Vamos, preciosa, con tu edad y siendo animadora, esto va a ser pan comido. El cuerpo tiene memoria, ¿sabes? Ya verás…

Dani se la lleva y nos dice adiós con la mano. De pronto, soy muy consciente de que Lía y yo nos hemos quedado solos. Una pequeña incoherencia de la naturaleza…

—¿Por qué le dices que parece una niña pequeña? —me reprende.

—Porque es la verdad.

—¡No tienes ni idea de mujeres! —resopla molesta—. Llevo todo el camino diciéndole que no está tan mal y llegas tú y lo tiras todo por tierra.

—¿Para qué mentir? Tiene que ganar un poco de masa muscular, eso es todo.

—Tienes el tacto en el culo…

—Por eso tengo tan buen culo.

El niño vuelve a saludarme y le devuelvo el gesto. Me mira cada poco rato porque no termina de fiarse de nadie. Me gustaría explicarle que eso va a ser así para siempre, pero todavía tengo fe en que se fíe de mí. Ayer di el primer paso cuando lo trajeron a mi casa y pude devolverle su trol de la suerte. No podía dejarlo atrás. Y fue un acierto porque se puso loco de contento.

—No te encariñes mucho con el niño —dice Lía de pronto—. No va a ser fácil que podáis quedároslo.

—¿Por qué no? Les diré que quiere estar conmigo. ¡Yo lo salvé!

—Ya veo que lo de ser un héroe se te ha subido a la cabeza…

—Acabo de salvar a toda tu jodida familia —espeto molesto.

—¡Oh, menos mal que estabas ahí! —dice vacilona—. Por lo que a mí respecta, esto empezó por tu culpa el día que Lenny te rompió la nariz, y lo único que has hecho es arreglar el estropicio. ¿Crees que mereces galones por eso?

Una familiar mala hostia inunda mi torrente sanguíneo. Haga lo que haga, para ella mi cuenta siempre estará en negativo.

—He pasado un mes muy duro infiltrado en esa banda y acaban de dispararme… ¿No podrías ser un poco más amable conmigo?

—Tendrás que conformarte con que mi familia te chupe el culo, porque yo no pienso hacerlo. Seguro que estabas en tu salsa entre esos maleantes… Si quieres saber lo que es duro, pásate un mes contestando llamadas en *Green Phone*. ¿Qué digo, un mes? ¡No durarías ni una semana…!

—¡Lía, ¿te bañas?! —pregunta Luz a lo lejos, sonriente.

—¡Sí! —contesta ella. Y sin decir nada más, se va dejándome solo.

«Respira, Kali, no te dejes provocar», pienso cerrando los puños.

¿Está mal que me muera por levantarme y empujarla al agua vestida? Esa mujer me hace tener iniciativas crueles, pero algo es algo, ¡me estaba convirtiendo en un puto mueble aquí tirado! Es la primera persona que no me trata como si fuera de cristal…

Me alucina cómo un poco de retórica con ella consigue cargarme de energía. Negativa, vale, pero energía, al fin y al cabo. No bromeo cuando digo que me siento más fuerte que hace diez minutos, pero está muy equivocada. Después de lo que he pasado estos meses, aguantaría en *Green Phone* todo lo que quisiera, y puedo demostrárselo. Seguro que eso la cabrearía mucho…

Mis ojos van irremediablemente hacia ella de nuevo y juro que veo a cámara lenta cómo se quita la ropa y se queda en bañador.

Mi garganta se cierra como si alguien me hubiera apretado los huevos con todas sus fuerzas… un segundo… ¡Si he sido yo!

Quito la mano de mi polla rápidamente y me doy cuenta de que estoy durísimo. ¡¿Qué coño me está pasando?!

Sus grandes pechos, su piel tersa y su culo embebido en un bañador de licra negro son la jodida respuesta.

Entra en el agua sonriendo y saludando a todo el mundo, y va directa hacia el niño para ofrecerle un dedo que él agarra con toda su manita. Le hace un par de carantoñas y enseguida el pequeño quiere saltar a sus brazos. ¡Como que es tonto!

Verlo apoyar sus bracitos en sus ubres con total impunidad me deja sin aire.

Joder, joder, ¡joder….! «¡Tienes que volver a respirar, Kali!», porque esa imagen no me ha podido dar más envidia. ¡Por Dios…! Creo que necesito beber algo… Cianuro, por ejemplo.

—¡Papá…! —Llamo a Iker desesperado. Pero no aparece.

De pronto, veo que Lenny se acerca a mí con una toalla enrollada en la cintura.

—¿Necesitas algo? —pregunta servicial.

A menudo olvido que ahora estoy en un universo donde Lenny habla y es amable conmigo. Tengo miedo. Ya nada es como antes.

—¿Qué…? ¡No, no! —Me tapo el pantalón con rapidez con ayuda de un cojín. Él capta al momento por qué lo hago. ¡Menuda pillada!

Mira hacia el agua y después a mí.

«Por favor, que no sea tan listo como dice todo el mundo…», rezo.

—¿A quién mirabas? Porque si es a mi madre te meto un puño que te dejo seco. Me da igual que ayer me salvaras la vida.

—No estaba mirando a tu madre… —mascullo avergonzado. No quiero que vuelva a romperme la nariz—. Te juro que no, ¿vale?

—¿Entonces a quién? ¿A Luz?

—¿Luz está aquí? —pregunto confuso. Ah, sí. Es quien ha llamado a Lía.

—¿A quién mirabas, Kali?

—¡A nadie! —grito sintiéndome acorralado—. Ha sido algo totalmente involuntario, joder. Olvídalo…

En ese momento, escucho reír al niño porque Lía lo está lanzando por los aires y los miro sin poder evitarlo. Veo que ella lo rescata, sacándolo del agua con rapidez y el niño vuelve a apretujarse contra dos pechos más grandes que su cabeza. Pfff…

Aparto la mirada, azorado, y veo que Lenny no ha dejado de mirarme. «No, por favor…».

—¿Es por Lía? —pregunta extrañado.

—¡Claro que no!

—Es verdad… ¿No ocurrió algo entre vosotros antes de que te fueras? —barrunta haciendo memoria.

¡Esto es una puta pesadilla!

—¡Nooo! ¡No pasó nada! ¡No es por ella, ¿vale?! Ha sido un acto reflejo. ¿Nunca te pasa?

—Pues no, mi polla no suele equivocarse con estas cosas. Y algo me dice que la tuya tampoco.

—¡La mía se ha vuelto loca! No estoy bien desde hace tiempo… Desde que tomé el puto Moonbow no me rige el cerebro.

—Ah, sí… Lucas me lo contó. A él también lo volvió loco. Le activó algo raro en su mente y desde entonces, no es el mismo.

—¿Y cómo se desactiva? Porque a mí también me está pasando…

—No lo sé, pregúntale a él. Yo nunca lo he tomado. ¿Para qué llamabas a tu padre? ¿Te traigo algo?

—Tengo sed… —confieso. Porque estoy en el jodido infierno.

—Entiendo… A mí también se me seca la garganta cuando me pongo cachondo. Ahora vuelvo.

—¡No es por eso! —grito desesperado.

—Lo que tú digas… Pero déjame decirte que estás apuntando muy alto, Lía es demasiado lista para ti.

«¡Yo no estoy apuntando a ninguna parte, es mi polla!», me gustaría haber gritado, pero por suerte me callo a tiempo.

¡Yo no quiero nada con Lía!

«¿Y con sus tetas?».

Intento ignorar esa maldita voz y me explico a mí mismo que me gustaría mucho más demostrarle que se equivoca que comerle las tetas…

«¿Y si pudieras comerle las tetas mientras le demuestras que se equivoca?».

Aprieto más el cojín contra mi miembro. ¡Esto es un puto desastre!

9
LA PRINCESA PROMETIDA

“No hay límites para el coraje cuando se trata de proteger a los que amamos”
William Goldman

Llamo al timbre de la casa de Kali y me abre Iker.

—¡Marco, pasa! Están todos en la piscina.

—Gracias…

Me quito las gafas de sol en el interior, pero al salir al jardín vuelve a deslumbrarme la luz. O quizá sea el griterío de piscina que acompaña a la claridad. O ver a mi novia despampanante con un biquini que debería quemar hoy mismo…

Me cuesta despegar los ojos de Luz y buscar a Kali, pero lo hago y lo encuentro en la agradecida sombra del porche, tumbado entre cojines.

—Hola, ¿cómo lo llevas?

—Bien… Muy bien. ¿Traes noticias?

—Sí.

La gratitud que guardo para con Kali no es algo que pueda demostrarle a la torera, porque sé cómo se siente alguien en su situación, y lo último que necesita es que le feliciten sin parar por algo que lo dejará marcado de por vida.

Ayer, en el asalto, no hubo tiempo de nada, solo para lo primordial, es decir, interrogarle mientras lo trasladaban hacia el coche, herido.

—Necesito que me contestes a unas preguntas, Kali, por si acaso…

—¿Por si acaso me muero?

—No vas a morir —sentenció Kai.

—Hay que darse prisa si queremos detener a más gente —expliqué. Y me informó de todo lo que necesitaba saber, esto es: dónde recepcionaban la droga y a qué hora, cómo la distribuían y si Isaac daba cuentas a un superior.

Me respondió a todo, y gracias a eso, pudimos incautar una embarcación que traía un nuevo alijo de Nueva Zelanda. Después, utilizamos la mercancía para que la discoteca admitiera

trapichear con nosotros y también los detuvimos.

Respecto al cártel, salió en las noticias que había una casa en llamas al sur de Brisbane, e informaron de que los bomberos no pudieron sofocar el incendio hasta entrada la madrugada. Ha quedado totalmente calcinada. Pero también hay malas noticias y se las suelto sin más, al borde de una idílica estampa familiar en la piscina:

—El capitán se ha ido de Byron Bay.

—Mierda… —masculla contrariado.

—Seguramente anoche vio las noticias y ha huido.

—¿Y ahora qué?

—Tranquilo, lo encontraremos.

—¿Y luego?

—Luego nada. Eres libre, Kali. Déjanos a nosotros y vuelve a tu vida.

Pone la misma cara que si le hubiera insultado.

—¿Y cómo se hace eso?

—Con paciencia. Y con fiestas en la piscina —Señalo el ambiente.

—Si te digo la verdad, no sé qué coño hace toda esta gente en mi casa…

—Es que ya no es tu casa, ahora es la del niño —digo chistoso—. No vienen a verte a ti, olvídate de volver a ser el centro de atención.

Lo veo sonreír un poco. Misión cumplida.

Creo que ese niño le hace recordar que él ya no lo es, o quizá su historia le resulte demasiado familiar… Los niños criados entre armas tienen algo en común.

Nunca me he parado a pensar que Kali se quedó solo en el mundo cuando todavía era muy pequeño. Una noche, hace muchísimos años, escuché a los mayores hablando con Iker y Dani sobre lo difícil que estaba siendo llegar a su interior. Siempre fue un joven irascible y problemático que no congeniaba con mis primos pequeños, pero cuando empezó a captar el interés de las chicas, y sobre todo de Luz, también lo convertí en mi enemigo.

Chasqueo la lengua arrepentido, porque ese joven odioso nos ha salvado a todos.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando te recuperes? —lo tanteo.

—No lo sé… Volver a la universidad, supongo. Todavía me quedan dos años. Pero ahora que Chris no está, no me hace mucha gracia volver al Campus de Sídney. Creo que todo me lo recordaría a él…

—¿Por qué no les dices a tus padres que te cambien al de Brisbane? Está mucho más cerca de Byron y coincidirías con Lía y Cora…

Es pronunciar ese nombre y que su expresión se estropee.

—¿No te parece buena idea?

—Ya veré… Ahora mismo no sé lo que quiero.

Nada más escuchar eso, levanto la mirada hacia Luz. Porque no hay nada peor en la vida que no saber lo que quieres, aunque, lo verdaderamente jodido, es saberlo y no comulgar con ello, o sentir que no te atreves a alcanzarlo, pero cuando por fin lo haces, no hay palabras.

Todavía no me creo que Luz y yo estemos juntos. Y mucho menos que se nos haya ocurrido hacer semejante locura… Una que todavía nadie sabe.

Si me lo llegan a contar hace dos meses, me habría muerto de risa, pero que Mak descubriera nuestra relación lo cambió todo, y en el viaje a Cannes también ocurrió algo que aún no hemos asimilado del todo.

Lo mejor es poneros al día desde el principio.

El día de la reboda de Luk y Ani, tras dar rienda suelta a nuestra pasión delante de todo el

mundo y terminar la noche en mi cama, tuvimos que dar la cara al día siguiente, cogidos de la mano, cuando «nuestros padres», nos invitaron a cenar a su casa…

Pensaba que iba a enfrentarme al peor interrogatorio de mi vida, sobre todo cuando Mak empezó muy serio:

—Bueno, Marco, ¿qué intenciones tienes para con mi hija?

No respiré durante cinco segundos, los mismos que él tardó en echarse a reír y que Luz le atizara enfadada.

—¡No tiene gracia, papá! Si vas a empezar así…

—¡Era broma! ¡Por Dios, qué poco sentido del humor! Solo queremos saber cómo vais a llevar la relación, si a distancia o…

—No —contestamos Luz y yo a la vez. Y nos sonreímos cohibidos.

—De momento, me acompañará a Cannes, como te dije —empezó Luz.

—Y luego se vendrá conmigo a Madrid —completé yo.

—En España estoy más cerca de toda Europa y de Estados Unidos. Es donde quería establecerme por el bien de mi trabajo como modelo.

—Nos parece genial, cariño —dijo Mei feliz—. Podemos ir a veros a menudo o venir vosotros.

—Y si nos dais nietos, nos mudaremos a España por temporadas.

—¡Papá! —gritó Luz avergonzada—. ¡Si acabamos de empezar!

—¡Solo era una sugerencia!

Todos nos reímos y Mak me guiñó un ojo.

No puedo explicar lo que supuso para mí ese gesto, pero creo que reparó algo en mi alma. Fue una noche genial en la que brindamos varias veces por volver a estar juntos y nos ofrecieron mudarnos a la habitación de invitados durante nuestra estancia en Byron, pero nos pareció un poco *heavy* montárnoslo bajo el mismo techo que ellos.

Llegó el día de irnos a Cannes con Borja y todo parecía marchar según lo previsto. Las redes sociales esperaban con ganas ver a la feliz pareja en la alfombra roja, y por suerte, me dejaron acompañarlos desde cierta distancia, vestido de riguroso negro como su escolta.

En el hotel cogimos dos habitaciones contiguas y nadie sospechó nada. Las fotos de Luz en la alfombra alcanzaron el medio millón de *likes* al compartirlas en la cuenta de Borja a la vez, y no era para menos con el vestido de transparencias y diamantes que llevaba… Me había pasado la tarde tragando la saliva generada en mi boca al observarla, pero cuando llegó la fiesta post evento, se nos fue de las manos…

Luz llevaba toda la noche echándome miraditas picantes que hacían que me mordiera los labios de pura anticipación. No fue culpa mía, fueron sus ojos prometiéndome que podría quitarle ese vestido con los dientes cuando todo terminara.

Nunca había visto una fiesta de esa categoría. Cada detalle te cegaba haciéndote sentir invencible, y cuando vi que el resto de los guardaespaldas se relajaban al ser un entorno seguro y exclusivo, yo también lo hice. Y Luz ni os cuento…

Terminaron pillándonos en un guardarropa lleno de prendas carísimas y vino hasta la policía pensando que habíamos entrado a robar algo. Pero al final, fue a nosotros a los que nos robaron un par de instantáneas medio en pelotas que se hicieron virales y que alguien de seguridad vendió a la prensa rosa por mucho más dinero de lo que costaban esas prendas.

Fue un verdadero escándalo.

—Un escándalo bueno —proclamó Borja muy tranquilo al día siguiente—. Lo que queríamos, lo hemos conseguido por tres. ¡Felicidades a los dos!

—Pero tú has quedado como un cornudo… —señalé.

—¿Yo? ¡Por favor…, si todo el mundo sabe que soy una perra en celo! No te preocupes por mí. Lo de tener una relación seria hoy en día es superrancio.

—Pues yo quiero ser rancia contigo —musitó Luz en mis labios.

—Y yo más —La besé ensimismado.

—Uf, dais mucha pereza, en serio…

—Borjita, ¿estás celoso de nuestro amor? —se burló Luz.

—Ya lo sabes, zorra. Ahora unas fotos de los dos en el aeropuerto, guapos a morir, ¡y te lloverán las ofertas en Hollywood! —aplaudió.

Nos reímos a carcajadas, pero esa idea me acojonó bastante. Yo quería tener una vida normal, no sufrir porque mi chica estuviera rodando la escena más romántica del mundo con el tío más guapo del planeta. Algunos dirían que era una cuestión de confianza, pero Luz no era una mujer normal, era espectacular.

Intenté sacudirme de encima el síndrome del impostor a base de sexo. Esto es: desde que volvimos a Byron hasta el día del asalto casi estuve más tiempo dentro de ella que fuera. ¡Era jodidamente adictiva! Y lo peor es que la fiebre se contagió por el resto de la casa de mis primos, a Lenny con Charlotte y a Aitor con… ¿Hugo?

Pfff… No había querido pensar mucho en eso, porque si alguien sabía lo que trastocaban a Aitor ese par de gemelos, era yo, que estuve seis meses escuchando sus lamentos en mi casa de Madrid cuando era estudiante, pero creo que todos teníamos en mente que el asalto podía salirnos rana y el miedo de que nunca volviéramos a ser felices acechaba detrás de cada segundo que se consumía. Sentíamos que debíamos aprovechar al máximo.

El día que recibí la llamada de Kali casi tuve un ataque de ansiedad.

No sabía qué coño me pasaba, pero era la primera vez que me ocurría algo parecido. ¡Estaba acostumbrado a operaciones policiales!, pero esta vez era mi familia la que se jugaba el cuello, y yo tenía muchísimo que perder: mi futuro con Luz y toda mi felicidad.

Intenté mostrarme calmado por los demás. Cuando los llamé a todos, escuché literalmente cómo se les cortaba la respiración al saberlo, pero fue por la noche, enredado en el cuerpo de mi chica, cuando me derrumbé pensando que esa podría ser la última vez que rozara su piel y le hiciera el amor.

—Joder… —Dejé de besarla y me quedé quieto durante un segundo.

—¿Qué te pasa?

Me pesaba tanto el nudo de nervios que tenía en el estómago que me desplacé a un lado, sin soltarla, y la miré a los ojos.

—Que tengo miedo —confesé hundido. Ella frunció el ceño.

—Parecías muy seguro esta tarde en la reunión familiar.

—He dicho lo que necesitaban oír, pero estas cosas son muy impredecibles, Luz. Puede haber sorpresas y que todo cambie para siempre en un segundo. No sé qué va a pasar…

Y de hecho pasó algo. El niño fue una sorpresa brutal que podía habernos costado muy cara. Pero por suerte, y por Kali, no se nos paró el mundo a todos de golpe.

—No quiero perderte, Luz, ni que me pierdas tú. Soy tan feliz ahora mismo…

—No digas eso —Se abrazó fuerte a mí—. ¡No va a pasar nada! Yo confío plenamente en ti. ¡Eres muy bueno en lo tuyo!

—En realidad, no lo sabes…

—¡Claro que lo sé!, porque te conozco, Marco, y sé que lo tienes todo controlado, incluso la posibilidad de que todo se descontrole. ¡Saldrá bien porque eres tú y te lo mereces! Confía en el

universo por una vez. Yo lo hago.

—¿En el universo?

—Sí. Hay cosas que están escritas… —Me acarició—, e igual que sabía que un día estaríamos así, ahora siento que mañana todo va a salir bien, porque nos lo merecemos. Es nuestro momento, ¿vale?

—Te quiero tanto… —musité embelesado. Nos besamos sentidos, pero pronto volví a verlo todo negro porque…—. ¿Y si no merezco a una chica como tú? ¿Y si terminas siendo una estrella de Hollywood o una empresaria de éxito? ¿Qué sentido tendrá entonces que estés con un tío como yo? —verbalicé mi mayor miedo.

—¡Tiene todo el sentido! —exclamó con seguridad—. No quiero a nadie más, Marco. ¿No lo entiendes? Lo que tú ves en mí, yo lo veo en ti también. Para mí no hay nadie mejor que tú ¡y nunca lo habrá! Quiero estar contigo para siempre…

—Entonces, cásate conmigo… —solté sin pensar.

Nos miramos a los ojos y notó que no lo tenía previsto, sino que me había salido del corazón. Cuando la respuesta tardó un segundo más que un «sí» automático, reculé.

—Olvídalo… —dije deprisa—. ¡Se me ha ido la pinza! Estoy muy nervioso por lo de mañana… No me hagas caso…

—Sí, quiero —formuló solemne.

—¿Qué? No, de verdad, no tienes que hacerlo. No lo decía en serio.

—Pues yo sí. No he respondido enseguida porque no es algo que necesitara hacer ahora mismo, pero veo que tú sí.

—No. Para nada. ¡Yo solo te quiero a ti!

—¡Y yo a ti! Para siempre. Y si tienes dudas de lo que siento por ti, me casaré contigo.

—No tengo dudas, es que… —No pude continuar la frase porque cuando quieres a alguien de verdad, no puedes mentirle. ¿Lo sabíais?

—Sí tienes dudas, Marco. Pero yo no. Ninguna. Y esta es mi forma de demostrártelo —Me besó con cariño.

—Luz… en serio… —musité en sus labios.

—Es totalmente en serio. Quiero casarme contigo, y si tú ahora no quieres, me romperás el corazón.

—¡Venga ya! —Me reí y me coloqué sobre ella por su chantaje.

—¿Te estás rajando, Marco? ¿Ya no me quieres? —me vaciló.

—Te quiero más que nada —susurré sincero—. Y nunca querré a nadie como te quiero a ti, Luz. Estoy seguro de eso. Yo nunca dejé de quererte.

—Yo tampoco… —farfulló conmovida—. Y quiero estar contigo para siempre, Marco, y que firmes un papel que te obligue a hacer lo mismo.

Me reí en sus labios y nos besamos de nuevo. Nos besamos mucho. Y después nos aceleramos, nos encajamos y disfrutamos como nunca.

—Te amo… —jadeé sobrepasado por la pasión de mis embestidas.

Ella me agarró del pelo para que la mirara atentamente.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó con la voz entrecortada.

—Sí, pequeña. Vas a ser mía y solo mía. Y yo tuyo.

Y con esa promesa, nos dejamos llevar hasta el final.

Al día siguiente, casi deseé morir en el asalto con tal de no tener que decírselo a Mak…, porque sabía lo que opinaba de que Luz se casara tan joven. Y ahora que ya no corríamos peligro de muerte, no me parecía tan precario, pero ya no podía echarme atrás. ¿Cómo era esa peli? Ah,

sí… «No culpes al Karma de lo que te pasa por gilipollas».

Cuando llegamos del asalto, Luz estaba esperándome, como todas las esposas, en casa de Kai. Incluso Charlotte había venido a recibir a Lenny. Fue un encuentro memorable.

—Sabía que volverías sano y salvo —musitó Luz contra mi cuello.

—Por ti volvería de entre los muertos…

La hubiera besado mucho más tiempo, pero el niño que habíamos rescatado se llevó el protagonismo y no pude volver a disfrutar de sus labios hasta que Kai llegó con los heridos y las madres decidieron irse a duchar al pequeño.

Ahí sí pude besarla en condiciones y disfrutar de un *impasse* tranquilo hasta que volviera a sacar el tema de la boda. Somos instantes. Instantes de felicidad impagable.

—¿Sabes lo que he hecho toda la mañana para no pensar dónde estabais? ¡Buscar vestidos de novia! —exclamó risueña—. Y he visto uno brutal…

«Ay, Dios…».

—Respecto a eso, cariño…

—No me lo digas: ya has dejado de quererme —bromeó risueña.

—Eso nunca… —sonreí—. Pero…

—No hay peros que valgan. La idea ya ha germinado en mi cerebro y es tarde para echarte atrás. ¡¿Cuándo se lo diremos a nuestros padres?!

—Ehm… ¿nunca?

—¡No me hagas rabiar, Marco! —me achuchó mimosa.

—A Mak no le va a gustar —expongo—. Me dijo que creía que eras muy joven para casarte. Creo que podemos esperar, ¿no crees?

—¿Para qué vamos a esperar si nos queremos más que a nada y queremos estar juntos para siempre?

—Luz…

—¡Lo digo en serio! Lo he estado pensando mucho y ahora quiero hacerlo. ¡No quiero no estar casada contigo!

Que dijera eso me emocionó muchísimo y sonreí como un tonto.

—Siempre has sido una caprichosa… —musité embelesado, pero encantado de que esta vez el capricho fuese yo.

—Esto no es un capricho más. Quiero comprometerme contigo de todas las formas posibles, en cuerpo, alma y judicialmente. ¿Qué hay de malo en eso? Quiero que sea real…

—Lo sería aunque no nos casáramos.

—¡Lo sé, pero yo quiero que lo certifiquen! Quiero certificarte que prometo amarte siempre… ¿te parece mal?

El calor de sus palabras fundió mi miedo a Mak al instante.

—¿Cómo iba a parecerme mal eso, pequeña? —La besé despacio.

—Pero… ¿tú quieres o se te escapó porque tenías miedo? —me preguntó seria—. No me enfadaré si es así.

—Lo dije porque tenía miedo… —admití—, pero sobre todo, lo dije porque no hay nada que desee más que casarme contigo, y no quería morirme sin saber si… si me aceptarías.

—Pues ahora ya lo sabes.

El beso se extendió durante unos segundos y después soltó una exclamación ilusionada como si acabara de recordar que había una boda que preparar.

—¿Cuándo lo diremos? Hay que celebrar que el asalto ha salido bien, ¿no? ¡Podríamos hacerlo entonces!

—Sí, pero necesito solucionar un par de cosas antes…

—¿Cuáles?

—Atar un par de cabos sueltos… —Le acaricié la barbilla—. Propondremos hacer esa fiesta y lo anunciaremos, pero dame un par de días, ¿vale?

En ese momento, vi que Enzo venía hacia nosotros tras hablar con Aitor. Su expresión facial era la viva imagen de la devastación.

—¿Todo bien, Enzo? —pregunté extrañado.

—Sí, me voy a casa. Con mi mujer…

—Vale. Te llamaré luego para… para solucionar «los cabos sueltos».

No se detuvo a escucharme ni me contestó. Solo hizo un gesto con la mano y se subió al coche rápido. Me sorprendió que no arrancara enseguida. Lo vi bajar la cabeza durante un segundo, como si intentara recuperarse de un terrible golpe emocional y después se fue. Cuando miré hacia Aitor, ya no estaba allí. No sabía qué había pasado entre ellos, pero no podía ser nada bueno.

Llamé a Enzo sobre las cinco de la tarde y me contestó muy serio.

—Dime.

—Quiero buscar al capitán y vigilar los pasos de Richard Avery.

Richard era el topo que buscábamos dentro de la policía. Cayó en la trampa de darle el cambiazo al Moonbow cuando lo incautamos tras la tregua, y lo tenemos grabado para denunciarlo en el momento que más nos interese. Porque rascando un poco, descubrí que era sobrino del famoso señor Smith, alias, Isaac Smith. ¡Se apellidaba así de verdad! Y quería meterle cuantas más imputaciones mejor.

Si algo me crispaba hasta límites insospechados era la jodida corrupción policial y quería destaparle ante todos cuando se enterara de que su base de operaciones ilegales había sido devorada por las llamas con todos los integrantes de su banda dentro. No obstante, que el capitán hubiera desaparecido suponía un problema. El plan era destaparlos y detenerlos a los dos a la vez.

—Lo buscaremos —me tranquilizó Enzo.

—Mi tío Luk puede ayudarnos a encontrarlo más rápido.

—Bien.

—Oye, me tienes preocupado… ¿Te pasa algo?

—¿Tú sabías que Aitor estaba con mi hermano? —saltó de pronto. Y lo dijo con un tono tan herido que me pilló desprevenido.

—Bueno, yo… Lo he visto un par de veces por casa estos días…

«Y oído otras tantas veces por las noches. Son bastante ruidosos».

—Joder… —suspiró hundido—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Pensé en algo, pero las excusas no valían a esas alturas del partido.

—Porque no quería que nada te distrajera del asalto…

—Claro, no somos amigos, solo te importa que te ayude en lo tuyo.

—No quería hacerte daño… Lo pensé, pero creí que ya me había metido suficiente en vuestras vidas. No me correspondía a mí decírtelo. Lo siento…

—Es increíble… ¡Mi hermano no aprende!

—Deberías pasar de ellos, tío. Tú tienes tu vida. A tu mujer. Pudiste tenerlo y renunciaste a Aitor. Se acabó, Enzo… Te aconsejo que los dejes tranquilos. Esa relación se romperá sola…

—Ya, pero no quiero que mi hermano termine destrozado.

—El que acabará destruido serás tú si no paras… ¿No lo ves?

Sentí su dolor infinito a través de la línea.
—Yo ya lo estoy. Pero todavía puedo salvarlo a él.

10
ÉRASE UNA VEZ, UN CORAZÓN ROTO

“La esperanza es una criatura difícil de matar; solo se necesita una chispa para iniciar un fuego”
Stephanie Garber



Consulto el reloj. Mi jornada acaba ya, pero no quiero irme a casa.

Necesito uno de esos amigos solteros que te entretienen en un bar hasta que tu mujer te llama cabreada.

«No flipes, Enzo, ahora los matrimonios no son así, ahora tu mujer llega más tarde que tú, si cabe, el concepto de pareja ha muerto, ahora basta con quererse a uno mismo», me diría el moderno de mi amigo.

Pero yo no pienso así. Más bien creo que, si no te nace volver a casa con alguien, es porque no es la persona adecuada para ti. Y cuando por fin la encuentras, prefieres hacer todo con ella.

Me han dicho que es una idea anticuada del amor, pero es la mía. Puede que los amigos sean «la nueva familia» de una generación que no quiere morir sola, pero la sensación de apego de la que hablo, tan intensa e íntima con otra persona, para mí no puede igualarse a nada.

Durante años la sentí con Ruby. O eso creía. Pero al madurar te das cuenta de que hay que diferenciar entre lo que quieres y lo que necesitas, entre el bienestar que te da la seguridad y la sensación de saber que no querrías estar en ninguna otra parte con ninguna otra persona en el mundo. Son cosas muy distintas.

Yo lo único que sé es que no quiero volver a casa…

Fue Marco el que me avisó de que Aitor estaba en el hospital al día siguiente de la boda. Mi hermano, que fue quien lo llevó, no me dijo nada, ¿por qué? Supongo que Marco se sentía culpable por idear que fingiera que me habían disparado y alterar tanto a Aitor, pero cuando me dijo que me quería vi claro que tenía que frenar aquello como fuera o sería imparable.

Y no podía permitírmelo…

No podía romper mi matrimonio, aunque creo que se hizo añicos junto con el corazón de Aitor. Me sentí tan culpable… ¿Y si le hubiera pasado algo peor? Apenas podía respirar pensando en eso.

Respeté que no quisiera verme; ambos lo necesitábamos para pasar página, pero esa maldita hoja no se movía, seguía ahí, cortándome los dedos cada vez que intentaba dejarla atrás.

A Ruby le costó un tiempo perdonarme el hecho de que cuando quiso romper el trío, yo se lo discutiera.

—¡Fuiste tú la que quería que Aitor reavivara nuestra vida sexual!

—¡Sí, pero no tanto! ¡Te vi demasiado metido en el papel!

—¡Lo mismo que tú!

—¡No! ¡Es diferente, lo noto, te conozco!

—¡Me estás volviendo loco, Ruby! ¡Ya no sé lo que quieres de mí! Primero te quejas de que no quiera participar, ¿y ahora de que participo demasiado? ¡Decídete de una vez y déjame vivir!

Me comunicó por mensaje que había decidido que no quería que yo volviera a ver a Aitor nunca más. Ni a hablarle.

—Eso es imposible… Sabes que estoy en una misión con Marco, ¡y Aitor es uno de los implicados!

—Estarás con él detrás de la barra, pero ni un segundo más fuera de ella. ¿Ha quedado claro? O te doy el divorcio para que puedas hacer lo que te apetezca con quien quieras…

—¡Yo no quiero hacer nada con nadie!

—¿Estás seguro?

—Sí.

No había estado más seguro de nada en toda mi vida, joder.

Porque entregarme a Aitor me daba pavor y no quería jugar con sus sentimientos, no era un puto monstruo. Cuando vi lo afectado que se quedó al verme ensangrentado, supe que debía cortarlo antes de que todo fuera a más. Porque sentir que aún tenía mucho margen para empeorar, me abrumó. «Lo nuestro» solo acababa de empezar, con Ruby llevaba toda una vida.

—¿Todavía me quieres? —preguntó mi mujer muy en serio.

No contesté enseguida, y sentir que la seguridad que nos caracterizaba se había debilitado, me dolió más que nada. Todo estaba desapareciendo.

—Pues claro que te quiero… —contesté enfadado—, pero llevamos meses mal. Tenemos que dejar que pase el tiempo y volver a conectar.

Y eso hicimos. Pasaron quince días en los que estuve más muerto que vivo sin saber nada de Aitor, y poco a poco, a Ruby se le fueron pasando los celos y volvió a ser ella misma.

Recuerdo la primera vez que volvimos a hacer el amor. Fue tan frío y mecánico que me asustó. Me corrí, por supuesto, pero no lo disfruté. Fue como si alguien me hubiera obligado a punta de pistola bajo la amenaza de que mi vida se rompería del todo.

Hasta pensé en ir a terapia para que me arreglaran la cabeza, ¡a la gente le funcionaba!, y yo tenía un problema grave. Había perdido la ilusión por todo.

Y de repente, volví a verle…

Hubo una reunión en casa de los Morgan, y encontrar a Aitor tan borde conmigo reavivó una parte de mí, pequeña pero poderosa, que se agarraba a la ilusión de cruzarme con él y verlo entrenar en la distancia mientras Marco nos enseñaba técnicas de asalto.

Como buen adicto a algo nocivo, me alimentaba de sus miradas rencorosas, sus contestaciones bordes y graciosas que cada día me demostraban que no estaba tan loco como pensaba por haberme enamorado de él. Incluso llegué a pensar que Aitor era tan especial y único que merecía mucho más que un tío como yo.

Iba a dejarlo en paz, en serio… Iba a seguirle la corriente a Ruby con su nueva medida desesperada de ponerle un parche a nuestro matrimonio teniendo un bebé…

Había empezado a hacerse tests de ovulación y a tomarse la temperatura cada hora, y le prometí al universo que, si todos sobrevivíamos al asalto, me concentraría en hacer feliz a mi mujer y ser un buen padre, pero de repente lo soltó:

«ESTAMOS JUNTOS». Y fue como…: NO. No puede ser. Porque si yo le quedo pequeño, mi hermano todavía más. Y no es algo que diga porque sí, es algo que yo sé, que Aitor sabe y mi hermano también. Y si voy a seguir adelante con mi vida aplacando mis deseos locos e incorrectos, no voy a poder hacerlo si sale con mi gemelo. NO PUEDO. Todos tenemos un límite de sufrimiento. Y ese es el mío.

Esa relación me destrozó por dentro en el pasado, y en el presente lo hará por fuera y no podré disimular.

«¿Por qué no pasas de ellos?», me dijo Marco ayer. «¡Renunciaste a Aitor! Se acabó, déjalos tranquilos de una vez».

Pero no puedo. Cuando los imaginé juntos, un dolor insoportable me atravesó el corazón y entré, literalmente, en *shock*. Sabía de primera mano lo que era estar con Aitor un día. Una tarde… Y ellos llevaban quince días encerrados en su casa. ¡Quince! No podía asimilarlo. No podía asimilar lo horrible e insuficiente que era mi vida. Si yo hubiera tenido esos quince días con Aitor, me habría dejado matar en ese puto asalto, lo juro por Dios… Y entender eso fue lo que me partió el alma.

No era justo.

Todo estaba mal.

Y oír un «me tienes preocupado» de Marco denotaba que mi estado de ánimo era transparente, como bien demostró Ruby cuando llegué a casa hecho un trapo después del asalto.

Había sobrevivido y aun así me sentía más muerto que nunca. Entré en casa y mi mujer me recibió contenta.

—¡Hola! ¿Ya has hecho eso tan importante que tenías que hacer?

—Sí…

—¿Ha ido bien?

—Sí…

—¡Pues quítate el pantalón! ¡Estoy ovulando!

¿Cómo iba a decirle que no había vida en mi cuerpo de cuello para abajo? ¿Que me llegaba solo para parpadear y pensar?

Pero me callé.

Me dejé llevar confiando en que otras veces mi cuerpo había cumplido aunque por dentro no sintiera nada, solo una pena enorme de haber perdido las convicciones que me habían hecho amarla hasta ese día.

Creo que la culpaba. La culpaba por haberme obligado a caer de nuevo en el embrujo de Aitor envenenando nuestra relación por completo.

Me tumbé en la cama e intenté relajarme cerrando los ojos. Ruby captó que no me apetecía mucho. Al margen de mi *shock*, me parecía muy forzado y frío el hecho de chasquear los dedos y verte en la responsabilidad de fecundar a una mujer. Era mucha presión. Y a menudo ese tipo de presión hacía que las cosas se vinieran abajo.

Ruby se desnudó y empezó a hacerme una felación. Me besó en la boca durante un rato mientras me metía mano, pero mi mente estaba muy lejos de allí. En el asalto. En un beso de tornillo entre Aitor y Hugo, en sus cuerpos desnudos, rozándose y gimiendo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Ruby casi molesta

—No tengo el día… —admití—. Esto es muy forzado.

—Pues piensa en otra cosa. ¿Quieres que veamos algo de porno?

—No… es que tengo la mente en muchos problemas.

—¿Qué problemas?

La miré y pensé que no podía contárselo. ¿O sí? Tarde o temprano se enteraría y podía ser peor si sabía que se lo había ocultado.

—Me acabo de enterar de que Hugo y Aitor están saliendo otra vez.

Ella me miró con atención.

—¿Y qué?

—¡¿Cómo que y qué?! ¿Es que no sabes cómo terminará esto? ¡Aitor le partirá el corazón!

—¡¿Y qué más te da a ti?! ¡Es su vida!

—¡Es mi hermano!

—¿Sabes lo que creo? —dijo cabreada—. Que estás celoso.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Estoy preocupado por mi hermano!

—¡Tu hermano ya es mayorcito! ¡¿Crees que no sabe de sobra dónde se está metiendo?! ¡Para mí lo grave del asunto es que no se te levanta pensando en eso!

—¡Ha sido un *shock* para mí, ¿vale?!

—¡Ya lo veo! Es normal, ¡PORQUE SIGUES ENAMORADO DE ÉL!

—¡¡ESTÁS LOCA!! —grité furioso.

Nos lanzamos varios alaridos más y terminé encerrado en la ducha. Necesitaba lavarme todas las sensaciones del día y dormir. Dormir y no despertar nunca más, joder.

¿Ahora entendéis por qué no quiero ir a casa? Ese lugar es el Polo Norte, la corte del silencio y los portazos, mientras que la casa de Aitor seguramente sea el Trópico de Cáncer con gemidos y el sonido de muelles de cama reventando.

Salgo de la comisaría, me monto en el coche y, sin saber muy bien por qué, termino en casa de mis padres. Bueno, de Hugo.

Normalmente, sé de él porque participa en un grupo que tenemos con mis viejos en el que, de vez en cuando, cuelgan fotos o algún meme y nos preguntan qué tal. Durante el último mes nos hemos visto varias veces, en Byron es fácil encontrarse. Me llamó un día para jugar un partido de vóley playa, y un domingo, Ruby y yo fuimos a comer a su casa. No me preocupé más por él porque lo veía bien. ¡Como para no estarlo, el cabrón…!

No somos hermanos siameses, nos gusta tener nuestro espacio, pero sabemos que si nos necesitamos, el otro lo dejará todo para acudir en cualquier momento a donde sea. ¿Cuánta gente puede decir eso?

—¿Hugo? —lo llamo entrando en casa. Odiaría encontrarme con una escena que mis pupilas no pudieran soportar, pero algo me dice que aquí guardan más las formas.

Veo el acceso del jardín abierto y salgo. Me lo encuentro sentado en un sofá leyendo un libro titulado «Engancharse es fácil, mantenerse es lo complicado». Dios santo…

—Hola…

—¡Hola! —Me sonríe—. ¿Qué haces aquí?

Me acerco a él y me siento en uno de los sillones individuales.

—Nada, he venido a verte.

—¿En serio? ¿Por qué?

Cuando nos miramos veo que teme que le saque el tema de Aitor. Sabe que lo sé, pero no voy a hacerlo, tampoco sabría qué decirle. Quizá solo llorase.

Cierro los ojos cansado.

—Ruby y yo hemos discutido y no quiero volver a casa.

—Vaya… Lo siento —dice cerrando el libro—. ¿Qué ha pasado?

—Quiere tener un hijo —Hasta ahora todo cierto.

—¡Guau…! Pues… ¿Y tú no quieres?

—Se está volviendo loca con miles de detalles clínicos y a mí me resulta todo muy forzado… Además, ha sido una semana complicada en el trabajo.

—Lo sé —responde comprensivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno… —Se queda cortado, porque «con Aitor hemos topado». No sabe cómo explicar lo que sabe sin mencionarle a él. ¿Qué le habrá contado exactamente? Dudo que la verdad.

—Da igual, déjalo… —zanjo—. La cuestión es que se me ha juntado todo y no quiero volver a casa para seguir discutiendo.

—Pues quédate aquí.

—¿No tienes planes esta noche?

Otro resbalón. Porque no sabe qué contestar para no mentirme. Nunca ha sabido hacerlo. Ya ni siquiera voy a poder hablar con mi hermano…

—He quedado con Aitor luego… —dice con miedo.

Me mira esperando mi condena, sin ver otra salida que la verdad. Y eso le honra, porque prefiere arriesgarse a tener una conversación de ascensor conmigo.

—Bien… —Sale de mis labios.

—¿Bien?

—Sí. No tengo nada que decir sobre eso —Me reclino para apoyar la cabeza en el cojín de atrás.

—Pues te agradezco que no pongas el grito en el cielo…

—No me queda fuerza para gritar esta semana. No tengo más remedio que confiar en ti…

Su cara de alucine se transforma en una sonrisa esperanzada.

—Vaya… ¡Quién te ha visto y quién te ve, hermano!

—Ya ves…

—Tienes que estar muy jodido para no echarme la bronca —Me pone una mano en la rodilla.

—Mi matrimonio se va a la mierda, Hugo.

—¡No digas eso! ¿Sabes qué haremos? Anularé mi cita e iré a cenar a vuestra casa. Cuando una pareja discute, siempre se afloja la tensión si tiene invitados.

Le sonrío porque me parece encantador que diga eso. Hugo es así. Encantador. Servicial. Bombero… Y se merece a alguien que le quiera de verdad. Me consta que Aitor lo ha intentado varias veces, pero sabe tan bien como yo que nunca será suficiente para él. Aitor no es de los que se conforman con pasar por la vida de puntillas, él se mancha hasta las cejas comiendo las galletas de chocolate a escondidas y luego te sonríe encogiéndose de hombros como si no se arrepintiera en absoluto.

Hugo ya está preocupado por «cómo mantenerlo a su lado», de ahí el libro, porque sabe que Aitor tiene inquietudes que ni siquiera yo podría cubrir nunca. No soy estúpido.

O puede que sí… porque ¿cómo si no, se me ocurriría meter a Hugo en mi casa con el cabreo que tiene Ruby?

En cuanto lo ve, le cambia la cara, como si Hugo tuviera la culpa de traer a Aitor a nuestras vidas. Y me doy cuenta de que, si se va de la lengua, puede complicarme mucho la vida.

Hugo se muestra contento y accesible mientras Ruby suelta frases mordaces sobre lo feliz y satisfecho que lo ve, insinuando que es proporcional a la cantidad de sexo que está teniendo.

Hugo se rie despreocupado.

—Puede ser… Pero el otro día me decía un amigo que está harto de tirarse a todo lo que se encuentra y que le apetece una relación seria. ¡Y es un ligón! Pero en el fondo creo que todo el mundo quiere lo que tenéis vosotros… alguien en quien confiar, que sea tu familia y con quien formar una.

—Eso es difícil si a uno de los dos no se le levanta —ataca Ruby.

Al oír eso, me atraganto. ¡¿De qué coño va?!

Hugo me mira sorprendido.

—He tenido una semana muy dura —digo en mi defensa. Pero el golpeteo de mi corazón me avisa de que vamos directos hacia un barranco y los frenos no nos funcionan.

—Yo, sin embargo, creo que hay otra persona… —expone ella.

—¡Ruby! —exclamo conmocionado.

—Alguien del trabajo —añade sibilina. Como si supiera lo que está en juego y solo quisiera hacerme sufrir.

—¿Cómo puedes pensar eso de Enzo? —dice Hugo ofendido.

—¿Crees que es un santo? ¿Que está ciego y que no es susceptible de caer en la seducción de alguien? —Se le enfrenta ella.

—Pues no, porque te quiere a ti. Y lo tiene muy claro.

—Quizá su pito no lo tenga tan claro…

—Ya basta, Ruby. No puedes chasquear los dedos y obligarme a correrme cuando tu temperatura basal es la adecuada. Es demasiada presión y tengo mil cosas en la cabeza, joder…

—Demasiados secretos son lo que tienes…

La tensión se palpa en el ambiente y me apena que mi hermano tenga que presenciar esto.

Lo miro reafirmándole que mi matrimonio se va al traste.

—¿Queréis que me vaya? —pregunta Hugo cortado—. Creo que necesitáis hablar.

—No, quédate —responde Ruby—. Come algo de postre, no tenemos nada de qué hablar.

—Yo no soy un experto en relaciones —dice con miedo—. Pero me estoy leyendo un libro que dice que lo mejor es hablarlo todo. Hablar durante horas del problema. Y vosotros siempre os habéis entendido. Si alguien puede conseguirlo, sois vosotros… No tengo ninguna duda de que, sea lo que sea, podréis resolverlo. Yo me voy.

Mi hermano me toca el hombro en señal de apoyo y me quedo a solas con mi mujer.

—Si él supiera… —murmura con inquina mientras recoge la cocina, pero las palabras de mi hermano todavía resuenan en mi mente y hacen que el peso recaiga sobre mis hombros. Porque yo tengo la clave para curar la crueldad de Ruby y para asegurarme su silencio.

Me levanto con la excusa de llevar los platos al lavavajillas y no tardo en acorralarla en la encimera por detrás.

—¿Todavía estás ovulando?

—No lo sé… ¿acaso importa?

—A mí sí —musito en su cuello mientras meto la mano por delante de su falda. Traspaso la goma de sus braguitas y remoloneo—. ¿Sabes a dónde va directo ahora mismo Hugo? A casa de Aitor… —Introduzco un dedo en su coño y ella jadea. Lo encuentro deseoso y húmedo—. ¿Y sabes qué hará cuando llegue allí?

Lamo su cuello para terminar en pequeños besos mientras mi mano sigue haciendo de las suyas en su entrepierna.

—Sin decir nada, le arrancará la ropa, se abrazará a él y seguramente intente olvidar esta cena mientras se desliza en su interior una y otra vez…

Maniobro hasta que mi polla dura se abre paso en su carne y ambos gemimos. Ruby no es

capaz de protestar porque le encanta sentirse devorada por mi bestia interior, una que tiene la mente en otro sitio y en otra persona, pero que le proporciona muchísimo placer aquí y ahora.

No es casualidad que la esté tomando desde atrás. Ruby tiene la extraña creencia de que esta postura es más eficaz para concebir que estar cara a cara, porque así lo hacen la mayoría de los animales. Y eso somos, dos animales intentando procrear por la razón equivocada, pero sigo y sigo porque tengo la esperanza de que cuando Hugo llegue a casa de Aitor y le cuente que hemos discutido, él piense en mí cuando se folle a mi hermano con fuerza. Es lo único que me permite terminar.

Ruby no se mueve cuando salgo de ella.

—¿Me puedes llevar en brazos hasta el sofá? —me pide—. No quiero que se escape nada.

La cojo con una mano en la espalda y otra bajo las rodillas y ella se agarra a mi cuello.

—¿Al sofá o a la cama?

—Sofá. Voy a ponerme al revés y a esperar a que la gravedad haga su trabajo.

La veo apoyar las piernas en el respaldo y la espalda donde normalmente pondría el culo. Yo me siento a su lado, de forma que quedamos cara a cara.

—Hugo se va a poner muy contento cuando le diga que quizá hayamos encargado a su sobrino o sobrina.

La veo sonreír.

—Sí, lo que no le hará tanta gracia es saber que lo hemos conseguido pensando en su novio…

Los dos nos reímos por lo surrealista de nuestra afección.

Pongo una mano en su tripa y ella entrelaza sus dedos.

—¿Crees que tenemos remedio? —cuestiono aterrado.

—Sí… Creo que cuando seamos una familia, no tendremos tiempo de pensar en qué o quién nos pone cachondos. Tendremos tan poco tiempo e intimidad para follar que eso ya no será un problema, y cualquier cosa nos parecerá una maravilla.

—Entonces tengamos tres seguidos. Así nos aseguraremos de no volver a tener sexo jamás.

Nos partimos de risa y me agacho a besar su sonrisa. Esa que tantas veces alimentó mis sueños y tranquilizó mis inseguridades en el pasado. Pero hoy ya no funciona. Su magia ha desaparecido.

No importa… Ya no necesito esa seguridad, porque ya no tengo sueños.

11
ALGUIEN ESTÁ MINTIENDO

“Las mentiras pueden parecer pequeñas al principio, pero con el tiempo se acumulan y pueden destruirlo todo”
Karen M. McManus

Hoy hace un día esplendido, pero para mí es como si lloviera; ¡no he estado más cabreada en mi vida!

Tengo una larga lista de motivos para elegir, pero, sin duda, el que se lleva la palma es que: ¡ME HA MENTIDO! ¡Todo este tiempo!

Me llevo la mano al vientre y pienso que esto ha sido lo único real.

Ayer por la mañana escuché mucho movimiento en mi calle y salí a ver a qué venía tanto alboroto. Estaba más pendiente que nunca de la visita de Lucas para saber cómo le había ido «eso tan importante» que no quiso contarme ayer y que podría cambiarle la vida. Debía de serlo si necesitó un beso de buena suerte.

Al salir, me encontré con casi todos los Morgan en su jardín delantero, entre ellos, a Lucas.

Pronto me di cuenta de que lo que causaba tanta expectación era un niño pequeño de no más de tres años. La madre de Lenny intentaba despegarlo de los brazos de su hijo hablándole de forma cariñosa.

—¿Te gusta el osito? ¿Lo quieres? ¿Tienes hambre?

El niño no tardó en querer ir a sus brazos cuando Lenny le dijo que era su mamá, y Ani lo agarró como si fuera lo más preciado del mundo.

¿De dónde había salido ese crío?

Lucas no tardó en localizarme y se acercó a mí, más renqueante de lo habitual. Curiosamente, Marco, Aitor y Enzo le siguieron hasta mi propiedad. ¿Qué pintaban ellos en nuestra conversación?

Me puse seria porque a medida que les veía las caras me iba asustando más. Además, iban todos vestidos de negro muerte y daban un poco de mal rollo. ¿De dónde venían?

—¿Qué ha pasado? —pregunté antes de que dijeran nada.

Lucas abrió la verja, pero se quedó en el umbral sin llegar a entrar. El restó se quedó detrás de él.

—Ya ha terminado…

—¿El qué?

—El peligro.

—¿Qué peligro?

—Quiero contártelo todo, pero, por favor, recuerda tu estado… No quiero que te enfades y te alteres.

—¿Voy a enfadarme por algo? —Me crucé de brazos.

—Probablemente… —Que dijera eso me asustó.

—¿Por qué están ellos ahí? —Señalé al resto.

—Somos apoyo —respondió Marco—, para que cuando te enteres de todo, te cortes un poco y no sueltes lo primero que se te pase por la cabeza. Primero, asimílalo, y luego ya… decides si enfadarte o no.

—Te vas a enfadar —apuntó Aitor.

—Me estáis poniendo nerviosa —balbuceé—. ¿Qué pasa?

—No sé por dónde empezar… —Lucas se tocó el pelo.

—Hazlo como lo hemos ensayado —murmuró Marco con disimulo.

—¿Habéis ensayado esto?

—Una vez —confesó Aitor—. Y no nos pusimos muy de acuerdo…

—Enzo, ¿qué está pasando? —pregunté directa a mi primo.

—Tú escúchale…

—Dilo ya —ordené a Lucas.

El aludido respiró hondo y se crujió los nudillos.

—¿Recuerdas el atropello?

—Claro…

—Pues no fue un accidente, querían matarte.

—¡¡¿QUÉ?!!

—Os dije que no era buena idea empezar por ahí —musitó Aitor.

—¡¡¿PERO QUIÉN?!!

—Los mismos tíos que mataron a Christopher.

—¡¡¿CÓMO?!!

—¿Lo veis? —Volvió a decir Aitor.

—Tranquila, la amenaza ya no existe, estás a salvo —aseguró Lucas.

—¿Qué? Pero… ¿Por qué querían hacer eso? ¿Y cómo habéis eliminado la amenaza?

—Os dije que haría preguuuntaaas… —canturreó Aitor.

—Es mejor que no preguntes detalles hasta que termine de contártelo todo —aconsejó Marco.

Hubo un cruce de miradas. En la de Lucas había nerviosismo y miedo, algo que pocas veces había visto en él.

—Te atacaron en represalia al rescate de Charlotte —soltó de sopetón—. La habían secuestrado…

—¡¿QUE QUÉ?! ¡¿CÚANDO?!

—Nos enteramos en el entierro de Chris, ¿recuerdas la pelea entre Lenny y Kali en el cementerio?

—Sí…

—Ahí nos enteramos, pero la rescatamos, y como castigo, esos tíos quisieron atropellarte para… para hacerme daño, Freya —dijo Lucas culpable—. Entonces surgió la oportunidad de tu trabajo en Sídney y todos acordamos, incluidos tus padres, que lo mejor sería que te fueras de

Byron. Podías esconderte un tiempo en Sídney. Por eso te dije todo aquello la noche de la fiesta en la playa… Necesitaba que te fueras para mantenerte a salvo.

En sus ojos brillaba una ligera esperanza de que esa explicación aplacara mi furia, pero…

—Así que todos acordasteis… que lo mejor para mí sería… ¿hacerme pensar que me despreciabas?

—¿Te habrías marchado si no?

No contesté. Eso no lo justificaba y la rabia me comía por dentro.

—¿Te habrías marchado sabiendo la verdad, que te quería y que quería estar contigo?

—¡Sí…! ¡Si corría peligro, sí! —exclamé por fin con ganas de llorar.

Intenté centrarme en el hecho de que en verdad «me quería», pero lo grave es que me hizo polvo haciéndome pensar que no. ¿Quién le hace eso a alguien a quien quiere?

Negué con la cabeza indignada.

—¿Sabes lo que es vivir con la sensación de que alguien te busca para matarte? —intervino Marco entonces—. Es mucho peor que la de estar enfadada porque alguien no te coge las llamadas. No puedes dormir, no puedes pensar, tampoco trabajar…

—No quería perjudicarte en tu nuevo trabajo —finaliza Lucas.

—¿Insinúas que tengo que darte las gracias por romperme el corazón?

—Os lo dije… —murmuró Aitor negando con la cabeza.

—¿Y por qué secuestraron a Charlotte? No lo entiendo…

Aitor se rio con agonía y Marco le dio un codazo.

—Porque era la novia de Lenny y querían hacerle daño a él también.

—¿Y por qué querían haceros daño?

—Por culpa de Christopher… —zanjó Lucas contrito.

—Y del capitán —añadió Marco—. También trabajaba con ellos, por eso lo detuvimos.

—Ese tío la tenía tomada con nosotros, Freya… Quería jodernos.

—¿Y qué significa que ya no hay peligro? ¿Están… muertos? ¿De dónde venís ahora? —pregunté con miedo.

—Los detalles escabrosos mejor que no los sepas —opinó Marco—. Ha sido una operación policial secreta, ¿verdad, Enzo?

—Así es…

Pero conozco a mi primo y sé que estaba mintiendo, o al menos, no diciendo toda la verdad. Los gemelos nunca han sabido mentir, por eso procuran no tener que hacerlo nunca.

—De acuerdo —espeté cabreada.

Los chicos se miraron entre sí, sorprendidos de que me lo tomara tan bien, y volví sobre mis pasos hacia mi casa.

—Freya… —Me siguió Lucas nervioso, y se atrevió a cogerme de la mano para frenarme—. Entonces, tú y yo… ¿estamos bien?

—No me toques —dije con aspereza, soltándome de él.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Detrás de él nadie respiraba.

—Pero… ¿no has entendido todo lo que te hemos contado?

—Lo he entendido perfectamente… Solo tengo una pregunta: ¿A Charlotte también la habéis engañado todo este tiempo, o está ahí, abrazando a su novio feliz porque en todo momento ha estado al tanto de la peligrosa situación?

Usé el instante donde se les quedó cara de tontos para marcharme.

—¡Freya, espera…! —Me siguió Lucas raudo.

—¡¿Te crees que me importa una mierda que nos oigan discutir?! ¡¿Te crees que soy tonta y

que no sé que me has contado solo una parte de la historia y que sigues ocultándome muchas cosas?! ¡Tú debes haber perdido el juicio si crees que estamos bien! ¡Me has tenido engañada durante dos meses, haciéndome creer que no significaba nada para ti después de lo que compartimos…! —Me cogí la tripa con fuerza—. ¡Y ahora sigues dejándome al margen! ¡Ni se te ocurra tocarme, Lucas Morgan! ¡Hay que tener poca vergüenza…! ¡¿Que siempre me has querido?! ¡Esto no es amor! ¡ESO ES AMOR! —Señalé a Lenny y a Charlotte—. Lo nuestro es solo un chiste malo del que todo el mundo estaba enterado menos yo. ¡Vete a la mierda y métete tus seducciones baratas por donde te quepan!

Mis gritos alertaron a todos los Morgan ubicados en su jardín.

—Os lo dije —Escuché decir a Aitor justo antes de dar un portazo.

Estaba demasiado furiosa. Me sentía insultada y ninguneada.

¡¿Cómo pudo mentirme así durante tanto tiempo?!

A los diez minutos, Lucas entró en mi casa con tiento. Tenía que quitarle esas malditas llaves como fuera.

—¿Podemos hablar?

—¡¿Para qué?! ¡¿Para contarme más mentiras?!

—No, quiero contarte toda la verdad, desde el principio.

—¡¿Por qué no lo has hecho antes?!

—No quería que supieras cómo nos metimos en esto… No quería que pensaras que soy como Chris…

—Empieza a contármelo en orden cronológico y no te saltes nada.

Cuando lo hizo, con todo lujo de detalles, entendí que el día que desperté en su habitación porque los del cártel me habían drogado, fue cuando empezó a mentirme, y me sentí aún peor porque ahí ni siquiera nos habíamos besado todavía. Recuerdo bajarme de su coche enfadada cuando me trajo a casa y acusarlo de que Chris y él me estaban ocultando algo muy gordo, pero como siempre, consiguió desviar mi atención seduciéndome y terminamos acostándonos.

—¡En ese momento ya estabas metido hasta el cuello con los del cártel y aun así, te callaste y me follaste! ¡Esa es la puñetera verdad!

—¡¡No tuve elección, Freya!!

—¡Claro que la tenías! ¡Pero decidiste ocultármelo!

—¡Vale! ¡Debí contártelo, pero me callé porque tenía al alcance el sueño de mi vida…! Estar contigo por fin… En ese momento me daba igual quién terminara muerto.

Abrí mucho los ojos. Parecía sincero, pero…

—Tenía que estar contigo una vez si iban a matarme… —añadió desesperado—. Y tenía un mal presentimiento, sabía que algo malo estaba a punto de pasar… Lo siento.

Me tapé la cara, sobrepasada.

—Y pasó… ¡Chris murió!

—¡Sí, murió y a mí me detuvieron! ¡¿Sabes cuánto me dolió que sospecharas de mí?! ¡Súmale que no quisieras dejar a Chris después de acostarnos por fin! ¡Yo también he sufrido!

—¡¿Pero tú sabes lo que he sufrido por ti en mi vida?! ¡Tenía miedo! ¡Miedo de dejarlo todo atrás porque de pronto te dignaste a hablar conmigo otra vez! Siempre te sorprende que desconfíe de ti y me preguntas si no te conozco, ¡pero ese es el problema, Lucas, que te conozco muy bien! ¡Y tienes una tendencia insana a abandonarme! ¡Me da igual que fuera por mi bien, siempre me dejas al margen de tu vida! ¡Siempre! ¡Y eso duele!

Sus ojos bañados en lágrimas también me dolieron. Para que conste.

Me encerré en mi habitación y me lancé sobre la cama para llorar. Tenía demasiado en qué

pensar. El Moonbow, el secuestro de Charlotte, el encuentro en el cementerio, Kali infiltrado…

Me habían dejado al margen y enviado lejos por una sencilla razón: yo no formaba parte de su familia y nunca lo haría. Había entrado a la fuerza, por el embarazo, pero su primera opción fue contarme lo esencial. Me sentía más despreciada que nunca.

Media hora después, cuando ya estaba un poco más calmada, vi que Landon me llamaba, pero no tenía fuerza para mentir y no se lo cogí.

Le mandé un mensaje diez minutos después que rezaba: «Día duro, mañana hablamos», y apagué el teléfono. Pero antes de hacerlo, escribí otro mensaje a Lucas: «No vengas mañana, necesito un respiro de ti».

Hoy me he pasado toda la mañana en la cama escuchando música, lo que más amansa a las fieras. Y ahora mismo soy una. Entre todos me han reducido a ser un trofeo, un arma o una incubadora.

Como poco, soy un problema. Así me hacen sentir.

A mediodía, han aparecido Cora, Lía y Luz por sorpresa.

—¿Cómo estás? —Abrazo a Cora con cuidado—. Me alegro mucho de que ya te hayan dado el alta.

—Gracias.

—¡No! ¡Soy yo la que debería dártelas! Me salvaste la vida, nunca podré agradecértelo lo suficiente…

—Hay una manera —contesta con picardía.

—¿Cuál? Y no me digas que perdonando a tu hermano…

—¡No! A Lucas, tortúrale, se lo merece. ¡Yo hablo de una fiesta que nos tienes que ayudar a preparar!

—Uf… No estoy para fiestas…

—Por eso te lo pido en compensación por mis doce fracturas óseas.

—¿En qué puedo ayudar? —contesto automáticamente.

—¡Así me gusta! —exclama feliz—. Pues verás, de cara a la galería es una fiesta por mi salida del hospital, pero en secreto, es por el fin de la guerra contra el cártel de narcos. ¡Y no puede faltar nadie de la familia!

—¡Eso! —recoge Luz el testigo—. ¡Además va a haber una sorpresa muy importante!

—¿Qué sorpresa?

—Que se casa —murmura Lía poniendo los ojos en blanco.

—¡¿Cómo lo sabes?!

—Blanco y en botella, hija.

—¡¿Que te casas?! —chilla Cora—. ¡Mierda, y yo no podré lucir un vestido yendo en la silla!

—Pero podrás avanzar por el pasillo nupcial, lanzándole arroz a la gente, y llevar los anillos en un cojín tapando tus piernas —dice Lía—. Antes de que empiece, ya estará todo el mundo llorando.

—¿Ahora soy la mascota de la familia? —Se queja Cora.

—Algo así —Le palmea la cabeza, y suelto una risilla.

Les agradezco que me hagan reír, hoy lo necesitaba.

—¿Qué necesitas que haga? —pregunto solícita.

Nos ponemos manos a la obra y al final mi madre las invita a comer. Hacía mucho tiempo que no estaba con mis amigas y me doy cuenta de cuánto las echaba de menos. Hoy odio a los hombres.

Pero a última hora de la tarde, llama Landon, y lo cojo porque le debo una explicación.

—Eh… Estaba preocupado… ¿Cómo estás?

—Te estás malacostumbrando a que te llame todos los días y no puede ser —digo risueña—. Estoy bien… Mejor que ayer.

—Me alegro. Mejor no pregunto qué ha pasado, ¿no?

—Simplemente me he enterado de que el padre de mi hijo me toma por una estúpida.

—Eso lo dudo mucho.

—Es así. No soy digna de su círculo de confianza. No quiere que forme parte de su vida.

Casi puedo palpar como hace suyo mi dolor en un resoplido suave.

—Igual lo hace porque no quiere que pienses mal de él…

—Pues no funciona. Pienso lo peor.

—En serio, es lo que hacen los perros y los niños cuando no quieren decepcionar a sus padres o cuidadores, ocultar los errores que les avergüenzan. Igual Lucas es un perro.

Me echo a reír sin poder evitarlo. Lo cierto es que me parece una lectura muy optimista del problema en cuestión.

¿Me aparta porque le importa demasiado lo que piense de él? ¡Ja!

—Desde luego, eres un idealista, Landon.

—Me lo dicen mucho. Entonces, ¿estás enfadada con Lucas?

—Sí, ha resultado ser un mentiroso patológico.

—Uy, ese es el insulto favorito de mi chica últimamente. Según ella, miento más que hablo.

—¿Y es verdad?

—Yo solo sé que si le digo toda la verdad, huiría de mí para siempre y no puedo permitírmelo. Mi vida depende de ello…

—Eso es precioso. Dile justo eso. ¡Tiene que entenderlo! No la trates de tonta, puede sentirse muy ofendida. Te lo digo por experiencia…

—A veces, el respeto por alguien es tan grande que se confunde con tenerle miedo. Miedo a perderla.

—Si escuchara todo esto, ella no dudaría de que eres un hombre bueno y honorable.

—Gracias, Freya… —dice sentido—. ¿Crees que podrás diseñar mañana los bocetos para la tercera campaña? —Cambia de tema.

—¡Sí, perdona…! Mañana te los paso. Ayer al final no pude hacer nada. Tenía un disgusto considerable.

—Lo siento mucho… No deberías disgustarte así en tu estado.

—No te preocupes. Se me pasará —Suspiro—. El trabajo me ayuda.

—¿Seguro? Si quieres que vaya a darle una paliza, voy.

Vuelvo a reírme. Pero por no llorar. ¿Por qué no podía haber conocido antes a Landon?

«¿Antes de qué? ¿De nacer?», me contesto a mí misma. Porque en cuanto Lucas entró en mi vida, nunca hubo nadie que le hiciera sombra. Hasta ahora…

—No hace falta que le pegues… Además, estoy segura de que si os conocierais os caeríais bien. Por cierto, ¿cuándo podré conocerte?

—¿Y esa prisa de repente? —dice cortado.

—Me gustaría ponerte cara, eso es todo.

—Puedo mandarte una foto mía, si quieres… en pelotas.

—¡Eso sería de lo más inapropiado! —Me río.

—No más que ofrecerte mis servicios como matón a sueldo.

—Toda la razón…

—En realidad, no quiero verte, Freya… —deja de bromear.

Y la frase me sorprende.

—¿Por qué no?

—Porque creo que podría complicar las cosas…

El corazón comienza a latirme rápido en el pecho. Es una frase muy críptica, pero saber por dónde va hace que se me acelere el pulso.

—¿Por qué lo dices? —pregunto aun así.

Lucas tiene razón, ¡soy una temeraria! Desde luego, mi consulta anual en ginecología ya nunca volverá a ser lo mismo.

—Sabes por qué lo digo… —empieza él—. Nuestras vidas son muy complicadas, y si te viera y me gustaras tanto físicamente como personalmente, las cosas podrían complicarse…

¡¡LA LECHE!!

—Joder, olvida lo que he dicho, por favor. ¡Soy idiota!

—No, no lo eres… —me apresuro a decir—. Tienes razón…

Nos quedamos en silencio y lamento haber llegado a este punto tan rápido. No quiero que nada cambie entre nosotros e intento reconducir la conversación.

—Entonces, mañana te mando la campaña, ¿vale?

—Sí, sí, perfecto. Gracias, Freya…

—De nada.

Decido enterrarme en el trabajo y no volver a pensar más en nada ni en nadie. ¡Me van a volver loca!

A la mañana siguiente, me llega un mensaje de Lucas justo cuando estoy descansando de haber vomitado. 11:35h, no falla.

«¿Puedo ir a verte?».

No contesto enseguida. El mero hecho de que me lo pregunte y no se plante aquí a la fuerza, ya debilita un poco mis defensas.

«Ayer eché de menos hablarle, no quiero que olvide mi voz».

Pongo los ojos en blanco. Es un experto en chantaje emocional. ¡Si no tiene ni orejas todavía!

«Ven. Pero, por favor, no me hables del tema».

«Ok».

Cuando aparece, veinte minutos después, le espero en mi sillón de siempre.

—Hola… —dice sombrío.

—Hola.

Se agacha cerca del sofá y se sitúa lo más próximo posible a mi útero, sin llegar a tocarme.

—Hola, pequeñín, soy papá. Lo siento si el otro día oíste muchos gritos, a veces soy tonto y disgusto a mamá, pero intentaré hacerlo mejor para que no tengas que volver a oírlo.

Cierro los ojos, afectada.

—Tú solo encárgate de crecer fuerte y sano, no te preocupes por nada más. Yo voy a intentar que me perdone y volveré a conquistarla.

—Lucas…

—No hablo contigo —dice levantando un dedo. Después coloca las manos en mi tripa y se acerca aún más, como si fuera a contarle un secreto—. Entre tú y yo, hijo, es la mujer más increíble que he conocido en mi vida. Ninguna chica puede compararse a ella, y eso es algo que siempre he pensado, no es nuevo. Lo pensaba con diez años, con trece, con dieciséis y lo pensé con veinticinco cuando se me puso a tiro, aunque tuviera novio.

—¡Lucas…!

—Y si al final no quiere estar conmigo —continúa sin hacerme caso—, al menos tendré una

parte de ella para siempre: a ti. Así de importante eres para mí. Quizá nunca pueda tener su corazón, pero al menos un pedacito de ella me amará.

Los ojos se me llenan de lágrimas sin poder evitarlo. Le da un beso largo a mi vientre y solo entonces me mira.

—Gracias por dejarme venir. Hasta mañana…

Me quedo inmóvil mientras se levanta y desaparece, a la vez que dos lagrimones enormes caen por mis mejillas.

Ya no sé si le odio más que nunca o le quiero.

Estoy hecha un auténtico lío que no sé cómo resolver.

12
FIESTA

“ ¿No has tenido nunca la impresión de que tu vida se te escurre sin que tú le saques el jugo?”
Ernest Hemingway

¡Mierda! Cierro la puerta de mi armario furiosa.

—¡MAMÁÁÁ!

—¡¿Qué pasa?! —Aparece en mi habitación, asustada.

—¡No sé qué ponerme para la maldita fiesta…!

—¡¿Y por eso me llamas como si te estuvieras muriendo?! ¡Cora, por favor, que no gano para sustos!

—Esto es un problema muy grave, Ray va a venir y no puedo ir vestida con mi ropa de antes.

—¿Por qué no?

—¡Porque ya no puedo llevarla! Estos modelitos son para lucirlos, y ahora es mejor que nadie vea mi piel. ¿Tienes algún burka por ahí?

—Claro, ¿de qué color lo quieres?

Tuerzo la cabeza, molesta. Sabe que no es una solución.

—Vas a tener que dejarme ropa tuya, no tengo nada decente con lo que no se me vea la tripa…

—¿Qué le pasa a tu tripa?

—Que he engordado, y parece aún más grande al lado de mis piernas de niña de ocho años…

—¿Y si te pones un vestido?

—Son todos demasiado cortos y escotados. ¡No me da tiempo de comprar nada y los de Lía me van a quedar muy grandes, además de que son todos negros. ¡Es una fiesta, no un funeral!

—El negro es un color perfecto para cualquier fiesta elegante.

—Estoy demasiado pálida, hace un mes que no me da el sol.

—¿Y si llamo a Luz para que te ayude a elegir algo?

—¡¡No!! —chillo más de lo que me gustaría—. Me dijo que tenía un don para vestir a la gente y que podría promocionarme en su canal. No quiero que me vea dudar. ¡Me dijo que podría dedicarme a esto!, pero he perdido mi don, mamá. ¡Lo he perdido!

Me tapo la cara y me duele el pecho.

NUNCA… JAMÁS… me había dolido el pecho de angustia. ¿Qué coño es esto?

Pienso en llamar a Ray y decirle que no venga. Él es el responsable de mi ansiedad, ¡con el resto de los invitados podría ir en pijama!, incluso con Kali, pero con Ray no, es mi oportunidad de demostrarle quién soy. Quiero que sepa que no soy esa clase de chica a la que puede vacilar tanto como lo ha hecho. Quiero que flipe, que babee y que se le ponga dura, pero me temo que va a ser misión imposible.

—¡Lía, ven! —la llama mi madre.

—¡A ella tampoco la llames! O terminaré vestida de gótica…

—Confía en mí —susurra mi madre—. Ya me lo agradecerás.

—¿Qué pasa? —Aparece mi hermana.

—Tenemos una crisis. Gracias y adiós —Se despide mi madre.

Frunzo el ceño. ¿Por qué tiene tanta prisa? Seguro que ha visto un hueco para ir a montárselo con mi padre… ¡Están tan contentos que llevan 36 horas como conejos! No es que sean ruidosos, pero desde que me fijo en los detalles, he captado muchos gestos entre ellos que ojalá no hubiera visto nunca. Puaj… ¡Son mis padres!

—¿Cuál es la crisis? —pregunta mi hermana desganada. La adoro, pero lleva un mes muy rara, con extraños bandazos de humor y un tono de voz sospechoso, como si llevara una doble vida a mis espaldas. No consigo captar nada sobre ella y ya me he rendido.

—Déjalo, no puedes ayudarme…

—Estás cagada porque has invitado a la fiesta a Ray y ahora no sabes qué ponerte, ¿no?

—¡Sí…! —agonizo y me tapo la cara con las manos. Me sigue sorprendiendo lo lista que es y la poca importancia que se da.

Noto que se sienta a mi lado.

—Déjame decirte que es una soberana gilipollez.

—Sabía que no lo entenderías…

—No, digo que es una gilipollez porque Ray está acostumbrado a verte con el pijama del hospital, y cualquier cosa que te pongas lo dejará con la boca abierta, créeme.

La miro confusa.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Cuando te vea con el pelo perfecto, maquillada y con un vestido, se pensará que lo han atropellado viniendo hacia aquí.

Me río porque es justo lo que quiero que sienta.

—¿Y qué vestido me pongo? No tengo ninguno…

—Tengo en mente uno de la tía Ani que podría quedarte genial, es un poco de madre, pero el día que lo usó se llevó todas las miradas.

—¡Tráemelo, por favor! ¿Me tapará las piernas?

—Sí, y tiene un escote muy bonito. Ve buscando un collar y unos pendientes que le vayan bien mientras voy a por él. Es de color lila.

—¡Ay, mi favorito!

—Lo sé —Sonríe ella.

La miro con lágrimas en los ojos porque no puedo creer la suerte que tengo. ¡Mi madre tenía razón! Es otra de esas cosas de las que me he dado cuenta. Es increíble, pero siempre la tiene.

—Muchas gracias… —digo sentida—. Estaba a punto de decirle a Ray que no viniera.

—¿Cómo no va a venir? ¿Viste lo rápido que aceptó? Se muere por verte en acción.

—Creo que le gustan más mis padres que yo —bromeé.

—¡De eso nada! ¡Nos lo vamos a pasar genial esta noche!

—¡Ese es el espíritu! Pero, ¿tú por qué estás tan contenta?

Dura un segundo, pero veo una chispa de pánico en sus ojos.

—Porque todo lo del cártel ha terminado bien. Podría haber pasado cualquier cosa…

—Es verdad… No me puedo creer que hayan disparado a Kali.

—Lo importante es que está bien.

—¿Desde cuándo te importa cómo esté?

—¡No me importa! Pero ha estado ayudando a nuestra familia… Le debemos mucho.

—¡Te preocupas por él! —Sonrío celestina—. ¡Sabía que te gustaba!

Su cara de horror es fotografiable.

—¡¿Qué?! Lo estás flipando. No me preocupa en absoluto.

—Has estado muy tensa este mes, y ahora que ha vuelto, estás contenta. ¡Te gusta!

—¡Cora, no! Deja de decir eso —dice seria—. Estoy contenta de que la familia ya no esté amenazada. ¡Casi te perdemos! Y le agradezco a Kali nos haya ayudado, pero ahí acaba todo. Estoy feliz porque ha acabado y porque has salido del hospital. NO ME GUSTA. Deja de decirlo… En realidad, me cae mal. Pero lo respeto por ti.

—Ya, pero ahora también se ha ganado un poco tu respeto por ayudar a la familia, ¿no?

No lo niega y con eso me basta. De momento.

—¡Venga, ve a por mi vestido! ¡Se hace tarde!

—Voy.

Al final el resultado no está nada mal. Me siento segura. Y fina. El vestido me queda como un guante y me he tomado mi tiempo para maquillarme y peinarme. No puedo usar mucho el brazo izquierdo, porque mi codo sigue con clavos en el cabestrillo, pero mi destreza para manejar las planchas con la derecha es legendaria.

He podido ayudar poco en la preparación, pero he vuelto a chantajear a Freya para que viniera antes y nos ayudara. Creo que la pobre nunca podrá volver a decirme que no a nada después de salvarla del atropello, pero ni siquiera lo pensé. Fue algo instintivo. Yo no soy importante, pero ella, ella estaba destinada a llevar en su vientre el linaje de los Morgan. Y de alguna forma, lo sabía.

Cuando llega la hora me asalta otra nueva emoción: los nervios. Creo que nunca los había tenido, al menos, no por nadie. Los que se ponen nerviosos siempre son ellos, pero ahora, todo ha cambiado.

¿Lo peor de la noche? Que no puedo beber alcohol, pero creo que será divertido ver cómo los demás beben y se pasan tres pueblos. Va a ser mejor que ir al cine.

Ding dong…

—¡Dios mío! ¡Ya están aquí! ¡Llegan los invitados! —grito.

—¿Te quieres tranquilizar? —me dice Lía mirándome como si estuviera loca—. Saca tu chulería.

—¡No la tengo porque vivo en una silla!

—Vas en una silla porque eres una reina. Y punto. Mentón arriba.

Obedezco. Pero me siento tan estúpida comportándome así ahora. Me parece antinatural. ¡Nadie va por ahí comportándose así, solo yo! Estoy avergonzada.

Lía abre la puerta y saluda a… ¡Kali!

Gracias al cielo que es él y no Ray. Sonrío, pero veo que él no me devuelve la sonrisa porque sigue muy pendiente de observar a Lía como si… como si guardara un secreto. Hay tensión, como siempre, pero esta es de otro tipo.

Su sonrisa no tarda en aparecer al enfocarse en mí.

—Madre mía…, ¡estás preciosa! —Se acerca.

—Gracias… —digo cuando me abraza, y me fijo en la expresión de mi hermana. Parece decepcionada mientras repasa su outfit dudando de si ha elegido bien—. Tú estás absolutamente arrebatador —sonrío. Porque es la verdad, ha venido con un pantalón gris oscuro de pinzas, con una camiseta del mismo tono y un blazer un par de tonos más claros por encima. Otra cosa no, pero gusto para vestir, el que quieras. Y buena percha. La moda es uno de nuestros puntos en común, si no el único. Bueno y el sexo. Pero algo me dice que nunca más lo haremos porque los dos hemos cambiado y ahora valoramos mucho más nuestra vida como para compartir nuestro cuerpo con cualquiera.

¡Dios… necesito beber algo! No me gusta ponerme filosófica un sábado por la noche.

—¿Has venido dispuesto a pasártelo bien?

—Bueno…, no es que esté muy para fiestas todavía, pero… —Se toca el hombro dolorido.

—Pues quédate conmigo en el rincón de los lesionados.

—Eso pensaba hacer… Pero ¿no hay una silla para mí?

Le atizo.

—Llevas tres días sentado. Estar un rato de pie no te matará. Ojalá yo pudiera estarlo… ¡así no voy a poder ligar con Ray!

—¿Quieres ligártelo? —pregunta sorprendido, sin acritud.

—Sí, pero en mi estado es imposible.

—No te creas, a ver… —Se acerca a mí y me cierne con suavidad sobre su entrepierna—. Llegas perfectamente a chupársela.

Formo una o con los labios y veo que se ríe gamberro.

—¡Serás idiota! —Lo empujo divertida.

—¡Encima de que te ayudo a comprobar la logística! —se ríe.

—No me apetece hacer eso con él. Lo único que quiero es un beso. A día de hoy, un beso suyo es a lo único que aspiro… ¡soy penosa!

—Pues pídeselo y punto.

—Esas cosas no se piden, surgen. Es la mejor parte de un beso, esa primera tentativa. Tener la valentía de ser rechazado. Es emocionante.

Ding dong.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío…! —mascullo—. ¡Lía!

Mi hermana me hace un gesto con las manos para que me calme y niega con la cabeza, alucinada.

—¡Ray, bienvenido! —lo saluda.

—Dios santo… —farfullo queriendo esconderme, pero no tengo escapatoria.

—Tu príncipe azul ha llegado —comenta Kali.

—Ni se te ocurra decir ninguna estupidez o no te lo perdono en la vida —digo deprisa mientras sonrío como si no pasara nada.

—Esto va a ser divertido…

—Va en serio, Kali. O le diré a Lía que te mueres por ella.

—Vaya… —dice Ray al verme. Parece realmente sorprendido.

—Hola —intento sonar normal.

—Salir del hospital te ha sentado muy bien. Pareces otra…

—A ti, sin embargo, el pijama de celador te ayuda mucho.

El muy cretino ha venido con un pantalón corto y con una camiseta negra de RadioHead. ¡Y yo nerviosa! ¿Cuándo me he echado a perder?

—Hola, nos conocemos del hospital, creo… —Le da la mano a Kali.

—Sí…

—Kali —le dice Lía, la mar de simpática—. ¿Me acompañas a la bodega, por favor? Tengo que traer un par de botellas de vino más…

Es un instante bochornoso, porque el tono es tan falso que los cuatro entendemos que mi hermana lo hace para dejarnos a solas a Ray y a mí. Por cómo la mira Kali, es evidente que no se tragan.

—Claro, querida, te ayudaré encantado…

Se marchan y me entra la risa nerviosa. Él también parece ansioso.

—Dime que en el transcurso de estos tres días, no has vuelto con tu novio y luego no sabías cómo desinvitarme a esta fiesta…

Lo miro con la boca abierta.

—¡¿Qué?! ¡Nooo! ¡Kali y yo no hemos vuelto! Ni venido, o sea… nunca hemos sido pareja. Éramos… da igual. ¡Ahora somos amigos!

—Ah, vale… Fiuuu. Pensaba que te habías arrepentido.

—No, de lo que me arrepiento es de no mencionarte el *dress code*.

—¿El qué?

—Déjalo… Pero no se viene a una fiesta de noche en pantalón corto. Anótalo para un futuro.

—¡Tú vas sin pantalones y no pasa nada!

Sonrío. Típico de Ray, darle la vuelta a la situación en su beneficio.

La gente va llegando y me hace gracia que, quien más y quien menos, la mayoría lo conocen de haber coincidido con él en el hospital en una de mis visitas. Lo cierto es que últimamente se pasaba el día en mi habitación, y mis padres lo saludan como si ya fuera de la familia. Juro que me muero de vergüenza.

—Bonita casa, señor Morgan.

—Gracias, Ray. Si te cuento lo que cuesta limpiarla, ya no te lo parecerá tanto…

—Por eso adoro vivir en mi caravana de diez metros cuadrados.

—Tú eres un tío listo —Mi padre le ofrece la mano para hacer un saludo extraño que les queda muy cool. ¡Lo que yo decía! ¡Está enamorado de mi padre!

—Ray… —Le sonríe mi madre coqueta, mientras él coge una de sus manitas con delicadeza y se la besa.

—Señora Morgan… es usted un ángel.

—Estoy encantada de que estés aquí, ya te echaba de menos.

—Es un placer celebrar la recuperación de su hija.

¡Cora! ¡Me llamo Cora!

Inspiro hondo y suelto todo el aire despacio.

Mis padres notan en mi cara que estoy celosa de ellos y que quiero que se larguen ya. Lo hacen con una sonrisa divertida. ¡Maldita sea!

—¡Anda, si está Iker! —dice de pronto Ray viendo a uno de los padres de Kali—. Lo conozco. Ahora vengo, voy a saludarle, no quiero acapararte.

—Vale… —contesto mientras por dentro resoplo furiosa. Quiero moverme como si tuviera algo que hacer, pero me es imposible desplazar la silla solo con una mano. Me quedo plantada allí, en vez de ponerme a dar vueltas concéntricas. Eso sería aún más vergonzoso.

De pronto, Freya me ve y lee la frustración en mi cara.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Necesitas algo?

—Sí… morirme. Me siento tan inútil…

Ella me mira con la culpabilidad cruzándole la cara.

—¡Es que el chico que me gusta no me hace caso!, y no puedo usar mis armas habituales… ¡Esto es un fracaso!

—¿Quién te gusta?

—Ese tío. Es un celador del hospital. Le invité creyendo que le interesaba, pero no, solo quiere montarse un trío con mis padres y cenar gratis…

Freya se ríe.

—Oye, pues no está nada mal…

—Si lo vieras con su pijama del hospital fliparías. Encajaría perfectamente en la serie *Anatomía de Grey*. Así vestido solo parece un surferillo más.

—Uno que no te quita el ojo de encima —Sonríe con picardía.

—Nah, seguro que te está mirando a ti y a tus piernas erguidas. Le diré que estás embarazada y que eres la novia de mi hermano antes de que te entre.

—No soy la novia de tu hermano —corrige tensa.

—Ya, bueno… pero acabarás siéndolo.

—Lo dices como si no tuviera elección por llevar a su hijo dentro.

—Bueno, hoy por hoy…

—Hoy por hoy, tengo opciones. Me gusta un tío del trabajo y yo a él. Si no hago nada es por no complicar aún más las cosas, pero hoy por hoy nuestro destino es compartir la crianza del bebé y nada más.

—¿Qué estás diciendo, Freya…? —digo asustada.

—Lo que oyes. El bebé no me ata a Lucas como pareja —dice destilando más despecho del que cree—, así que no lo des por supuesto.

—Freya… sé que estás herida, pero piensa bien las cosas, por favor. No le des vía libre a Lucas. ¿Sabes lo que pasaría? ¿Sabes cómo te sentirías si tuvieras que verlo con otra chica mientras llevas al fruto de vuestro amor dentro? No se lo deseo a nadie… No dejes que tu ego te destruya. Haz caso a tus sentimientos…

Freya se queda consternada por mis palabras y tarda en hablar.

—¿Y si no sé cuáles son mis sentimientos? —musita afligida.

—Si tienes dudas, tómate tu tiempo para aclararte. Experimenta, prueba todas las opciones, pero no le cierres la puerta en la cara a Lucas o lo lamentarás. Mi hermano está muy solicitado…

De pronto, Aitor se acerca a nosotros.

—Hola, chicas.

—Hola, hermanito. Estás rompedor —Lo adulo gustosa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Sonríe truhán. Él dice que es bisexual, pero solo un gay podría tener tan buen gusto, lo que ocurre es que su mayor *hobby* es satisfacer a la gente sexualmente.

—¿Dónde está tu novio? —lo pincho.

—Hugo no es mi novio.

—Pero lo fue. Y volvéis a estar juntos. ¿Crees que estás preparado para una relación seria, hermanito?

—¿Podríamos no hablar de eso esta noche, por favor? Quiero divertirme.

—Claro, pero con eso ya has contestado a la pregunta planteada.

—¿Cómo estás, Freya? —le pregunta directo, con culpabilidad—. Siento lo del otro día… ¡Son unos cazurros! Les dije que te enfadarías y con razón. ¡Hombres…! ¿Quién los entiende?

—¡Tú eres uno! —replico.

—Yo soy yo, no soy etiquetable.

Que aparezca una sonrisa en los labios de Freya después de lo mal que la he dejado yo, me quita un peso de encima. Aitor siempre ha sido la estrella de mi familia. Y lo digo en el sentido de que «tiene estrella». Es el único que tiene una relación especial con cada uno de nosotros. Con mi madre, con Lucas, con Lía, conmigo, e incluso con mi padre. Aitor es una persona que, aparte de saber vestir, tiene el don de conectar con cualquiera a un nivel profundo. Y veo perfectamente cómo se dispone a desplegar su magia con Freya.

—Si alguna vez necesitas algo… criticar a mi hermano o cualquier otra cosa, soy tu hombre.

—¿No has dicho que no lo eras?

Mira a Freya cansado y dice:

—Con el resto de los Morgan, no te queda otra que armarte de paciencia. —Y se va.

—Tiene un tortazo… —susurro—, pero luego te dice tres cosas y ya te tiene otra vez comiendo de su mano. El pobre Hugo me da lástima…

En ese momento, veo que Ray vuelve a mí.

—Hola, no nos han presentado —le dice a Freya.

—Es la novia embarazada de mi hermano —subrayo.

—Encantada, soy Freya —Le tiende la mano.

—El placer es todo mío.

—Cora me ha dicho que la cuidaste muy bien en el hospital…

«¡NOO!», chillo por dentro. Fantaseo con ahogar a mi amiga.

—¿Eso te ha dicho? —Sonríe Ray juguetón. ¡Dios… qué sonrisa!, ¡y qué boca!, ¡y qué mierda de camiseta me lleva! ¿Qué provocaría en mí verlo con uno de los conjuntos de Aitor? Seguramente un orgasmo visual de la leche…

—No te flipes, se lo está inventando todo —salgo en mi defensa—. Ray es una vergüenza para el personal sanitario… —digo con guasa.

—Sí, pero todo el mundo acaba adorándome.

—Menos yo.

—¿Y por qué me has invitado a tu fiesta?

—Bueno, yo os dejo —dice Freya salvándome de tener que contestar.

—¿Por qué aquí todo el mundo es guapo? —pregunta Ray.

—Genética. Ya has visto a mi padre, y esa es mi tía —Señalo a Ani—. Y esa es mi otra tía —Señalo a Mei—. Tienen otro hermano, se llama Roi, vive en España y es enfermero.

—Ya me cae bien… Y viendo a tu madre se explican muchas cosas…

—¿En tu familia son unos orcos o qué? Porque no me creo que tú hayas salido así por nada…

—¡Sabía que te parecía guapo!

—¡No! ¡Quería decir que…!

—No tengo familia —dice de pronto—. Me crie con mi madre en un parque de caravanas de California. Era brasileña y quería ser actriz. Llegó a hacer pequeños cameos en series conocidas, era muy guapa, pero se quedó embarazada de mí y comenzó a aceptar trabajos normales que la alejaron de los focos.

Me quedo alucinada. ¡Y yo presumiendo de familia perfecta! Que hable en pasado me da muy mala espina…

—¿Y cómo terminaste aquí? ¿Dónde está ahora tu madre?

—Murió hace seis años. Tenía una enfermedad hepática.

—Lo siento mucho… —musito sintiéndome fatal.

—Solo me quedaba el surf y vine a Australia en busca de la ola perfecta. Conseguí un trabajo de camarero en la famosa playa de Bondi. Al principio, dormía en un camping en mi tienda de

campaña, después logré compaginar el trabajo con mis estudios de auxiliar sanitario y cuando por fin conseguí trabajar de ello, me compré esta caravana y me mudé a Byron Bay, cerca del hospital donde estaba mi plaza.

—Vaya… es impresionante.

—No tanto. Esta casa sí es impresionante. Y tú también…

—¡¿Yo?! —exclamo avergonzada—. Si te digo lo que he conseguido desde que nací, dejaré de parecértelo. ¡No he hecho nada! Solo ser una mimada…

—Bueno, ahora has tenido un accidente que te ha cambiado la vida, porque ya no eres la misma chica que conocí el primer día.

—¿Y cómo soy ahora?

—Alguien que si me invita a una fiesta, consigue que vaya, aunque no conozca a nadie más.

—Si quieres te hago un resumen rápido, pero te lo advierto, somos peor que una telenovela turca. ¿Ves a ese tío?

—Sí.

—Es Enzo. Es policía y está casado con una mujer, pero se ha liado con mi hermano Aitor que casualmente es el novio de su hermano gemelo.

—¡¿Qué?! ¿Esas cosas pasan en la vida real?

—En mi familia, sí. ¿Y ves a ese otro?

—Sí…

—Es Marco. Mi tío lo adoptó cuando tenía cuatro años y luego tuvieron a su hija Luz. Los dos se enamoraron perdidamente en secreto y una nochevieja les pillaron chuscando en la bodega de esta misma casa. Ella todavía era menor de edad, fue un verdadero escándalo…

—¡¿Cómo…?! ¿Y qué pasó? No me dejes así…

—A Marco lo echaron de la familia y estuvo siete años sin hablar con casi nadie, pero hoy van a anunciar que se casan. Va a ser muy divertido.

—Estoy flipando…

—Espera, que hay más. ¿La embarazada de antes?

—¿Sí…?

—Es mi vecina de toda la vida y mi hermano y ella siempre se han gustado, pero la presión de todo el mundo los alejó en la adolescencia y él le pegó una paliza al tío que la desvirgó. Ella se enfadó mucho…

—Me imagino…

—Fue hace mucho tiempo y no volvieron a hablarse, pero hace unos meses, retomaron su relación y se acostaron la misma noche que mataron al novio de ella en un ajuste de cuentas. Detuvieron a mi hermano pensando que había sido él y volvieron a separarse, y ahora ella está embarazada… Están peor que nunca porque ella se ha enamorado de otro.

—¡Madre del amor hermoso…! ¿Y tu otra hermana? Lía…

—Uy, ese tema también es goloso. ¿Recuerdas a Kali, mi ex? Bueno, siempre ha sido mi mejor amigo con derecho a roce, pero ahora nos hemos dado cuenta de que no estamos enamorados, solo nos queremos como amigos, y hace unos minutos he descubierto por qué…

—¿Por qué? —pregunta con verdadero interés.

—¡Porque le gusta mi hermana Lía! Y a Lía le gusta él, pero siempre se han llevado como el perro y el gato. Insultos, discusiones… ni te lo imaginas. Pero en el hospital me enteré de que comparten un secreto. Han estado rarísimos todo este tiempo y cuando se han visto ahora en la entrada he notado que hay algo entre ellos.

—¿Crees que se han liado a tus espaldas?

—No lo sé. Pero si no ha pasado ya, estará a punto de pasar.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

—Yo no tengo…

—Yo creo que sí. Si no, ¿qué pinto yo aquí?

Lo miro alucinada.

—Piensa en nuestro resumen como si fuera un chisme y luego me lo cuentas, pero primero vamos a por algo de beber…

Se dispone a empujar mi silla y quiero morirme.

«Érase una vez una chica destrozada que conoció a un celador cañón que le sacaba de quicio. Era todo lo que detestaba en un chico: vacilón, despreocupado, sin gusto para vestir y asiduo a una vida sin agua corriente… pero tenía algo que no podía dejar de mirar, su sonrisa. Una que demostraba que era más rico que cualquiera porque no necesitaba nada. El problema es que la chica sí necesitaba algo para darle sentido a la nueva vida en la que se había despertado… un beso de sus labios al final de la noche».

13
COMO AGUA PARA CHOCOLATE

“¿Pero qué es la decencia? ¿Negar todo lo que uno quiere verdaderamente?”
Laura Esquivel



No sé porque estoy tan nerviosa, pero lo estoy. Será por estar a solas con Kali en esta bodega maldita que solo lleva a la depravación…

¿A cuánta gente habré cazado montándoselo aquí a lo largo de mi vida? Creo que a todo el que conozco. Incluso a él con mi hermana Cora.

—Con dos botellas de cada no va a llegar —comenta con un par de ellas en cada mano.

—Llega de sobra.

—Hoy la gente va a beber bastante…

—¿Por qué lo dices?

—Porque en el ambiente flota la sensación de que va a estallar una bomba o algo así, ¿no lo notas?

—Lo único que noto es a ti intentando volver con mi hermana cuando ella ha invitado a otro chico. Déjalos en paz y no te quedes toda la noche pegado a ella.

—Como siempre, te equivocas. Cora ya no me interesa.

—Sí, claro, por eso le has indicado el camino hacia tu polla. Hay que tener mal gusto para hacer un gesto tan soez…

—Pues a ella le ha hecho gracia.

—No tienes ni idea de mujeres. Ni de nada, vamos…

—Al menos no estoy todo el día metiendo la pata. Como tú esta mañana…

—¡Esta mañana no tendrías que haber venido!

—No haber sido tan bocazas… —replica con su clásica chulería.

Es recordarlo y ponerme enferma.

Esta mañana, Kali ha aparecido, nada más y nada menos, ¡que en *Green Phone*! Mi fundación de llamadas de asesoramiento psicológico. Llevo dos años entregándome en cuerpo y alma a ese proyecto y no quería que lo contaminara con su presencia.

En cuanto lo he visto entrar por la puerta con su planta de modelo de Calvin Klein, su mirada pérfida y su sonrisa de cabrón, me he levantado de mi mesa de un salto y he intentado detener su

avance.

—¡¿Qué leches haces aquí?! —He susurrado enfadada—. Vete ahora mismo.

He cometido el tremendo error de hacer contacto con su esternón para empujarle fuera de mi paraíso y mis dedos se han topado con un ejército de músculos de acero que no me esperaba. ¡Juraría que tenía una placa de hierro bajo la camiseta! Pero lo peor ha sido el pensamiento que ha cruzado mi cerebro sin permiso: «¿Qué se sentirá al acostarse con un chico tan musculoso?».

—Vengo a demostrarte que te equivocas, lista. Puedo trabajar aquí.

—¡¿Qué?! ¡Tú no tienes ni idea de dar consejos! ¡Está orientado a estudiantes de psicología!

—En vuestra web pone que cualquiera que quiera ayudar es bienvenido, que solo hace falta saber escuchar…

—Por favor, lárgate —he rogado espantada—. Este es mi lugar sagrado.

—Solo quiero ayudar —ha dicho con benevolencia fingida—. Necesito seguir alimentando mi complejo de superhéroe…

«¡Maldita sea! ¿Por qué coño ataqué ayer su ego? Parezco nueva».

—¿Quién es tu amigo, Lía? —ha preguntado Jackie.

—Nadie. Ya se iba.

—Hola, soy Kali y me gustaría ayudar en las llamadas. Hace poco me ha pasado algo trascendental que ha hecho que me replantee toda mi vida —se señala el cabestrillo del hombro —, y estoy en un punto muy zen.

—Ah, genial. Nos vendrá bien alguien como tú.

—¡No es zen! ¡Es todo lo contrario! ¡Es puro caos!

—Me he reformado —ha contestado con una calma engañosa—. Por eso creo que puedo entender muy bien el caos de la gente. Yo he estado ahí antes.

—Eso podría ser muy positivo —ha sonreído mi compañera sin dejar de repasar su atlético cuerpo. Kali le ha ofrecido su sonrisa de chico encantador y yo he ardido en furia. ¡No!

—¡Ni siquiera estudia psicología! ¡A saber qué les dirá…!

—Podemos hacer una prueba, a ver qué tal se me da —ofrece Kali.

—¡Perfecto! —exclama Jackie.

Sus ojos llenos de diversión y maldad me han demostrado que no ha cambiado ni un ápice a pesar de que una bala le haya atravesado el hombro.

—¿Estás listo? Siéntate aquí. Cogerás la próxima llamada.

—Lo estoy. —Y que me mirase fijamente mientras lo decía me ha trastocado mucho. ¿De qué iba? No quería que me mirara nunca, ¡pero menos así! Con esas ganas de jugar. Era demasiado tentador…

Había estado un mes convenciéndome a mí misma de que lo que pasó la noche de las fotos fue un episodio de demencia transitoria por parte de ambos. ¡Era Kali! ¡Él jamás me vería así, ni yo a él! Le odiaba y era el eterno no-novio de mi hermana, pero yo no soy de las que se autoengaña, más bien soy fan de la cruda verdad. Y la realidad es que esa noche el fotógrafo me puso tan cachonda que hubiera hecho cualquier cosa… ¡LO QUE FUERA! Incluso si Kali participaba… Y ese detalle me voló la tapa de los sesos, pero bueno, la carne es débil y Kali siempre ha estado bueno, no significa nada trascendental.

Pero entonces… ¿por qué cuando Aitor me contó que Kali se había infiltrado en el cártel de los narcos se me encogió tanto el estómago? ¿Qué coño me importaba a mí lo que le pasara a ese mequetrefe? Pues al parecer, mucho, y eso me tenía muy cabreada.

Cuando llegaron del asalto y nos contaron que le habían disparado, comencé a hiperventilar. Intenté disimularlo, pero creo que Marco me pilló. ¡Siempre está atento a todo, el puto! Me ponía

nerviosa porque había sido testigo de mi charla con Kali en el acantilado y no quería que pensara cosas raras.

Ese día, cuando reconocí la voz de Kali a través del *Green Phone*, aluciné en colores, y cuando vi que no atendía a razones, quise confesarle que era yo, pero no podía, porque se queda todo grabado, y la primera norma del servicio es que promete ser totalmente anónimo. Por eso colgué y acudí a donde me dijo que estaba. Porque, de algún modo, pensé que en persona tendría posibilidades de convencerlo. Igual si le decía que se tirase, no lo hacía solo por el hecho de llevarme la contraria… Pero una vez allí, la situación me impresionó.

No volvimos a mencionar el tema, pero haberse infiltrado en un cártel durante un mes cuadraba bien con un perfil suicida. Y que finalmente se colara en la trayectoria de una bala hacia su peor enemigo también. ¿Hola? Estaba tan alterada por imaginarlo herido que me fui a dar un paseo por la playa. ¿Y si hubiera muerto?

Estuve horas caminando. Quería analizar cómo me sentía al respecto y llegué a la conclusión de que me sentía responsable porque sabía que Kali estaba mal desde que murió Chris y no había hecho nada por ayudarlo. Ni siquiera cuando apareció en el hospital destrozado tras el accidente de Cora y lo vi llorar en silencio.

Ese monstruo apelaba a mi empatía como ser humano, no a mis sentimientos amorosos, y me agarraba a esa sutil diferencia, por mucho que mi hermana lo redujera todo a que me gustaba. ¡Si ni siquiera me cae bien! Es más, esta mañana cuando ha aparecido en mi zona de confort, le he odiado profundamente, sobre todo cuando se ha lucido en la llamada con un chico que había dejado de hablarse con su mejor amigo porque estaba enamorado de él en secreto y no se atrevía a contarle que era gay.

—Lo echo muchísimo de menos, ¡y él no entiende por qué ya no quiero verle! Me acosa a mensajes y lo estoy pasando muy mal. Creo que estoy cayendo en una depresión brutal…

—Te entiendo. Una ruptura sentimental o la pérdida de un ser querido puede llevarte a la depresión, pero en este caso, eres tú el que está tomando la decisión de alejarse de él, por lo tanto creo que es el miedo quien está conduciendo la situación, el miedo a que te rechace cuando sepa la verdad. Tal como yo lo veo, tienes dos opciones: una, seguir sufriendo su ausencia para no enfrentarte a un posible rechazo, lo que te llevará a continuar viviendo sin él, o ser sincero… y quizá no te rechace.

—Él no es gay…

—Pero es tu amigo, y después de huir de él, te sigue buscando; eso es que le importas. Entiende que tienes un problema y quiere ayudarte a solucionarlo. Que no te corresponda no tiene por qué ser el fin de vuestra amistad.

—Pero yo le quiero… —ha sollozado—. Le quiero de verdad.

—Creo que, si alguien te quiere como tú le quieres a él, tiene derecho a saberlo. ¡Es algo bonito! Y nunca se sabe cómo puede reaccionar. Puede que te diga que siente lo mismo, o que diga que le das asco y no vuelva a hablarte, pero también cabe la posibilidad de que siga ofreciéndote su amistad. Cuando finalmente lo sepas, podrás decidir qué hacer en base a su reacción y no te sentirás tan mal, créeme. Lo que más atemoriza a alguien es el desconocimiento y ahora mismo no sabes lo que él piensa de esta situación. Una vez lo sepas, podrás asimilarlo y reconducir tus emociones. Este *standby* es lo que te está matando…

—Muchas gracias… me ha servido.

—De nada. Vuelve a llamar si lo necesitas, buenos días.

—¡HA SIDO IMPRESIONANTE! —Ha chillado Jackie. Y me revienta admitir que es verdad. ¡Me cago en todo!

—¿Qué te ha parecido? —me ha preguntado petulante.

—Te ha tocado un caso facilito…

—¿Qué disponibilidad tendrías, Kali? —ha preguntado Jackie ilusionada.

—Ahora mismo: completa.

—Solemos venir día sí día no para airearnos un poco.

—Genial, me vendrá bien. Hoy puedo quedarme hasta las dos, si queréis.

—¡Eso sería fantástico! —ha dicho maravillada.

Cuando Jackie se ha ido, me ha mirado satisfecho y yo a él, rabiosa.

—Como se nota que las chicas de esta universidad no te conocen…

—Cierto… cuando lo hagan y se corra la voz de mi tamaño, me las tendré que quitar de encima.

—¿Por qué has venido? —he cuestionado muy seria—. Dime la verdad. Sé que no es para ayudar a los demás. El mundo te importa una mierda.

—He venido porque eres una bocazas y quería demostrarte que estás equivocada. Admite que esto se me da de puta madre.

—«Esto» no es un juego, Kali. Te ha tocado un caso de coser y cantar, pero cuando escuches problemas serios en los que te veas reflejado, te va a costar un mundo aconsejar. Hay que ser duro emocionalmente para estar aquí y tú no lo eres.

—Soy más duro que cualquiera —ha replicado irascible—. He pasado por muchas situaciones de mierda en mi vida, ¿sabes?

—¡Pero no las tienes superadas o nunca te habrías acercado a ese maldito acantilado! —he mascullado con secretismo.

Me ha mantenido la mirada durante un segundo decidiendo si ser sincero consigo mismo respecto a eso, pero ha vuelto a recular.

—¡Ese fue un momento de locura! ¡Llevaba tres días sin dormir! ¡Tuve un brote de demencia transitoria…!

—¡Pues últimamente tienes muchos, ¿no crees?! ¡Porque la noche de las fotos tuviste otro…!

En ese momento, nos han entrado llamadas y ya no hemos podido seguir hablando. A lo largo de la mañana, he escuchado un par de frases conmovedoras de su boca que me han dejado anonadada. ¡¿Cómo puede alguien ser tan falso?!

Sé que Kali no es tonto, lleva años plantando cara a mis provocaciones con una réplica audaz a la par que grosera, pero cuando se enfada, enseguida cae en usar insultos y en la violencia, un claro indicativo de que tiene muchos problemas internos sin resolver.

Me he ido antes de *Green Phone* para no coincidir con él a la salida. Tenía que pensar un plan para deshacerme de él cuanto antes, uno que no pudiera rebatir.

Me he pasado la tarde maquinando cómo llevarlo a cabo, pero cuando le he visto en el umbral de la puerta hecho un pincel, se me ha olvidado por completo. ¡*SHIT*! La carne es débil, ¡pero la mía es Blandiblu!

Hacía años que Kali no pisaba mi casa como invitado a un evento y no recordaba cuánto se maqueaba para tales ocasiones, no obstante, cuando he visto que pretendía fastidiar la cita de mi hermana, me lo he traído a la bodega, alias, habitación de fornicio con botellas.

—Tienes que dejar *Green Phone* —le digo muy seria cogiendo otras dos botellas de vino, como me ha recomendado.

—Ni hablar, necesito alargar más la sensación de sentirme un héroe —replica con recochineo.

—¡Vale, tú ganas! ¡No debí decir eso! ¡Lo que has hecho es increíble, ¿de acuerdo?! No todo el mundo lo hubiera aguantado…

—Gracias. Pero lo digo en serio, quiero seguir atendiendo llamadas desesperadas, me hace sentir útil.

—¡Lo sé! ¡Por eso es mi oasis!, y no te quiero allí. Búscate otro para ti… Por favor…

Me mantiene la mirada intentando descifrar por qué es tan importante para mí, y reconduzco la conversación hacia donde me interesa:

—Haré lo que quieras, si no vuelves por allí…

—¿Qué me ofreces?

—¡¿Ves como no puedes hacer nada por simple generosidad?! —lo acuso—. ¡Por mucho que el resto de mi familia piense que eres un héroe, no lo eres! Te embarcaste en esa misión suicida ¡porque es lo que eres! ¡Interceptaste esa bala porque quieres morir! ¡Y no me dejaste a solas con ese fotógrafo para protegerme, querías joderme! ¡Eres odioso Kali! ¡No te importa nadie!

—Mentira. Cora me importa.

—¡¡¿POR QUÉ?!! —grito sulfurada—. ¡Siempre te ha tratado fatal!

Sus ojos se achican con inquina.

—¡Y tú siempre le has tenido envidia! Admítelo, querías que te prestara la misma atención que a ella, y como no la tenías, discutías conmigo.

—¡Para nada! ¡Lo único que quiero es perderte de vista, pero estás presente en todos los ámbitos de mi vida! ¡Y si te importara Cora, la dejarías en paz, porque ese chico le gusta y ella ya no quiere nada contigo!

—¡¿Sabes por qué?! —replica enfadado—. ¡Porque se le ha metido en la cabeza que me gustas TÚ! ¡¿Qué coño le contaste exactamente sobre la noche del fotógrafo?! ¿Le dijiste que yo te di alguna muestra de querer algo contigo? ¡Porque no es así!

—¡No le conté nada! ¡Pero admite que te faltó un pelo de gamba para lanzarte sobre mí!

—¡Deberías darme las gracias por no haberlo hecho, porque dudo que hubieras podido resistir la tentación…! ¡Estabas desesperada!

—¡Esa noche me hubiera follado a cualquiera! —exclamo frustrada—. ¡Ni siquiera razonaba, joder! ¡Pero no es que me gustes!

—Entonces estamos de acuerdo y Cora debería saberlo. Nada ha cambiado.

—¡Pero eso es mentira! ¡Tú has cambiado! No estás bien…

—¡¿Crees que no lo sé?! ¡Desde que tomé Moonbow se me ha roto algo por dentro! Necesito hablar con Lucas sobre ello.

—Primero habla con Cora y cuéntale que nuestro secretito es que impedí que te suicidaras, ¡porque ella cree que nos hemos liado!

—¡No pienso contárselo y tú tampoco lo harás! —dice enfadado, agarrándome del brazo.

Enfoco la vista donde me tiene cogida y me suelta al momento al ser consciente de que me está haciendo daño.

—Si no quieres que se lo diga, no vuelvas a pisar el *Green Phone* —lo amenazo.

La mirada que me echa me comprime el pecho, pero necesito que desaparezca de allí. Es mi lugar sagrado. Mi zona de confort. Y él es todo lo contrario a eso para mí.

—De acuerdo, no volveré, pero no se lo digas…

Se va de la bodega cabreado y me siento fatal, pero me digo a mí misma que solo he restaurado la normalidad del universo. Nada más.

Respiro hondo un par de veces y vuelvo a la fiesta confiando en que podré ignorarle el resto de la noche. ¡Ilusa! Nadie habla de otra cosa, es uno de los homenajeados, pero la estrella indiscutible de la noche es el niño al que rescató de esa casa y al que han llamado Nick, pero verle con él en brazos derrite mi ira hacia él. ¿Qué tendrán los tíos cachas con un bebé adorable

en brazos?

Me sirvo un poco de vino para calmar los nervios, porque ser consciente de que soy la única que lo mira a él en vez de al crío, me los altera mucho. Hablo con la gente, pero me sorprendo buscando a Kali a la mínima oportunidad. No me fío de él. Pero lejos de molestar a Cora, lo descubro intentando abordar a Lucas sin éxito.

Mi hermano no se da cuenta porque está muy pendiente de Freya, que no deja de cuchichear con Luz mientras lo mira de reojo.

—¿Qué quieres? —oigo que le dice Lucas por fin.

—Me gustaría preguntarte algo sobre el Moonbow…

—¿Qué pasa con él?

—Lenny me dijo que desde que lo tomaste no fuiste el mismo y quiero saber cómo lo solucionaste. —Mi hermano lo estudia con atención y Kali traga saliva—. Desde que lo probé en el festival de primavera me pasan cosas muy raras…

—¿Como qué?

—Es como si no controlara mi cuerpo ni mi mente. Hace cosas que no le ordeno y piensa cosas que no debería…

—Me pasó lo mismo.

—¿De verdad? —dice Kali interesado—. ¿Pero eras consciente o…?

—Era como si yo no decidiera, sino mi subconsciente.

—¡Exacto!

—Pero tu subconsciente sigues siendo tú, Kali. Solo que es un tú que está enterrado bajo un montón de recuerdos que te han cambiado, y el Moonbow lo que hace es traer a primera fila recuerdos del pasado. Así que te topas con ellos y no entiendes qué hacen ahí… A veces, son pensamientos que nunca habrías imaginado tener.

—¿Y cómo… cómo se ordenan de nuevo en un lugar donde jamás pueda volver a verlos?

Cuando dice eso me dan ganas de saber qué es eso que le asusta tanto.

—No funciona así. Yo… Bueno, en mi caso, lo tomé una segunda vez y todo volvió a reorganizarse, pero no como al principio, sino de un modo distinto.

—Entonces, ¿debo volver a tomarlo?

Lucas lo mira preocupado.

—Eso sería arriesgado.

—¿Por qué?

—Porque nadie te garantiza que vaya a dejarte mejor. Puedes ir incluso a peor, Kali…

—Lo dudo mucho… Estoy fatal.

¿Por qué a él se lo admite y a mí no?

—Todo puede empeorar siempre… —Le toca el hombro Lucas en plan paternalista y Kali se sorprende—. Por ejemplo, a Lenny le dije que no lo probara porque probablemente sacaría a la luz escenas bastante horribles que enterró cuando era niño… Mi consejo es que te adaptes a tu nueva perspectiva. Entre tu infancia y los últimos acontecimientos, yo no me arriesgaría…

—No puedo adaptarme —replica Kali preocupado—. Me siento muy fuera de lugar, de verdad…

—Eso no tiene por qué ser malo —insiste mi hermano—. A mí el Moonbow me hizo recuperar una actitud que había dejado atrás hace mucho tiempo. Me hizo más valiente y más consciente de mí mismo.

—¿Dónde puedo conseguir más Moonbow? —pregunta Kali obcecado.

—No puedes. Ya no hay…

—¿Y no podéis fabricarme un poco para mí?

—No, lo siento —niega Lucas con firmeza—. Estamos celebrando que todo eso ha quedado atrás por fin. Es imposible.

—¡Pero lo necesito…!

—Olvídalo —le aprieta el brazo—. Sea lo que sea, podrás con ello. Tengo que irme a dar un discurso.

Lucas se va y Kali se queda chafado. ¿Ha dicho un discurso?

Veo que Kali se frota la cara con sufrimiento y reacciono como un resorte. ¿Por qué no me quedaré quietecita cuando veo que alguien necesita ayuda, aunque sea el villano de mi historia?

Busco a Aitor y le pregunto dónde encontraron el maldito Moonbow.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¡Tú dímelo! Ya te lo contaré. Ahora no es el momento.

En cuanto tengo la información, me cuelo por detrás de Kali como si fuera un espía del KGB y susurro: «Yo sé dónde encontrar Moonbow».

Se gira extrañado.

—Lucas ha dicho que no había más.

—Y no hay, pero sé de dónde sacaron la materia prima para confeccionarlo. Lucas lo descubrió al cortarse en unas rocas.

—¿Sabes dónde es? Iré ahora mismo.

—Ahora es de noche. Mejor de día.

—Por favor… Si quieres que vuelva a ser el de antes y deje de hacerme el héroe, tengo que ir ya.

—No vayas, hazme caso…

—Solo dime dónde es —Se acerca a mí, persuasivo—. Por favor…

Que invada mi espacio vital y me mire suplicante hace que se me aflojen las rodillas. ¡¿Desde cuándo soy incapaz de negarle nada?!

—No deberías ir solo por la noche…

—Pues acompáñame.

No sé en qué momento me parece buena idea irme con él de la fiesta, a solas, a una playa oscura para que se intoxique con un alga que casi hace que nos maten a todos. ¡¿Qué coño me pasa?!

Nos subimos a su coche y me pone nerviosa tenerlo al lado conduciendo. Es un acto de lo más normal, pero siento la adrenalina bullir en mis venas porque sea él y admito que también tengo un poco de miedo, porque Kali es impredecible y Lucas no suele aconsejar cosas a la ligera.

—¿Y si lo tomas y empeoras? —digo de pronto—. Deberías pensarlo bien.

—Si hay alguna posibilidad de que esos pensamientos desaparezcan, me arriesgaré. A peor no puedo ir…

Me gustaría que pusiera nombre a esos pensamientos. ¿Qué es lo que no puede ir a peor? ¿Qué siente exactamente? Me da la sensación de que solo estoy en este coche para averiguarlo, pero algo me impide preguntárselo. Supongo que el admitirme a mí misma y a él, que me importa.

—Dijiste que habías vivido cosas horribles. ¿Y si vuelven…?

—Déjalo ya… Eso fue hace mucho tiempo. Apenas lo recuerdo.

Lo miro conducir y capto que está mintiendo; recuerda más de lo que dice.

Lo guío hasta el lugar exacto y Kali toca las rocas. A continuación se huele la mano confuso.

—¿Seguro que es aquí?

Es una noche oscura, sin luna, y solo tenemos la luz de los móviles para ver dónde pisamos.

Además, yo no voy precisamente vestida para la ocasión. Llevo un vestido blanco de gasa con el que me tropiezo constantemente.

—Sí, estoy segura. Creo que la sustancia debe llegar a tu torrente sanguíneo.

Se saca una navaja del bolsillo y cuando veo que se corta la mano sin titubear, me pongo tensa. Cuando me ve la cara, se explica:

—Siempre voy armado.

De pronto entiendo que es una pésima idea estar aquí, pero Kali apoya la mano en la roca y sé que ya es tarde para huir.

—Creo que ya lo tienes, ¿volvemos a la arena de la playa?

Por suerte, obedece y se queda sentado en la orilla unos minutos mientras yo revoloteo a su alrededor, de pie, mirando al mar. Sigo nerviosa. Un mal presagio me recorre entera.

—¿Estás bien? —pregunto al cabo de un tiempo.

—Sí… Deberíamos irnos. —Por un momento suspiro aliviada—. No deben encontrarnos aquí.

—¿Encontrarnos quién?

—Los del cártel. ¿Y si no están muertos? ¿Y si alguno escapó de las llamas? ¿Y si el capitán vuelve con un ejército y mata a mis padres? Estarán muertos. Estaban muertos… Los vi. En el suelo… tuve que irme antes de que me cogieran… Tenemos que irnos de este continente, Lía. No es seguro.

Me quedo tan atónita que no soy capaz de reaccionar.

—Kali… estamos en Australia —le explico.

De pronto, me mira y parece muy preocupado.

—Tenemos que irnos o te violarán. ¡Ellos te violarán! ¿Dónde está el niño? ¡¿Dónde estamos?! —Me coge de los brazos con tanta fuerza que me hace daño, pero eso ahora mismo es lo de menos.

—¡Kali, cálmate! ¡Estamos en Byron! El niño está en la fiesta con nuestros padres.

—¡No lo entiendes! ¡Van a matarnos! ¡Van a enterrarnos en el puto jardín, joder! ¡Tenemos que irnos de aquí!

De pronto, el cielo se ilumina con fuegos artificiales provenientes de la playa de al lado. Los petardazos hacen que Kali me apriete tan fuerte del brazo que sé que mañana tendré un moratón. Su cara de terror me confirma que ese es el menor de mis problemas.

—¡¡YA ESTÁN AQUÍ!! ¡Vamos!

Me arrastra en dirección al agua oscura. Con el miedo que me da a mí el mar de noche desde que vi el principio de *Tiburón.*

Soy incapaz de soltarme de su amarre por mucho que grite e intente soltarme, y cuando noto el agua por las rodillas decido que es el momento de llamar a alguien, pero ¿a quién?

—¡¿Qué es eso?! —Señalo mar adentro para darme algo de tiempo.

Aprovecho su distracción para pulsar favoritos y presionar el primer contacto que hay: Aitor. Pero no es suficiente, tengo que olvidar el pánico y ponerme en modo trabajo, porque la sustancia le ha provocado una paranoia con mezcla de recuerdos pasados y presentes.

—¡Pero Kali! ¡No podemos irnos sin el niño! —digo de pronto.

—¡No hay tiempo! ¡Nos encontrarán!

Veo que Aitor coge la llamada porque el tiempo corre.

—¡Estamos en la playa del Moonbow!, ¡seguro que alguien viene a ayudarnos! ¡Necesitamos ayuda urgente!

—¡Tenemos que nadar, Lía, o nos encontrarán y nos matarán!

—¡Yo no sé nadar! —digo desesperada, aunque sea mentira—. ¡Por favor, Kali…, me

ahogaré! Podemos escondernos hasta que alguien venga a rescatarnos. ¡SEGURO QUE VIENE ALGUIEN! No me obligues a meterme en el agua…

Veo que la llamada se corta y rezo para que haya recibido el mensaje.

En ese momento, hay una traca final y Kali me agarra asustado.

—¡AGÁCHATE!

Me sumerge en el agua con él y lo primero que pienso es que mi iPhone de última generación acaba de morir, pero cuando no me deja salir a la superficie, entiendo que la que voy a morir soy yo.

14
ROMPER EL HIELO

“No sabes qué sería capaz de hacer solo para hacerte feliz”
Hannah Grace

Me llega un aviso de que alguien me ha dejado un mensaje en el contestador automático, pero ahora mismo no puedo revisarlo porque estoy en medio de una crisis.

—¿Qué le pasa? —pregunta Marco preocupado entrando en el salón.

Hugo y yo hemos tenido que meter a Enzo en casa, fuera de la vista de los invitados, porque acaba de caerse en medio del jardín de lo borracho que va. Y como el cabrón de Marco se fija en todo…

—Se ha bebido media bodega —le informo—. Tenemos que llevárnoslo de aquí.

—A su casa mejor no —dice Hugo—. Si Ruby lo ve así, pueden decirse cualquier cosa, y no están muy bien avenidos ahora mismo…

No hace falta que lo jure…

Ayer, cuando Hugo apareció en mi casa, lo hizo con la cara blanca. Me había dicho que vendría después de cenar, porque Enzo lo había invitado a su casa. Y me pilló en el sofá jugando a la Play.

—¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Me he tenido que ir antes porque mi hermano y Ruby han empezado a discutir en medio de la cena… No veas el mal ambiente que se respiraba. ¡Nunca los había visto así! Enzo me ha dicho esta tarde que su matrimonio se iba al garete y no le he creído, pero ahora pienso que puede ser verdad.

Mi corazón comenzó a latir atropellado en mi pecho.

«Tranquilo, chico, relájate, que nos vamos al hoyo», pensé alterado.

—¿Como que «al garete»?

—Sí, están fatal. Ella le ha recriminado que no se le levanta o algo así… Al parecer están buscando tener familia…

—¡¿Cómo?!

«Dios mío… ¡¿Van a cometer ese típico error de tener un hijo para tapar un problema de fondo?!». No me lo podía creer…

—Si están mal, no deberían meterse en temas de crianza. Eso solo lo empeora todo.

—Él dice que el trabajo le estresa, pero me han dejado muy preocupado.

—Tranquilo… —Le acaricié la cabeza—. Seguro que todo se soluciona.

—Le he dicho que estamos juntos… —musitó compungido.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. Me dijo que le parecía bien.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero en realidad estaba tan abatido por lo suyo que no tenía fuerza para decirme nada. Eso dijo textualmente. Está mal y no sé cómo ayudarlo.

—Son problemas de pareja, ahí no puedes meterte.

—Ya, ya lo he visto.

—Ruby se pone muy agresiva… Espero que lo solucionen.

—Seguro que sí —dije pensativo.

Porque eso era lo que Enzo había elegido. Por eso me había dejado en vez de seguir juntos y plantar a Ruby, ahora debía ser consecuente.

Lo que no me esperaba es que apareciera en la fiesta de Cora.

Estaba tan soberbio con un traje azul eléctrico con una camiseta negra debajo, que me he cabreado al verlo y he ido a buscar a Marco.

—¿Qué hace Enzo aquí? ¿Le has invitado?

—¿A la fiesta encubierta de nuestro triunfo contra el cártel? ¡Por supuesto…! Sin él no habría podido hacerlo.

—Claro, la escenita desangrándose delante de los malos era crucial.

—Pues sí, para que el señor Smith confiara en Kali. ¿Vas a comportarte o vamos a tener un problema? ¿No está aquí tu novio?

—Hugo no es mi novio, y pensaba que perdería definitivamente de vista a Enzo después del asalto…

—Es la última vez que tendrás que verlo. Simplemente ignóralo y tengamos una velada inolvidable. Luz y yo vamos a anunciar que nos casamos. No nos lo jodas…

—¡¿Os casáis?!

—Baja la voz. Me acojoné y se lo pedí antes del asalto. Y ahora está ilusionadísima buscando vestidos…

He sonreído divertido.

—Eres idiota.

—Lo sé. Mak me va a matar…

—Tranquilo, no voy a joderte el momento, no me perdería tu linchamiento por nada del mundo.

—Cabrón… —le he oído susurrar mientras me iba de su vista.

Lo peor de la fiesta han sido dos cosas: una, la mirada de mi padre cuando nos han saludado a Hugo y a mí, captando de nuevo vibras de pareja…

—Hugo, me alegra que hayas venido —le ha dicho mi madre cariñosa—. Me consta que has sido un gran apoyo para Aitor este último mes.

Entonces ha sido cuando mi padre me ha mirado levantando la ceja como diciendo «¿apoyo o aPOLLA?». He creído morir.

—Hola, Hugo, a mí me consta que te va muy bien en la estación de bomberos. Bien hecho, hijo…

—Gracias, señor Morgan. Fue duro conseguir la plaza.

—Sé que tus padres están muy orgullosos de ti. Y de tu hermano también.

—Muchas gracias…

—Yo sigo esperando que Aitor me sorprenda, pero ya sabes lo que dicen «si quieres resultados diferentes, no hagas siempre lo mismo…».

—Gracias, papá, muy instructivo. Si nos perdonáis…

Me he llevado a Hugo antes de que captara sus indirectas. Sé que mi padre no entiende qué coño hago con él después de la explicación que le di cuando se me ocurrió la feliz idea de casarme con Ruby para joder a Enzo.

Me he tomado una copa de vino de trago.

—¿Te pasa algo?

—Nada, que mi padre está siempre metiéndome presión con lo del trabajo… —he desviado el tema. Porque es mentira, el pobre no me ha dicho ni mu sobre eso, y ese detalle también me mosquea. Me raya pensar que realmente no espera nada de mí. Yo creo que espera que termine con alguien como Borja, que gane lo suficiente para mantener mi estilo de vida sibarita.

Mis ojos van a parar a Enzo, que me mira pensando exactamente lo mismo que mi padre. «¿Qué coño haces con mi hermano? ¿No le has hecho suficiente daño ya?». Necesito otra copa de vino.

Mis peores demonios bailan la Macarena en mi mente. ¡Intenté resistirme a Hugo, en serio!, pero no fue fácil renunciar a su cariño cuando mi corazón se estaba literalmente cayendo a pedazos. Él hace que amaine el dolor.

—¿Salimos un rato al jardín? —Me ha acariciado la espalda.

—Sí, por favor…

Pero ha sido mala idea, porque justo Enzo acababa de huir hacia allí y nos hemos encontrado.

Hugo ha querido acercarse a él, porque sigue preocupado. Además creo que tiene la falsa ilusión de que algún día Enzo acepte lo nuestro. Es incapaz de entender que hay pocas cosas menos probables en el universo.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Vais mejor Ruby y tú?

—Sí… no te preocupes. ¿Vosotros qué tal?

—Bien —Se ha encogido de hombros feliciano, y Enzo no ha podido evitar atravesarme con la mirada.

—¿No tienes bebida? ¿Qué quieres? Yo te la traigo…

—No, tranquilo…

—¡Estamos de celebración por lo que sea que os trajerais entre manos! ¡Celébralo! ¿Quieres una cerveza?

—Vale…

Hugo se ha ido y Enzo y yo nos hemos quedado solos.

—Menuda cara tienes —he empezado—. ¿Problemas en el paraíso?

—Mi único problema es que te has vuelto a liar con mi hermano…

—No lo programé.

—Ya, claro… Tropezaste y le metiste la polla sin querer.

—Debería darte igual donde la meto. Tú elegiste donde meter la tuya… Y encima, ahora, lo haces sin protección. Solo tú podrías tener un hijo para que no se note que te gustan los tíos…

—Yo voy a querer a mi hijo —se ha encarado—, pero tú estás dejando que Hugo se enamore de ti y te da igual hacerle daño.

—¡¿Tú me hablas de hacer daño?! ¡Si he caído en sus redes es porque me dejaste destrozado!

—Y ahora quieres vengarte, ¿no? ¡¿Cómo puedes estar con él después de estar como estuviste

conmigo?!

—Igual que tú sigues follando con tu mujer. ¡Ah, no, que ya no se te levanta!

Enzo se ha acercado tanto a mí que pensaba que me comía vivo.

—Eres un hijo de puta… —ha dicho lentamente—. La persona más egoísta que he conocido nunca. La más injusta. La más falsa. Ojalá ese tío te hubiera matado…

Me he quedado tan loco que se me ha caído la copa de vino al suelo.

Por supuesto, todas las miradas han ido a parar a nosotros y las mentes de más de 110 de CI se han percatado de que estábamos discutiendo. Genial…

—Voy a por el recogedor —he susurrado para largarme.

A partir de ese momento, cada vez que miraba a Enzo lo veía tragando líquido. Ha sido una copa tras otra, y no era cerveza, porque llevaba hielos.

«¿Que ojalá ese tío me hubiera matado?». No soy tan simple como para enfadarme por creer que va en serio, pero me ha impresionado lo que significa:

Enzo tomó una decisión y las consecuencias le están matando.

Esa decisión lo ha poseído y le está despojando del control de lo que dice y hace, por ejemplo, sus fallidas erecciones.

Esa decisión le está destruyendo porque en el fondo me quiere, y no es un deseo, es una certeza, por eso me cabreé tanto. Y ahora, no puedo evitar sentirme mal por él. Y por Hugo. Porque Enzo sabe, y yo sé, y mi padre también…, que me estoy aprovechando de él. No entraba en mis planes volver a romperle el corazón a Hugo, no se lo merece, pero no encuentro el momento de frenar lo que ha surgido entre nosotros, porque el daño ya está hecho. Pero no pude impedirlo… No tuve fuerzas para impedirlo, maldita sea.

Me he encargado de barrer los cristales rotos como si fuera una alegoría de lo que iba a suceder con la vida de Enzo.

De pronto se ha escuchado a Lucas hablando por el micro y todos nos hemos sorprendido. TODOS. Esto no es propio de él.

—¿Hola? Probando, sí… 1, 2, 3… Está bien. —Le ha hecho un gesto a Lenny que estaba en la mesa de mezclas. Todo el mundo se ha quedado petrificado de que vaya a decir algo, sobre un pequeño escenario improvisado—. Queridos amigos y familia, os pido que me dejéis ser el primero en brindar esta noche —Sonríe ante el asombro generalizado y ante la única sonrisa con la que se topa, la mía. «Estoy orgulloso de ti», le he dicho con la mirada, porque yo le he dado esta idea y me ha llamado loco, pero ahí estaba, luchando contra sus demonios, madurando, por amor—. Si os hemos invitado a esta fiesta esta noche es porque, de algún modo, cada uno de vosotros sois importantes para la familia Morgan. Hace un mes sufrimos un duro golpe y casi perdemos a la benjamina de la familia…, pero hoy podemos celebrar que ya está de nuevo en casa. Un aplauso para ella.

Todo el mundo aplaude y mi hermana Cora sonríe vergonzosa.

Otra novedad. Mi hermana pequeña ha pegado un cambio radical desde su estancia en el hospital, creo que jamás la había visto pasar vergüenza.

—Quiero agradeceros a todos los que nos habéis apoyado en estas semanas tan duras, vuestra lealtad y vuestro cariño —continúa Lucas—. Y si me lo permitís, voy a pediros vuestra colaboración para conseguir que mi futuro hijo escuche cantar a su madre. Porque Freya no canta desde hace mucho y eso es algo que tengo que remediar, así que… repetid conmigo con fuerza y sin cansarnos porque si no, no va a subir, es muy cabezota: ¡Freya! ¡Freya! ¡Freya! ¡Freya!

La gente ha coreado el nombre de la susodicha y ha mirado a Lucas como si quisiera matarlo.

—¡Venga sube aquí! —ha exclamado mi hermano temiendo por sus huevos. Al final,

empujada por Luz y su madre, la han subido al escenario abochornada y le ha asegurado a Lucas que no tenía nada preparado y que iba a ser un desastre.

—Lenny va a ponerte la canción que llevas todo el día tarareando.

Ella le ha mirado entre el amor y el odio y ha cogido el micro para decir algo en respuesta a las peticiones de que lo haga.

—Está bien, voy a cantar, pero hace mucho que no lo hago y no he ensayado. Pido disculpas por cómo salga… —ha dicho azorada.

No se oye ni un murmullo mientras Freya interpreta la canción con un sentimiento increíble, creo que la gente ni respira hasta que termina. Lo mejor ha sido la mirada de Lucas mientras la observaba… Os juro que ha sido una declaración de amor en sí misma, por eso me he encargado de capturarla en una foto. Será una gran prueba a su favor cuando le llegue el juicio final, y preveo que me va a tocar ser su abogado de oficio.

A Freya le han llovido tantos halagos y felicitaciones que cuando se ha reencontrado con Lucas, ya no estaba enfadada. Es más, le ha dado un puñetazo pasivo agresivo e infantil que proclamaba lo mucho que le costaba admitir que le había encantado el gesto.

En ese momento, me he dado cuenta de lo afectado que estaba Enzo ya por la bebida, porque ha incurrido en una exaltación de su amor de primo con Freya al alabar su voz y al decirle que ese bebé era una bendición que no tenía la culpa de nada y que lo importante es que fuera querido, no que sus padres se quisieran. Hugo lo ha apartado de ella antes de que se le ocurriera decir una barbaridad.

No sé cuánto rato ha pasado hasta que hemos vuelto a localizarle, porque Enzo ha estado un tiempo desaparecido, pero cuando hemos visto que se tropezaba con un aspersor y se caía redondo al suelo, hemos ido a por él y lo hemos metido en casa.

—Joder, no puede ni andar —masculla Marco—. Subámoslo a tu antigua habitación, Aitor.

—¿Por las escaleras?

—Sí, llama a Lenny.

Voy corriendo a buscarle y nos ayuda a subirlo. Bueno, yo no hago nada, porque entre lo poco acostumbrado que estoy a hacer esfuerzos y lo dilatado que tengo el esfínter, igual se me escapa un pedo. Y eso sí que no. Antes, muerto.

Lo depositan en mi cama y veo que tiene los ojos cerrados.

—¿Cómo habéis dejado que se ponga así? —nos dice Marco.

—Lo está pasando mal en casa —lo justifica Hugo. Marco me mira y yo aparto la mirada. Su mente rápida entiende al momento por qué lo está pasando tan mal: por Hugo y por mí.

—¿Y su teléfono? —dice de pronto Marco—. Hay que avisar a su mujer de que va a quedarse aquí esta noche. Llámale desde su móvil y dile que estás con él —le dice a Hugo.

—Debe tenerlo en la chaqueta. ¡No la lleva!

—Se la habrá quitado…

—Iré a buscarla —desaparece Hugo.

Marco me mira acusador.

—No me mires así. ¡Yo no tengo la culpa de que no quisiera estar conmigo! Soy libre. ¡Yo también estoy herido! ¡No sé cómo deshacerme de Hugo sin hacerle daño, y tampoco sé cómo ayudar a Enzo! ¡¿Qué quieres que haga?!

—Yo no he dicho nada —contesta Marco tranquilamente, yéndose de la habitación.

¡Maldito sea!

—Aitor… —escucho a Enzo medio moribundo desde la cama.

—No hables —le digo acercándome a él—. Y no potes en mi cuarto de la infancia. Solo yo

puedo vomitar aquí. Ni se te ocurra dejar tu impronta.

Lo veo sonreír un poco.

—Lo siento… —susurra sentido.

Y no sé por qué lo dice, pero no contesto y le acaricio la frente para que cierre los ojos como acto reflejo.

—Duerme…

—No quiero que mueras, no iba en serio…

—Ya lo sé.

—Quiero morirme yo —suelta como si nada.

—Eso también lo sé… Descansa.

—Dejarte ha sido el mayor error de mi vida —musita medio ido—. No quiero que le beses. No puedo… soportarlo. Tantos besos, tantas noches… —De pronto, empieza a llorar—. Es injusto… No quiero morirme sin… Si yo fuera Hugo, no me importaría estar muerto. ¡No me importaría…!

—Shhh, deja de hablar de la muerte. Nadie va a morir.

—Yo sí… —gimotea cogiéndome de la camisa—. Me muero por ti.

De repente, junta sus labios con los míos y abro los ojos al máximo porque no me lo esperaba para nada. Mi boca se deja llevar, para variar, y su lengua entra en contacto con la mía. Me separo rápido de él porque Hugo puede aparecer en cualquier momento. Pero sobre todo me separo porque vuelve a atravesar la certeza mortal de que nada en mi vida es más auténtico que lo que siento al atesorar su sabor en mi boca.

—Te quiero… —balbucea—. Te quiero como nunca pensé que pudiera querer a nadie, totalmente contra mi voluntad.

Se queda seco un segundo antes de que Hugo entre por la puerta.

—¿Cómo está?

—Dormido. Este ya no se levanta hasta mañana —digo como si no acabara de vivir uno de los momentos más importantes de mi vida.

—Voy a llamar a Ruby —se disculpa Hugo.

Yo aprovecho para revisar mi teléfono y escuchar el mensaje de voz que he recibido hace unos minutos.

Lo que oigo me deja patidifuso y hace que eche a correr.

—¡Tengo que irme! ¡Luego te llamo! —le digo a Hugo.

Bajo a toda velocidad las escaleras y busco a Lenny. Cuando lo encuentro mi forma de agarrarle del brazo lo alerta.

—¡VEN CONMIGO, ES URGENTE!

Me sigue sin hacer preguntas, porque no necesita saberlo. Es lo mejor de Lenny, su eficacia. Y también es el único que puede con Kali. Con un Kali que al parecer se ha vuelto loco.

—¡Súbete! —grito avanzando hacia el Toyota rojo—. ¡Vamos a la playa del Moonbow! ¡Lía está en peligro! ¡Creo que Kali se ha vuelto loco!

Lenny pega un acelerón que resuena en todo el barrio.

Solo espero que no sea demasiado tarde.

15
CADA SIETE OLAS

“Para mí, despedirme de ti sería no sentir ya nada al pensar en ti. Créeme, estoy muy lejos de despedirme de ti..”
Alle sieben Wellen



Conduzco como un loco y más cuando Aitor reproduce el mensaje que le ha mandado Lía.

—¡¿Cuánto ha pasado hasta que lo has atendido?!

—No lo sé… ¿cinco minutos? ¿Tres?

—Joder…

—Lía ha venido a preguntarme de dónde sacamos el Moonbow y se lo he dicho.

—Quizá Kali quería volver a probarlo.

—¿Kali con Moonbow? Será mejor que aceleres…

—Si acelero más, nos matamos.

—¿Y si le hace algo? Ese tío está muy loco…

—No tanto…

—¿Cómo lo sabes? ¡Se infiltró casi un mes con unos degenerados!

—Solo sé que ha podido dejarme seco toda la vida y no lo ha hecho.

—Y con Moonbow puede dejarla seca a ella…

Llegamos a la playa y localizamos una mancha blanca en la orilla. ¡Es Lía! A Kali no se le ve. Entre que va de oscuro y seguro que no está sonriendo, es imposible.

Cuando estamos cerca, detectamos un bulto, tumbado boca abajo en el suelo con la oreja pegada a la arena. Ella permanece sentada a su lado, haciéndole extraños dibujos con los dedos en la espalda.

Al oírnos, Lía nos mira con una cara de alivio impagable, pero nos hace una señal para que no nos acerquemos todavía.

Me llama la atención que esté empapada. ¿Se han metido al agua?

—Se han ido, Kali. Ya no te hace falta el conjuro de invisibilidad —dice ella entonces—. Y mira, han venido a buscarnos Aitor y Lenny.

Kali se levanta y se frota la arena de la cara. No sé dónde estaba, pero al parecer en un lugar muy lejano.

—¿Estás bien, Lía? —pregunta Aitor asustado—. ¿Qué ha pasado?

—Nos han atacado —responde Kali convencido—. ¡Vámonos, podrían volver…!

La veo asentir con calma. Cualquier chica normal se habría lanzado a nuestros brazos superada después de lo que ha vivido, pero ella no. Es muy valiente. Y le pesa más ayudar a un paciente, que preocuparse por ella misma. Va a ser una gran psicóloga.

—Llevémosle a su casa —murmuro.

—Sí, quiero ir con mis padres, por favor —suplica Kali—. Son buenos, no me echaron de casa cuando cumplí los dieciocho…

—¿Cómo iban a echarte? —replica Aitor empezando a andar hacia el coche—. Eres su niño mimado.

—¡Mira quién fue a hablar! Tú eres, sin duda, el Morgan más mimado de todos.

—En eso tiene razón —musita Lía.

—No he visto a nadie más caradura —dice Kali con la característica franqueza del Moonbow.

—Perdona, pero mi cara es suave como el culito de un bebé.

—Y eres gracioso, aunque a veces den ganas de pegarte.

—Ahí también tiene razón —certifico yo chistoso.

—Eres todo lo que yo no soy… —añade Kali triste—. Eres perfecto.

—¿Os he dicho que este tío me cae cada día mejor? —bromea Aitor.

—Lenny, sin embargo, es bastante feo para ser un Morgan —opina.

Aitor se mea de risa.

—¿A que te doy tal hostia que vuelves a hacer la comunión? —lo amenazo.

—¡De alguna forma tienes que compensar lo listo que eres! —intenta arreglarlo Kali—. Tienes mi edad y vas dos cursos adelantado, ¡eso es increíble! Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti… Y eres alto…

—Tú también eres alto —replica Aitor—. Y guapo. Y tienes muy buen gusto para vestir. Además…

Empujo a Aitor para que se calle, porque sé que está a punto de empezar a alabar su polla. Y por ahí no paso.

—¿Crees que soy guapo? —pregunta Kali como si no lo concibiera.

—¡Pues claro! Si no, ¿por qué Cora iba a enrollarse contigo?

—¿Porque me mide un metro?

—¡Lo ha dicho él, no yo! —exclama Aitor sonriente subiendo las manos. Kali sonríe socarrón y me tranquiliza porque no daba un duro después de encontrarle más tirado que una alfombra. ¿Qué coño le habrá pasado? ¿Y cómo ha conseguido Lía reducirlo? ¿Con un conjuro?

—¿Cómo se os ocurre venir aquí de noche? —pregunto acusador mirando a Lía, que me mira muy consciente de su negligencia.

—Tenía que probar el Moonbow otra vez, para ver si me curaba —explica Kali.

—¿Curarte de qué?

—¡De nada! —lo corta Lía.

—¿Y por qué os habéis metido al agua? ¿Te ha hecho daño, Lía?

—¡Yo nunca le haría daño! —exclama Kali ofendido—. Quería salvarla, como ella me salvó a mí.

—¿De qué te salvó? —pregunto confundido.

—De suicidarme.

Se hace un silencio en el que Lía, Aitor y yo nos miramos. Yo alucinando pepinillos y ellos sintiéndose culpables porque ya lo sabían. ¡¿Qué me he perdido?!

—¿Cuándo fue eso?

—No importa —musita Lía.

—Claro que importó… Y mucho. Ahí empezó todo —musita Kali.

—¿Qué empezó? —pregunta Aitor interesado.

—El cambio… Todo lo que me está pasando últimamente…

—¡Queréis dejarle en paz! —brama Lía nerviosa—. No os aprovechéis de que ha tomado Moonbow para sonsacarle información. Kali, no contestes a nada más.

—Vale. Te haré caso, Lía. Siempre te lo hago, ¿sabes? Eres la chica más lista que he conocido nunca… Lenny dice que eres demasiado lista para mí.

Lía me mira levantando una ceja.

—¿Cuándo le has dicho eso?

Kali me mira asustado. Incluso pasado de Moobow sabe que no debe saber que lo pillé empalmado mirándola en la piscina, pero se muere de ganas por soltarlo, el mamón.

—En una de vuestras discusiones, cuando le diste una paliza verbal.

—No fue ahí —dice Kali sin poder detenerse. ¡Puto Moonbow! Menos mal que nunca lo he tomado.

Lía me mira confundida y veo que Kali la mira con más deseo que nunca porque…

—Oye, prima, ¿sabes que con ese vestido se te transparenta todo? —Señalo su ropa.

—¡Dios mío…! —grita ella separándose la tela blanca empapada de su delantera. Pero es tarde. Kali se ha fijado también.

—Joder, acabo de memorizarlas en mi cerebro —se lamenta.

Aitor y yo nos tronchamos de risa.

—¡Te quieres callar, Kali! —chilla roja como un tomate—. ¡Y deja de mirarme!

—Perdón —se frota la cara él—. Pero es difícil no verlas. El otro día el niño no dejaba de apoyarse en ellas en la piscina y también me fijé…

—¡Que te calles!

—Si quieres te enseño mi rabo para equilibrar la balanza.

—¡POR DIOS…! ¡No sigas hablando!

Aitor y yo no dejamos de reírnos y la furia de mi prima va en aumento. Por suerte, llegamos al coche y le hago un gesto a Aitor para que se suba delante si quiere que nos sigamos riendo un rato. Sé que de normal le gusta ir atrás porque dice que el asiento del copiloto es «el asiento de la muerte», pero me capta al vuelo y se coloca delante, dejando a la parejita en la parte de atrás.

Conduzco algo más calmado y sin dejar de mirar por el retrovisor.

Lía sigue apurada separándose el vestido del cuerpo, lo que hace que todavía llame más la atención de Kali. Es divertido porque ninguno de los dos quiere sentir atracción física acompañando a ese odio personal, pero la hay. Por ambas partes.

—Joder, y ahora no se me baja… —murmura Kali en voz alta, como si nadie pudiera oírle.

Veo que Aitor se tapa la boca para no estallar en carcajadas, pero Lía se percata de su diversión y le pega un puñetazo en el hombro.

Vemos que Kali intenta separarse el pantalón mojado de su minga dura sin ningún tipo de disimulo y esta vez soy yo el que no puede evitar hacer un ruido extraño con la nariz al sostener mi diversión. Aitor se tapa la cara con las manos y da bandazos de la risa. Kali no parece oírnos, pero Lía sí.

—Parad ya, joder… ¿No veis que está drogado?

Aitor y yo seguimos partiéndonos en silencio.

—¿Y si los del cártel escaparon? —dice Kali de pronto asustado—. ¿Y si el capitán vuelve?

A Aitor y a mí se nos corta la risa de golpe y nos quedamos en silencio. El miedo en su voz es

real. Y me maravilla ver cómo Lía cambia el chip con él.

—Todo está bien, tranquilo, no van a volver…

—Eso no lo sabes… ¡Yo los he visto! ¡Violaban a las mujeres y mataban a los niños! Mataron a mis padres… —musita con la mirada perdida—. ¡No deben encontrarnos, Lía! —Se encoge escondiendo la cabeza entre las rodillas, atemorizado.

Aitor y yo nos miramos alucinados por lo que acaba de decir. La diversión se ha esfumado. «¿De qué habla?», le pregunto a Aitor con los ojos. «¿De su vida en África?».

De pronto, Kali se pone a llorar y trago saliva. ¿QUÉ COJONES…?

Vemos que Lía se acerca a él y le acaricia el cuello con dulzura.

—Eso ya ha pasado, Kali. Ahora estás bien. Estás en Australia. Con Iker y Dani.

—No, no estoy bien… Nada está bien. ¡Van a volver! ¡Y me van a obligar a enterrarlos!, como la enterré a ella… ¡Y van a violarte! Te juro que no les dejaré.

Mi prima nos mira preocupada a través del retrovisor y atrae a Kali hacia ella para que descanse en su hombro y se tranquilice. Está pegado a sus tetas, pero la imagen ya no nos hace gracia.

Guardamos silencio durante unos minutos mientras llegamos a su casa. Al apagar el coche, Kali no se mueve, parece que se ha quedado dormido.

—¿Qué ha pasado en la playa, Lía? —pregunta Aitor serio.

—Ha tenido un brote paranoico, como ahora. Ya os contaré, lo mejor es dejarle en su cama y que duerma.

—Has corrido peligro —dice Aitor—. Podría haberte hecho cualquier cosa…

—Sé manejarle. No sé por qué pero Kali confía en mí.

—Porque le salvaste —recuerdo—. ¿De verdad intentó suicidarse?

—Sí… Al parecer, no podía más. Chris acababa de morir y llevaba tres días sin dormir. Lo único que saqué en claro de aquello es que se siente muy solo. Christopher era el único que le hacía un poco de caso y le decía que valía para algo.

—Sí, de esbirro le valía —certifico yo—. Ese tío era lo peor…

—Ayúdame a llevarlo dentro, Lenny —me pide Lía—. Tú, Aitor, ve abriéndonos las puertas.

Nadie se lo discute, porque todos sabemos que tiene más fuerza que él. Maniobramos como podemos para llevarlo hasta su cama. Está frito.

—Mínimo habrá que quitarle las zapatillas, ¿no? —sugiere Aitor.

—Y la chaqueta —añade Lía.

—Hace mucho calor —expongo—. Yo duermo en calzoncillos.

—Dejadlo como sea, pero metedlo dentro —Se gira mi prima.

Aitor y yo lo dejamos en ropa interior y lo tapamos con la sábana.

—Listo. Hay que volver a la fiesta —digo ojeando mi móvil—, Charlotte me ha escrito preguntándome dónde estamos.

—Id, vosotros, yo ahora iré —dice Lía

—¿Estás segura?

—Sí, marchaos, quiero cerciorarme de que se queda profundamente dormido y no se despierta.

Aitor y yo obedecemos y salimos de la casa.

—¿Crees que es buena idea dejarlos solos? —pregunto confuso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a Kali le pone Lía. Lo pillé empalmado el otro día, ¡y en el coche no se le bajaba!

—Pobre tío… —Sonríe Aitor.

—¿Y si le hace algo?

—Ha dicho que no permitiría que la violaran.
—¡Ya y luego sueña con tirársela él!
—Lía es fuerte, sabe defenderse.
—Pero Kali lo es más. Deberíamos volver… —Me detengo.
—Relájate. Está dormido. Tenemos que volver o nos caerá una buena bronca.
—Okey, solo espero que sepa que si la toca, es hombre muerto.

16
UN BESO INESPERADO

“Está bien ser organizado, pero a veces, los imprevistos son lo mejor que te puede pasar”
Patricia Bonet



¿Dónde coño se han metido Aitor y Lenny? Deberían estar aquí…

Marco está impaciente por dar una noticia, y por lo nervioso que está, creo que tiene que ver con pedirle matrimonio a su novia.

¡Ojalá esos fueran todos mis problemas!

No es que quiera casarme, pero yo estoy a años luz de eso con Freya.

Nunca me imaginé discutiendo a grito pelado con una chica en una relación, y mucho menos con ella, donde las palabras sobraban la mayoría de las veces. Pero ahora me faltan.

Estoy haciendo un esfuerzo enorme por sincerarme con ella, pero no puedo hacerlo del todo, prefiero quedar como un imbécil a contarle la decepcionante verdad. Solo quería que me quisiera, y sentir que estoy provocando el efecto contrario es devastador.

Al día siguiente del asalto, Aitor entró en mi habitación en casa de mis padres. Yo estaba lanzando una pelota de minibasket contra el techo, mi pasatiempo favorito mientras pensaba en mis problemas, y en ese instante, rememoraba mi discusión épica con Freya, que derivó en pedirme que no fuera a verla aquel día.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees? La he cagado hasta el fondo… y cuando se entere de que soy Landon me odiará para siempre sin remedio.

—La verdad es que no me gustaría estar en tu piel ahora mismo.

—Gracias por el apoyo moral, cualquier día te llaman para trabajar en el corredor de la muerte.

—Tú no estás sentenciado, Lucas.

—No quiere ni verme —musité dolido.

—Entrará en razón. Que hayas hecho mal las cosas, no significa que seas mala persona.

—Lo peor es que sigo ocultándole cosas, y mientras haya secretos entre nosotros no podremos empezar de cero, debería contarle lo de Landon hoy mismo…

—Quieto, kamikaze. Si se lo dices ahora, se lo tomará fatal.

—¿Y cuándo no lo hará?

Aitor no supo responder y eso me mató un poco. No veía la luz.

—Te perdonará cuando desee que Landon seas tú.

—¿Y cómo leches voy a hacer eso? Tiene a Landon idealizado y yo solo soy…

—Tú eres Morgan —sentenció mi hermano callándome—. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Que te llamen así?

—Es mi jodido apellido…

—No es solo eso, es una forma de ser. Una idea todavía más poderosa que la del personaje de Landon. Es en lo que ella se ha inspirado para crear su marca. ¿No ves cuánto poder tienes?

Guardé silencio. Otra vez la misma cantinela. Llevaban toda la vida insinuando que estaba destinado a grandes cosas, como si tuviera a mi alcance un traje de supermán y no quisiera utilizarlo. Nunca me importó, pero ahora estaba en juego el resto de mi vida.

—Yo no tengo ningún poder…

—Sí que lo tienes, eres un líder, Lucas.

—¿Qué dices? Yo no sirvo para dar órdenes a nadie.

Mi hermano sonrió como si hubiera contado un chiste.

—Un líder no manda, a un líder le hacen caso. Ese silencio que surge ante cualquier duda, esas miradas que esperan a saber tu opinión, tu criterio o aprobación para sentirse seguros, eso es ser líder. ¡Y no es una simple posición por ser el hermano mayor, es ser un hombre de acción. Tener iniciativa. Y tú tienes mucha, pero te reprimes por miedo a… ¿fallar?

—No.

—Claro que no. Porque tú no fallas. ¿Cuál es tu miedo, entonces?

—No lo sé…

—Claro que lo sabes, pero no quieres pensarlo siquiera.

En ese momento, miré a mi hermano pensando que era la persona que mejor me conocía.

—Tengo un problema, Aitor… Una… debilidad.

—Como todo buen superhéroe.

—No soy valiente. Huyo de los enfrentamientos porque todo me afecta un huevo. No soy fuerte…

—Eso no es verdad. En el momento de la verdad, siempre has defendido a los tuyos. La gente te teme y te respeta, Lucas.

—Sí, pero eso no significa que lo haga sin miedo.

—Papá es la persona más miedosa que he conocido —dijo entonces Aitor—. El más sufridor y el más prudente, pero si ve que atacan a su familia responde quemando tu casa.

Tuve que sonreír.

—Y tú eres como él, intenso pero capaz de grandes proezas. Decimos que estás destinado a que las cosas te salgan bien, porque eres especial, y tienes una mente privilegiada. Utilízala. Yo no puedo ayudarte, Lucas. No llego a tanto…

—No sé qué coño voy a hacer —lamenté.

—Por lo pronto, haz que arda. Despierta su fuego. Echa gasolina por un tubo… —Sonrió cabrón—. Demuéstrale que no estás dispuesto a perderla a manos de Landon.

—Suena bien.

—Pues manos a la obra. Ponte a maquinar maldades. Yo me piro.

—Gracias… —susurré sentido.

—Por nada.

Desapareció y se me ocurrió una idea loca. Bueno, varias. Pero tenía que ir paso a paso.

Le pedí a Cora que la implicaran para organizar la fiesta apelando a su accidente, necesitaba que acudiera para crear la ocasión. Pero antes de eso, necesitaba ablandarla, y creo que lo conseguí contándole a su tripa que me agarraría a la única parte de ella que me quedaba.

Al día siguiente, es decir, hoy, he puesto en marcha un plan a primera hora de la mañana para ir calentando motores para la fiesta de la noche.

La he llamado como Landon y la he presionado un poco.

—Los *banners* promocionales que me mandaste ayer están genial, pero ¿qué hay de esas fotos que le ibas a hacer a Lucas en la playa y que al final no pudiste porque estaba nublado?

—Están pendientes…

—No las olvides. Sus vídeos de clasificación cada vez tienen más visualizaciones y creo que es hora de lanzarlo como representante oficial de la marca. Nuestro equipo informático nos ha informado de que los *Me gustas* de las fotos proceden en gran parte de un público femenino y creo que unas fotos sin camiseta y con el tatuaje de la marca podrían ayudarnos mucho.

Casi pude escuchar cómo los celos rayaban el suelo de su casa.

—Ehm… sí, vale… Se lo recordaré. Me prometió que lo haría.

—Intenta que sea hoy. Las necesitamos para ya.

—Vale…

Un par de minutos después, le he escrito como Lucas, dejándoselo a huevo.

«¿Puedo ir a verte hoy? Tengo la mañana libre».

En poco menos de una hora, estábamos en la playa con su tío Iker y la madre de Charlotte como ayudante. También ha venido Luz para echarme potingues en la piel.

—Es una crema nacarada que realza el bronceado. Y también vamos a hacer algo con ese pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Que necesita ayuda, como todos. Si sigues usando esa cera de peinado barata, en diez años te quedarás calvo. Tú déjame a mí…

Cuando ha terminado, Iker me ha pedido situarme en lugares donde tuviera buen encuadre, signifique lo que signifique eso. Para mí lo importante es la cara que ponía Freya, su forma de morderse el labio y el descaro con el que me comían sus ojos, sobre todo después de que Iker me ordenara hacer unas cuantas flexiones y algunos abdominales.

—¿Te traigo un cubo para la baba? —He oído que susurraba Luz divertida.

—¡Cállate! —ha mascullado ella—. Estoy trabajando…

—Sí, ya…

—Gírate de espaldas, Lucas… —He obedecido a Iker—. Ahora mira hacia atrás sin girarte… Muy bien. Pero mírame a mí, no a Freya. Perfecto…

—Lo siento… Se me van los ojos. Hoy está preciosa…

Iker se ha reído de lo poco original que estaba siendo, pero imaginaos mi sorpresa cuando he visto que ella se ruborizaba.

—Haz un esfuerzo y mira aquí… Gracias. Perfecto. Ahora gírate como si supieras que esta noche vas a mojar…

Luz y la madre de Charlotte han soltado unas risitas que me han hecho sonreír, pero lo mejor ha sido el golpe de efecto de traer a dos o tres chicas, que se han parado a ver el set y a echarme fotos gritando «¡Es Lucas Morgan!».

He pasado vergüenza, sobre todo, cuando se han acercado algunas más a las que yo no había pagado previamente. ¡Joder…!

—Igual sí que mojas esta noche después de todo —ha murmurado Iker en broma—. Creo que

esto ya está, Freya. Hay un montón de fotos increíbles para elegir.

—Gracias, tío Iker. Lucas, ¿puedes firmar la hoja de cesión de los derechos de imagen antes de irte, por favor?

Me he acercado a ella renuente.

—¿Y yo qué consigo a cambio?

—¡Te vamos a pagar!

—Pero no es suficiente.

Me ha mirado sorprendida.

—¿Quieres más dinero?

—No, quiero una canción.

—¿Qué?

—Que cantes una canción esta noche en la fiesta.

Su cara no ha tenido precio.

—¡Ni hablar! Hace mucho que no lo hago…

—Por eso mismo. Cantar te hace feliz. Llevas todo el día canturreando por lo bajo.

—Cantar me relaja, no me hace feliz.

—Pues relájate esta noche.

—Paso. Gracias.

—Pues no voy a firmar…

—Lucas… necesitamos las fotos para hoy —ha dicho estresada.

He cogido el boli que me ofrecía en el aire y he firmado, no sin añadir: «Pero me debes una…».

—Y tú a mí cinco mil. Hasta la noche. A no ser que tengas alguna cita con una de tus admiradoras…

Mientras se iba muy digna, yo sonreía. ¡Estaba celosa! Y todavía no había visto mi golpe de gracia durante la fiesta. Además de mi Hugo Boss etiqueta roja, tenía pensado pagar a la chica del catering para que flirteara conmigo, pero ni siquiera ha hecho falta. Con echarle un par de miradas al principio de la fiesta y soltar un par de piropos, la tenía más que dispuesta sin soltar un dólar.

Sin perder el tiempo, uso la misma estrategia con Freya.

—Bonito vestido… —Es blanco, sin mangas y corto. No le queda ajustado al cuerpo, pero aun así está espectacular. Le cuelgan un montón de tiras por la parte de abajo y su sola presencia derrocha elegancia.

—Gracias…

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Se nota. Estás resplandeciente.

—Será la crema luminosa que me he echado…

—No. Llevo todo el día pensándolo, por eso no podía dejar de mirarte en la playa.

—Lucas, no sigas…

—¿Por qué no? Sé que estás enfadada porque te oculté la verdad y te hice pensar que no me interesabas, pero necesito que entiendas que era mentira.

—Lo entiendo. Me mentiste.

—Exacto. La verdad es que no he dejado de pensar en ti todo este tiempo, ni de sufrir ni de desear que se acabara todo para contártelo… Así que no me pidas que pare, porque yo nunca he dejado de quererte.

Para rematar, le he dado un beso en la cara que le ha provocado un escalofrío de arriba abajo. Después, la he dejado tranquila hasta que he subido al escenario y me ha asesinado con la mirada por obligarla a cantar. *Sorry, not sorry.*

Me la he jugado, lo admito, pero oírla ha sido catártico para mí y el golpe que me ha dado a modo de castigo al terminar, ha sido como un latigazo placentero al venir acompañado de una sonrisa de «te mato, pero gracias».

La he estado observando mientras hablaba con la gente y he notado que ella tampoco me perdía de vista. Además, su mirada ha cambiado a otra más mimosa. Quien diga que todo este esfuerzo no es amor es que está ciego…

—¿Dónde están Aitor y Lenny? —me pregunta Marco apurado—. Luz y yo vamos a hacer un anuncio…

—Ni idea, hace mucho que no los veo. He estado liado…

—Ya lo he visto, Casanova. Yo he estado con ellos cuando hemos subido a Enzo borrachísimo a la habitación de Aitor, pero luego han desaparecido y Hugo tampoco los encuentra.

—Vete a saber en qué lío se han metido esta vez…

—Lía y Kali tampoco están. No sé qué cojones está pasando, pero les he dicho a Charlotte y a Hugo que disimulen un poco más o los mayores se darán cuenta de que pasa algo.

—¿Les has llamado?

—Sí. Pero no contestan.

De pronto, Charlotte nos coge por detrás y susurra que ya vienen. Se ha metido muy rápido en el papel perfecto para sobrevivir en esta familia.

—Lenny acaba de escribirme. Aparecerán en cualquier momento.

Sin esperar respuesta, se va, y veo que Marco sonríe.

—Si Lenny no se casa con ella, me lo cargo —opina.

—Y yo.

Pocos minutos después, los idiotas aparecen y los fulmino con la mirada.

—¿Dónde estabais…? —mascullo.

—Mejor que no lo sepas… —responde Lenny.

—Contádmelo o será peor cuando me entere.

—Tú relájate y céntrate en lo tuyo —dice Aitor—. Llevas demasiado tiempo sin follar…

En ese momento, Marco sube al mini escenario con un micrófono y Luz lo acompaña radiante de felicidad, haciendo que se evapore el efecto sorpresa de lo que van a decir. De hecho…

—Oh, Dios mío… —musita Mei, tapándose la boca alucinada.

—Queridos amigos y familia… nosotros también queremos aprovechar esta ocasión para haceros partícipes de…

—¡NOS CASAMOS! —grita Luz ilusionada.

Marco se muere de vergüenza ajena y de pavor.

—Eso… sí… Gracias, cariño.

Todos se ríen, pero los novios miran a Mak esperando su aprobación, pero mi tío se cruza de brazos serio.

Oh, oh…

—¿Para qué? —pregunta solamente.

—¡Porque nos queremos, papá! —explica Luz.

—No he preguntado por qué, sino «para qué».

Se hace el silencio y a Luz se le borra la sonrisa de la boca. Cuando Marco lo ve, aprieta la mandíbula y cierra los puños.

—Para que todo el mundo lo sepa. Para que yo me lo crea. Para que cada vez que le presenten a un guaperas de Hollywood, no me cague encima… Para que todo el mundo entienda que tenemos muy claro que queremos pasar el resto de nuestra vida juntos…

De pronto, Mak sonríe complacido y dice: «Muchas felicidades» y empieza a aplaudir con fuerza, a lo que todos nos sumamos y hay algunos silbidos mientras sus padres suben a abrazarlos.

Veo que Mak le dice unas palabras a Marco que consiguen hacerle llorar. ¡Me muero por saber lo que es! También los felicitan mi padre y Luk, y las mujeres Morgan no tardan en rodear a Luz para chillar como posesas y empezar a decir que deben prepararla por todo lo alto.

En ese momento, miro a Freya, que está observando la imagen con ternura, y como si hubiera oído mi llamada, sus ojos me localizan.

Quiero pensar que los dos sentimos lo mismo, que lo teníamos todo para tener un amor de cuento de hadas, crecer juntos, ser los mejores amigos, tener una relación larga en la que nuestros padres se adorasen, celebrar una boda tradicional, tener niños… pero el destino es caprichoso y ha querido hacer las cosas completamente al revés, sin respetar tiempos, tradiciones ni compromisos… Solo dejándose llevar por la inevitabilidad de nuestra atracción… Como ahora mismo.

Me veo caminando hacia ella sin dejar de clavarle la mirada. Ella tampoco parece poder despegarla de mis ojos. Es el momento de la verdad.

—Me gustaría enseñarte algo, ¿me acompañas?

—Claro…

Hago que me siga hasta entrar en la casa, y una vez nos quedamos solos, la cojo de la mano y sigo andando, indicándole que debemos subir las escaleras.

Una vez arriba, no me molesto en encender la luz del pasillo, hay algo mágico en caminar por la oscuridad sin soltarla, otorgándonos intimidad.

—¿A dónde vamos? —pregunta nerviosa. Pero tampoco parece querer huir. Como buena temeraria, le gustan el riesgo y el desafío.

—Ahora lo verás…

Cuando llego a donde quiero, enciendo la luz. Se trata de una lámpara que ilumina la habitación desde una esquina, inundando el techo de estrellas. Hay una cuna, un cambiador, algún juguete y una cama individual.

—¡Lucas…!

—¿Te gusta?

—¡¿Cuándo has…?!

—Son cosas mías de cuando era pequeño, estaban en el trastero. Ayer las saqué y monté la habitación. Para cuando se lo queden mis padres si nosotros salimos…

—Es increíble. ¡Me encanta! Esta habitación era un despacho, ¿no?

—Sí, pero mis padres no lo usan y no les importa. ¿A ti te gusta?

—Es perfecta…

—Sí, pero no es su habitación definitiva. La suya estará en nuestra casa…

Freya me mira atribulada.

—No tienes que decidir nada ahora mismo. Solo piénsalo… —La agarro de la cintura y le beso el cuello con lentitud para transmitirle mi calidez—. Solo déjate llevar por lo que sientes, Freya…

Que no intente separarse de mí ya es todo un triunfo. Rozo mi mejilla con la suya en dirección a su boca, y cuando me topo con sus labios, ella me acoge, enredándonos en un beso apoteósico.

La electricidad corre por mis venas y nuestras lenguas se entrelazan en una caricia inacabable. Que me coja la cara con propiedad hace que se me nuble el juicio. No recordaba que su boca fuera tan adictiva, creo que mi cerebro quiso olvidarlo para no sufrir tanto su ausencia, pero ahora que lo he recordado, no puedo parar. Somos incapaces de separar las bocas ni un milímetro. Las ganas nos dominan y la imperiosa necesidad de sentir su piel desnuda contra la mía es real.

Pero cuando mis manos buscan a tientas la cremallera de su vestido, se separa de mí de golpe.

—¡Lucas, no…! —exclama con la respiración entrecortada.

—¿Por qué…? —jadeo muerto de deseo.

Al no responder, vuelvo a atacar su cuello y acaricio su cuerpo con una devoción enfermiza. Ella parece derretirse de nuevo y disfruta por unos segundos de rozarnos con tanto afecto. Pero son eso, segundos, porque vuelve a parar y se marcha deprisa con un «No puedo…» en los labios.

Una vez solo, me siento más vacío que en toda mi vida.

«No puede».

Ya no puede quererme. Aunque me desee. Le rompí demasiado fuerte el corazón y ahora no sabe encajar los pedazos para volver a hacerlo.

Adiós a mi cuento de hadas invertido: hijos, boda, enamorarnos como dos locos y crecer juntos.

17
YO ANTES DE TI

“No siempre podemos controlar lo que nos sucede, pero sí podemos controlar cómo reaccionamos ante ello”
Jojo Moyes



«Joder, me gusta mucho… No pares…».

«Dios… ¡Vas a hacer que me corra!».

«Sí… ¡sí!, ¡síí!»

Abro los ojos de golpe.

—¡NOOO! —grito al encontrarme en una secuencia totalmente distinta a la que estaba viviendo.

Mis padres entran en tropel en mi habitación con una sartén en la mano.

—¡¿Estás bien?! —pregunta Iker asustado.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclama Dani.

—Estoy bien, tranquilos… —Si levantan las sábanas verán el estropicio.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. De verdad. Ha sido solo una pesadilla…

—Pobrecillo… Es normal tenerlas con todo lo que has vivido —dice Dani—. ¿Necesitas ayuda?

—No, no os preocupéis…

—Ven a desayunar con nosotros —me instan.

—Ya voy… quiero ducharme primero.

—¿Quieres que me quede contigo para no estar solo? —ofrece Iker.

—No, papá —Sonrío—. Estoy bien, en serio.

Cuando consigo que se marchen de mi habitación, caigo sobre la cama de nuevo y resoplo.

No sé lo que hice anoche, pero la lie gorda…

«Más bien, te liaste con ella», me recuerda una voz.

Me tapo la cara con la almohada para no oír a esa persona.

¡Yo no me lie con nadie! Solo…

—Me cago en la puta… —farfullo teniendo un flash de una bofetada cruzando el aire en esta

misma habitación.

Me tapo la boca, asustado, pero la cosa no termina ahí. Me asaltan *flashes* de la playa, del agua, de admitir que Aitor es perfecto y Lenny listo, de su vestido empapado… UF… ¡No sé qué es lo peor de todo!

Hasta que recuerdo… un beso.

—¡¡JODER…!!

Mis padres vuelven a irrumpir en mi habitación dándome un susto de muerte.

—¡¿QUÉ PASA?!

—Perdón. Es que acabo de ver que mi tenista favorito perdió ayer…

—¡Qué susto…! —Se toca el corazón Iker.

—Lo sentimos, hijo. Acostumbrados al silencio este mes, ahora lo oímos todo…

—Si me pasa algo gritaré «¡Papá!». Os lo prometo.

—De acuerdo…

Se marchan y descubro que, efectivamente, tengo que echar las sábanas a lavar. ¡Qué putada! Es que llevo demasiado tiempo sin sexo. Quizá si me tiro a alguien, se me pase esta locura, porque voy de mal en peor…

Nunca me he arrepentido tanto de nada como de volver a tomar Moonbow, y no lo digo solo por la extraña conversación que mantuvimos Lía y yo en la playa, sino por lo que pasó cuando nos quedamos solos en mi habitación.

Recuerdo que me desperté asustado y estaba aquí.

—¡Han vuelto! —grité abriendo los ojos atemorizado.

—Tranquilo, estás bien. Estás en tu cuarto.

—¡Hay que esconderse debajo de la cama, Lía! —Mi cara de terror al descubrir que era una cama nido debió de ser lo más.

—No han vuelto. Todo está bien, Kali…

—¡¿Cómo lo sabes?!

—Porque están muertos. Todos están muertos, ¿vale?

—¿Todos?

—Sí.

—¿Y mis padres? ¿Los han matado?

—No, tus padres están vivos.

—¡Pero yo vi cómo los mataban! ¡Me estás mintiendo!

—¡Kali…! —exclamó angustiada cogiéndome la cara—. ¡Tienes veinte años y estás en Australia! ¡Estás bien! Tus padres murieron hace muchísimo tiempo, pero ahora vives con Iker y Dani.

Esos nombres aplanaron mi paranoia devolviéndome al presente, igual que cuando Lía mencionó los nombres de Lenny y Aitor en la playa. Sabía quiénes eran y volví al presente, pero…

—Joder… —jadeé asustado—. Menos mal que Iker y Dani me adoptaron, si no, no sé lo que hubiese sido de mí.

—¿Y por qué nunca los has querido? —preguntó confusa.

—¡Claro que los quiero!

—¿Y por qué te portabas mal y los enfadabas tanto?

—Porque no quería… —intenté frenarme, pero me podían las ganas de decir la verdad—. no quería quererles. La gente muere o te abandona, Lía. No quiero que nadie me quiera… Ni querer a nadie.

—¿Y Cora? —sugirió.

—Cora es como yo, por eso estaba bien con ella. Tampoco quiere querer a nadie y no sé por qué…

—Porque es una narcisista de manual —murmuró por lo bajo sentándose en la cama—. Siempre se ha querido a sí misma por encima de todo. Necesita ser el centro de atención y sentir la admiración de los demás. No le tengo ninguna envidia.

—Yo también soy así. O lo era…

—No. Tú lo intentabas —me corrigió ella—, pero en el fondo tu grosería siempre ha sido un manifiesto de tu baja autoestima. Christopher era alguien que te encumbraba alimentando el espejismo de que podías ser un narcisista, por eso cuando murió te sentiste tan perdido, él mantenía tu castillo de naipes en el aire. Ese chico era un manipulador nato. Te manipuló a ti y también a Freya… Sabía manejar a su antojo las inseguridades de la gente para tenerla a su servicio.

—¿Por qué eres tan lista? —dije rendido a su mente.

—Solo son perfiles psicológicos que he estudiado...

—No, siempre has sido lista. Me has ganado muchas batallas.

—Y tú a mí…

—Haciendo trampas —musité avergonzado—. Usando tus complejos para hundirte, cuando en realidad eran los míos…

No podía creer que hubiera dicho eso. Me mordí los labios, avergonzado, pero ya estaba dicho.

—Duérmete, anda… —dijo ella atribulada—. Ahora mismo no eres tú mismo.

No sabía cuánta razón tenía, pero ella tampoco estaba como siempre. Se movió para alejarse de mí.

—¿Por qué te has quedado? —La frené, sujetándole la mano.

—Por si te despertabas y te ibas directo al mar otra vez. Yo fui la que te llevó hasta el Moonbow y me siento culpable, no quería que recordaras lo que viviste de pequeño…

—Nunca lo he olvidado, no podría… El Moonbow saca a la palestra temas con los que te has hecho el sueco, has pasado por alto o has decidido olvidar… Pero yo ya no sé ni quién coño soy… Hacerme el héroe, que tus hermanos me traten bien…

—Te irás acostumbrando.

—No quiero acostumbrarme a esto… —confesé muerto de miedo, acariciándole la mano como un poseso.

—¿A qué? —preguntó temblorosa.

—A que te preocupes por mí…

El ambiente cambió radicalmente y pude notar que se sentía igual de incómoda que yo.

—Yo tampoco —Se soltó de mí—. Por eso es mejor que no nos veamos más. No aparezcas en mi trabajo ni vengas a las fiestas de mi familia…

—No quiero. Discutir contigo es lo único que me queda de mi antigua vida… No puedo perderlo también.

Juro que yo no di la orden, pero mi mano volvió a agarrar la suya.

—¿Qué haces? —preguntó alucinada observando nuestras manos juntas.

—Creo que tenemos un asunto pendiente —dije como si estuviera en medio de una porno.

—¡Pero…!

Pero nada porque ya estaba agarrando su nuca para encajar su boca con la mía. ¡Que ida de olla, *bro*!

Su cuerpo experimentó un seísmo que replicó en el mío. Jamás había saboreado unos labios tan jugosos. Su lengua, esa que tantas veces había enfilado contra mí, se deshizo en una dulce ambrosía al contacto con la mía. Seguramente fue la droga, pero me pareció una puta maravilla.

Tan puta, que la agarré de la barbilla y profundicé el beso con más decisión. Ella gimió sorprendida y apoyó sus manos en mi pecho para apartarme, pero de pronto, su mano se deslizó hacia mi miembro y sentir cómo me acariciaba a través de la suave tela de mi ropa interior, me hizo perder el control. Ese atrevimiento me daba permiso para tocarla a ella como quisiera y no sabía por dónde empezar. ¡Lo quería todo!

Con un movimiento brusco, la coloqué debajo de mí. Debí darme cuenta de que no era un sueño cuando sentí un placer indecible al encajarme contra su esponjoso cuerpo.

—¡No! —me pareció escuchar, pero me negaba a despertar. Mi mano amasó uno de sus pechos y pensé que me corría de gusto, hasta que la escuché. La bofetada…

El sonido fue lo que me despertó del trance, no el dolor, porque a esas alturas me había vuelto adicto a cualquier contacto por su parte.

La liberé al momento y ella huyó despavorida sin decir nada.

Me quedé allí, en silencio, sintiéndome peor que en toda mi vida, sin saber si había sido real o me lo había imaginado todo. Tenía la misma sensación que si acabara de despertarme de golpe, sin ella, una vez más.

Pero creo que no fue un jodido sueño… ¡Tengo que encontrarla como sea!

Me rayo pensando si lo que hice es denunciable. Nunca me había encontrado en una situación así. Ella me besó y me tocó, pero no tenía muy claro cuándo empezó a decir que parase.

Hago una pelota con las sábanas sucias y me meto en la ducha. Me espera un domingo muy largo sin móvil, porque no lo encuentro. Debí de perderlo en el mar, y supongo que Lía también cuando la arrastré conmigo…

Dios mío… Tuvo que pasar miedo cuando la sumergí...

Quiero comprarle uno nuevo mañana lunes con el dinero que tengo ahorrado en mi cuenta personal, una que me abrí cuando cumplí la mayoría de edad, aparte de la que mis padres me dieron de una visa con un límite de 6000 dólares al mes.

—Úsala para comprar lo que quieras y cada mes lo repondremos —informó Dani.

—No te lo damos en efectivo porque queremos saber en qué te lo gastas —se sinceró Iker.

—Cree que vas a comprar armas en el mercado negro…

—No es eso… —chasqueó la lengua Iker—. Lo que no quiero es que se lo gaste en drogas ni en apuestas.

—¿Bragas usadas puedo comprar o tampoco? —bromeé.

Solía usar esa cuenta para gastos normales, pero nunca me extralimitaba en lujos. Esos me los compraban ellos y no tenían límite. No me quejaba porque parecían más felices que yo regalándome cosas, pero a veces sentía que intentaban comprar mi amor. También tenía la paranoia de que lo hacían para esconderme algo, como el infiel que regala flores a su mujer.

Sabía lo que querían a cambio, pero no podía ofrecerles mi corazón, porque no tenía. O fingía no tenerlo, para que no me lo pisotearan de nuevo. Quería ser duro, pero el duro se dormía muchas noches llorando en la casa del cártel, aterrado por sentirme por fin en un lugar donde encajaba a la perfección.

Al final me contento con estar todo el día jugando con Nick. No recuerdo quién le puso ese nombre al niño, pero parece gustarle. Tengo fuertes tentaciones de ir a casa de Lía para hablar con ella, pero me controlo.

Cuando por la tarde llaman a la puerta, me acojono pensando que es la policía que viene a por

mí porque Lía me ha denunciado, pero no, son Luk, Ani y… Lenny.

Los mayores salen a tomar café al porche y Lenny y yo nos quedamos jugando con Nick en el salón. El niño se muestra interesado en Lenny. No importa… es la novedad, y supongo que ya se ha subido demasiadas veces a mí a lo largo del día. Pero no les quito el ojo de encima.

—¿Cómo estás chaval? ¿Me has echado de menos? Yo también a ti.

—Se llama Nick —espeto borde.

—Eso está por ver… —murmura Lenny.

—¿Por qué lo dices?

—Mis padres quieren adoptarlo. Vamos a ser hermanos.

—¡¿Qué?! ¡No pueden hacer eso! ¡Es mío!

—Esto no va de «quien lo encuentra se lo queda». Seguramente se lo lleven un tiempo antes de dárselo a una familia definitivamente, y los servicios sociales decidirán a cuál.

—¡Nick tiene que estar conmigo! —exclamo poniéndome de pie.

El niño me mira asustado y se abraza a Lenny, temeroso.

—Tranquilo, peque, se enfada porque te quiere —le explica—. Todos te queremos. Eres un niño muy especial. El superviviente de un tiroteo y eso te hace «el elegido». ¿Sabes quién más era *el elegido*? Neo, el de Matrix. Seguramente no sepas qué es *Matrix*, pero ya lo sabrás. Neo era un tío que esquivaba balas como nadie, doblándose en el aire de un modo muy guay. Te gustará.

El niño sonríe y Lenny también. Puedo sentir su conexión. Y ver cómo la pierde conmigo me mata un poco por dentro.

—¿Te mola el nombre? —le pregunta y el niño salta de alegría—. Sabía que te gustaría.

—Campeón, eh… —lo llamo desesperado—. Ven conmigo, vamos…

Nick me mira pensativo, y de pronto extiende una manita hacia mí.

Hago el amago de cogerlo en brazos y se queja, pero él me agarra, como si quisiera permanecer sobre Lenny, pero cogido a mí.

Me suelto de él, decepcionado.

—No puedes tenernos a los dos, tienes que elegir.

—No tiene que elegir —replica Lenny severo—. Este niño va a tener todo lo que quiera. Así que siéntate a mi lado y dale la mano, coño.

Lo miro sorprendido, pero Lenny no me devuelve la mirada. ¿Eso ha sido… una súplica? El niño me mira fijamente haciendo un puchero para que satisfaga sus deseos y alargo la mano para cogérsela mientras me siento a su lado. Automáticamente sonríe satisfecho.

—Maldita sea, acabamos de crear un monstruo…

Por la noche, discuto con mis padres sobre la adopción de Nick.

—¡Pensaba que nos lo quedaríamos nosotros!

—Seguramente se lo otorguen a ellos, hijo.

—¡¿Pero por qué?!

—Por muchos motivos…

—¡Quiero saberlos! ¡Vosotros tenéis más dinero, y ya habéis adoptado antes con éxito! ¿Eso no lo hace todo más fácil?

—Sí, pero ellos están apuntados en la lista para adoptar desde antes, es decir, hay papeles firmados que demuestran que tienen intención de hacerlo desde hace semanas, nosotros no. Además, su historia clínica es mejor.

—¿A qué te refieres?

—Siempre se otorga al niño teniendo en cuenta la situación psicológica de la familia, y ellos

perdieron a un bebé hace diez años. Nick les aliviaría la herida. Lenny ha recuperado el habla hace poco y lo valorarán como un revulsivo muy positivo para él.

—¿Qué coño tiene eso que ver con el bebé que perdieron?

—Fue Lenny quien disparó a su madre embarazada… por eso dejó de hablar.

La información me atraviesa el corazón.

—¿Qué has dicho…?

—Entraron a robar en su casa y Lenny disparó el arma de su padre contra el asaltante, pero también alcanzó a su madre y al bebé.

Se me cierra la garganta. ¿Lenny disparó un arma siendo un niño?

—A raíz de su mutismo, sus padres se divorciaron y se han vuelto a casar hace un mes. Lo tienen todo a su favor.

—Dios mío… —Me tapo la nariz y la boca con las manos al recordar todas las veces que me he metido con él y todo lo que he dicho sobre su madre.

—Además, Lenny fue quien salvó a Nick en el tiroteo. Diremos que él lo encontró en la calle, convirtiéndose en su persona de confianza, y no querrán romper ese vínculo. Quizá no se lo lleven…

—¿Por qué no me contasteis lo de Lenny en su día? —pregunto acusador.

—Eras muy pequeño cuando pasó. No queríamos que te enteraras.

—¡Pues deberíais habérmelo dicho más adelante!

—¿Por qué?

—¡Porque sí! —exclamo sobrecogido. Mis padres se miran extrañados y temen preguntarme. Me cuesta un minuto volver a hablar.

—Lenny dice que quieren llamarlo Neo, quizá deberíamos empezar a llamarlo así, para no confundirle. También es un nombre chulo —propongo.

—Es como se iba a llamar el bebé que falleció… El nombre lo eligió Lenny cuando tenía diez años.

—Joder… —musito sujetándome la cabeza.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Nada. Me voy a la cama. Mañana será otro día.

El lunes me levanto temprano y a primera hora de la mañana estoy en la puerta de la tienda de móviles. Comprobado… Soy un jodido adicto.

En cuanto compro los móviles y consigo un duplicado de mi tarjeta me dirijo hacia *Green Phone*, rezando para que Lía esté allí. La mala suerte quiere que ese día tenga turno de tarde y me entretengo en actualizar mi teléfono mientras atiendo llamadas.

Ayudo a una chica que está desesperada porque no le ha contado a sus padres que ha suspendido todas las asignaturas menos una y a otra que se ha quedado embarazada y no sabe a dónde acudir.

Cuando por fin tengo el móvil operativo, grabo el número de Marco, el único que me sé, y le escribo un mensaje.

«Por favor, localiza a Lía y dile que le he comprado un móvil nuevo, que no se compre otro. Soy Kali».

«De acuerdo. ¿Tú estás bien, nadador?».

Pongo los ojos en blanco. ¡¿Es que esta familia se lo cuenta todo?!

«Sí, estoy bien…».

«Si necesitas cualquier cosa, hablar o algo, me llamas, ¿ok?».

«Sí, *papá*. Localiza a Lía».

A las dos me voy a comer a una cafetería cercana y doy una vuelta por el Campus. Admito que no está mal. Vuelvo al filo de las cuatro a *Green Phone* para interceptarla antes de que entre a trabajar.

Cuando me ve, la sorpresa arrasa su cara y después frunce el ceño. ¡Cómo lo echaba de menos!

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído un móvil nuevo.

—No hacía falta, tengo unos cuantos viejos…

—Insisto. Fue culpa mía —Se lo ofrezco, pero sigue sin cogerlo. A cabezota no la gana nadie.

—También quería pedirte perdón… Te juro que no sé qué me pasó.

—Olvídalo.

—Estaba drogado y… Yo no quería.

—Pues para no querer, no paraste cuando te lo pedí.

—Lo siento mucho —digo afectado—. Fue una noche muy confusa. Pensaba que estaba soñando y que eras otra. Si quieres denunciarme…

—¿Eres idiota o qué? —Vuelve a arrugar el ceño. Y aunque cueste creerlo esa frase es música para mis oídos—. ¡Te he dicho que lo olvides! Fue un error y no volverá a pasar. Fin. Te diría hasta nunca, pero es poco probable. Así que ya nos veremos…

Cuando se mete en el local, me descubro sonriendo. Es agradable volver a la normalidad. Y tiene algo de razón. Lo mejor es ignorarnos. Si no la veo, no pensaré en ella.

A la mañana siguiente, me despierto violentamente con la sensación de tener su boca alrededor de mi… ¡Mierda!

Me doy una ducha helada y salgo a desayunar estornudando. Cuando estoy a punto de terminar, llaman a la puerta.

—Papá, ¿esperas algún paquete de amazon?

—No. Espero otra clase de paquete… abre.

Al otro lado de la puerta, encuentro a Cora en la silla de ruedas y a Lía empujándola.

—¡Hola! —exclama Cora sonriente—. Vengo a rehabilitación. ¡Estoy impaciente!

—No sabía que eras masoquista…

—¡Yo tampoco! ¡Pero me encanta!

—He encontrado la horma de mi zapato —aparece mi padre por detrás—. Gracias, Lía —Coge su relevo en la silla.

—De nada. Adiós…

Mi padre se lleva a Cora y yo me quedo con la puerta en la mano, viendo cómo la espalda de Lía se aleja de mí.

—Espera… —la llamo, pero no me hace caso y la sigo ajustando la puerta.

—¿Qué te pica ahora? —Se gira con las manos en la cintura.

—Esas frases no ayudan a no hacer bromas… Quería contarte que ayer estuvieron aquí Luk y Ani, dicen que quieren adoptar al niño.

—Lo sé.

Me quedo callado alucinado de cómo le brilla el pelo bajo el sol. Maravillado con el color fresa de sus labios carnosos y lo guapa que está con unos vaqueros oscuros, un cinturón y una camiseta negra con escote.

—¿Quieres algo más?

—No… Bueno sí, que aceptes el móvil que te compré.

—Te dije que no lo quería.

—No quiero deberte nada. Además, casi te ahogo en el agua… Es lo menos que puedo hacer. Si no lo aceptas, no podré volver a tratarte mal y lo estoy deseando.

Me mantiene la mirada.

—Está bien…

—Iré a buscarlo dentro.

—Tengo prisa, ya me lo darás otro día.

—Pero…

Y se va. ¡Maldita sea! Estoy tentado de llevárselo a Green Phone, pero si trabaja en días alternos, hoy no irá y no pienso perseguirla más.

Al día siguiente, lo tengo preparado para dárselo, pero es la madre de Cora la que aparece empujando su silla. ¡Será posible! ¿Me está evitando a propósito?

Por la tarde, me planto en *Green Phone* y Lía pone mala cara.

—No has venido, así que te lo traigo yo.

—No tenías que molestarte.

—No es molestia.

—Difiero. ¿Por qué no te buscas otro hobby que no sea acosarme?

Sonrío.

—No puedo, es demasiado divertido.

—Intento evitarte y no me lo pones fácil.

Esa frase me hace pensar. ¿Por qué me evita? ¿Qué esconde?

«Igual no quiere ver al tío que intentó propasarse con ella», me digo. Pero entonces recuerdo que ella también me metió mano. Yo estaba drogado, ¿cuál es su excusa?

Como si me hubiera leído el pensamiento, la veo tragar saliva.

—La otra noche…

—No quiero hablar más de eso —me corta.

—Ya, pero acabo de recordar que me animé porque tú cooperaste… Me tocaste el rabo.

—Lo malinterpretaste. Intentaba estrujártela para pararte.

—Pues lo hiciste con mucha suavidad…

—¿Puedes irte, por favor? Tengo que trabajar.

—Era tu oportunidad de averiguar si mis fanfarronadas eran ciertas, ¿no? —digo divertido.

Me ignora descaradamente y sonrío.

—Supongo que esta batalla la he ganado yo…

Me marcho del local sonriendo triunfal ante su silencio.

Me despierto desolado. ¡Llevo toda la noche recorriendo su cuerpo con mi lengua en sueños! Creo que necesito un exorcismo…

Mi móvil suena. Es un mensaje de Marco.

«Es viernes. Esta noche salimos. A las ocho en el Valhalla. No falles».

Pero… ¿de qué cojones va? ¡No pienso ir…!

A las ocho en punto estoy entrando por la puerta del local arrastrado por la locura.

18
AMANTE RENACIDO

“La vida no es siempre justa, pero debemos ser justos con nosotros mismos”
J.R. Ward



Marco me llama y contesto al momento.

—Dime.

—¿Has podido hacerlo?

—Sí.

—Perfecto. Justo a tiempo para la diversión.

—¿Así es cómo os divertís los Morgan? ¿Cazando maleantes por encima de la ley?

—Y por debajo, depende de lo cachondos que estemos —dice socarrón.

Sus palabras me hacen sonreír. Apenas… Lleva toda la semana intentando animarme después del numerito que monté en casa de su tío el sábado. Me conoce un poco y sabe que estoy muy avergonzado.

El domingo cuando me desperté de mi coma etílico y me di cuenta de que seguía en la mansión Morgan, intenté escapar a hurtadillas como una rata cobarde. Bajé con los zapatos en la mano, medio mareado, y cuando estaba a punto de abrir la puerta principal, una voz rotunda me detuvo.

—¿Has dormido bien? —Juro que me pareció la voz de Dios, pero era la de Kai Morgan, sentado con un porte majestuoso en uno de los sofás individuales.

Tragué saliva, cohibido. ¡¿Llevaba ahí toda la noche esperando este momento?!

Me acerqué renqueante.

—Lo siento mucho, señor Morgan, no sé qué me pasó anoche…

—¿No lo sabes?

—Bueno, me pasé con la bebida, pero no volverá a pasar. Le pido disculpas.

—Tranquilo, tienes derecho a divertirte… Y también a equivocarte. No eres perfecto, Enzo, y no hace falta que lo seas. Porque por mucho que te esfuerces, nadie te lo va a agradecer…

Me quedé callado con la cabeza hecha un lío. Kai siempre había sido un hombre muy críptico.

Cada una de sus frases tenían gato encerrado, y casi pude oírlo arañando las palabras. ¿Qué intentaba decirme?

—Gracias por todo, señor Morgan…

—No. Gracias a ti por ayudar a mi familia, Enzo. En esta casa siempre tendrás las puertas abiertas, nunca lo olvides. Para mí ya eres parte de la familia.

—Gracias… —se me cortó la voz. Me fui con rapidez porque su mirada me atravesaba como si lo supiera todo sobre mí, incluidos mis más oscuros deseos con su hijo.

Cuando llegué a casa, Ruby me esperaba cruzada de brazos.

—¿Qué te pasó anoche? Hugo me dijo que estabas muy mal. ¡¿Y si alguien te drogó?! ¿Y si Aitor quería aprovecharse de ti estando inconsciente?

Me la quedé mirando alucinado y exploté de risa.

—¡Estás obsesionada, Ruby! ¡Aitor está saliendo con Hugo! ¡Y mi hermano estaba allí, conmigo! Lo que pasó es que los Morgan beben como cosacos y yo no estoy acostumbrado. Marco no dejaba de brindar conmigo por el fin de la misión.

—Entonces ¿ya se ha terminado? ¿No vas a tener que volver a ver a los Morgan ni a Aitor?

—Marco y yo tenemos que terminar de pulir algunos flecos antes de que vuelva a España, pero con Aitor he terminado.

—Menos mal… ¡Tengo la sensación de que el otro día hicimos un bebé! —dijo ilusionada—. Me duelen los ovarios y tengo más sueño del habitual. Dicen que son síntomas de embarazo…

En ese momento, recordé las palabras de Aitor cayendo sobre mí como dagas: «Solo tú podrías tener un hijo para que no se note que te gustan los tíos».

Pero a mí no me gustaban los tíos, joder, a mí me gustaba él, aunque no fuera una posibilidad real, porque prefería estar muerto antes que salir del armario o romper mis votos matrimoniales.

No superaba el lamentable espectáculo que había dado en la fiesta, sobre todo porque apenas recordaba nada.

Lo que sí recordé es que Aitor mencionó que le estaba costando encontrar trabajo de lo suyo, y algo dentro de mí me instó a querer ayudarlo. Así que le pedí a mi hermano que me mandara su currículum y se lo pasé a un par de contactos que podrían estar interesados en su campo.

En general, ha sido una semana tranquila, si no tengo en cuenta que Ruby está tan sugestionada con sus síntomas prenatales que me está volviendo loco. ¡Los tiene todos!, que si naúseas, antojos, dolor de pechos… pero me parecía muy pronto y busqué información al respecto. No seré yo quien le diga que seguramente se lo está imaginando todo y que los síntomas de embarazo son prácticamente iguales a los de la menstruación. Aun así, le he seguido el juego y he sido su esclavo estos últimos días, pero a menudo se iba pronto a la cama para ayudar a que se desarrollara bien el embrión, según ella.

Hoy, viernes, le he dicho que tenía una reunión de trabajo por la noche en el Valhalla con Marco y sus tíos. No he mencionado a Aitor, pero sé que le veré y puede que me haya pasado más tiempo del debido pensando en qué ropa ponerme o cómo peinarme.

Aparezco en el *pub* unos minutos tarde; no es mi estilo, pero Ruby ha estado interrogándome de nuevo al verme tan arreglado.

—¿A qué hora vas a volver?

—No sé cuánto se alargará la cosa…

—Pues que no se alargue mucho. Diles que tienes a una mujer embarazada en casa. Lo entenderán.

—Volveré sobre las once y media, ¿te parece?

—Bien, pero no llegues tarde. Sabes que estos días me entra sueño pronto y te estaré

esperando despierta.

Empiezo a pensar que ella cree que soy su hijo, que he nacido y crecido ya.

Nada más entrar, de un solo vistazo, localizo a Marco en una mesa con su padre y sus tíos. Aitor está en otra, con Lucas, Lenny y… ¿Kali?

Sus ojazos azules me acorralan, pero los desvío rápido y me acerco a la mesa de los adultos.

—Buenas tardes…

—¡Por fin, Enzo! —exclama Marco—. ¡Enséñales lo que has conseguido esta tarde!

—¿Puedo pedir un trago primero? —respondo vacilón.

—¡Una cerveza cuando puedas, por favor! —le grita Mak a una camarera que justo pasa por al lado—. Y ahora… ¡saca los juguetes!

Traigo una pequeña bandolera conmigo de la que extraigo un monitor con unos cables y un radar portátil. «Mis juguetes».

—¡Qué nivel! —exclama Luk emocionado.

—Veamos dónde está Richard Avery en estos momentos… —murmuro enigmático. Procuro no mirar a Kai para no toparme con sus ojos con rayos láser.

La señal se conecta y el punto parpadeante indica que está a un kilómetro y medio de nosotros. A las afueras de Byron.

—No me puedo creer que le hayas hackeado el móvil —dice Luk impresionado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Ha sido sencillo. He entrado en su despacho para hablar de las vacaciones de Navidad y he apoyado mi móvil sobre el suyo boca abajo. Ni se ha dado cuenta.

Luk aplaude y saca su teléfono para captar la señal GPS.

—Lo tengo.

—¿Pensáis que el capitán está en esa casa? —pregunta Kai perdido.

—Exacto —contesta Marco—. Está escondido en alguna parte.

—¿Por qué no vamos ahora mismo? —dice Mak con avidez.

—Porque queremos encerrarlos, no matarlos —señala Marco.

—¿Estáis seguros de eso? —pregunta Luk renqueante.

Todas las miradas recaen sobre mí, como si les preocupara mi intachable integridad moral y el lío en que podría meterles si hablara.

—Yo me los cargaría —digo de pronto.

El asombro reina en sus caras hasta que Luk y Mak se ríen.

—¡Este chico promete! —grita Mak acercándome el puño para que se lo choque. Luk me obliga a hacer lo mismo con él.

Kai mira a Marco como si confiara en su criterio más que en los locos de sus cuñados.

Marco me mira analítico y siento que le doy pena porque nota que estoy en un bucle autodestructivo y que cuanto más me salte la ley, peor me sentiré conmigo mismo.

—No quiero que Enzo se manche más las manos —dice entonces—. Son los últimos de la cadena. No hay nadie más implicado. No tienen a quién llamar para vengarse desde la cárcel.

—Eso no lo sabes —inquiere Luk.

—Si fuera mi familia la que está en juego, no dejaría a nadie vivo —digo tajante.

—¡Te he dicho una, pero tráele dos cervezas, por favor! —grita Mak hacia la barra.

—Preferiría no correr más riesgos —insiste Marco—. Si nos pillan, terminaremos todos en la cárcel. Richard es una figura pública, habrá una investigación minuciosa y, realmente, no nos hace falta matarlos, por muchas ganas que les tengamos. Son culpables y podemos demostrarlo. La muerte es una salida demasiado fácil para un hijo de puta de ese calibre. Yo quiero que sufran

cada día de sus miserables vidas… Y para cuando los suelten, serán tan ancianos que ya no recordarán ni quienes son.

Kai asiente conforme con ello.

—Qué aburridos… —dice Mak enfurruñado.

—Tu hijo se va a casar, ¿no puedes darle un poco de paz al chaval? —dice Kai divertido.

—¡Si lo que quiere es impedir esa boda! —bromea Luk. Y todos se parten de risa. Yo sonrío. Apenas.

«Unos intentando entrar en el matrimonio y otros salir…», pienso inconscientemente. ¿Realmente quiero dejar a Ruby?

—Esa chica está medio sorda… —se queja Mak reivindicando mi cerveza.

—Tranquilo, ya voy yo a la barra —le digo—. Hay mucha gente.

—Dile que mueva el culo o está despedida —barrunta Luk.

—Al menos tiene un buen culo… —replica Mak. Y vuelven a reírse.

Me acerco a la barra con la garganta seca y Aitor no tarda en aparecer a mi lado. Está tan guapo con una camisa color camel, una onda perfecta por pelo y una cadena de oro viejo sobre su irresistible esternón, que duele mirarlo.

Odio que mi corazón comience a latir más rápido al captar que el azul de sus ojos se oscurece por momentos al mirarme.

Antes de decir nada, emite un silbido que hace que una de las camareras se gire y venga directa hacia nosotros.

—¿Qué queréis?

—Una cerveza.

—Y un mojito —añade Aitor. Después me mira como si guardara un secreto que yo no sé, o más bien, que no recuerdo.

—Espero que hoy no bebas tanto como el otro día en la fiesta…

—Descuida. Por cierto, quería pedirte perdón por lo que te dije…

—Ya me lo pediste —expone indolente—. Y también me besaste.

—¿QUÉ…?

—Sí, justo antes de desmayarte —dice con media sonrisa—. No te preocupes, suelo causar ese efecto…

Las comisuras de mi boca se elevan un poco y niego con la cabeza. No vale la pena discutírselo. Kitty me deja la cerveza delante y no puedo evitar darle un buen trago.

—¿Cómo van las cosas en casa? —Quiere saber—. ¿Estás mejor con Ruby?

Me encojo de hombros porque algo me dice que no deberíamos estar hablando sobre esto.

—¿Seguís con la idea de ser padres? —insiste.

—No te incumbe, Aitor…

—Perdona si me preocupa que cometas el error más grande de tu vida. Y no lo digo a malas, Enzo…, creo que no estás bien. Y cuando no estás bien, te agarras a un clavo ardiendo, como hice yo con tu hermano… Voy a dejarle, si te quedas más tranquilo.

—¿Cuándo? —pregunto serio.

—Pronto. Este fin de semana tiene guardia y no vamos a vernos. Quiero hacerlo bien…

—Es lo mejor para él —murmuro sin mirarlo a los ojos.

—Y tú deberías hacer lo mismo con Ruby.

Sonrío sin gracia y le doy las gracias a Kitty cuando trae el mojito.

—¿Cuánto te debo?

—No le cobres —ordena Aitor y ella se marcha.

—Gracias… —Intento huir de él.

—Deberías dejarla antes de que se quede embarazada —añade.

Me detengo sobre mis pasos y me giro con el dolor asomando a mis ojos.

—Quizá ya lo esté… Dice que tiene naúseas y que se muere de sueño. Y si lo está, no pienso abandonar a mi hijo y verle dos fines de semana al mes.

—No puedes condicionar así tu vida…

—Ya no tengo elección.

—¿Y si aún la tuvieras? —dice con intensidad.

Miro al suelo y me entran ganas de llorar. ¿Por qué siempre nos damos cuenta de las cosas cuando ya es demasiado tarde?

—Estás mal, Enzo… Me dijiste que te estabas muriendo.

—Yo no dije eso.

—Sí lo dijiste… dijiste que te morías por mí.

Me quedo quieto y hago un esfuerzo por no mirarle y confirmárselo.

—Pues deja que me muera, por favor… —farfullo. Y me voy.

Vuelvo a mi mesa y continúo hablando con los tres reyes de cómo vamos a hacer que el capitán y Richard caigan en nuestra trampa. Las risas se entremezclan en una conversación que disfruto al máximo porque estos tíos son mis ídolos y no pierdo detalle cuando, a medida que beben, cuentan batallitas cada vez más subidas de tono sobre su turbio pasado policial. ¡Son la hostia!

Marco me mira divertido varias veces al notar que estoy gozando como un niño. También capta la pena en mis ojos porque sé que, cuando esto termine y Marco se marche a España, estos momentos se esfumarán. Ya no pintaré nada con ellos, porque tampoco soy el tío más divertido del mundo…

Cuando dan las once y cuarto, miro el reloj, hundido, y me despido.

—¡Nooo, Enzo, quédate! —exclama Mak como lo haría un niño.

—Sí, tío… —Sonríe Marco—. Ahora viene lo mejor, cuando se ponen a hablar de confusiones sexuales…

—¡Luk es el rey de las confusiones sexuales! —dice Mak divertido. Kai se desternilla de risa por algo que no entiendo.

—¡Lo dice el tío que una vez me dijo que le besara! —lo acusa Luk.

—¡Fue por tu bien! Los celos no te dejaban vivir…

—¿Celos? ¡Tú te tirabas a la misma tía que yo cinco minutos después de irme! ¡Prácticamente estabas saboreando mis fluidos, tío!

—¡Maldita sea! ¡No quiero irme! —gimo con fastidio. Y los cuatro rompen a reír aún más fuerte.

—No te preocupes. Quedamos otro día que no tengas planes y te contamos el final… —dice Kai divertido.

—No tengo planes —Me levanto desanimado—. Tengo que volver a casa… Total, para que mi mujer se meta en la cama y quedarme viendo la televisión.

—¡Pues ve y vuelve cuando se duerma! —sugiere Mak travieso.

—¡Eso! —lo anima Luk.

Kai vuelve a atravesarme con la mirada como si no entendiera mi comportamiento sumiso.

—Dejadle en paz —Me defiende Marco—. Mañana te llamo, tío. Buen trabajo… —Me choca el puño.

—Gracias…

Me marcho del local con fuertes tentaciones de mirar hacia Aitor por última vez, pero no lo hago. Me lo he prohibido a mí mismo. Se acabó…

Conduzco tranquilamente hasta casa, pero cuando estoy a punto de llegar, me doy cuenta de que alguien me sigue con su moto, y no precisamente con disimulo. ¡Es Aitor! Va con casco, pero reconozco su ropa y sus payasadas. Camisa camel y pantalón color hueso. Acelerones y juegos de luces… ¿Qué coño hace?

Aparco delante de mi casa en vez de meter el coche en el garaje y me bajo a tiempo de verlo quitarse el casco y sacudir la cabeza como un perro para que su increíble cabellera se libere y adquiera una forma deliciosa.

—¿Qué pasa? ¿Me he dejado algo?

—Sí… A mí.

—Aitor… —resoplo más cachondo que nunca.

—Entra, Ruby te está esperando. Y cuando se vaya a la cama, sales. Te espero aquí.

—¡¿Para qué me vas a esperar?! —digo atacado de los nervios—. Vete ya, Aitor…

—Dijiste que no querías morirte sin volver a estar conmigo, y te estás muriendo, así que…

—Aitor, por Dios…

—Según tú, la decisión ya está tomada. Si está embarazada, te quedarás con ella, y si no, la dejarás. Pero mientras exista el limbo de la duda, me tienes aquí.

Nos miramos a los ojos y solo imaginar cómo me sentiría si cediera a la tentación de subirme en esa moto, se me estruja el corazón.

—Estás loco… —Camino hacia mi casa.

—Voy a quedarme aquí toda la noche —Lo oigo decir a mi espalda.

Entro en el recibidor, azorado, e intento tranquilizarme antes de entrar en el salón.

Ruby me saluda frotándose la tripa, sonriente, y me pregunta qué tal ha ido. Ningún hombre debería estar sometido a esta presión.

—Bien, he estado todo el tiempo con Marco, sus tíos y su padre. Son la risa…

—Me encanta que seas tan maduro como para pasar tiempo con gente que te lleva tantos años.

Si ella supiera que yo era el más maduro de esa mesa…

—¿Vemos una peli o algo? —digo buscando un salvavidas.

—No, ya he visto una y estoy cansada. Me voy a la cama. Buenas noches…

Me besa sin pasión y sube al dormitorio.

Yo me siento en el sofá temiendo que me dé un infarto, porque mi corazón va a mil por hora mientras intento discernir cuando termina de usar el baño y se mete en la cama.

Una cosa es soportar la existencia de Aitor en el mundo y otra muy distinta es saber que me está esperando fuera con intención de llevarme a la luna pegado a su espalda.

Me abanico a mí mismo porque me estoy agobiando.

Me agobia no hacer lo correcto, siempre lo he hecho. Pero… ¿y si ahora lo correcto es salir ahí fuera y dejarme llevar por lo que siento?

La tele sigue funcionando, pero no le hago ni caso. Me tumbo e intento quedarme dormido, pero ¿cómo voy a hacerlo si las palabras «me tienes aquí» dan vueltas en mi cabeza mientras meto la mano en mis pantalones para intentar que «la cosa» se relaje.

Pasan diez minutos, o quizá veinte, de silencio absoluto, y me invade un miedo atroz a que Aitor se haya ido… casi tanto como de que siga ahí. Pienso en salir a dialogar con él para echarle, pero no se puede mantener una conversación civilizada con esa boca, no cuando se la humedece sabedora de que pronto la callará un beso.

No tengo nada que hablar con él. Ya está todo dicho. Solo quiero…

—A la mierda… —musito al borde de la locura.

Me levanto y salgo, cerrando la puerta de casa con sumo cuidado.

El hijo de perra ya tiene el casco puesto y otro en la mano para mí, como si estuviera seguro de que fuera a aparecer en cualquier momento.

Me entran ganas de pegarle cuando me lo tiende, pero en vez de eso, me lo pongo en silencio.

—No hagas ruido con la moto —susurro en su oreja cuando me pego a su espalda. Aitor maniobra con los pies para alejarse de la casa sin encender el motor, y una vez lejos, le da gas para avanzar.

No quiero preguntar adónde vamos porque me da igual. Solo estar abrazado a él ya es una gozada. Que sea lo que Dios quiera…

Terminamos en un motel de los que pagas en la entrada desde una máquina y te escupe la llave de la habitación. Después aparcas en un garaje cerrado que conecta con la estancia; es el *summum* de la discreción.

En cuanto nos bajamos de la moto y nos quitamos los cascos, nuestros cuerpos se atraen como dos imanes. Nos estampamos contra una pared, dejando que los cascos rueden por el suelo, y nos devoramos mutuamente entre respiraciones entrecortadas.

Me da miedo sentir que este es el mejor momento de mi vida.

—Joder… —exhalo sin poder creerlo del todo.

Nos agarramos de la cara, del pelo y de la ropa, transmitiendo nuestra desesperación por estar juntos. Nunca había deseado tanto a nadie. Ni siquiera a él.

—Entremos… —jadea en mi boca.

El sitio es simple pero coqueto. Una cama gigante, dos mesillas, un baño y… y no sé qué más porque suelo y techo se desdibujan cuando rodamos juntos por el colchón.

Le venzo la posición y me yergo para observarle respirar acelerado. No he estado tan excitado en mi vida. De un tirón abro su camisa haciendo que los botones salten por los aires.

—¡Tío…! ¡Era de Calvin Klein!

—Déjate de chorradas, necesito follarte ya —Ataco sus pezones y suelta un gemido feroz mientras me agarra del pelo con fuerza como castigo. Pero me da igual. Que me arranque la cabellera si quiere, no pienso parar ni un segundo a desabrochar nada. Estoy desatado.

Pero Aitor es un experto en domar bestias salvajes y lo hace de un solo movimiento cuando mete la mano dentro de mi calzoncillo y me agarra los huevos con firmeza.

Me quedo suspendido en el tiempo, con la boca abierta, saboreando la sensación de su violenta caricia cuando desplaza la piel de mi glande con facilidad hacia abajo.

—No quiero que me folles… —jadea—, quiero que me hagas el amor.

Respiro en su boca con los ojos cerrados y me obliga a besarle con más suavidad. Cosa que me pone todavía más cachondo. Esto es demasiado.

Nos desnudamos por completo y gimo cuando nuestra piel alcanza el máximo contacto en todas partes. Nuestros miembros se rozan con deseo y pronto empezamos a masturbarnos. Si tuviera esta sensación al alcance de la mano todos los días, ¿qué sentido tendría nada? No querría hacer otra cosa.

Cuando ya no podemos más, se coloca de espaldas a mí y gira la cabeza para besarme sin parar mientras me agarra del cuello y nuestros cuerpos tratan de acoplarse el uno en el otro.

—No tengo condones —formulo acelerado.

Aitor agarra uno colocado estratégicamente como obsequio en la mesilla y lo rasga con los dientes para ofrecérmelo.

Me lo coloco en tiempo récord y vuelvo a rozarme contra él muerto de deseo. No me creo que

esté a punto de hacer esto otra vez. Es muy importante. Es… De pronto, me invade una sensación horrible. Pero no es por Ruby, sino por pensar que Hugo lleva semanas haciendo esto mismo cada noche. Mi corazón fibrila de pura tristeza. ¿Y si con él es mucho mejor?

—¿Qué te pasa? —me pregunta cuando siente que estoy parado.

—Acabo de acordarme de Hugo… —musito.

—Nooo… No pienses en eso, por favor —Me besa con ganas, pero mis labios ya no responden. Me he quedado frío de repente.

—No puedo hacerlo… Lo siento —Me retiro y me quedo boca arriba mirando al techo en el que casualmente hay un espejo. Muy apropiado. La imagen que recibo termina de romperme, porque es como estar viéndolos a ellos juntos, en vez de a mí mismo.

19
VOLVER A EMPEZAR

“Lo amaba más de lo que había amado a nadie hasta aquel momento. Y creo que lo amaba más de lo que he amado después.”
Collen Hoover

Una de mis peores pesadillas es que un tío bueno esté a punto de metérmela y se raje. ¡Y ahora se está haciendo realidad! ¡NOOO!

Me giro y lo descubro mirando al techo, como si estuviera viendo un puñetero fantasma.

—Enzo, mírame… —Le cojo la cara y se la acaricio—. Soy yo. Estamos aquí juntos… ¿Por qué piensas en Hugo ahora?

—Creía que lo nuestro era especial…

—¡Y lo es!

—No… Tú llevas haciendo esto con él desde hace semanas… En tu casa, en tu cama, perfeccionando la técnica… Y conmigo es en un lugar aséptico, deprisa y corriendo. Las comparaciones son odiosas…

—Sí que lo son —digo con calma—. Porque con él estoy pensando en actores famosos, en la lista de la compra, ¡o en ti!, pero ahora mismo no estaba pensando en nada de eso. Estaba pensando: «oh, dios mío, ¡es Enzo! ¡Me está tocando! ¡Me la va a meter!», pero de repente te has quedado fuera de juego y mi gozo en un pozo.

Sonríe de medio lado.

—¿Piensas en mí cuando estás con él?

—Intento no hacerlo… Pero sí. Y odio admitir que esos son los mejores polvos. Por eso te he dicho que quería que me hicieras el amor, porque con él…

Me quedo callado y me siento mal por… por decir la verdad. Porque con Hugo existen momentos tiernos en los que parece que hacemos el amor, pero es un amor distinto. Es casi autocompasión. Un «me dejo querer porque merezco que me quieran», pero no está bien.

Enzo empieza a besarme despacio y con tanta veneración que se me olvida hasta mi nombre. Se coloca encima de mí y me va preparando para entrar en mi interior.

No deja de besarme en ningún momento, ni siquiera cuando por fin me penetra y mi garganta

protesta de gusto. El movimiento de su boca, su lengua y su cuerpo me eleva a un estado de placer que me deja sin respiración. Quiere ser suave, pero no sabe dominar su pasión, y eso me pone a cien.

—Avisa cuando vayas a correrte —murmuro.

—No sé cuánto aguantaré, esto es demasiado bueno…

Su tripa se restriega contra mi dureza llevándome a la locura, y cuando anuncia que va a llegar, apenas tengo que tocarme para correrme con él.

Pensar que podría ser siempre así de intenso y especial me entristece porque hace que sienta que estoy desperdiciando mi vida. Y detesto sentir eso. Por el contrario, amo sentir el peso de su cuerpo derrumbándose sobre el mío al terminar para quedarnos en silencio, deseando que no me libere nunca.

Nos besamos por última vez sobre la moto, girándome hacia él con los cascos en la mano, y aprovechamos el momento a tope porque no vamos a volver a besarnos en mucho tiempo. Ambos sabemos que cuando lleguemos a su casa, frenaré, se bajará con sigilo y se irá sin mirar atrás, como si nunca hubiera pasado.

—Gracias por esto… —musita juntando su frente con la mía—. Por este ratito en el limbo.

—Necesitabas coger fuerzas para luchar por nosotros…

Volvemos a besarnos hasta que nos obligamos a frenar antes de que no podamos parar. Arranco y salimos de allí con los cascos puestos.

Todo sucede como lo había previsualizado, con lo que no contaba es con volver a casa con los ojos vidriosos al recordar la aplastante realidad de que está casado.

Lo que más me jode es que se casó habiendo estado conmigo. Sabiendo lo que era capaz de sentir conmigo, y aun así, no me eligió. ¿Qué me hace pensar que me elegirá ahora?

Al llegar a mi cuarto, me desnudo, me tumbo en la cama y me coloco mis Airpods en la orejas. Busco una canción en el móvil y cierro los ojos.

Escucho la letra hasta que llega a la parte que me interesa y cuando llega el estribillo, la vocalizo.

¿Cómo te atreves a volver,
a darle vida a lo que estaba muerto?
La soledad me había tratado bien
y no eres quien para exigir derechos.
¿Cómo te atreves a volver,
a tus cenizas convertir en fuego?
Hoy mis mentiras veo caer,
que no es verdad que te olvidé
¿Cómo te atreves a volver?

Me despiertan unos ruidos en el baño. ¡Aquí vive demasiada gente!

Remoloneo, consulto el teléfono, y veo que Hugo me ha escrito.

«¿Qué tal anoche? ¿A qué hora terminaste? Por aquí todo tranquilo. Esta noche saldré tarde, pero si quieres venir a dormir conmigo serás bien recibido».

«Me fui pronto, estaba cansado. Esta noche ya veré, depende del plan que surja, pero prefiero dejarte descansar y pasar el domingo juntos». Así podré explicarle con calma que lo nuestro no tiene futuro.

Bajo a desayunar y a ver con quién puedo meterme.

Me encuentro con Marco alias «Felicidad masiva». No interesa. Busco otra víctima.

—Anoche te fuiste pronto —me dice con alevosía, y leo en sus ojos de lince que ató cabos de adónde fui con tanta prisa y con quién.

—Estaba cansado.

—Ajá… ¿Y has podido… descansar bien?

—Sí. Durante dos horas conseguí un estado REM donde todos mis sueños se hicieron realidad.

—Ya veo…

—No me juzgues. No todos vivimos en un eterno sueño REM.

—Aunque tenga a Luz, no vivo en un eterno sueño.

—Me da igual. No quiero hablar contigo. Apestas a felicidad.

Marco sonríe un poco y añade:

—A las dos nos vamos a la comida familiar de los sábados.

—¿Dónde está Lenny?

—En la piscina, con Charlotte…

—Joder, hay que decirles que dejen de follar en el agua.

—Déjalos, están en la fase babosa. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque no tengo planes. Mi prometida me abandona por una sesión intensiva de «Preparación de la boda». Quiere celebrarla en El Victoria's At Ewingsdale. ¿Te suena de algo?

—¡Claro! Me encanta ese lugar. Es un impresionante hotel *boutique* de inspiración victoriana, rodeado de jardines y vistas espectaculares. Es un telón de fondo perfecto para casarse. Elegante, romántico, un jodido cuento de hadas.

—Vale… lo pillo.

—¿Pero cuándo queréis hacerla? ¿El año que viene?

—Dentro de dos semanas…

—¡¿Qué?! ¡Por Dios! Pero ¿qué prisa hay? ¡No vais a envejecer!

—Te aseguro que yo no tengo ninguna prisa, pero se han empeñado en que sea en junio y Luz no quiere esperar otro año. Dice que ya no se conforma con ser solo mi novia…

—Oh, qué bonito.

—Total, que estoy libre esta noche…

—Eso lo dices tú, porque como novio tienes cosas que hacer: una, conseguir un traje espectacular, para lo cual, por suerte, cuentas con mi generosa ayuda; y la segunda, participar activamente en la despedida de soltero que te preparemos.

Marco niega con la cabeza incluso antes de decir nada.

—Paso de despedidas.

—No puedes pasar, trae mala suerte.

—¡Tú sí que traes mala suerte…! —Sonríe de medio lado.

—Esta noche lo hablamos entre todos.

—Si la hacemos, quiero que vengan Enzo y Kali —subraya Marco—. Y Hugo, si quieres…

—No. Hugo no… Tengo pensado cortar con él mañana.

—¿Y eso?

—Mejor no preguntes…

—Aitor… ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —Y no lo pregunta juzgándome, sino preocupado.

—Pues no. Lo único que sé es que Enzo no es feliz y no puedo quedarme de brazos cruzados

mientras se jode la vida.

—Ten cuidado… No sea que por el camino jodas la tuya.

—Tranquilo. Y por favor, dile a Enzo que venga esta noche al Valhalla si va a formar parte de la despedida.

Me mira frunciendo el ceño y me voy a por un bañador para ir a la piscina con Lenny y Char.

—¡Que corra el aire, niños! —exclamo zambulléndome en el agua.

Los tortolitos se separan avergonzados, y antes de acercarme a ellos, me aseguro de que sus bañadores sigan en su sitio.

—¿Qué vais a hacer esta noche?

—Yo tengo noche de chicas —expone Char—. Tus hermanas me han invitado a una PRE de la organización de la boda de Luz.

—Para ellas cualquier excusa es buena para beber champán rosa y comer «macarons» de colores.

—Ahí le has dado —Sonríe complacida—, aunque yo no voy a aportar nada. Solo me dedicaré a sonreír y a gorronear comida.

—Sí puedes aportar algo —digo enigmático—. Diles que tú te encargarás de la despedida de soltera.

—¡¿Yo?!

—Diles que te he propuesto hacerla conjunta. Será una sorpresa…

Mi forma de sonreír alerta a Lenny.

—Temo tus sorpresas.

—Te encantan y lo sabes. ¡Ah!, y avisa de que en la despedida no se admiten seres vivos mayores de treinta años…

—¡Pero… su madre y sus tías se van a ofender!

—Tienen que entenderlo. Es una última noche de libertad, y la libertad es el antónimo de los «padres». También de los «compromisos».

—No me gusta por dónde va esto… —masculla Lenny, lo que provoca que mi sonrisa se haga aún más grande. ¡Cómo me conoce!

—Va a ser una noche inolvidable para todos, os lo aseguro. Vuestras pequeñas mentes de mosquito estallarán. Será muy porno.

Para cuando termino de hablar, Lenny ya le está metiendo el morro otra vez a Charlotte. Me parto… Ha sido pensar en las posibilidades obscenas y ponerse cachondo otra vez. ¡Soy un genio!

Después de nadar un rato y de evitar responder a las interminables preguntas de Charlotte sobre lo que tengo pensado para acabar peor que los de *Resacón en Las Vegas*, me subo a mi habitación. Pero al pasar por el cuarto de Lucas, veo que está muy atareado en su ordenador.

—¿Qué haces, *bro*?

—Responder *emails*, tomar decisiones importantes, despedir a gente que no cumple, esto es un no parar…

—¿Creías que dirigir una empresa era fácil?

—No… Pero he contratado gente para delegar ¡y no saben hacer nada bien!

—Los principios son caóticos. Será duro hasta que aprendan a hacer las cosas como tú quieres, pero luego irá como la seda.

—Necesito que esto salga bien, Aitor… Dani ha invertido mucho dinero en mí, y cuando Freya descubra que soy su jefe, no lo quiero ni pensar…

Que resople exasperado me preocupa. La felicidad de mi hermano es importante para mí. ¿Por

qué su historia no despega, si se quieren? Supongo que «a veces, el amor no basta», pero yo nunca entendí esa maldita frase. ¡Porque debería bastar, joder! El problema es que la gente levanta obstáculos a su paso en forma de ego lleno de inseguridades.

—Ten fe en lo vuestro —le chivo mi mantra con Enzo.

—No puedo, ahora mismo estamos en la mierda. Quiere estar conmigo, pero no se fía de mí… ¡y hace bien! Si me descubre, será el fin de todo.

—¿Por qué? ¿Porque la base del amor es la confianza? Eso es mentira.

—¿Perdona…?

—Enzo no se fía ni un pelo de mí y aun así está loco por mis huesos. No hay que ser perfecto para que alguien te quiera, «amor» es cuando alguien te quiere a pesar de tus defectos.

Y al decir eso, pienso en Enzo. En que le gusto, sí, pero no tomará una decisión firme respecto a su matrimonio hasta que confíe en mí.

—Esta noche salimos —digo de pronto—, tenemos algo importante que planear.

—¿El qué?

—La despedida de soltero de Marco.

Mis maquiavélicos ojos alertan a Lucas.

—¿Crees que es un buen momento para desfasar?

—Siempre lo es. Y jugará a nuestro favor. Necesito que me apoyes y me sigas la corriente porque Lenny y Marco serán difíciles de convencer.

—Desde luego. Olvida cualquier actividad sexual sórdida.

—Te olvidas de una cosa —digo subiendo las cejas—. A mí nadie me dice que no…

Me voy de su habitación como el gato que se comió al canario mientras él niega con la cabeza, pero… ¿a que no lo ha verbalizado? ¡Bingo!

—No pierdas el tiempo… —murmura al final—. Piensa en algo normalito, anda…

—Los Morgan no somos normales, somos alucinantes. Lo sé de buena tinta…

El domingo, a la una en punto del mediodía, llamo a la puerta de casa de Hugo. Vengo muy dispuesto a poner fin a nuestra aventura.

Anoche lo vi claro. Marco me dijo que Enzo no vendría porque había salido con Ruby a cenar y al cine, y me comieron los celos.

Le escribí «Ven al Valhalla cuando puedas», pero no lo leyó. Y eso me reventó todavía más. Mantenía la esperanza de que quizá lo había ojeado por encima sin llegar a entrar en la conversación, pero también me atormentaba pensar que estaba genial con Ruby y yo era el jodido cáncer de su relación idílica.

—¿Vas a contarnos o no en qué consiste la dichosa despedida? —insistió Lenny.

—Aún no. Quiero que estéis más borrachos…

—Va a ser un No rotundo sea lo que sea —avisó Marco divertido.

—Ya veremos…

Pero la verdad es que no estaba de humor para convencer a nadie de nada. Mi ánimo caía por segundos ante la ausencia de Enzo, no obstante, decidí aguantar hasta las doce de la noche, hora en la que Ruby probablemente se iría a la cama.

Cuando a las doce y cuarto Enzo apareció por la puerta, mi corazón se saltó un latido. No entendía cómo ese hombre podía afectarme tanto. ¿Qué coño tenía? ¡Nada! Su cipote era bastante normalito. Pero cuando nuestros ojos coincidieron, apenas pude disimular mi turbación; él, sin embargo, se acercó a donde estábamos con su pulso jodidamente estable después de follarme como un bestia la noche anterior.

—Buenas… —dijo en general—. No puedo quedarme mucho, ¿qué es eso tan importante que

tenía que oír?

Al decirlo, me miró y cada uno de los orificios de mi cuerpo echaron fuego como si fuera un dragón. Uno enamorado de un burro.

—Estás oficialmente invitado a la despedida de soltero de Marco —le informé—. Y como eres su único amigo en el pueblo que no es un pariente, estás obligado a venir.

—¿Una despedida? —Levantó una ceja—. ¿Con strippers y eso?

—¡No, hombre! ¡Eso está muy pasado de moda! Será una despedida de verdad… —amenacé peligroso—. Sin normas, sin ataduras… a no ser que te gusten, claro…

—Tor… ¿nos vas a contar de una vez en que consistirá? —berreó Lenny.

—En realidad, toda la noche será una prueba de amor —dije liante—. Como un examen al que someter a tu perfecta relación. O a ti mismo, si todavía no la tienes…

—No pienso ir —anunció Marco—. Eso ha sonado a masturbación en grupo.

Exploté de risa.

—¡No es eso! Bueno, un poco sí…

—¡¿CÓMO?! —chillaron todos al unísono. Y disfruté como un niño de su desconcierto. Mera estrategia para que el plan de verdad les pareciera menos sórdido.

—¡Es broma! Será una fiesta normal, en nuestra casa, solo que llenaré cada una de las habitaciones con tentaciones en las que podrías caer antes de renunciar a volver a tocar a otra persona para siempre… —Subí las cejas, truhán.

—Ni de coña voy —musitó Marco.

—Pues estás suspendido automáticamente en amor. Lo siento.

—¡Es que yo no quiero tocar a nadie que no sea Luz!

—Si eso es cierto, tendrás la oportunidad de demostrarlo —repliqué sibilino—. El pacto es que en la fiesta todo el mundo tenga carta blanca. Anónima, por supuesto. Lo que pase en la despedida, se queda en la despedida, sin consecuencias ni represalias. ¿Os veis capaces o no?

—¡No! —gritaron Lenny y Marco a la vez. Pero fueron los únicos.

—Vuestra reacción dice mucho de la fragilidad de vuestras relaciones —me mofé—. Si tan claro lo tenéis, no veo el problema…

—Eres satánico —murmuró Marco.

Era el momento de la artillería pesada.

—Además hay una cosa más que no os he contado… —comencé—. Nuestro padre nos contó que regentaba un club de alterne llamado *La marca de Caín* y resulta que he estado investigando… Había salas de todo tipo y las voy a recrear en nuestra casa. Si queréis saber cómo se las gastaban los tres reyes, tendréis que venir…

Miré a Lucas y le hice un gesto para que me apoyara.

—Eso es interesante —murmuró de pronto—. Yo me apunto.

—¿Hablas en serio? —Lo miró Marco incrédulo.

—No estás obligado a hacer nada, solo a mirar con libertad por última vez… Entras en la habitación, y tras el numerito, sales. No es para tanto…

—Si es que puedes resistirte, claro… —añadí yo con picardía.

—¿Crees que no podré controlarme? Soy un hombre enamorado.

—Solo hay una forma de averiguarlo —Lancé el reto. Marco cerró los ojos despacio, demostrando que lo aceptaba. Había sido tan fácil que me daba hasta pena.

La puerta de casa de Hugo se abre y aparece al otro lado, somnoliento y sonriente. Está guapo así.

—Hola…

Me agarra en cuanto entro en la casa y se queda abrazado a mí un instante. Le devuelvo el abrazo, pero esquivo sus labios con disimulo.

—¿Cómo te fue la noche?

—No muy bien. Estoy agotado —Se estira.

—Duerme un rato más. No hay prisa por comer.

—No puedo. No dejo de recordar el rescate de anoche. Era un chico joven, de nuestra edad. Se había metido dos cajas de paracetamol. Su novia nos ha avisado, bueno, su exnovia, pero cuando hemos echado la puerta de su apartamento abajo, ya era demasiado tarde. Hemos intentado reanimarle, pero…

Su mirada vidriosa se pierde en el vacío y niega con la cabeza.

—Ha sido horrible…

—Lo siento mucho —digo con verdadera pena.

—Me alegra que estés aquí —Vuelve a abrazarme como si fuera su salvavidas, y cuando busca mi boca, soy incapaz de apartarme.

Sus besos lentos y cariñosos me demuestran que necesita agarrarse a mis labios en estos momentos de pesar. ¿Y no fue eso lo que él hizo conmigo? ¿Apaciguar mi dolorosa pena?

Respondo a su beso con dulzura porque siento que se lo debo, y porque no me gusta verlo así.

Las frases que tenía pensadas de «Oye, siento que esto no va a ninguna parte», o «creo que deberíamos ser amigos y no complicarlo más» se me quedan atascadas en la garganta y me convierto en su salvador. Hoy no es el mejor día para darle un disgusto.

Puedo dejarlo para mañana, mientras no le jure amor eterno, por mucho que sepa que eso es lo que quiere oír. Lo peor de engañar a alguien es hacerle creer que lo amas cuando no es cierto. Y Hugo sabe que me importa, que le aprecio, pero que no lo amo. Por supuesto que lo sabe. Aunque, por momentos, se le olvide cuando me pide que le haga olvidar su dolor llevándole al orgasmo…

Cumplo mi cometido mientras recuerdo lo que ocurrió cuando la noche anterior en el Valhalla Enzo dijo que iba al baño antes de irse.

Me miró para que lo siguiera y obedecí como un autómata; ni siquiera me dio tiempo a disimular. Pude notar las miradas de mi hermano y de mis primos en el cogote, pero me dio igual.

Cuando llegué al baño, el tornado Enzo me envolvió con tanta virulencia que me hizo levantar los pies del suelo cuando me metió la lengua en la boca.

—Te he echado de menos —farfulló contra mis labios.

—Y yo, joder —Lo agarré de la cintura para clavarlo más en mí y volvimos a devorarnos.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —Esas palabras rozaron la perfección.

—Ven a mi casa el lunes —musité entre lengüetazo y lengüetazo—. Con la excusa de ver a Marco…

—¿Y qué harás mañana domingo? ¿Cortarás con mi hermano?

—Sí… —jadeé agarrándolo del pelo y tirando su cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

Las ganas que nos teníamos desbordaban de nuestros ojos.

—Iré el lunes al salir de trabajar. Espérame recién duchado.

—Vale… —contesté ansioso.

—Tengo que irme —musitó afligido intentando dominarse.

¿Y os podéis creer que en ese momento casi le digo «Te quiero»? ¡¿YO?! Menos mal que lo retuve en mi lengua…, pero es lo que sentí.

Vuelvo al presente mientras penetro a Hugo como deseaba hacerlo con Enzo ayer. Puta vida…

Suspiro de forma exagerada, agonizando por el recuerdo y Hugo lo malinterpreta. Sobrepasado por sus últimas vivencias, me agarra de la nuca y suelta: Te quiero…

«Houston, tenemos un problema».

20
MALDITO ROMEO

“El corazón tiene razones que la razón no entiende, y a veces, esas razones nos llevan por caminos inesperados”
Leisa Rayven



Jamás pensé que llegaría a esconderme de mi hermana, pero lo estoy haciendo.

Me he convertido en la «empujadora» oficial de su silla de ruedas, pero no sé cómo decirle que no cuente conmigo para llevarla a su sesión de fisioterapia de hoy. Que es en casa de mi enemigo mortal, Kali.

En condiciones normales, no me importaría ir a tocarle las narices un poco, pero desde que volvió de su heroica infiltración en el cártel, está superraro. Bueno, ya lo estaba antes de irse.

Muy normal nunca ha sido, pero lo de este finde no me lo esperaba.

Verlo compartir mesa con mis hermanos y mis primos en el Valhalla la noche del viernes ya fue traumático, pero que no me quitara la vista de encima lo fue aún más.

«¡Deja de mirarme!», le grité mentalmente sin hacerle ningún caso.

Parecía tener una maldita obsesión conmigo y no para bien. Intentaba no pensar en que Kali necesitaba ayuda psicológica urgente, ¡yo solo quería seguir con mi vida!, pero era difícil porque últimamente lo veía hasta en la sopa.



Estoy escondido en mi habitación porque sé que, en cualquier momento, Cora llegará para su habitual clase de fisioterapia. Y eso estaría genial si no fuera porque es Lía quien siempre la trae. Y hoy no quiero verla. No, después de lo que pasó en el Valhalla.

Jamás me había sentido tan incómodo. Desde que entré por la puerta hasta que me vi sentado en la mesa de los Morgan no dejaba de sentir miradas de extrañeza sobre mí, porque las chicas estaban en otra mesa y nadie entendía qué hacía con ellos. Ni siquiera yo.

No me presionaron mucho, solo me subvencionaron bebida y dejaron que escuchara sus tonterías, estrategias para videojuegos, y sobre todo, cómo se metían los unos con los otros.

Lo peor fue cuando llegaron las chicas con su habitual despliegue de belleza, y por primera vez, yo solo tuve ojos para Lía. Pero no en plan bien. De hecho, fue verla y enfadarme. Pero eso me gustó porque, de algún modo, ella era la única Morgan con la que podía sentirme cómodo, aunque fuera en las trincheras.

De entrada, me cabreó sobremanera su *look*.

Mi primer pensamiento fue: «¿Se ha propuesto joderme la vida?», porque estaba especialmente guapa. Su maquillaje, su ropa, ese brillo en la mirada… ¿Cómo se atrevía? ¡Iba a volverme loco!

Pero lo peor llegó cuando, al rato, empezaron a bailar en la zona habilitada para ello.

Juro que no quería mirar, pero mis ojos no obedecían. Lía se movía sensualmente al son de «Baila Morena» y… ella era la única morena de los hermanos Morgan.

Creo que nunca la había visto bailar, o quizá no me había fijado, pero tuve que dejar de hacerlo cuando descubrí a Lenny clavándome la mirada, riéndose de mí.

«¡No, por favor…!».



«Maldito Kali...».

Mis amigas y yo estábamos bailando emocionadas, ayudadas por el 2x1 en cócteles tropicales, cuando un grupo de chicos se nos acercó. No me extrañó que me hicieran comentarios sobre mis fotos de Instagram, desde hacía un mes no paraba de recibir mensajes y cumplidos, mis seguidores se habían multiplicado y mi popularidad en el pueblo también. Eso, unido al ligero cambio de *look* que había obrado Cora en mí, consistente en ceder a usar colores que no fueran el blanco o el negro y en usar maquillaje menos heavy metal, había provocado un impacto favorable en mi número de pretendientes.

—¿Mañana estás libre? —dijo Cliff—. Me gustaría invitarte a cenar.

—Por la tarde tengo reunión familiar para organizar una boda…

—Pues si luego te entra hambre, ya sabes… —susurró insinuante.

—Lo pensaré.

Que Kali me estuviera clavando la mirada con odio no ayudó a disfrutar de mi momento de

gloria. Cliff era un chico que siempre me había parecido guapo, aunque nunca se había dignado a mirarme, mucho menos a hablar conmigo.

Kali apartó la mirada cuando Lenny y Aitor comenzaron a increparle algo. Parecía incómodo y molesto. Seguía sin entender qué pintaba con ellos, pero de pronto volvió a mirarme y los demás también, como si estuvieran hablando de mí. WTF?

Intenté ignorarlos y, en un momento dado, tuve que ir al baño. Cuando salí, ¿adiviináis quién me estaba esperando fuera?

Odié sentirme halagada al notar que Kali estaba allí por mí, pero mi reacción fue pasar de él como si se tratara de una terrible casualidad. No obstante, el sonido de su irritante voz me frenó.

—Cliff Walters no es buena idea.

—¿Cómo?

—Que no te fíes de ese tío. Le he oído insultarte miles de veces.

Levanté una ceja.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué me avisas ahora?

—Tenías que saberlo. Ese tío solo quiere aprovecharse de ti.

—¿Otra vez con lo mismo? —resoplé—. ¿Sabes lo que creo? Que no soportas verme feliz.

—Lo que no soporto es que parezcas una desesperada…

—¡Eres imbécil! ¡¿Crees que nadie podría desearme?!

—¡No es eso! ¡Solo quería avisarte, joder!

—¡¿Y desde cuándo te preocupas tanto por mí?! ¿Te has proclamado el salvador de Los Morgan? ¿Le estás cogiendo el gustillo a que mi familia te tenga en palmitas?

—¡Olvídalo, joder! ¡Me sentía en deuda contigo después de lo del otro día, pero si quieres darle el gusto a ese tío, adelante! ¡Me la sopla!

Intentó huir de mí, pero lo agarré furiosa.

—¡¿Crees que no sé que esos tíos se reían de mí antes?! Nunca haría nada con nadie que me haya tratado mal, ¡y eso te incluye a ti! Por eso me aparté el otro día cuando te lanzaste a besarme.

—¡Estaba drogado…! Pero si no recuerdo mal, te costó bastante apartarte…

—¡Lo que me costó es que me soltaras cuando te dije que parases! —exclamé enfadada.

—¡No sabía lo que hacía! ¡Pensaba que eras otra tía! —se encaró.

—¡Claro, porque tú jamas te liarías conmigo! ¡Pero ¿sabes qué?! ¡Yo tampoco contigo! ¡No me pones nada!

—¡Tú a mí menos que nada!

Nos miramos a los ojos con mucha intensidad, y de pronto, nos dimos cuenta de que nuestros labios estaban demasiado cerca.



No sé qué coño me pasó, pero mi mirada se quedó clavada en su boca sin poder evitarlo. Cada segundo que pasaba amplificaba mi desconcierto, y que ella lo captara, me obligó a reaccionar.

—Haz lo que quieras, pero no podía quedarme callado viendo cómo la cagas con ese tío… —dije apartando la vista ante su escrutinio.

—Ahora lo entiendo… Estás celoso… —farfulló asombrada.

—¡¿Qué?! ¡Tú flipas!

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Te molesta que yo tenga éxito y tú no? ¡Porque, claro, ¿quién podría quererme a mí, verdad?!

Estaba hasta los huevos de escuchar la misma cantinela. Mi mente no concebía liarme con ella porque nos caíamos mal, y de igual forma, no concebía que se liara con ese tío, porque si no… ¡cualquier cosa sería posible!, y eso sí que no. Así que se lo hice ver con un ejemplo práctico.

—¡Intento decirte que liarte con él sería igual de horrible que liarte conmigo! ¡¿O acaso te gusta esto?!

Le sujeté la cabeza con las manos y encajé nuestras bocas con cabreo. Posiblemente sea el beso más fiero que he dado en mi vida; mi intención fue que fuera desagradable, pero nada más rozar sus labios, fui abducido por su sabor y dejé de controlar la situación.

La violenta batalla de nuestras lenguas no debió durar más de cinco segundos, pero que estuviera acompañada de agarrones salvajes que demandaban más, me volvió loco. Hasta que sentí su empujón.

—¡¿Tú eres tonto o qué?!

—¡¿Y tú?! ¡¿Por qué me lo continúas?!

Su cara de horror me dejó claro que no tenía ni idea, y nada asusta más que lo desconocido.

—No vuelvas a tocarme en tu vida… —sentenció seria. Y se fue sin darme tiempo a decir nada más.



«¡¿Pero qué se ha creído?! ¡¿Se ha vuelto loco de remate?! ¡Para empezar es el exnovio de mi hermana!».

Bueno, miento, solo era su juguete erótico de carne y hueso, que finalmente había transfigurado a mejor amigo, pero también era el imbécil que me había amargado la vida desde que tuve uso de razón.

«Y una víctima de la malicia del mundo…».

«¡Basta!». Pensar en Kali siempre me cabreaba. No solo era un gilipollas que me había dedicado infinidad de comentarios hirientes, sino que encima, tenía que soportar que en ocasiones me diera pena.

Por sus orígenes, por cómo lo vapuleaba Cora en terreno amoroso y por cómo lo trataban mis hermanos. No es que no pensara que estos últimos no tenían motivos para odiarlo, pero yo siempre veía más allá en las personas. Y en Kali, cuando se olvidaba de alzar su fachada de

chulo redomado, percibía un sufrimiento que me afectaba de forma sensible. Por eso siempre pasé por alto sus insultos y su odio hacia mí, porque en realidad me parecía un reflejo de lo que odiaba de sí mismo.

Recuerdo una ocasión, con quince o dieciséis años, en la que la noche se nos echó encima un día de playa perfecto. Nadie quería irse a casa, habían montado un *chill out* improvisado, con luces de led solares, un equipo de música y una nevera donde nunca parecía acabarse la bebida, pero a cierta hora, la brisa marina se tornó fría y la mayoría de la gente se abrigó. Yo nunca llevaba nada porque siempre tenía mucho calor, pero aquel día, lo necesitaba.

Buscando una toalla seca, encontré una sudadera sin usar. Estuve preguntando de quién era, pero no encontré a su dueño.

—Póntela —me sugirió una amiga—. Igual alguien la ha olvidado.

Al final lo hice porque no soportaba la humedad, y gracias a eso, pude aguantar las dos horas que se alargó la velada, pero cuando empezamos a recoger y Cora volvió de liarse con su ligue de turno, me dijo:

—¿Qué haces con la sudadera de Kali? ¿Te la ha dejado?

Me quedé blanca. Pivoté sobre mí misma, buscándolo, hasta que encontré los ojos del aludido.

—¿Es tuya?

—Sí —murmuró con mala cara.

—Lo siento… No lo sabía —Me la quité, avergonzada—. He estado preguntando de quién era, pero…

—Da igual. No iba a usarla…

Observé sus brazos, tenía la piel de gallina.

—¡Pero hace mucho frío! —señalé.

—Yo no tengo.

—¡¿Cómo no vas a tener frío?! —se burló un chico. Hasta el más fornido de los presentes se había abrigado.

—Toma —Se la tendí, temblando. Él observó mi estado. Todavía teníamos que andar un largo trecho hasta los coches.

—No. Quédatela…. —masculló de mala gana.

—¡Pero es tuya!

—¡Si ha tocado tu piel, ya no la quiero!

Todo el mundo se quedó en silencio ante su deleznable frase. Podía haberme herido profundamente, pero algo dentro de mí me dijo que era su forma de esconder su buena acción.

Kali estuvo tres días en la cama con fiebre alta después de aquello. Le di muchas vueltas a lo que había sucedido. Sintió frío, fue a por su sudadera, y al ver que la tenía yo, no me dijo nada. ¿Por qué? A buen hambre no hay pan duro. Y a buen frío… ¡pues eso!

No entendí su buen gesto. De verdad que no. Pero fue un detalle. Y el viernes va, y para salvarme de un tío, ¡me besa! ¡¿Pero qué mosca le ha picado a ese chaval?! ¡Ya van dos veces! Y una, que es tonta y le gusta más el filete que a una perra, no sabe decir que no de primeras. Mi cerebro solo da para reaccionar a los cinco segundos. ¡Manda narices!

Llegué a mi mesa en el Valhalla bastante acalorada y mis amigas lo notaron.

—¿Te pasa algo?

—No, no…

—¿Por qué vienes tan acelerada? —preguntó mi hermana Cora.

—Eso, ¿y por qué tienes el pintalabios corrido? —secundó Freya.

Todas esperaban una respuesta de película romántica, pero…

—Porque he vomitado —mentí—. Alguno de los cócteles me ha sentado mal —Me abaniqué —. Pero ya estoy mejor.

No obstante, Cora, que desde que no estaba pendiente solo de ella misma no perdía detalle de nada, me miró extrañada.

Ver cómo se fijaba en la mesa de los chicos y que Kali acabara de llegar a la mesa también alterado, hizo que se me encogiera el culo.

«¡Por favor, que no lo relacione!».



Ding dong.

Oigo el timbre de mi casa y automáticamente pongo una mano en la puerta de mi habitación para asegurarme de que está cerrada. Seguro que son Cora y Lía, acudiendo puntuales a su cita con mi padre.

No quiero ver a Lía… Pero aun así, abro la puerta y mis ojos inspeccionan el espacio en busca del irresistible objetivo. La decepción me atraviesa cuando, en vez de a Lía, me encuentro a Lucas empujando la silla de Cora. Y encima me mira con la misma guasa que cuando regresé del baño en el Valhalla.

—¿De dónde vienes, Kali? —preguntó Aitor sibilino.

—Más bien, ¿qué has hecho esta vez? —secundó Lenny.

—Nada…

—¿Y por qué tienes pintalabios por toda la cara? —remató Lucas. Y todos se rieron.

Debería haberme largado en ese mismo momento, pero un punto masoquista que no conocía me obligó a sentarme y dejar que me torturaran un poco más.

Bebí de mi copa y guardé silencio.

—Wow, echa el freno, que luego te encabritas… —me avisó Lenny.

—Dejadme en paz —mascullé. Pero cuando vi que lanzaba una mirada a la mesa de Lía para descubrirla igual de turbada que yo, me cagué vivo.

—¿Vas a contarnos qué ha pasado con Lía? —me acusó convencido.

Aitor y Lucas miraron a su hermana y después a mí como dos asesinos en serie. Quise morirme por decimocuarta vez en mi vida.

—No ha pasado nada…

—¿Y por qué parece enfadada?

—Solo le he dicho que Cliff Walter es un cabrón.

—¿Y cómo explicas lo del pintalabios? —rio Aitor.

—¡NO HAY NINGÚN PUTO PINTALABIOS, JODER!

Soné tan cabreado que ninguno se atrevió a llevarme la contraria, pero no me pasaron por alto varias miradas y risitas entre ellos. Eran peores que la mafia italiana.

—Cliff Walter es un tío guapete —se mofó Aitor—. Y a Lía siempre le han gustado los cabrones.

—Y los gilipollas —Levantó su copa Lucas en dirección a mí. Aitor y Lenny se partieron de risa. ¿Eso iba por mí?

Tenía un problema si en vez de molestarme el insulto, me estuviera haciendo ilusiones por insinuar que a Lía le gustaba. ¡¿Qué coño me pasaba?! ¡Tenía ganas de darme una hostia a mí mismo! O a cualquiera, ya puestos…

—Si queréis joderme, me apetece bastante una buena pelea —dije.

—Solo queremos ayudarte, gilipollas —rio Lenny.

¿Ellos? ¿Ayudarme? ¡¿A mí?! ¡Venga ya!

Cerré muy fuerte los ojos deseando despertarme de esa pesadilla.

—No necesito ayuda —escupí.

—¡Ay! ¡Ese es nuestro lema! —exclamó Aitor ilusionado—. ¡Ya eres oficialmente de la banda!

Lucas y Lenny rompieron en carcajadas de nuevo. ¿Pero qué coño había en las bebidas de los Morgan? Recuerdo lo mucho que me reventaba verlos reír entre dientes desde lejos. Era su tónica habitual. Y acababa de entender que no era nada personal contra mí, sino un rollo extraño entre ellos.

—Claro que necesitas ayuda —dijo Lucas—. Te gusta una tía que te odia. Buena suerte con eso… —Apuró su copa.

—A mí no me gusta nadie —balbuceé sin convicción.

—Pues tu rabo opina lo contrario —me recordó Lenny chistoso.

—No bromees. Estoy enfermo… —alegué en mi defensa.

Todos volvieron a reírse.

—Creo que voy a irme —anuncié molesto.

—De eso nada, tú te quedas —sentenció Lucas con firmeza como si fuera una orden. Nunca había entendido el extraño poder que irradiaba ese chico sobre mí. Cada cosa que decía era como el «¡NO PUEDES PASAR!» de Gandalf, y yo obedecía porque me recordaba a alguien que una vez respeté. A un niño mayor que conocí en el campamento de refugiados donde fui a parar tras morir mis padres. Él me protegió de muchas cosas. Su actitud de liderazgo era muy respetada. Nunca olvidaré que murió por ponernos a salvo, a mí y a otros tres niños pequeños.

Resumiendo, me quedé en el Valhalla, haciendo oídos sordos a esa loca idea de que pudiera gustarme Lía y apretando cada vez más los puños a medida que más pretendientes se le acercaban.

¿Cómo coño había cambiado tanto todo en un mes? Desde que Chris no estaba, todo era diferente. ¿O era desde que no estaba yo…?

«¡¿Tanto te molesta que tenga éxito?!», me había gritado Lía.

¿Era eso? ¿Me molestaba? ¿Por qué?

«Nunca estaré con nadie que me haya tratado mal, y eso te incluye a ti».

—Me voy un rato a la barra —se despidió Lucas.

—Suerte… —contestó Aitor. Y no lo entendí. Más tarde vi que Freya se acercaba a él y entablaban una conversación tirante.

—¿No están juntos? —pregunté intrigado.

—No —habló Lenny—. Solo van a tener un hijo.

—¡¿QUÉ?! —Aitor y Lenny se miraron extrañados.

—¿No lo sabías?

—No…

—Pero ahora ella está enamorada de otro —saltó Aitor beodo. Y Lenny le dio una patada disimulada por debajo de la mesa.

—¿De quién? —volví a preguntar.

—La respuesta a esa pregunta es muy graciosa —rio Aitor.

—Tor, basta… —advirtió Lenny—. Lo importante aquí es qué vamos a hacer para ayudar a Romeo —me señaló.

—A mí dejadme en paz —farfullé.

—Imposible. Estoy en deuda contigo —sentenció Lenny.

—Joder… Os lo repito: ¡entre Lía y yo no hay nada!

—Quizá ese sea el problema —subrayó Aitor truhán.

Que no me lanzara a negarlo como un energúmeno hizo que ambos rieran como hienas. El dicho «Si no puedes con ellos, únete a ellos» pasó por mi mente durante un segundo.

¿Y si me rindiera a la evidencia? ¿Qué pasaría si reconociera que el hecho de que sea Lucas quien ha aparecido y no Lía me ha jodido vivo?

Cuando mi padre se lleva a Cora, Lucas me mira enigmático, demostrando que sabe exactamente cómo me siento. ¿Cómo es posible?

Al final hace un gesto con la cabeza para que le siga y finjo no escuchar su: «Vamos, Romeo…».

21
PERFECTOS MENTIROSOS

“No es real que sientas algo por dos personas. Significa que te gusta una, pero que intentas engañarte con la otra.”
Álex Mirez

Parece mentira que justo el día que más necesito verle, Lucas me escriba diciéndome que no puede venir porque tiene algo importante que hacer. ¡Sobre todo viéndolo marcharse con Kali de su casa!

¿A dónde irán? Tengo que interrogar a mi primo urgentemente, porque como esté metido en el ajo, no pienso perdonárselo en la vida.

Esta semana me he enterado de una cosa que me ha costado mucho asimilar. Y no digamos, callarme. Es el colmo de los colmos, pero empezaré por el incidente desencadenante:

El día que sacamos a la luz las fotos de Lucas en la playa con el tatuaje y la tabla, la marca despegó. Las visualizaciones y los seguidores subieron e hicimos un sorteo internacional. Muchas tiendas de deporte, al verlo, empezaron a hacer pedidos de lotes a lo loco. Se nos colgó hasta el servidor, pero Landon no tenía intención de parar. Quería aprovechar el tirón para lanzar una campaña de las que dan la vuelta al mundo. O sea, una muy cara. Y el jueves pasado hicimos una videollamada importante con el equipo de publicidad, que contaba con un par de futuros accionistas interesados y varios influencers punteros. Estaba histérica.

—¡¿Qué me pongo?! —le pregunté a Landon por teléfono a primera hora de la mañana. Dudaba de todo, y no solo porque quisiera impresionar a los accionistas, sino por él. ¡Iba a verle por fin porque iba a participar en la reunión en directo!

—Con cualquier cosa estarás perfecta.

—No me vengas con esas, quiero dar una imagen profesional.

—No sé, ponte un vestido de esos ejecutivos…

—Eso está claro, pero ¿de qué color?

—Uf… A ver… ¿Negro?

—No quiero parecer demasiado dura.

—¿Blanco?

—Ni demasiado ingenua. Estoy entre azul y rojo.

—¡¿Y por qué no has empezado por ahí desde el principio?!

—¡Venga, elige!

—El rojo.

—Demasiado buscona.

—¡Por Dios, Freya…!

—Vale, el azul. Ya está. Es sensato, tranquilo y limpio.

—Estás como una cabra, en serio…

Me reí. Landon siempre me hacía reír sin pretenderlo.

—¡Gracias! ¡Nos vemos en la reunión! ¡Qué ganas tengo!

Aquel día, Lucas pasó a preguntar por mi salud en su visita diaria, pero le eché rápido con la excusa de que debía preparar la reunión. Desde que nos liamos en la fiesta, me miraba con una cara de cordero degollado que me costaba mucho ignorar. Sentía que quería ceder a su embrujo y a la vez no podía. Por suerte había sido una semana frenética de trabajo, y no había tenido mucho tiempo para pensar en nuestro drama particular. Era realmente agotador estar en esa encrucijada. Con tu corazón, tu cuerpo y tu mente tirando hacia sitios distintos.

—De acuerdo, me marcho —se despidió—. Mucha suerte en la reunión.

—Gracias.

—Y no lo dudes, pasa del azul y ponte el rojo. Tiene más garra. Como tú…

El tema del color del vestido siguió dando vueltas en mi cabeza hasta que me metí en la ducha. Porque el azul era una apuesta segura, pero a quien de verdad quería impresionar era a Landon, y él también había elegido el rojo sin pensar. En eso coincidía con Lucas tras pasarme la semana comparando los pros y contras de Landon y Lucas en la eterna dicotomía de a quién debía entregarle mi corazón.

De pronto, una idea fugaz cruzó mi cabeza. Fue un visto y no visto, pero me dio qué pensar:

¿Cómo sabía Lucas lo del vestido rojo o azul? Era un detalle que solo había hablado con Landon…

Mi mundo sufrió un temblor. Uno malo.

No podía ser…

¿Y si Landon Mortimer era Lucas Morgan? Ambos eran LM…

¿Y si…?

Pero no había «Y sis» que valieran porque nunca he visto nada con tanta claridad. ¡LUCAS ERA LANDON!

Su interés por el surf, pero no por los torneos.

Su forma de hablar y de tratarme…

Y… ¡¿qué tío adquiere el apellido de otro para su propia marca?!

—¡¡¡SOY TONTA DEL CULO!!! —grité en la ducha, desaforada.

«*Keep Calm*…», me dije, no era el momento de estallar. Fuera Lucas o Landon, en veinte minutos tenía una reunión en la que estaba en juego una campaña de cientos de miles de dólares. Además, no estaba al 100% segura, aunque lo sintiera grabado en mis entrañas.

Debía pensar bien las cosas. Pillarle con las manos en la masa para poder gritarle hasta desgañitarme que era el tío más mentiroso de la faz de la tierra. Pero sería después de esa maldita reunión. Una en la que se supone que iba a aparecer en pantalla.

Pues adivinad… en el momento de conectarnos, Landon tuvo «problemas técnicos» con la cámara. ¡Qué casualidad! Durante la reunión solo se escuchó su voz en medio de un hueco en negro.

Intenté concentrarme en el tema a tratar, pero todo el mundo notó que algo me tenía muy alterada.

Cuando los invitados se desconectaron, solo quedamos los del equipo y Landon nos felicitó a todos.

—¿Todo bien, Freya?

—Sí… —mascullé. Porque después de no poder verle, ya no tenía ninguna duda de que Lucas era Landon. ¡Me la había jugado! Mientras me ignoraba como Lucas, me camelaba como Landon. ¡Iba a matarlo! Pero lentamente, sin prisa ni piedad…

—Seguid así chicos, la semana que viene será importante, os quiero a todos al 200%, ¿de acuerdo? —dijo como si nada.

Todos dimos el Ok y yo fui de las primeras en desconectarme.

«¿Qué coño voy a hacer?», pensé hecha un lío. Y lo primero que hice fue no cogerle el teléfono a Landon cuando me llamó un minuto después. Lucas me conocía bien y sabía que me pasaba algo, pero necesitaba tiempo para pensar en mi fría venganza.

«Te he visto muy tensa en la reunión. ¿Va todo bien?», me escribió.

«Sí, lo siento, estaba nerviosa».

«No te preocupes. ¡Ha salido genial! Estoy muy contento».

«Deberíamos celebrarlo», escribí sin pensar. «Tú y yo solos…».

No sé qué mosca me picó. Solo quería destaparlo como fuera, pero… ¿y si estaba equivocada?

«Sabes que me encantaría, Freya, pero ahora mismo eres un activo demasiado importante para la empresa como para arriesgarme a perderte… Tenemos una semana muy dura por delante y no podría centrar toda mi atención en algo tan importante como conocernos por primera vez en persona».

Levanté una ceja. ¿Me estaba dando largas?

Por supuesto, la semana de posicionamiento universal de la empresa no podía ser salpicada por una bronca histórica. Lo entendía.

Al día siguiente fue viernes y mis amigas me citaron en el Valhalla a las siete y media con la excusa de que era la primera vez que Cora saldría tras abandonar el hospital, así que tuve que ir. Hacía mucho tiempo que yo tampoco salía, no había querido enfrentarme a las miradas alcahuetas sobre mi vida después de Christopher. Pero ya tocaba… Todavía no se notaba que estaba embarazada y decidí que debía capear los temporales de uno en uno. Era hora de volver al mundo. Además quería ver a Lucas… Esa mañana no había venido porque estaba «muy liado» (¡como Landon!), pero trabajaba casi todas las tardes en el *pub*.

No sabía si podría disimular mi cabreo con él; sería todo un experimento.

Nada más entrar en el bar, localicé a las chicas en un lugar distinto al que solíamos sentarnos con Christopher y eso me gustó. Lo que me sobró es el impacto visual que me llevé cuando mis ojos fueron a parar a la barra y lo vi…

Una cosa era ver a Lucas en mi casa, achantado por la ojeriza de una embarazada engañada, y otra muy distinta era verlo en un ambiente distendido, con una camisa dorada con tres botones desabrochados que le quedaba que ni pintada y sabiéndose acariciado por más miradas femeninas de las que me esperaba. Me dieron ganas de darle un guantazo y comerle la boca después.

Cuando alzó la vista, mi atracción por él recorrió mi sistema en oleadas como si fuera un maldito orgasmo. ¡Por Dios…!

Ese tío no solo era mi objeto de deseo desde que tuve uso de razón, ¡sino que era el padre de mi hijo!, y aun así tuvo la desfachatez de no mirarme ni una sola vez durante la siguiente hora.

No tuve más remedio que acercarme a la barra con la excusa de invitar a una ronda de bebidas.

—Hola…

—Eh… Me alegra verte por aquí.

—¿En serio? Pareces muy ocupado atendiendo a tus fans.

Su sonrisa de caramelo se ensanchó por un segundo haciendo que mis glándulas salivares trabajaran a su máximo rendimiento.

—Esas fotos en la playa me han hecho muy popular… No sé cómo han descubierto que trabajo aquí, supongo que por las fotos de la inauguración en mi perfil. Vienen de todas partes para echarse fotos conmigo… Y yo les digo que etiqueten a la marca. Dile a tu jefe que debería cobrar por el acoso…

—O podrías cobrártelo en carne… Ellas parecen muy dispuestas…

—Suelen preguntarme si estoy soltero y sin compromiso, pero siempre les contesto que todavía no lo sé…

Me miró con tanta intensidad que casi me muero, pero que hubiera mencionado a mi jefe me pareció un pitorreo.

—Por lo que a mí respecta estás más soltero que nunca, Lucas —solté con inquina. Me arrepentí al momento de decirlo por si ponía su ensayada cara de cachorro abandonado, pero para mí sorpresa, subió un segundo las cejas y luego asintió.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta… Disculpa, tengo que seguir trabajando.

Se marchó de mi vista serio, pero el bajón le duró poco. Lo mismo que tardó en pedirle una foto una chica que no tendría más de quince años. «¡Maldita sea! ¡En buena hora lo usamos de modelo! Espera… ¡si fue idea suya! ¡Porque él es el maldito Landon!». ¿Verdad?

Fue pensarlo y que mi mala leche volviera con fuerza. Ese fogonazo de rabia me dio una idea: escribiría a Landon y si justo Lucas cogía el teléfono y Landon contestaba, tendría la prueba de que era él.

Lo hice. Le escribí y esperé, pero Lucas no hizo nada ni el mensaje apareció como leído. ¿Casualidad o alevosía? Sea como fuere, todo cuadraba. No es que Landon me hubiera contestado mientras Lucas se mantenía impasible. Lo que me mosqueó fue que Lucas desapareciera hacia el interior del local, y al poco, Landon me contestara. No obstante, Lucas volvió poco después cargando con una caja de botellas. ¿Casualidad o alevosía? ¡Iba a volverme loca!

Pero lo que de verdad me tocó la moral fue verlo apuntarse el número de una chica después de tontear con ella un rato. Y porque lo conozco, sé que lo hizo con toda la alevosía posible como castigo por darle vía libre.

—Buenas —me saludó Aitor como si hubiera captado que me estaba saliendo humo de la cabeza de lejos—. ¿Cómo estás?

—Bien… —contesté hosca mientras observaba la clásica mirada embaucadora de Lucas. La conocía muy bien y no podías escapar de ella. ¡A NO SER QUE TE HUBIERA MENTIDO POR TODO LO ALTO!

—No pareces estar bien, Freya…

Resoplé por no decirle que se metiera en sus asuntos, pero no se lo merecía. Aitor siempre se había portado bien conmigo y fue el único que quiso contarme la verdad como a una persona normal.

—Llevo demasiado tiempo encerrada en casa y cuando salgo me encuentro con que Lucas tiene una doble vida…

Me sentó bien decirlo en voz alta, porque era justo lo que sentía. Su doble vida de Lucas y

Landon.

—No tendría por qué ser así… Depende de ti, Freya. Las chicas se le tiran encima, sí, pero te está esperando, te lo garantizo.

—Acabo de darle vía libre y ya ha conseguido el teléfono de una…

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué le has dado vía libre?! —exclamó preocupado—. Se supone que os besasteis en la fiesta de la semana pasada, ¿no?

—¿Te lo ha contado?

—Se lo sonsaqué al encontrarlo deprimido el domingo en su habitación. Él quiere estar contigo, Freya… y no porque seas la madre de su hijo —se apresuró a decir. Al parecer hablaban más de lo que creía—. Y pensaba que tú también querías estar con él…

—Sí, pero es tan mentiroso que ya no sé lo que es real y lo que no…

Aitor se quedó pensativo. Parecía estar reflexionando sobre su propia vida.

—Pues descúbrelo.

—¿Qué? —pregunté pensando en Landon—. ¿A qué te refieres?

—A que descubras lo que quieres tú realmente y vayas a por ello.

—¿Y cómo se hace eso?

—Dicen que para saber lo que quieres, lo mejor es tomar una decisión a ciegas. Si no estás conforme, lo sabrás al momento. A veces, saber lo que quieres, es saber lo que no quieres. Si no te gusta ver a mi hermano con otra, será por algo…

—Gracias, Aitor. Muy ilustrativo.

—A mandar —Me dio un golpe en la nariz y se fue, pero en el último momento, retrocedió—. Por cierto… El jueves de la semana que viene celebraremos la despedida de solteros de Marco y Luz. Va a ser una noche de tentaciones en la que habrá carta blanca, si se quiere. Podría ser una buena oportunidad para averiguar lo que quieres sin que nadie lo sepa.

Se fue de mi vista dejándome con una nueva idea en mente: Claro que usaría esa oportunidad para engañar a Lucas y descubrirle. ¿Cómo? Convocando para ese mismo día una cita entre Landon y yo. Lo pondría entre la espada y la pared. Tenía un plan.

Saqué el teléfono y escribí un mensaje para mi jefe:

«Acabo de darle vía libre a Lucas y no quería», empecé.

«Me he dado cuenta en cuanto le he visto darle el teléfono a una chica. He querido ir corriendo, romperle el móvil y decirle que quiero intentarlo con él, y no tiene nada que ver con que hoy esté más guapo que nunca. Es que acabo de entender que le quiero… Pero antes de entregarme a él, necesito conocerte. Necesito salir de dudas y entender lo que siento por ti. ¿Quieres cenar conmigo?».

Tardó en contestarme diez minutos.

Y no pude saber si fue Lucas porque no había dejado de usar el móvil y de escribir desde que le pidió el número a esa chica. Quién sabe si en mitad de su picante conversación me contestó a mí un:

«Vale. Si te va a servir para aclararte, cenaré contigo. Solo prométeme que no dejaremos de trabajar juntos después. Pase lo que pase…».

«Te lo prometo», tecleé. Porque no era mi intención abandonar el proyecto Morgan, era mi criatura y necesitaba el sueldo, pero si descubría que me había estado mintiendo todo este tiempo, sería el final de lo nuestro como pareja. Un final definitivo.

Landon tenía razón, ha sido una semana muy dura de trabajo. Lucas ha estado más distante y serio de lo habitual conmigo. Le he enseñado por encima lo que me traía entre manos en el trabajo para ver cómo reaccionaba, pero no ha mostrado un especial interés en ello. Creo que

tiene miedo, pero a la vez mantiene la esperanza de que la sorpresa hasta me agrade. No podría estar más equivocado. Pienso echarle la bronca del siglo.

«El trabajo de hoy ha sido impecable. Sabía que eras buena, pero no tanto», me escribe.

Ayer ese mensaje me hubiera calentado el corazón, hoy sé que no es más que peloteo barato.

«Gracias. Lucas me insinuó el otro día que deberías pagarle por hacerse tantas fotos con chicas. ¿Te lo puedes creer?».

«Quizá deberíamos. Tener una foto con él se ha convertido en un fenómeno y está favoreciendo a que la marca se haga viral».

Puse los ojos en blanco.

«Son solo unas adolescentes…».

«Los adolescentes mueven montañas en las redes sociales. Tienen mucho tiempo libre. Y el tiempo es dinero».

«Lo que tú digas…».

«¿Sigue en pie nuestra cita?», escribió de pronto, «o los celos te han hecho entender que Lucas es el hombre de tu vida».

—¿Cómo se atreve? —dije en voz alta.

«Para nada», tecleé, «por mucho éxito que tenga entre las chicas, no es real. Un hombre como tú, sin embargo, sí tiene auténtico éxito».

Diciendo aquello quise alimentar sus ganas de plantarse en la cita para decir «yo soy Landon, nena, ¿cómo te quedas?». Quizá pensase que me lanzaría a sus brazos, pero nada más lejos. Le diré: «Felicidades por tu empresa, cuídala bien, ella será el gran amor de tu vida, no yo».

Me moría por ver su cara.

«¿Quedamos el viernes, entonces?», preguntó.

«El viernes no puedo. Tiene que ser el jueves. ¿Te viene bien? Lo estoy deseando».

Tardó en contestar.

«De acuerdo, el jueves. Ya te diré dónde y a qué hora. Yo también lo estoy deseando…».

Lo que iba a desear es estar muerto.

22
LA LETRA ESCARLATA

“La verdad siempre encuentra la manera de salir a la luz, incluso cuando parece estar oculta”
Nathaniel Hawthorne



Lunes

Nunca había deseado tanto que mi jornada terminara, y menos, siendo lunes. Pero tengo un motivo de peso: al salir de la comisaría iré directo al chalet de los Morgan, donde se supone que Marco me espera para charlar del capitán, pero quien en realidad me está esperando recién duchado es Aitor.

Me relamo para recoger la baba que ha generado esa visión.

Para estar a la altura de las circunstancias, me cambio de ropa en el vestuario de la comisaría, me aseo, me peino y me echo desodorante.

Voy todo el trayecto hasta su casa en tensión porque no le he dado explicaciones a Ruby, mejor prevenir; podría prenderle fuego a la casa con tal de impedir que pise territorio Morgan. Y yo dejaría que se quemara…

Cuando llego al chalet, intento ignorar que el pequeño Enzo ya esté en pie de guerra. «Calma, chico, primero hay que cumplir con Marco».

Llamo al timbre sin quitarme mis Rayban de aviador, y gracias a ellas, Lenny no ve la cara de decepción que pongo cuando es él quien me abre la puerta. Pensaba que sería Aitor, muerto de ganas de verme. Nada nuevo bajo el sol.

—Hola… Pasa. Te están esperando.

—Gracias… —«¿Están?». ¿En plural?

Cuando entro en el salón y encuentro a los tres reyes allí se me corta la respiración. Todos me miran de arriba abajo percibiendo que vengo demasiado arreglado para una reunión de trabajo.

Me quito las gafas de sol y finjo que es perfectamente normal que huela tan bien.

—Buenas…

—Juventud, divino tesoro —murmura Luk—. Me recuerdas a mí en mis primeros años en la

policía. Era un rompecorazones.

—Enzo está casado —sentencia Kai, haciendo que mi universo se tambalee bajo su mirada justiciera. Es como si supiera lo infiel que soy con su hijo. Pero yo prefiero pensar que estoy siéndome fiel a mí mismo por primera vez en mi vida.

—¿Podemos hablar de cosas menos tristes que de un tío casado a los veintitrés? —dice Mak socarrón.

Luk le lanza un cojín, divertido.

—No me has avisado de que estarían aquí —murmuro hacia Marco.

—Yo tampoco lo sabía, pero tienen información nueva.

Ese detalle me escama. ¡En cinco minutos quería estar dentro de Aitor!, y esto tiene pinta de alargarse. Consulto la hora irritado.

—¿Tienes prisa? —pregunta Kai—. ¿Te está esperando alguien?

¡La madre que lo parió!

—Siempre… —respondo chulesco—. ¿Qué habéis averiguado?

—Ayer domingo hicimos guardia frente a la casa en la que sospechamos que está escondido el capitán —empieza Mak—. Por la noche pidió comida a domicilio y asaltamos al repartidor para saber con qué aplicación lo había ordenado y a qué restaurante. No fue difícil averiguar su IP desde el servidor. Una vez rastreamos su historial de búsquedas, nos dimos cuenta de que incluía desde porno con niñas asiáticas hasta material para fabricar explosivos caseros. Esta claro que el capitán planea una venganza. Creemos que quiere volar el Valhalla porque estuvo buscando información sobre el lugar, descargando fotos… etc. También ha comprado gasolina…

—Joder… —musito alucinado—. Hay que detenerlo ya.

—¿Bajo qué pretexto? —dice Marco.

—No hacen falta pretextos. Ya es hombre muerto —decide Mak con la mirada fija.

—¿Y qué hay del plan de usarlo para relacionarlo con el capitán de la policía, Richard Avery?

—También le seguimos a él —informa Luk—. Esta mañana se ha reunido con un tío en un bar. Le ha dado un teléfono de prepago y él tenía otro, aparte del suyo. Creemos que intenta reabastecer la zona de Brisbane reclutando a gente nueva… Al parecer, ahora el capitán es un proscrito con el que nadie quiere trabajar, y busca venganza. Se ha convertido en un problema…

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto a Marco, impotente.

—Tengo que pensar. Algo se me ocurrirá…

Los tres reyes se miran entre sí teniendo muy clara la solución: borrarlos del mapa.

—¿Y si le digo que lo sé todo? —Se me ocurre de pronto—. ¿Y si provocamos que el jefe de la policía dé un paso en falso contra mí?

—¿Y si no es falso? —responde Marco temeroso—. No debemos subestimar el alcance de su poder. No podemos arriesgarnos. Y menos, la semana de mi boda…

Cuando Kai se pone de pie, todos nos callamos porque sabemos que va a decir algo que probablemente lo cambie todo. Apenas lo he tratado, pero esas cosas se notan en el aire, es el líder al que todo el mundo termina haciendo caso sin que ordene nada.

Se acerca a la ventana sin darse importancia y cuando ve que tiene toda nuestra atención se gira pensativo.

—Tienes 24 horas para pensar en una alternativa, Marco. Si no, lo haremos a nuestra manera.

«Joder», pienso para mis adentros impresionado. ¿Cómo lo hace? No ha sido una amenaza pero había una advertencia implícita. Ha mostrado clemencia pero determinación a la vez. Parece humano, pero para mí es Dios.

De pronto, me mira como si yo fuera la solución a algo, pero tuviera que adivinarlo por mí

mismo. ¡Odio que me hagan eso!

—Vámonos. Dejemos pensar a las mentes jóvenes…

En cuanto Marco y yo nos quedamos solos, nos miramos.

—Aitor está arriba —me informa.

—¿Y a mí qué?

—¿Vas a fingir que te has arreglado tanto para verme a mí?

—No sé de qué hablas…

—Vale… —Hace un gesto con la mano como si no tuviera tiempo de eso. Y vuelve a centrarse en su problema principal.

—Quiero ayudarte, Marco. Solo tenemos 24 horas…

—Y lo harás, pero primero necesito pensar a solas. Dame una hora. Seguro que encuentras algo mejor que hacer en el piso de arriba…

Me quedo inmóvil con ganas de salir corriendo para no desperdiciar ni un segundo de esos sesenta minutos.

—Vete ya.

Y como suena a orden, me muevo rápido.

Subo las escaleras de dos en dos y cuando llego arriba no sé a dónde dirigirme. Hay demasiadas puertas cerradas. ¿Izquierda o derecha? ¿A quién me encontraré? Lenny, Aitor o un baño, porque sé que Lucas no está en casa.

Saco mi teléfono y busco el contacto de Tommy Criquet, que es como he denominado a Aitor por si a Ruby se le ocurre revisarme el móvil, aunque borro todos los mensajes que me manda, solo para mí.

Me lo coge al segundo tono.

—¿Enzo?

—Estoy en la escalera, sal.

Se abre la puerta de la derecha y avanzo hacia él para encerrarnos. Una vez dentro, alucino con su cuarto. Lo primero que me choca es el olor celestial que invade mis fosas nasales. Es mucho mejor de lo que imaginaba… Todo huele a él. Al genuino, no a su colonia cara. Su imagen con una camiseta sport de manga larga también me deja sin habla. Hasta su jodida colcha es una maravilla turgente azul índigo. Él también me observa como si fuera comestible.

—Pensaba que bajarías al oír el timbre…

—Ya, pero estaban mi padre y mis tíos y son demasiado perspicaces como para darles aún más pistas.

—¿Me estabas esperando? —pregunto sensual, acercándome a él—. Porque yo llevo todo el día pensando en ti…

Mis labios caen en picado hacia los suyos, pero se aparta en el último momento. El gesto es una bofetada emocional. Hacía tiempo que algo no me dolía tanto. Bueno, quizá descubrir que mi hermano se lo había estado tirando durante el último mes…

—Enzo, antes de que pase nada, tenemos que hablar…

¿Hablar? Yo no quiero hablar.

—No puedo hablar ahora mismo, Marco me ha dado una hora y estamos desperdiciando un tiempo precioso… —Me acerco a él.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

—Tenemos algo urgente entre manos… —escurro el bulto mientras le beso el cuello—. Pero no te preocupes… —Me encanta sentir el efecto que provocan mis labios sobre él.

No obstante, noto que me agarra de los brazos para frenarme.

—Enzo… hay algo que tengo que contarte —musita atribulado.

—Sea lo que sea, puede esperar —farfullo besando el camino hasta su boca. Cada roce hambriento lo desarma inevitablemente hasta que atrapo sus labios y corresponde al beso. El más bonito de todos los tiempos. Todos con él lo han sido.

Agarro su mandíbula y lo devoro volviendo el beso más obsceno.

—Me encanta tu cuarto. Es tan tú…

—Antes no era así. Charlotte me animó a cambiarlo…

—Es perfecto. Justo como tú…

Mi mano se cuela por donde la espalda pierde su nombre y agarro una de sus nalgas para incrustarlo contra mi dureza. Me alegra notar que eso le hace perder las ganas de hablar. Aitor se activa y se convierte en un cazador en su territorio.

Me lleva contra la cama y no sé cómo termino tumbado con la espalda apoyada contra la pared y él sentado en el borde del colchón, ligeramente apoyado sobre mí, pero con los pies en el suelo.

Sus incesantes besos no me dan cuartel para enterarme de lo que está tramando. Además, se quita la camiseta como técnica de distracción, haciendo que desee acariciar su elegante musculatura. Su piel me resulta tan suave que me hace dudar de si estoy colocado. Solo interrumpe nuestro beso para quitarme la camiseta por la cabeza y de pronto me doy cuenta de que estoy desnudo. ¿Cómo lo ha hecho?

No me da opción a pensarlo mucho más porque su mano agarra mi polla a la vez que su lengua invade mi boca con una contundencia arrolladora; la misma que me gustaría sentir si la sustituyera por su… ¡¿Cómo consigue evocarme eso?!

Sus lengüetazos colonizan mi boca de forma magistral, afianzando su amarre en mi nuca para que no pueda protestar cuando sus dedos dejan de bombear mi dureza dirigiéndose hacia un recoveco bien distinto. Su dedo, embadurnado con mi excitación o con quién sabe qué, se abre camino con facilidad hacia mi interior haciendo que suelte un quejido ronco.

—Shhh…. —me chista en los labios—. Ya es tarde para hablar… Ahora solo quiero que te relajes y disfrutes antes de enfrentarte a eso tan urgente y peligroso.

Vuelve a besarme con lascivia masajeando la zona con suaves movimientos circulares de dentro afuera.

—Suéltate ya… Entrégate a mí o no funcionará.

Me come la boca y se separa para que respiremos el uno sobre el otro. No sé qué pretende, pero es muy erótico.

—¿Te gusta? ¿Sientes placer?

—Sí… —jadeo.

—¿Cómo te gusta más? Así… —presiona en un ángulo concreto—, o así…

—¡Ahí…! —resoplo agarrándome a él con fuerza. El placer es tan intenso que hace que mi cuerpo se ponga rígido.

—Relájate. Solo absorbe las sensaciones… Déjate llevar…

Intento obedecer y dejo de agarrarle, abandonándome al deleite de sus dedos en mi zona más prohibida.

Me agarra del pelo para besarme con fruición, pero huyo de su boca porque mi cuerpo me pide concentrarme en lo que me está haciendo; ha empezado a masturbarme y la tracción se ha multiplicado por dos. Cuando se apoya en mi clavícula para ejercer más presión, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—Joder… —mascullo sintiendo que se me retuercen los dedos de los pies. Estoy a punto de explotar. Por eso quiero quejarme cuando detiene las acometidas en mi polla, sujetándomela

desde la base hacia arriba, pero sus dedos no han parado, siguen, siguen y siguen hasta que…

—¡¡AHHH!! —aullo al sentir el orgasmo más intenso de mi vida. No es como los que he tenido hasta ahora. En una escala del 1 al 10, ¡este es un 100! El éxtasis más puro atravesando mis entrañas. Una sensación de otro mundo que no proviene de mis genitales, sino de lo más profundo de mi cuerpo.

La experiencia es tan abrumadora que a mi mente le cuesta volver a reconectar los circuitos para pensar con claridad. Y cuando lo hago, me veo boca abajo, con la cara apoyada en su colcha y el culo en pompa.

Oigo como Aitor rasga un envoltorio y se pega a mi espalda.

—Prepárate, voy a hacer que te corras al menos un par de veces más sin que tengas que tocarte…

Se arrima cuanto puede a mi trasero y se desliza en mi interior con una facilidad que me deja loco. El placer vuelve a dejarme mudo. Pero pronto me doy cuenta de que eso no es nada, porque estoy tan dilatado y tan húmedo que las embestidas de Aitor se tornan salvajes.

Hasta ahora lo habíamos hecho con mucha pasión, lenta y profundamente, quizá con más intensidad cuando se aproximaba el momento final y con muchos besos de por medio, pero esto… ¡esto es la hostia!

Mi cara se arruga como lo hace la colcha cuando mis manos la apretujan para soportar el violento golpeteo. Y sin hacer nada, siento que me corro otra vez.

Él nota mis espasmos y me agarra del hombro, como si declarase que ha llegado su momento. Nunca me habían follado así, ni él ni nadie, y me pregunto si así es como lo hace con Hugo.

Sería el momento de sentirme mal, pero no hay lugar para las rayadas cuando siento que se corre con estocadas rápidas y secas, y que sus dedos vuelven a internarse en mi pared para acariciar mi próstata de nuevo y que vuelva a explotar.

Cuando Aitor sale de mí, yo no puedo moverme, literalmente. Y me asusto un huevo porque pienso que me ha dado una parálisis.

—No te muevas, descansa…

—No puedo moverme —farfullo.

—Lo sé. Es normal.

Ergo, ya había hecho esto antes. Tendré que acostumbrarme a que tenga mucha más experiencia que yo. Aitor está de vuelta de todo y yo de nada. Y eso no me da confianza para tomar una decisión con la que cargaré de por vida, porque pienso que pronto se aburrirá de mí. Pero por otro lado pienso que el tiempo que quiera compartir conmigo compensaría toda una eternidad sin él.

Poco a poco me voy recuperando. Estoy como para idear un plan para detener al capitán y al jefe de policía en vez de matarlos. ¿Dónde hay que disparar?

Aitor me da una toalla húmeda para que me lave, porque me he puesto perdido; sus sábanas están directamente para tirar.

—Ha sido… —digo quedándome sin palabras que lo califiquen.

—Me alegro de que su estancia en Villa Morgan haya sido de su agrado —bromea.

Nos besamos con la sonrisa en los labios.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —pregunto como un auténtico adicto.

—Supongo que en la despedida de Marco. Tengo pensado algo muy especial para ti…

—¿En serio?

—Sí…

Vuelvo a robarle un beso, pero lo rompe para decir:

—¿Cuándo tiene que venirle la regla a Ruby? ¿Lo sabes?

Su cara de preocupación me calienta el corazón. Acaba de echarme el polvo más rápido y cerdo del mundo. Brutal, pero no muy romántico, sin embargo esta conversación me demuestra que piensa en mí a largo plazo y que le importo.

—No. No tengo ni idea…

—Pues averígualo. Nuestra vida depende de ello… —Me agarra de la camiseta.

Volvemos a besarnos por pura inevitabilidad y me quedo apoyado en su frente.

—¿Sabes qué?

—Qué…

—Que empiezo a pensar que… si está embarazada, podría luchar por tener la custodia compartida…

—¿Cómo? —dice agarrándome con más fuerza, alucinado por lo que significa—. ¿Estás diciendo que… aunque lo esté… vas a dejarla?

—Eso es lo que estoy diciendo, sí…

Me mira atribulado con los ojos brillantes, arrugando aún más mi camiseta, y choca su frente contra mi esternón.

—Dame un segundo para asimilarlo… —musita.

Hago que me mire y le cojo la cara.

—Hablaremos de esto largo y tendido, ¿vale? Ahora tengo que irme… Marco me está esperando.

Aitor asiente y nos abrazamos con fuerza. Nunca me he sentido mejor en ninguna parte que dentro de este abrazo. Eso debe significar algo. Que estoy haciendo lo correcto. Pero quiero hacerlo bien.

El resto del día es trabajo, trabajo y más trabajo extraoficial con Marco. Llego a casa a las nueve y media de la noche y encuentro a Hugo en el salón.

—¡Eh, hola! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que venías?

—Es mi día libre. He trabajado el finde. No pensé que tardarías tanto. Ruby me ha invitado a cenar.

—Genial.

Tras saludar a mi mujer, la dejamos atareada con la cena y nosotros huimos al salón para tomarnos una copa de vino y charlar.

—¿Tú cómo estás? Te veo mejor… —Me observa con detenimiento.

—Sí. Estoy mejor.

—Me alegro. Porque ahora soy yo el que necesita ayuda…

De pronto, la información sobre la vida de mi hermano vuelve toda de golpe a mi cabeza. Se supone que ayer Aitor cortó con él. ¡El pobre debe estar destrozado!

—Oh, lo siento. ¿Qué te ha pasado? —pregunto a sabiendas de lo que va a contarme. Ante todo quiero consolarle, aunque yo sea el motivo de su ruptura. «Lo cortés no quita lo valiente». Sigo teniendo empatía.

—Pues resulta que ayer Aitor vino a mi casa y…

—¿Sí?

—Yo había tenido una jornada muy dura, con la muerte de un chico de nuestra edad, y mientras estábamos haciendo el amor, le solté que le quería. ¡SOY IMBÉCIL! —Se lleva las manos a la cara.

Pero la cara de imbécil que se me queda a mí es mucho más grande. ¿Perdona…? ¿Haciendo el amor? No sé ni qué decir.

—¡Es obvio que era demasiado pronto! ¡¿Cómo se me ocurre?! Creo que le he espantado… ¿Qué voy a hacer, Enzo? Sabes lo mucho que significa para mí. No quiero perderle…

Intento responder como el hermano mayor que en teoría soy, pero ahora mismo también soy… «la otra». O el otro. Da igual. Y tengo trabajo para dominar mis celos y mi despecho. ¿AYER?

—¿No me dices nada? —pregunta mi hermano confuso.

—Pero… ¿qué te dijo él cuando se lo dijiste?

—Nada. No contestó nada. Simplemente siguió follándome y se corrió.

Mi corazón se para. Y soy muy consciente de que debo de estar gris. Lo imagino follándoselo como me ha follado hoy a mí y me da un mareo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí… —digo apoyándome donde puedo.

—Yo creo que… se lo habrá tomado como una exaltación del momento, vaya, que pensará que no iba en serio…

—Ese es el problema —dice cerrando los ojos—. Que iba muy en serio. Y sé que él no está en ese punto para nada. Cuando empezamos a salir estaba muy mal, y creo que es por otro tío.

—¿Crees que sigue queriéndole? —pregunto para sacar la cabeza del atolladero—. Porque si es así, no deberías seguir con él.

—¡No! ¡Ese tío le hizo muchísimo daño! Nunca volvería con él. Me dijo que yo era bueno y que le hacía bien.

JODER…

—¡A cenar! —grita Ruby contenta desde la cocina.

Durante la cena nos informa de que mañana debería ser su falta y se me pone un nudo en la garganta mientras finjo alegría. Estoy hecho un lío y para colmo mi hermano capta que miento. ¿Cuánto tiempo puede estar alguien sin obtener explicaciones de su «¿novio?» cuando descubre una cosa así?

Entonces recuerdo que he notado raro a Aitor nada más verle, y me ha dicho que teníamos que hablar. ¿Sería sobre que no había podido romper con Hugo?

Me recupero un poco. Lo justo como para no echarme a llorar en plenos postres.

Al terminar la velada, le mando un mensaje a Tommy Criquet…

«¿Por qué nada más verme hoy has dicho “tenemos que hablar”?».

Simple y directo. Que no se diga que no doy oportunidades.

«Has visto a Hugo, ¿no? Intenté decírtelo, pero…».

«¿Pero qué?»

«Me apetecía más estar contigo que discutir sobre algo que no pude evitar».

«¿No pudiste evitar tirártelo ayer en vez de cortar con él?».

«No era el momento. Me necesitaba. Pensé que uno más o menos no marcaría la diferencia».

«Pues la ha marcado, te quiere, Aitor. Mi hermano te quiere… y yo… no puedo hacerle esto. De verdad…».

«¿Pero sí puedes hacérnoslo a nosotros? Pase lo que pase, yo voy a dejar a tu hermano HOY. Y, pase lo que pase, tú deberías dejar a Ruby porque no te hace feliz».

«Tú tampoco me haces feliz. Por cada minuto bueno, hay muchas horas malas…».

«Lo mismo digo. Pero para mí merece la pena».

No volví a contestar nada. Estaba herido. Y celoso. Y odiaba tener que hacer daño a mi hermano. Dejar a Ruby era una cosa, pero ¿con qué cara le diría a mi hermano que estaba enamorado e iba a empezar a salir con… «el hombre de su vida»?

A la mañana siguiente, escucho un ruido extraño en el baño seguido de un chillido.

—¿Va todo bien? —pregunto desde el otro lado de la puerta.

Al momento, se abre como un vendaval.

—¡No! ¡Me ha bajado la regla! ¡¿Cómo es posible?! ¡Tenía todos los síntomas, maldita sea! ¡¿Y si soy estéril?

—No pienses eso. La mayoría no se queda en el primer intento.

—¡Pero yo necesitaba quedarme más que nadie! —exclama frustrada.

—¿Por qué?

—¡Menuda mierda! ¿Seguro que te corriste cuando lo hicimos o lo fingiste?

—¿Qué…? ¡Claro que me corrí!

—¡Joder, qué mala suerte! Tendría que haberme quedado… —empieza a llorar desconsolada. Y no puedo evitar que me dé pena. Imagino lo difícil que debe ser para una mujer enfrentarse a una negativa cuando quiere ser madre.

—Ya habrá más oportunidades… Eres muy joven.

—¿Pero serán contigo? —farfulla de pronto. Y el suelo se abre bajo mis pies.

Mi silencio es una respuesta en sí misma y comienza a llorar de nuevo.

—Pensaba que si me quedaba, no me dejarías… Porque sé que vas a dejarme, Enzo. Sé que estás mal y que no le has olvidado.

Estoy a punto de hacerme el loco cuando dice:

—Lo sé porque hablas en sueños… Y porque te conozco. Desde que te lo volviste a encontrar, no eres el mismo. Todo ha cambiado.

—Ruby, escúchame…

—¡Ese bebé era lo único que podía salvar lo nuestro! ¡Lo hubiera encarrilado todo de nuevo, estoy segura! —gime desolada.

—Eso no es cierto, Ruby. Te habría dejado igualmente.

El asombro barre su cara como si me estuviera convirtiendo en un monstruo de dos cabezas.

—No me habría desentendido del bebé. Hubiera luchado por tener la custodia compartida, pero te hubiera dejado. No puedo seguir así… Un bebé no es la solución a nada.

—¿Me habrías dejado igual? —repite alucinada.

—Sí.

—¡Cabrón! ¡Pues menos mal que no me he quedado! ¡Tendrías que haberlo dicho antes de intentarlo!

—¡No es fácil llevarte la contraria cuando se te mete algo en la cabeza, ¿sabes?! ¡Eres muy manipuladora! ¡Si no querías ser madre, no deberías haberlo intentado solo para mantenerme a tu lado!

—¡Intentaba que superases lo de Aitor y seguir con nuestras vidas!

—¡No, Ruby! ¡Aitor no es el problema! ¡Tú misma lo has dicho! Desde que nos casamos y empezamos a vivir juntos, no funcionamos. Nos iba bien cuando cada uno vivía con sus padres y nos veíamos de vez en cuando, ¡pero nos aburrimos muy pronto de vernos las 24 horas!, y Aitor llegó en un momento en el que nuestro matrimonio hacía muchas aguas. ¡No sé cómo hubiésemos terminado si no hubieras insistido en hacer el maldito trío! ¡Pero lo hiciste! Y ahora ya no hay vuelta atrás…

—¡Te arrepentirás de esto, Enzo! Recuerda mis palabras… Nunca estarás mejor que conmigo. En esta era moderna nadie te va a dar la estabilidad que necesitas. ¡Terminarás solo y sin familia! Yo iba a ser tu familia…

Una hora después estoy en el trabajo. La he dejado encerrada en el baño porque llegaba tarde. Me espera un día de mierda. Es martes y trece, como no podía ser de otra manera.

23
CUMBRES BORRASCOSAS

“Nuestra única ternura consiste en decir que me muero de pena porque no puedo devorarte”
Emily Bronte



—Green Phone, ¿en qué podemos ayudarte?

No es la mejor apertura, lo sé, pero es la que convenimos al principio de los tiempos y hasta ahora nos ha funcionado. Es simple y directo, como quieren nuestros interlocutores.

—Hola… Necesito que alguien me aconseje sobre mi hermano pequeño.

—¿Qué edad tiene? ¿Qué le ocurre?

—Tres años… Su problema es que tiene terrores nocturnos.

La información me deja tiesa, porque acabo de darme cuenta de que mi interlocutor es… ¡Kali!

En Green Phone tenemos un sistema de llamadas con traslación de voz que garantiza el anonimato. En ningún momento sabes con quién estás hablando, eso es lo de menos; todo suena con la misma voz.

El día que Kali me llamó desde el acantilado The Pass dispuesto a lanzarse me lo tomé muy en serio. Estaba muy angustiado y no dejaba de decir que no podía más.

—¡¿Pero qué te ha pasado?! ¡Seguro que puede solucionarse…!

—No, no puede… Mi mejor amigo ha muerto y… no puedo…

—Eso es muy triste, pero estoy segura de que él no quería esto para ti. ¿Cuándo ha sido? ¿Es reciente?

—Lo encontraron muerto antes de ayer y lo entierran mañana.

Ahí me di cuenta de que se refería a Christopher, y Kali era su gran neófito inseparable. Me mordí los labios con aprensión.

—¿Dónde estás ahora? No hagas ninguna tontería, por favor… ¡Tu vida es muy importante!

—Mi vida es un fraude… —contestó depresivo.

—¿Dónde estás? —insistí nerviosa.

—En The Pass… Voy a tirarme, en serio, no puedo más.

—¡Ni se te ocurra! —exclamé sin pensar. Después me llamé al orden. Tenía que convencerlo con mis dotes de psicología, no con pánico.

—Seguro que hay algo bueno en tu vida por lo que merece la pena quedarte en este mundo —comencé.

—Cora… —murmuró.

—¡El amor, claro!

—Lo que tenemos no es amor, es… Solo ella me valora algo, los demás me odian. Incluso mis padres.

«¿Te has preguntado por qué?», quise gritarle, pero me callé a tiempo. No era el momento.

—Eso todavía puede cambiar —dije sin embargo—. Depende de ti, pero si saltas, nunca podrás comprobarlo.

—Yo no debería estar aquí… Esta no es mi vida. No soy nada.

—¡Claro que lo eres! ¿No dices que te odian? Entonces tendrás enemigos, y para ellos seguro que eres muy importante. ¿Quién va a plantarles cara si no?

—Eso es verdad… Son unos chulos.

—¡Pues claro! ¿Vas a darles la satisfacción de deshacerse de ti?

Y resulta que «esos chulos» lo arrastraron ayer hasta mi casa para una sesión de piscina post-resaca.

El domingo me había escondido concienzudamente para no llevar a Cora a casa de Kali, y en cuanto me descuido, ¡me lo meten en la mía!

Había visto, o más bien, había intentado no fijarme en su torso de Hulk al coincidir con él en la playa o en alguna visita a la escuela Blue Days, pero no estaba preparada para verlo sentado en una hamaca con el pequeño Neo encima. Finalmente decidieron que ese nombre era el que más justicia le hacía, después de sobrevivir al panorama del que procedía. El apósito entre el hombro y la clavícula de Kali, lo certificó.

El niño estaba encantado con las atenciones de todos, sobre todo con las de Lenny y Kali, dos enemigos que no soportaban respirar el mismo aire, ahora sonriendo en la misma dirección hacia un pequeño y lanzándoselo mutuamente. Parecía mentira. Por su parte, Aitor y Lucas no dejaban de picarse con sonrisas discretas que delataban que necesitaban un momento de paz en sus turbulentas relaciones.

Cuando llegó la hora, fui a buscar a Cora a rehabilitación y cuando volvimos a casa, inevitablemente, los escuchó en la piscina.

—¿Quién hay?

—Los chicos con Kali y Neo.

—¿En serio? ¡Llévame fuera!

Chasqueé la lengua mentalmente, pero obedecí.

A medida que avanzábamos hacia ellos, Kali me sostuvo la mirada unos segundos antes de saludar a Cora. Como si lo necesitara.

—¿Qué tal vas, preciosa? —le sonrió.

—¡Genial! ¡Tu padre es lo más, te lo juro! ¡Estoy avanzando a pasos agigantados!

—Me alegro mucho. ¿Y tú qué tal, Lía?

Se hizo un silencio en el que reinó la sorpresa. Sobre todo, la mía.

—Bien… —balbuceé. No me salió soltarle una fresca con el niño sobre él sonriéndome como si sus abdominales fueran el lugar más maravilloso de la tierra. Amén.

—¿Todavía no sabéis nada de los Servicios Sociales? —pregunté señalando a Neo.

—Los mayores están intentando meter mano en el asunto —informó Lenny hundiéndole la gorra que llevaba sobre la cabeza. El niño se la quitó divertido y la tiró al suelo—. Ya sabes…, conocen a mucha gente e igual pueden interferir para que no nos lo quiten.

—Si lo vieran ahora mismo, no se lo llevarían —opinó Cora embelesada—. ¡Se nota que está la mar de a gusto entre vosotros!

—¡Agua! —gritó el niño feliz, señalando la piscina. Tenía un trol en la mano de los que estaban de moda cuando yo era pequeña.

Kali se levantó de la hamaca, agarrándolo con uno de sus potentes brazos (el sano) y se lo ofreció a Lenny como si fuera peso pluma.

—Ya sabes lo que te toca, yo no puedo bañarme todavía.

Mi primo lo capturó en sus brazos y cumplió sus deseos.

—Qué envidia… Yo tampoco puedo bañarme aún —dijo Cora.

—Voy a por algo de comer —susurró Aitor—. ¿Me acompañas, Ele? —Lucas lo siguió sin decir nada.

—Yo voy al baño —comenté para dejar solos a Kali y a mi hermana.

Al entrar en la casa, me quedé observándolos de lejos. Ella empezó a interrogarle y Kali se encogió de hombros, reacio a contestar. ¿De qué estarían hablando? Parecía incómodo…

—¿Espiando por los rincones? —me sobresaltó una voz. Lucas…

—Cuando haces eso, me recuerdas a papá…

—No desvíes el tema. ¿Te preocupa algo?

—No. Solo intento entender esa relación. ¿Por qué no siguen juntos?

—Porque los dos han cambiado. Ya no son los mismos.

—Ni que lo digas…

—Nunca lo hubiera dicho, pero Kali es un buen tío.

—Pfff —emití mi opinión—. Está como una puta cabra…

—¿Y quién no? Pero es mucho mejor de lo que pensaba.

—¿Por qué lo dices? ¿Por infiltrarse en esa banda y ayudaros? Tenía sus motivos personales. En mi opinión, fue un gesto autodestructivo.

—Puede, pero esa vivencia lo cambió. O puede que lo hiciera mucho antes… ¿Sabes que nos lo encontramos en el Club Manhattan la misma noche que se infiltró y noqueó a Lenny para que esos tipos no lo pillaran?

La cara de tonta que se me quedó fue un poema.

—Y ahora se está desviviendo por ese crío… Hasta lo deja dormir abrazado a él porque dice que tiene pesadillas y se despierta gritando.

—Pobrecillo… Rezo para que se le olvide todo lo que ha vivido. Todavía es pequeño…

—Y sé que Kali también te salvó a ti de ese fotógrafo pervertido…

—No me hagas hablar… ¡Me jodió una noche inolvidable!

—Pues yo se lo agradezco. No creo que debas acostarte con el primero que pasa sin conocerlo de nada, Lía.

—¡¿Y tú sí puedes?! ¿O Cora?

—Yo nunca me he acostado con una chica que acabara de conocer. Intento saber más cosas de ella y que ella las sepa de mí.

—En mi caso, nadie se molesta en conocerme…

—Kali te conoce bastante bien.

—¿Por qué le mencionas? —dije a la defensiva. Porque sabía que mi hermano no daba puntada sin hilo. Nunca hablaba por hablar.

—Porque creo que le molas —soltó a bocajarro.

—¡¿De dónde sacas eso?! ¡¿Has hablado con Cora?!

—Yo no he hablado con nadie, solo es una sensación. A mí me da igual lo que hagáis… —

murmuró en tono pasota, alejándose de mí. Pero sabía que era una pose. Mi hermano siempre medita mucho sus palabras. Desde las bromas más tontas hasta los comentarios que parecen pasajeros, porque sabe que nunca caen en saco roto. ¡¿Pretendía volverme loca?! ¡¿Por qué coño me dijo eso?!

Cuando me dejó sola, apareció Aitor con una bandeja de patatas, aceitunas y latas de conserva como mejillones en escabeche y demás delicias que solía traernos Luz de estraperlo en sus viajes a España.

—¿Quieres? —ofreció. Pero tenía el estómago totalmente cerrado.

—¿Qué le has contado a Lucas sobre lo que pasó en la playa con Kali y el Moonbow?

—Nada. Nos mataría a los dos. A mí por decirte dónde está y a ti por contárselo a Kal.

—¿Kal?

—Ahora es colega.

—Por Dios, dais yuyu… ¿Y de dónde ha sacado que le gusto a Kali?

—Será por cuando os morreasteis el otro día en el Valhalla —dijo como si nada, comiéndose una patata frita. Mis ojos como platos—. Llegó a la mesa con todo tu pintalabios por la cara. Sois muy poco disimulados…

—¡No nos morreamos! —exclamé histérica—. ¡El muy idiota solo me besó para demostrar una teoría!

—Me estás cortando la circulación de mi dulce e inocente brazo.

Miré hacia donde lo tenía agarrado y lo solté al momento.

—Lo siento…

—Tranquila —Se lo frotó dolorido—. En mi opinión de experto en tensión sexual no resuelta, deberíais ponerle remedio antes de que «la teoría» termine en una práctica inesperada y sin protección…

—Jamás me acostaría con él.

—¿Quién ha hablado de sexo? ¡Yo me refería a una pajilla sin importancia! Después os sentiréis mucho mejor, hazme caso. Todo ese odio acumulado durante años no puede ser bueno… Los calentones no satisfechos son cancerígenos, ¿lo sabías?

—¡La madre que te parió…! —Hui de él, encolerizada.

—¡¿Qué he dicho?! —Sonó confuso a mi espalda.

Tuve claro que no debería hablar de mis rayadas con mis hermanos jamás. ¡Eran medio extraterrestres!

Me fui a la cocina a prepararme algo de comer porque me había entrado hambre. ¡Hambre de verdad, no de la otra! Y al rato apareció Cora. Al parecer, ahora sabía hacer rodar la silla por sí misma…

—Creo que necesito enrollarme con alguien —soltó de pronto.

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque he estado a punto de abalanzarme sobre Kali!

Subí las cejas sorprendida.

—No tendrías que haberme dejado a solas con él…

—¿Todavía te gusta?

—¡No! Pero admite que hoy estaba guapísimo…

Me quedé callada y me miró extrañada.

—Admítelo —me ordenó seria.

Me encogí de hombros.

—Es Kali…

—Si no admites ahora mismo que la imagen de un tío como él en la piscina con un niño adorable encima no te ha afectado, confirmaré mis sospechas de que eres lesbiana.

—¿Y qué si lo soy?

—¡Nada! Pero entendería que nunca te hubiera gustado el único tío hetero en un kilómetro a la redonda que no era un familiar o tenía novia.

—Es idiota —aclaré.

—Eso no cambia el hecho de que esté bueno. ¿O estás ciega?

Me miró fijamente y cedí.

—Tiene su atractivo…

—¡Querrás decir que está como un tren! ¡Si hasta Luz lo utilizó para poner celoso a Marco! No sé por qué te cuesta tanto admitirlo.

—¡Muy bien, vale, es un puñetero portento! Pero idiota…

—Tú lo has dicho, un portento en la cama. Joder, por un momento se me ha olvidado que ahora es mi amigo y que estoy coladita por Ray. Menos mal que él ya no está interesado en mí…

—Cualquier tío estará interesado en ti siempre, Cora.

—Pues Kali me acaba de dejar muy claro que ya no. Creo que le gusta otra… Seguramente alguien que puede caminar.

—Kali no es tan superficial —lo defendí—. Por mucho que presuma creo que apenas se ha liado con nadie a excepción de ti. Y cuando estabas con otros, le dolía. No eres alguien que sustituiría por estar convaleciente.

—Lo sé —Sonrió conmovida—. Pero ha cambiado. Ya no me mira como antes.

—¿Y cómo te miraba?

—Como si fuese su luna y sus estrellas. Lo conozco, tiene a otra en mente y pronto averiguaré quién es…

Esa frase, junto con la predicción de Lucas, me dio escalofríos.

¡No podía ser cierto! ¡Kali me odiaba!

—¿Y por qué crees que son causados esos terrores nocturnos? —Vuelvo a la conversación del presente.

—Su madre acaba de morir. Y él la vio. Además, en casa nunca ha visto muy buenos ejemplos de comportamiento. Su padre le asustaba.

—Siento lo de su madre —contesto siguiéndole la corriente.

—Gracias… ¿qué puedo hacer para que se le pasen las pesadillas?

—Un niño traumatizado debe sentirse lo más seguro posible después de un evento aterrador. Bríndale esa sensación a través de caricias, abrazos o una simple palmada reconfortante en la espalda. Los niños que han presenciado una muerte, perdido familiares cercanos o reubicados en un nuevo hogar suelen tener más síntomas. ¿Cuáles has notado?

—Se asusta fácilmente con los ruidos fuertes y se le hace difícil separarse de mí para cualquier cosa…

—Entiendo.

—Lo mejor que puedes hacer es hablar con él. Que se sienta escuchado y comprendido. Permítele que cuente lo que cree que ha pasado. No hablar de ello es contraproducente.

—De acuerdo…

—No dejes de expresar esperanza en el futuro. Eso le animará.

—Bien.

—Y sobre todo, ten en cuenta que él podría sentir que lo sucedido, de alguna manera, es su culpa. Hazle saber que no lo es.

—Está bien, gracias…

—¿Te ha servido?

—Sí. Pero tengo una duda… ¿Y si cuando tenga seis o siete años sigue mal? ¿Y si tiene episodios severos de agresividad, ira e irritabilidad? ¿Y si se culpa? ¿Y si está siempre de mal humor? ¿Y si vive con miedo a si seguirá recibiendo cuidados y protección? ¿Y si se niega a hablar de ello? ¿Y si se aísla por miedo a que piensen que es diferente?

Me quedo callada. ¿Seguimos hablando del niño o hablamos de lo que le pasó a él? Entiendo que ese es su miedo. Que termine igual.

—Pues seguramente se sentirá muy solo y se convertirá en un adulto muy difícil de tratar y de encajar en la sociedad, pero si pones en práctica lo que te he dicho, si consigues que ese niño se abra a ti y confíe en alguien que merezca la pena, no le pasará. Y si le pasa, nunca es tarde para encontrar el apoyo y la inspiración en otras personas. Nunca es tarde para decidir confiar en ti mismo y sanar.

—¿Y si tengo miedo? ¿Cómo voy a saber en quién confiar? No siempre he acertado en mis elecciones…

No creo que se haya dado cuenta de que ha usado la primera persona, pero lo paso por alto e intento responder con honestidad.

—Eso lo sentirás dentro. Elige a alguien que siempre haya estado ahí en las buenas y en las malas… un buen amigo.

—No tengo… —confiesa—. Solo tengo buenos enemigos.

—Algo es algo —sonrío.

—Sí… son los que más me están ayudando. Y no entiendo por qué, después de cómo les he tratado…

—Algo habrás hecho bien.

—No creas… Bueno, muchas gracias. Intentaré llevar a cabo todo lo que me has dicho.

—De nada. No dudes en volver a llamar.

Al colgar, me quedo pensativa. «Kali no es tan malo», recuerdo la opinión de Lucas. Y como estudiante de psicología, no sé qué pensar. El hombre se corrompe con facilidad. Es envidioso y se deja dominar por su instinto de supervivencia, y ser tan inteligente, muchas veces lo sentencia. Nadie juzga la crueldad y la falta de empatía en los documentales de animales, porque es la ley de la selva, pero como seres humanos, se espera de nosotros que apliquemos una ética para convivir en sociedad que no todo el mundo respeta por los diferentes estímulos y educación que ha recibido.

Pienso en cuánto se preocupa Kali por Neo… En lo solo que debió sentirse para pensar en saltar de esa roca. En lo triste que es admitir que ya no tiene ningún buen amigo en el que confiar.

«Tengo buenos enemigos».

Chasqueo la lengua al pensar en todos los insultos que me ha proferido a lo largo de mi vida, y también en los que yo le he lanzado a él. ¿Son imperdonables? ¿Podríamos llegar a ser amigos?

Llega el final de mi jornada y me voy a comer a casa. Es un día caluroso y pienso en darme el chapuzón del que me privé el otro día porque había demasiada gente en mi piscina…

Mientras me meto en el agua, recuerdo su herida en el hombro, su cuerpazo, su brazaco… su mirada cómplice.

«¡No pienses más en él!».

Me sumerjo para enfriar mi tensión arterial, adoro el silencio que hay debajo del agua. La paz mental. El lapso temporal donde los segundos parecen detenerse. Sentirte abrazado por el agua,

la soledad y todos tus secretos…

De pronto, abro los ojos y lo veo todo azul y borroso, excepto una mota de color morado en el suelo. Me acerco a cogerla y me doy cuenta de que es el trol de Neo. Debió de perderlo aquí ayer.

Por la tarde, me acerco a casa de Kali para devolvérselo, pero es Dani quien me abre la puerta.

—¡Hola, Lía! ¡Pasa!

—No… Solo vengo a devolverle esto a Neo —Le enseño el trol.

—¡Oh, cómo te lo va a agradecer! Pero pasa y dáselo tú misma.

Quiero decirle que «no», pero el adverbio se queda atascado en la punta de la lengua y entro a regañadientes. Solo será un momento… Pero no veo al niño en el salón.

—Está en la habitación de Kali… Puedes ir.

Presiono las mandíbulas y avanzo por el pasillo. La puerta está entreabierta, pero llamo igualmente con ligereza.

El niño está en el suelo, entretenido con un juego de construcción y Kali está recostado en la silla de su ordenador. Ambos me miran.

—Hola… Perdón. Vengo a devolver una cosa que me he encontrado —Y muestro el trol enseguida.

—¡Bubi! —exclama el niño alargando la mano con ansia, y se lo hago llegar entrando en la habitación sin ser invitada a pasar.

—¿Qué se dice, Neo?

El niño lo mira apurado.

—Se dice «Gracias» —le chiva la respuesta.

—Asias… —musita abrazando a su trol.

—Muchas gracias —repite Kali—, ayer fue un infierno dormirle sin él. Tuve que darle el mío… y ahora me lo ha robado.

—Una gran pérdida —digo divertida.

—Sin duda.

—¿Cómo está? —Aprovecho para preguntar.

—Bien… Lo peor es por las noches. Creo que echa de menos a su madre.

—Normal…

—Luk y Ani vienen a verle todos los días, pero creo que estaría mejor durmiendo con Ani. Sabe cómo tratarlo. Quizá sea una locura, pero aquí ve demasiados hombres… Necesita a una mujer.

De pronto, el niño se me abraza a la pierna y alarga los brazos para que lo coja.

—A las pruebas me remito —Lo señala.

—Quizá tengas razón —Lo subo a mis brazos.

—Vaya… Nunca pensé que te oiría decir eso.

—Pues ya ves… siempre hay una primera vez.

Nos sonreímos y el acto me recuerda a uno de esos cambios catastróficos en el espacio-tiempo que podría cambiar el mundo tal y como lo conocemos. Como quien viaja al pleistoceno, pisa una mariposa y a los humanos nos sale un tercer ojo. Cagada.

Nuestros labios vuelven a su rictus serio, pero no dejamos de mirarnos.

—¿Eras tú? —pregunta de pronto. Y mi corazón comienza a latir como si quisiera salir corriendo de esa conversación.

—¿Quién…?

—La de esta mañana, por teléfono en el *Green Phone*.

—No sé de qué me hablas… —contesto desviando la vista y haciéndole caso al niño.

—¿Y la que me devolvió el trol hace años? ¿Fuiste tú o tampoco sabes de lo que te hablo…?

El momento se vuelve crítico. ¡Es demasiado listo!

—Tengo que irme… —digo al borde del colapso, dejando al niño en el suelo.

Huyo hacia la puerta y él se mueve con rapidez para bloquear la salida. Llega un segundo antes que yo y reboto contra su duro torso. Cada vez que lo toco, me cuesta horas reponerme a la sensación…

—Dímelo, por favor —suplica.

—Déjame pasar —dijo acorralada.

—¿Me lo devolviste tú? Solo dime eso…

—¡¿Qué más te da?!

—Intento encontrar a alguien que haya estado a las duras y a las maduras conmigo… —Lo miro asustada y sus ojos me atraviesan desde tan cerca que me tiemblan las piernas.

—Yo no soy la persona que buscas —balbuceo—. Es Cora.

—Tú me salvaste la vida…

—Lo hubiera hecho por cualquiera.

—Pero yo no era cualquiera…era un tío que te trataba fatal.

—¡Y sigues haciéndolo! Deja que me vaya, por favor —digo desesperada.

Neo gimotea llamando nuestra atención. Sus pucheros para rogar que no me marche nos derriten. Kali me esquiva dejando libre el paso a mi libertad y lo coge en brazos.

—Lo sé, campeón… Yo tampoco quiero que se marche —musita. Y aunque estoy muy tentada de poner pies en polvorosa, me doy la vuelta y me acerco a ellos para acariciar a Neo.

—Llama ya a mi tía Ani, no pierdas más tiempo.

—¿Puedes llamarla tú? —Me mira solícito—. Por favor…

—Claro.

—Siento… no saber hacerlo mejor contigo, Lía —dice de pronto. Y me quedo en *shock*. ¿A qué se refiere? ¿Hacer qué?

Kali coge el trol que Neo ha dejado abandonado en el suelo y se pone a jugar con él haciendo voces graciosas:

—Estoy tan contento de volver, Neo… Estaba perdido sin ti.

El niño lo agarra y lo presiona contra su pecho con fuerzo.

—Te entiendo, peque. También fue muy importante para mí cuando me lo devolvió. Fue la prueba de que le importaba a alguien…

El corazón se me resquebraja. Sobre todo al ver cómo el niño se le apoya en el hombro como si compartiese su pesar.

—Me voy… —musito conmocionada, antes de que me dé por unirme a ese abrazo—. Voy a llamar a mi tía Ani.

—Sé que la de esta mañana eras tú —musita—. Gracias por todo…

Me quedo parada y recuerdo algo que me gustaría haberle rebatido:

—Has dicho que no tenías amigos, pero no es cierto, tienes a Cora.

—Cora ya tiene suficiente con lo suyo… Y eres tú la que me pone las pilas siempre, la que me salvó la vida y la que me devolvió el trol. Siempre has sido tú, no Cora.

24
FARSA DE AMOR A LA ESPAÑOLA

“Ella es la mujer con la que planeo pasar el resto de mi vida. Me aferraré a ella todo lo que me permita”
Elena de Armas

Jueves

Aparto mi desayuno, ya he terminado. En casa de mis padres tardo más porque desayunan como marqueses. La mesa es un bufet libre digno de un hotel de cinco estrellas, lleno de todo lo deseable, dulce o salado.

Miro a mi padre pensativo. Está leyendo el periódico con mucha atención a través de su iPad.

—Papá…

—Qué… —contesta distraído.

—¿Voy a tener siempre miedo de todo o en algún momento se me pasará?

Al oírme, levanta la vista y bloquea el aparato.

—¿De qué tienes miedo?

—De absolutamente todo —confieso avergonzado.

—Eso es mejor que no tener miedo de nada. Significa que te importan las cosas.

—Me gustaría que no me importaran tanto… Ahora mismo, por ejemplo, no dejo de pensar en Kali.

—¿Por qué?

—Estoy preocupado por él.

—¿En qué sentido?

—Se infiltró en el cártel y si ahora el capitán o el jefe Avery lo ven con nosotros, en el Valhalla, por ejemplo, quizá vayan contra él.

Mi padre sonríe como si guardara un secreto.

—Me gusta que te preocupes por los demás.

—Le debemos mucho y no se merece que le pase nada.

—Y no le pasará. Confía en mí.

—¿Por qué estás tan seguro? No quiero que haya más secretos entre nosotros, papá. Cuéntame qué tienes pensado hacer. No me dejes al margen, por favor…

—¿Entiendes ahora cómo se siente Freya contigo?

El latigazo resuena en los recovecos de mi mente.

—¿Alguna vez vas a darme una tregua? —digo a la defensiva.

—Lo siento —Sonríe arrepentido—. Solo quiero que lo arregléis.

—Estoy en ello, pero no es fácil. Tengo un montón de problemas acumulados que no me dejan pensar con claridad… Y Kali es uno de ellos.

—Lo que teníamos que hacer con el capitán y el jefe, ya está hecho…

—¡¿QUÉ?! ¡¿Qué habéis hecho exactamente?!

Enciende el iPad y me enseña una noticia: «Detenido en Byron Bay el jefe de policía Richard Avery, implicado en un caso de asesinato».

Mis ojos se abren como platos y pido explicaciones mediante gestos, porque me he quedado sin habla.

—El lunes tuvimos una reunión con Marco y Enzo sobre ello…

—¡¿Y por qué no me avisasteis?! —exploto.

—No te enfades, hijo. Si me dejas, te explico por qué…

La furia de que no considerasen que yo debía saberlo crece por momentos.

—Adelante, habla… Explícame por qué crees que no valgo para participar en asuntos serios y peligrosos —digo dolido—. ¿Qué es eso que me hace «no apto»?

Para mí sorpresa, mi padre sonríe melancólico.

—Lo vas a entender genial. Una vez le dije a tu madre que no era «apta» para trabajar para mí y se ofendió tanto que secuestró a mi gato.

—¿Cómo…?

Vuelve a reírse.

—¿Sabes por qué no eres «apto», hijo? No es porque crea que no tienes huevos, es que hay gente que está aquí para mejorar el mundo y los que lo captamos debemos impedir por todos los medios que las fealdades del lado oscuro apaguen vuestra luz.

¡Y se queda tan ancho!

—Sabía que no era buena idea que tu madre trabajara en mi club porque era demasiado especial…, y cuando lo hizo, casi acaba muerta. Esa sensación de protección la tengo por ti multiplicada por cien… Y no porque piense que no eres capaz de ser el más letal y sanguinario de los mafiosos, ¡Dios nos libre si alguien como tú adopta ese rol!, sino porque siento que la razón de mi existencia es procurar que enfoques todo tu potencial en hacer algo mejor. Estás dejándote los cuernos para lanzar tu empresa al estrellato con un plan maestro que incluye tu participación en los Juegos Olímpicos… Estás invirtiendo millones en publicidad…. Eso sí es tener huevos. Yo no me atrevería.

Una vez más, me deja sin palabras. Pero aun así…

—Yo quería ayudar…

—Eso no sería justo… Igual que no sería justo que le pasara nada a Kali después de habernos ayudado tanto. No lo permitiré. Ni una cosa ni la otra. ¡Tú vales para mucho más! Yo solo sé hacer esto, déjame hacerlo. Te prometo que no tienes motivos para sentirte desplazado.

—¡Pero yo empecé todo esto…! ¡Es culpa mía!

—Por esa regla de tres, tú eres culpa mía por darte la vida. —Me guiña un ojo. Y los dos sonreímos. Necesito coger su mano.

—Gracias, papá…

—Lo hago encantado.

—No… Gracias por no rendirte nunca conmigo. Por ser tan pesado y no abandonarme aunque

sintieras que te odiaba. Me da miedo que mi hijo me odie… Su madre ya lo hace.

—Freya no te odia.

—En realidad, estoy a horas de perderla para siempre —me sostengo la cabeza, preocupado.

—Pues haz lo que sea necesario para impedirlo.

—Espero un milagro…

—Yo no creo en los milagros, creo en las personas.

—No queda otra. Tengo ganas de que todo termine… De que sepa la verdad y decida si quiere estar conmigo o no. Es cosa suya. Yo no puedo hacer más…

—¿Estás seguro?

—Sí. Solo queda que la verdad salga a la luz y decida. No sé cómo reaccionará…

—Quizá no muy bien, pero la verdad seguirá ahí y es: que esa chica te quiere desde el primer momento en que te vio. Cuando seas padre te darás cuenta de que el amor de verdad no se elige, te elige.

Y con esas palabras estoy dispuesto a jugármelo todo a un último farol, porque lo que no le he dicho a mi padre es que Freya lleva dos días ignorándome. Creo que no confía en sí misma para mantener la calma con «Lucas», sabiendo que la he engañado como Landon. Está demasiado furiosa. Aunque, en el fondo, no está al 100% convencida. Está esperando la cita porque, de algún modo, necesita desvirtualizar a Landon de una vez por todas para que su corazón sea totalmente libre de los dos.

«Buenos días. Nos vemos a las 20h en el hotel The Darling at Star de Gold Coast. ¿Quieres que te mande un coche a tu casa?», le escribo al volver a mi habitación.

«Buenos días… No será necesario. Conduciré hasta allí».

«¿Estás segura?».

«Sí».

«De acuerdo. Te espero en el Nineteen. El restaurante *RoofTop* de la planta diecinueve. A las 20h».

«Ok».

Resoplo mi angustia. Ese encuentro va a ser un choque de trenes que me sorprendería que terminara en beso.

Trago saliva. No me queda otra.

Paso todo el día muy nervioso, pero completamente absorbido por el trabajo. Mi padre está en lo cierto: ayer no me tembló la mano en invertir un millón para mostrar nuestro nuevo anuncio en las pantallas de Times Square. A veces creo que se me va la pinza, pero hoy las ventas on line están disparadas y la fábrica textil trabajando a pleno rendimiento, y espero que sigan así. Me han llegado a casa un montón de prendas y productos chulísimos de la marca con los que pretendo participar en un evento de surf amateur de Gold Coast. Todo sea para tener el status suficiente para que me dejen poner un stand de Morgan en las próximas olimpiadas. Nos consagraríamos como marca.



Dios mío… No sé por qué estoy tan nerviosa, pero no ayuda que nada de lo que tengo en mi armario me quede bien. ¡Estoy hinchada!

No es que haya una norma escrita que diga que hay que estar preciosa para echar una bronca de campeonato, pero seguro que ayuda.

Al final me pongo un vestido negro que me hace buenas tetas, hoy sí quiero parecer dura. Llevo dos días evitando a Lucas, para dominar mis ganas de estrangularlo, pero el momento ha llegado. Me va a oír…

El vestido es largo, atado al cuello con dos cintas y el hueco del estómago al aire. Tiene una caída agradable desde la cintura alta, y consta de una apertura a un lado que hace que enseñe toda una pierna. Sexy pero elegante. Perfecto para llevarlo en uno de los lujosos reservados del Nineteen. Ese restaurante es una pasada, se trata de una piscina en la que hay varias pasarelas que llevan a las mesas suspendidas en plataformas. No os extrañe si alguien que yo me sé termina en el agua…

Me subo al coche y pongo rumbo a Gold Coast. Ni siquiera oigo la música, solo mis pensamientos preguntándome una y otra vez cómo ha podido mentirme así. Quiero saber por qué. ¡¿Por qué coño le importo tan poco como para perder mi confianza?!

Al llegar, dejo mi coche en el parking del propio hotel y subo por el ascensor con un nudo en el estómago.

«Por lo que más quieras, no llores cuando aparezca y diga “sorpresa” como si esperase el milagro de que le perdonaras», me advierto. Pero va a ser inevitable, porque será francamente triste.

—Buenas noches, señorita. ¿La están esperando?

—Sí… —farfullo—. He quedado con el señor Landon Mortimer.

—Por supuesto. Acompáñeme, por favor.

Lo sigo con fuertes tentaciones de lanzarme al agua, porque siento que la piel me arde de furia.

Llegamos a una de las plataformas fortificadas flotantes.

—El señor Landon vendrá enseguida. ¿Quiere beber algo?

—Una copa de vino tinto estará bien…

No voy a bebérmela, es solo para tirársela por encima.

Observo a las demás parejas que no saben que están a punto de vivir una escenita de culebrón. Igual llamo a Lucas «Carlos Alfredo», para que quede mejor.

Pasan un par de minutos y empiezo a impacientarme, pero justo en ese momento, un hombre trajeado que no es Lucas, emprende camino por la pasarela principal. Es cierto que se bifurca hacia otras mesas, pero el resto parecen estar completas. La única que espera a alguien soy yo. A Lucas… A…

El joven se acerca a mi mesa con una sonrisa discreta.

—Freya… —me saluda sin aliento—. Estás preciosa.

—¿Qué…?

Me ofrece la mano y cuando pasan un par de segundos, se la cojo con rapidez para que no se ofenda. Me la besa sin dejar de mirarme.

¡¿Quién coño es este?!

Me fijo en que lleva una carpeta con el logo de la marca en la mano, así que no puede ser un error.

—Pareces aturdida, ¿estás bien?

—Sí, es que…

—Esperabas que fuera más guapo, ¿no? Al final tenía que haberte mandado una foto mía…

—¡No es eso…! —Porque atractivo es un rato. Es exactamente como lo imaginaba antes de empezar a pensar que era Lucas. Un joven trajeado con pelo de anuncio, mandíbula de superhéroe y alma de tiburón de los negocios. Rezuma inteligencia y…, bueno, tiene la voz algo distinta, pero somos algo así como amigos.

—¿Qué haces bebiendo vino? ¡Estás embarazada! —exclama con familiaridad, alejándome la copa. Después se gira y llama a un camarero que estaba atento a nosotros.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta. Y contesto lo único que tengo claro…

—No lo sé…

—A mí tráigame una copa del mejor champán que tengan, por favor, y a ella…, de momento, tráigale un zumo de uva. Gracias. ¡Tenemos mucho por lo que brindar y no puede ser con agua! —explica contento.

Pero por mucho que quiera, no puedo corresponder a su alegría. ¿Este es Landon? ¿En serio? Me cuesta creerlo…

—Pónmelo fácil, Freya, pareces muy decepcionada… y estoy empezando a sentirme mal de verdad.

—¡No! Perdona… Landon… —pronuncio su nombre como si tuviera cristales en la boca—. Es que me había hecho otra idea sobre ti…

—¿Creías que era mayor? ¿Más moreno, tal vez?

—No… simplemente creía que eras otra persona —confieso con la vista perdida en la nada.

¿Qué coño me pasa? «¡Reacciona, Freya, es tu jefe!».

Pero no puedo. ¿Cómo he podido equivocarme? Estaba segura…

Entonces recuerdo que cuando le dije a Lucas que debía marcharse porque tenía una reunión muy importante, acababa de planchar los dos vestidos y estaban totalmente a la vista. Igual los vio y…

Dios mío… ¡¿Este es Landon?!

—Dime una cosa —empiezo reticente—. ¿Por qué el otro día no pudiste conectar la cámara en la videollamada?

—Ni idea. Me sentí muy torpe, pero era un ordenador nuevo y no debía de tener activado algún plugin necesario. ¿Por qué?

—Por nada…

—He traído esto para repasar una cosa, espero que no te importe. Pero antes, dime: ¿por qué tenías tanto interés en conocerme en persona?

—Ya te lo dije… —digo bajando la cabeza—. Necesitaba ponerte cara y saber que eres real.

—Lo soy —musita cogiéndome de la mano con ternura y besándola.

El tiempo se detiene y me mira con una confianza que no siento hacia él. Intento devolverle la caricia, que esto me parezca bien, pero es como si todo lo que hubiera hablado con Landon hubiera alcanzado sentido siendo Lucas y no un desconocido.

—Antes de nada, —digo escapando de sus dedos—, me gustaría saber cómo sigue tu historia con aquella chica de la que me hablaste…

Él suspira sonoramente.

—Está más enfadada que nunca conmigo porque se ha enterado de toda la verdad. Creo que no tengo nada que hacer con ella. Se puede decir que tengo vía libre por su parte… ¿Y tú? ¿Qué has decidido sobre Lucas?

Que le mencione me hunde un poco en la miseria. «Lucas…».

Ya está. Es oficial. Me he hecho una película yo sola. ¡Landon es Landon y Lucas es Lucas! Son dos personas diferentes y acabo de darme cuenta de a quién quiero en realidad…

Empiezo a encontrarme mal al entender dónde estará Lucas ahora mismo. En la obscena despedida que Aitor ha montado para Marco, dando rienda suelta a la luz verde que le di… ¡Tengo que detenerle!

—Pues… con Lucas… —me cuesta hasta pronunciar su nombre. Es como si ya no fuera mío —. No lo tenía claro hasta que te he conocido…

—No soy lo que esperabas, ¿no? —termina por mí.

—¡Eres eso y más! Pero ahí está la cosa, que, aun siendo perfecto, ¡no eres él! Y yo, de algún modo, esperaba que lo fueras… —Caer en algo así de esta forma hace que me avergüence de mí misma—. Lo siento —farfullo sintiéndome imbécil—. Lo siento mucho, Landon. Siento haberte hecho venir hasta aquí y haberte hecho ilusiones sobre nosotros… Estoy avergonzada.

—No lo estés —Me presiona la mano, amigable—. Yo también quería verte. Como te dije, eres un activo muy importante para la empresa, y quiero que le eches un vistazo a estos documentos…

—¿Ahora mismo?

—Sí, tiene que ser ahora.

Levanto una ceja extrañada.

—Es importante —repone—. Es una propuesta muy interesante…

Me tiende la carpeta y me imagino encontrándome un contrato de confidencialidad como el de *Cincuenta sombras de Grey*, pidiéndome ser su ama malvada en mis ratos libres.

—Léelo entero, por favor.

En vez de perder tiempo pidiéndole explicaciones, abro la carpeta y empiezo a leer. Parece un contrato de compraventa tipo entre Landon Holdings y yo, hasta que llego a la parte donde se acuerda que… la compradora, y aparece mi nombre completo, tomará posesión del 50% de las acciones de la marca Morgan por el precio de un dólar. El otro 50% pertenecerá al señor… ¡¡Lucas Morgan!!

LUCAS MORGAN. LUCAS MORGAN. ¡LUCAS MORGAN!

—Ya sigo yo, Steve. Gracias —oigo una voz familiar.

Levanto la cabeza de las hojas y veo a Lucas, completamente vestido de negro, traje y camisa, mirándome con una expresión triste y dulce a la vez. Como si viniera a despedirse. La resignación que leo en sus ojos admite cualquier culpa que le quiera achacar sin poner ninguna pega. Lo único que parece querer es que no le guarde rencor eternamente.

—Lucas… ¿qué es todo esto? —consigo decir.

—Quiero que firmes —Señala los papeles—. Esta empresa es tan tuya como mía.

—¿Tú eres Landon?

—Landon Holdings es una empresa en la que llevo trabajando mucho tiempo. Si te fijas, se registró hace años, pero no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a mi padre, cuando no paraba de echarme en cara que no estaba haciendo nada con mi vida. Necesitaba mejorar en el surf antes de poder usar mi estrategia para viralizar la marca.

—Pero… —Mi lengua no coopera para gritarle todo lo que quería. Ni siquiera me deja preguntarle por qué me ha mentido, como si para ella eso fuese lo de menos. Se niega a hablar, solo quiere rozarse con la de él hasta que ya no tenga nada que decir.

—Desde que descubrí que eras tan buena en diseño, quise proponerte trabajar conmigo —continúa él—. Y si no me hubiera metido en el lío del Moonbow y Chris no hubiera muerto, habría hecho las cosas de manera distinta. Pero esta es nuestra historia… —suspira apoyándose en el antepecho de la plataforma.

No puedo evitar pensar en lo guapo que está. Y en lo lejos…

—Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte por haberte mentido, pero para mí, todo lo que te he dicho es cierto. O sea, todo lo que Landon te ha dicho… Tú eres su chica… La chica que le odiaría para siempre por intentar protegerla del peligro.

Mi boca se abre sola.

—He querido contarte la verdad muchas veces y que estuvieras en mi bando, pero cuando intentaron atropellarte, me asusté. Mi padre me dijo que si te quería, te alejase de mi y le hice caso, pero eso fue antes de entender que juntos somos más fuertes. Todos. Lo del embarazo complicó las cosas… Que quisieras interrumpirlo porque creyeras que no te quería, casi me vuelve loco. Crucé la línea para impedirlo porque sabía que nunca me lo perdonarías. Y yo tampoco. Se nos da demasiado bien crear cosas de la nada juntos…

Mis ojos empiezan a llenarse de líquido.

—Sé que ahora mismo me odias y que necesitas tiempo para…

—¿Puedes sentarte, por favor? —lo interrumpo. No soporto que esté tan lejos de mí.

Él me mira extrañado, pero se desliza hacia el interior de la plataforma para sentarse en el mullido sofá con cautela.

Me acerco a él hasta quedar tan sospechosamente cerca que su nariz no puede evitar perderse en mi perfume ni sus ojos en mi canalillo. Traga saliva cuando me descubre mirándolo sin ápice de resentimiento.

Enarbolo mi mano en su cuello y las yemas de mis dedos surcan su pelo con lentitud mientras nos miramos a los ojos sin decir nada, porque no es necesario. No solo sus pupilas están dilatadas al máximo, sino que casi puedo sentir cómo le palpita el pecho sin tocarlo.

Aun así, pongo la mano en su corazón y compruebo que es el mismo chico al que le latía frenético en la oscuridad de la fachada de mi casa la primera vez que hicimos el amor. Un chico que, a pesar de todo, siempre ha estado ahí como Landon, cuidándome, pendiente de mí, sin dejarme realmente al margen de su vida ni un solo minuto. Un chico que me habría decepcionado profundamente si no llega a ser Landon.

25
PÍDEME LO QUE QUIERAS AHORA Y SIEMPRE

“Piensa en lo que quieres, y si tu corazón te pide estar con él, no te lo niegues o te arrepentirás”
Megan Maxwell

Lo que más me gusta de Freya es que siempre me sorprende.

Si esto es una prueba, no voy a pasarla, porque tenerla a un milímetro de mis labios y no besarla me resulta imposible.

Mi boca se cierra sobre la suya esperando una bofetada que nunca llega. Lo que aparece es su lengua, tan delicada y suave como siempre, derritiéndome al instante en un jodido charco de felicidad. No tengo más remedio que pensar que soy el tío más afortunado del mundo.

Su mano agarra mi chaqueta para demostrarme que me quiere más cerca, más dentro, e inevitablemente alguien despierta de su letargo. Tengo tantas ganas de estar con ella que me lo montaría sobre esta mesa si no fuésemos a ir derechitos a la cárcel después.

Intento calmar mis besos cada vez más ansiosos, seguro que el resto de los comensales ya nos está mirando.

«La pareja de negro, ¡buscaos una habitación!», imagino que piensan, pero no tengo ninguna. Ni en mis mejores sueños hubiera pensado que fuera a necesitarla…

Deja de besarme con una sonrisa pilla que hacía años que no le veía.

—Debiste de reírte mucho cuando te dije que me gustaba un tío del trabajo…

—¿Bromeas? Casi me muero… Tuve muchísimos celos de mí mismo —musito en sus labios y vuelvo a besarla con sensualidad, pero su sonrisa vuelve a aparecer juguetona.

—Sigo enamorada de Landon —musita mimosa, sin dejar de acariciarme el cuello ni de mirarme a los ojos—. Pero también de ti… y… joder, necesitaba que fueras tú.

Esas palabras me constriñen el pecho.

—Dime que esto no es un sueño…, que me estás perdonando de verdad.

—No hay nada que perdonar —responde convencida—. Lo has hecho francamente bien, Lucas. He llegado aquí muy cabreada, pero al encajarme a Steve has hecho que me dé cuenta de cuánto te quiero. La decepción ha sido tan grande, que solo quería correr a tus brazos. Y de

repente, apareces aquí… Pensaba que estarías en la fiesta de Aitor, haciendo alguna salvajada por despecho.

Esas palabras me hacen sonreír.

—Fue Aitor quien me dio la idea de darte «lo que no querías» para entender lo que realmente querías.

—Es un genio.

—Seee…

—Un genio muy pervertido —Sonríe.

—También.

Volvemos a besarnos de una forma un tanto perversa, valga la redundancia. Me encanta sentir que sabe lo que necesito.

—¿Tienes hambre? —pregunto suspicaz.

—No de comida…

Levanto la mano para que un camarero acuda con rapidez.

—Sí, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Disculpe, necesitamos que nos lleven la cena a nuestra habitación dentro de una hora. ¿Es posible?

El pobre camarero carraspea, porque Freya no se ha dignado a quitarme las manos de encima, evidenciando la prisa que tenemos.

—¡Sí, señor! ¡Por supuesto, señor! ¿Cuál es su habitación?

—Ese es el problema, que no tenemos. ¿Podría usted gestionar la reserva de una de las suites? Tome mi tarjeta —Me la saco del bolsillo interior de la chaqueta—. Esperaremos aquí a que regrese con las dos tarjetas, la de la puerta de la habitación y esta.

Sin esperar a que conteste, Freya empieza a besarme la oreja. Y mi polla se pone de golpe como una piedra.

—¡Pronto, señor! ¡Ya mismo! —exclama el camarero.

—Gracias… —susurro antes de perderme en sus labios de nuevo. Siento que este es el principio de una era. La de la nueva Freya. Una que me encanta porque no se corta ni un pelo y también una que no ha firmado todavía los papeles.

—Firma… —digo en su boca.

—No.

Le muerdo el labio como castigo y ella se ríe juguetona. Algo me dice que no aguantaré sin correrme antes de llegar a la cama…

—Hazlo, quiero que sea nuestra. De los dos. Porque lo es.

—Firmaré, pero no hoy. No quiero sentir que nuestro amor es una transacción económica.

—Sería el polvo más caro de la historia.

Estallamos en carcajadas y volvemos a besarnos. Ahora estoy seguro de que no hay ni un solo comensal que no nos mire y quejándose mentalmente de que su cena le sabe a poco.

—Pues yo no pienso decirte que te quiero esta noche —digo chulito. Su diversión al oírme hace que me enamore aún más de ella.

—Me da igual… —responde empoderada. Y por primera vez, me mira como siempre he soñado que lo hiciera: creyendo en nosotros. Como si supiera que un «te quiero» no le llega ni a la suela del zapato a lo que siento por ella.

—Tengo una pregunta —dice enigmática—. ¿De dónde has sacado los medios para poner en macha la marca Morgan? ¿Cómo puedes pagar esas caras campañas publicitarias?

—Al principio, utilicé mis ahorros para llevarte a Sydney. No tenía dinero para lanzarla en

condiciones, así que hablé con Dani y… me ofreció un millón a fondo perdido.

—¡¿Qué?!

—Según él, no tengo que devolvérselo, solo quiere a cambio una comida, pero mi motivación es poder hacerlo algún día… Además, cuando mi padre se enteró, me dio otro millón…

—¡Eso es increíble, Lucas!

—Ya… No hubiéramos tenido el éxito que estamos teniendo sin ellos. Es justo lo que quería… Salir al mercado con fuerza.

—Lo que ha logrado es increíble, señor Landon… —musita lasciva.

—Tú sí que estuviste increíble diseñando el logo —La beso derretido.

Seguimos dándonos el lote a discreción como si tuviéramos quince años hasta que llegan las tarjetas. Se han dado prisa porque nos estábamos extralimitando un poquito.

Lo que yo decía… Como no cogemos el ascensor para bajar únicamente un piso hasta la *suite*, nos vamos enrollando por las escaleras de caracol de una forma cada vez más pornográfica. La raja de su vestido es una autopista directa al infierno para mis curiosas manos. Y cuando me canso de follármela con la lengua y con los dedos, me agacho para seguir innovando con mi boca…

—¡Lucas, por Dios…! —gime cuando me hundo la nariz en su humedad, pero me encanta sentir cómo se arquea y me agarra del pelo—. ¡Alguien puede vernos!

—¿Desde cuándo te preocupa eso? —La devoro con ansia.

—¡Oh, joder…!

Está tan caliente y receptiva que noto que va a explotar en cualquier momento. No podría parar aunque nos estuviera observando el Papa.

—¡LUCAS…! —Se acelera. Cuando siento que le fallan las piernas, la sujeto y me trago los espasmos de su orgasmo, que hacen que me muera por meterme dentro de ella. No puedo esperar más.

Sin pensarlo dos veces, la cojo en brazos y no opone resistencia porque está desfallecida.

No sé ni cómo entro en la habitación y la dejo sobre la cama, pero cuando voy a levantarme, me agarra y me dice:

—Me toca a mí…

Solo de pensar a qué se refiere, mi miembro se vuelve de acero galvanizado. No sé si es su forma de desnudarme o cómo me mira, pero siento que no voy a durar nada en cuanto…

—¡DIOSSS…! —jadeo cuando hace desaparecer mi miembro en su boca.

La tensión de mi cuerpo es tal que me agarro a las sábanas para mitigarla. Comienza con un ritmo lento y estudiado que me deja loco, de vez en cuando acelera y luego frena, sin ningún tipo de compasión. Esto es muy peligroso. Siento que podría conseguir cualquier cosa de mí con esta táctica… Nadie lo hace como ella. Nadie. Quién me iba a decir a mí que su forma de chuparla era jodidamente indecente…

Estoy a punto de decirle que pare cuando ella misma levanta la vista con expresión hambrienta y se baja de la cama para empezar a quitarse el vestido con lentitud sin dejar de mirarme.

Me quedo sentado en el borde de la cama sin poder apartar la vista de ella. Y mi polla menos. Trago saliva cuando descubro que no llevaba sujetador y se me seca la garganta como a un niñato cuando se desliza las bragas por las piernas quedándose completamente desnuda. No se le nota que está embarazada, pero puedo apreciar que sus caderas están más redondeadas que antes.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —murmuro solemne.

La acerco a mi cuerpo para besarla, y poco a poco, hago que se suba a horcajadas sobre mí hasta que nuestros cuerpos encajan. La simbiosis es tan perfecta que me abruma.

Sentirla abrazada por completo a mí, besándonos despacio y dejando que nuestros cuerpo se amolden con un movimiento suave es la mejor sensación que he tenido en mi vida.

Nunca me había pasado que no sintiera el coito como lo más importante. Ahora, cada roce de sus dedos en mi pelo, cada arrullo de su lengua en mi boca y mis manos aprisionando su espalda son lo que me hacen entender que estamos haciendo el amor con cada fibra de nuestro ser.

En un momento dado, la giro para que caiga de espaldas al colchón conmigo encima. Acaricio sus brazos hasta atraparlos sobre su cabeza y embisto profundamente entre sus piernas.

Sus gemidos me elevan a un nuevo estado de placer y siento tanta felicidad penetrándola que podría llorar. Mi cuerpo me advierte que está a punto de explotar por la simple imagen de verla gozar tanto, pero no quiero que acabe. No quiero correrme todavía, solo la quiero a ella. A su boca, sus caricias, su olor en todas partes…

Me incorporo y hago que levante la espalda de la cama para quedar de nuevo a horcajadas sobre mí. Su boca se derrite contra la mía ahora que estamos cara a cara, y volvemos a besarnos con deseo. Necesito tiempo en este nirvana, en esta plenitud, en este mar de caricias del que no quiero salir, pero es inevitable que al cabo de unos minutos de auténtica gloria, nos aceleremos y culminemos en un orgasmo arrollador. Un orgasmo que nos deja tan huérfanos que no somos capaces de separarnos. Y no lo hacemos. Porque no queremos dejar de tocarnos por nada del mundo.

«Gracias, universo, por dejarme saborear el auténtico amor».

Vuelvo a besarla despacio, demostrándole que ella siempre será mi casa, y me llena de felicidad que sigamos sin despegarnos durante un buen rato, como si ella sintiera la misma necesidad.

—Lo siento, pero voy a tener que romper mi promesa… —susurro embelesado—. Te quiero, Freya… Te quiero tanto que moriría por ti. También mataría. Si llegan a hacerte daño, no sé lo que habría hecho…

—Se lo hicieron a Cora…

—Lo sé, pero ya han tenido su merecido.

—Siempre le deberé la vida.

—Y yo… Porque tú eres mi vida, Freya. Lo eres todo para mí y nunca volveré a esconderte nada, te lo prometo.

—Tú nunca cumples tus promesas conmigo… —Sonríe.

—Esta sí. Te prometo que siempre te amaré.

26
EL ARTE DE SER NOSOTROS

“ La forma en la que tratamos a los demás es un reflejo de lo que sentimos por nosotros mismos.”
Inma Rubiales

Se acabó. No pienso ir.

—¿Estás lista, cariño? ¡Es tarde! —oigo gritar a mi madre.

—¡No voy a ir!

La susodicha aparece en mi habitación con una mueca aburrida.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Que voy a quedarme en casa, eso pasa! ¡No pienso ir a esa maldita cita por pena!

—No es por pena.

—¡Claro que sí! ¡El imbécil de Aitor llamó a Ray para que me invitara a salir justo el día de la despedida más guay del mundo! ¡Va a ser una bacanal, mamá, y no quieren que participe!

Mi madre alza las cejas y recuerdo cómo mi hermano insinuó, con muy poca sutileza, que no podía asistir porque no podría participar.

—¡Pero puedo mirar! ¡Tengo ojos! —grité desesperada.

—El problema es que yo también, hermanita, y si te veo merodeando por ahí con tu silla de ruedas, sin poder zorrear como a ti te gusta, me entrará un bajón que te cagas.

—¡Eso es mentira! ¡A ti se te pondría dura hasta en un entierro! ¡Lo que pasa es que no quieres que a los demás les entre bajón al verme!

—Lo has dicho tú, no yo. ¿Por qué te enfadas tanto? Ray me dijo que estaría encantado de salir contigo. Dice que se muere por llevarte a su caravana y presentarte a su perrita… También le dejé caer que te gustan los masajes con aceite —Me guiñó un ojo.

—¡¡AITOR…!!

Después de eso, se escapó de mí. Y lo peor de todo es que me hizo pensar que no quería que fuese a la despedida porque había algo que no quería que viera. ¿Qué sería?

—No puedes dejar colgado a Ray ahora —dice mi madre devolviéndome al presente—. Seguro que ya está de camino. ¡Llegará en cinco minutos!

—Accedió por pena, mamá. Yo no le intereso. El otro día se fue de mi fiesta como si nada, ¡sin intentar robarme ni un solo besito! ¿Qué hombre hace eso?

—Igual es un caballero y está esperando a la quinta cita.

—¡¿Qué dices?! ¡El tiempo es oro! ¡La gente se manda fotos de sus genitales como carta de presentación!

—Ray no parece de esos…

—¡Me da igual! ¡Tampoco tengo nada que ponerme! —Me cruzo de brazos enfadada.

—¡Siempre la misma historia, Cora! ¡Elige algo!

—¡Era más fácil cuando llevaba el pijama del hospital! ¡Tengo la sensación de que no le gusto con ninguna otra prenda! Es su fetiche…

—¿Quieres que te consiga uno?

—Muy graciosa…

—Déjame elegirte la ropa.

—Inténtalo si quieres… —señalo el armario.

Rebusca en él y saca una camiseta rosa chicle megaescotada y un pantalón vaquero corto deshilachado.

—¡¿Por qué mejor no voy desnuda?! —exclamo irónica.

—¡Así es cómo ibas antes, hija! ¿Por qué ya no te gusta?

—¡Porque ya no tengo cuerpo para ponerme eso! Entre mis cicatrices y mi masa muscular atrofiada estaría ridícula…

—No puedes dejar de ser tu misma y de ir como te gusta. ¿Crees que solo la gente perfecta puede hacerlo? Llevas las heridas tapadas, ¡pero tus tetas siguen estando bien! ¡No las escondas!

—¡Mamá…!

—¡¿Ahora te haces la remilgada?! Puede que antes no me gustara tu parte superficial, ¡pero sí tu poderío! Quiero que sigas siendo libre, Cora…

Los ojos se me encharcan.

—Ese chico es diferente, mamá. Nunca le gustaré a mí manera…

—No puedes cambiar para gustarle a alguien, hija. Además, es un hombre… ¡a todos les gustan las tetas!, así que déjate de tonterías y lígatelo como siempre has hecho. El físico no debe limitarte. Provócale y deja que se lance él. Yo lo hice con tu padre…

—¡No me cuentes nada! —Me tapo los oídos infantil.

—Vístete ya. Te quedan tres minutos —Se va.

—¡¡Mami!!

Se gira de nuevo.

—Ayúdame, por fi… —Y me sonríe.

Llaman al timbre justo cuando aparezco en el ascensor del piso de abajo. Mis padres lo instalaron cuando Lía se rompió el tobillo en sexto curso, pero nunca lo usamos. Excepto una vez que mis padres se quedaron encerrados haciendo Dios sabe qué… y tuvimos que rescatarlos.

Me acerco lo más rápido que puedo a la entrada y mi madre me espera para abrir. Está preciosa con un vestido amarillo de playa y el pelo en un recogido loco. Se ponga lo que se ponga, le queda genial.

Cuando por fin la abre, Ray se nos queda mirando con sorpresa, pero al final solo tiene ojos para ella.

—¡Señora Morgan…! Siempre es un placer verla.

¡Mira qué bien! Y yo soy un cero a la izquierda…

—¿Cómo estás, Ray? Aquí tienes a Cora, llévatela y que vuelva todo lo tarde que quiera. ¡Como si no vuelve!

—Gracias, mamá…

—¡Divertíos mucho!

—Gracias, señora Morgan. Se la devolveré sana y salva.

Dejo que Ray empuje la silla hasta su coche con el ceño fruncido.

—No tienes por qué hacer esto… —masculló.

—¿El qué?

—Quedar conmigo. No sé lo que te ha prometido Aitor a cambio, pero puedo ir a dar una vuelta y volver en un rato. Le diré que has cumplido…

—Aitor se me adelantó, pero yo iba a invitarte a conocer a mi perra un día de estos.

—¿Por qué tienes tanto interés en que la conozca?

—Porque le he hablado de ti.

¡Dios, qué tío más raro! Habla con su perro y no me ha mirado ni una vez las tetas. Igual es un asesino en serie al que le gusta tontear con enfermos, y una vez estás sana, te ofrece en sacrificio a su perro.

—Venga, sube al coche —me presiona—. Llevo toda la tarde cocinando, ¿sabes?

—No puedo sola. Tendrás que ayudarme. —También a meterme en el caldero…

—Claro… ¿Cómo te ayudo?

Me pongo de pie haciendo un gran esfuerzo con la pierna y el brazo bueno, y me quedo esperando a que me sujete en el aire.

—Vaya, eso ha sido impresionante…

—Tengo un buen fisio.

—¿Qué tengo que hacer?

—Voy a dejarme caer, tú sujétame de la cintura para controlar la velocidad a la que lo hago.

Las enormes manos de Ray, agarran mi desnuda cintura de avispa y me deposita sobre el asiento delantero con mucha suavidad, pero inevitablemente, él se queda encajado conmigo dentro de la cabina, muy cerca de mí. Demasiado…

Su cara queda a la altura de mi generosa delantera y pierde la vista en ella un segundo. Después me mira, azorado y traga saliva. ¡Le gustan las tetas!

—¿Estás bien así?

—Sí. ¿Y tú? ¿Todo bien? —pregunto con pitorreo.

—Sí…

Sigo sonriendo en lo que tarda en dar la vuelta y entrar en el coche.

En menos de quince minutos llegamos a un sendero en el que está aparcada su caravana. Es alargada y completamente de metal.

—¿El perro está ahí dentro?

—Sí.

—¿Y no se siente atrapado?

—Trabajo 6 horas, el resto del tiempo está fuera. Esas horas se las pasa dormido. Le encanta dormir. Es como un gato gigante.

—¿Por qué no buscas un apartamento?

—Lo he pensado, pero nunca doy el paso. Vivo bien aquí y Duquesa también. ¡Duquesa, ya he vuelto!

—¿Por qué la llamaste Duquesa?

—Lo entenderás enseguida…

Cuando abre la puerta de la caravana una perrita color chocolate sale disparada y se pone a correr en círculos de pura alegría, hasta que se lanza sobre él cuando se agacha para lamerle. Qué afortunada…

También viene a verme a mí, meneando mucho la cola y agachando las orejas con algo de miedo, pero ilusionada. Eso hace que me muera por abrazarla para que vuelva a poner las orejitas bien.

—Duquesa, aquí. Saluda a Cora.

La perra se planta delante de mí y se agacha haciendo una reverencia, ¡lo juro!

—¡Qué graciosa! —Me río.

—¿A qué sí?

—¿Le enseñaste tú?

—Qué va, empezó a hacerlo ella sola. Yo solo le enseñé a hacerlo cuando digo «saluda». —Y el perro lo repite.

—¡Qué bueno!

—Sabía que te gustaría…

—Es preciosa —La acaricio con dulzura.

—Tenéis eso en común…

Me lo quedo mirando y aparta la mirada al instante. ¿Tanto le costaba mantenérmela, acercarse y besarme? ¡Diablos!

—Está a punto de anochecer —comenta—. Será mejor que entremos…

«Sí, antes de que haya testigos de la matanza».

—¿Cómo voy a entrar? —digo mirando los tres escalones.

—Te cogeré en brazos, como si estuviéramos recién casados.

No pongo objeciones porque peso poco y su trabajo es muy físico.

—Déjame prepararlo un momento…

Ray entra en la caravana y me quedo mirando su apetecible culo. Quiero tocarlo. ¿Estoy loca? Si lo vierais no lo pensaríais. Tiene pinta de hacer sentadillas todos los días.

Veo que enciende unas luces y sale enseguida. Sus greñas rubias están despeinadas pero limpias. He olido el gel en su piel. Que se haya duchado significa algo, ¿no? Que nuestra piel va a estar en contacto.

Cuando se acerca a mí para cogerme me da la sensación de que no respira. Además, procura no mirarme a los ojos, yo, sin embargo, no pierdo detalle y lo inspecciono a fondo. Cada vez me gusta más su cara, su piel y su actitud. Es distinto a todos los chicos con los que he estado. Más maduro, supongo. Y menos sinvergüenza.

Cuando entramos en su espacio personal me sorprendo. Todo está muy limpio y ordenado y huele de maravilla a comida. Hay una mesa muy bonita con una vela, armarios, lo que parece un baño enano, pero la cama del fondo parece muy espaciosa…

—¡Qué pasada! ¡Este sitio está muy bien!

—Te lo he dicho —Me deposita en un asiento de la mesa.

La perrita entra también y se sitúa bajo la mesa para no ocupar espacio. ¡Es supermona! Ray sale a por mi silla y la mete doblada.

—Bueno, espero que te guste el solomillo Wellington.

—¿El qué?

—¿No sabes lo que es?

—No.

—Es mi plato favorito.

—¿Es carne?

—Sí.

—Vaya. Soy vegetariana…

La cara que se le queda me da tanta pena que no puedo seguir fingiendo.

—¡Es broma! ¡Qué cara has puesto! —Me río de él.

—Joder… casi me da una embolia.

Lo saca del horno y lo sirve en los platos. También saca bebidas, pero yo no puedo beber alcohol y me ofrece un refresco.

Me pregunta sobre mi vida y le cuento que estaba en segundo de carrera. Me metí a empresariales porque no sabía qué hacer, pero no me gusta mucho y no sé si continuaré ahora que mi vida ha cambiado.

—Siempre estás a tiempo de elegir otra cosa. Solo tienes que encontrar algo que te guste…

Lo miro y me pregunto si habla de estudios o de hombres.

—Nunca me lo he planteado —respondo perspicaz.

—Opino que es difícil tenerlo claro a los dieciocho, todavía no se tiene mucha experiencia en nada.

«Yo tengo mucha experiencia en hombres, chato», hubiera soltado mi yo del pasado, pero con él no puedo ser así. O quizá ya no me sienta así. Mi madre dice que tengo que ser fiel a mí misma, y admito que me gusta que se le escapen constantes miradas hacia mi escote. Siempre me ha gustado que me miren. ¿Eso es malo?

De pronto, caigo en que nunca he tenido una cita así. A solas, con un tío, solo de cena y conversación. Esto es nuevo para mí. Mi antigua yo ya le habría rozado el culo y estaría retozando en esa cama con él.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me sorprendo diciendo.

—Claro…

—¿Yo te gusto?

Mi madre se habría sentido orgullosa. Estoy siendo muy Cora.

—¿Crees que habría cocinado para ti si no fuera así?

—Quizá solo quieras ser mi amigo…

—No me curro un solomillo Wellinton para mis amigas… Hago unos bocadillos o pido una pizza.

La boca se me llena de saliva y no es por la deliciosa carne.

—¿Y por qué el otro día te fuiste de la fiesta sin darme un miserable beso de despedida?

—Porque todavía nos estamos conociendo. En la fiesta había mucha gente, apenas pudimos hablar íntimamente, como ahora. Solo fue una primera toma de contacto fuera del hospital.

«¡Contacto! Sí, nene, eso quiero».

—¿Y vamos a tener contacto directo hoy o…?

—No, hoy no.

—¡¿En serio?! —digo ultrajada—. Porque tiene pinta de que has cambiado las sábanas —Señalo la cama hecha de manera impoluta.

—Las he cambiado, entre otras cosas, porque no quería que la caravana oliera a tigre… Además, igual te apetecía tumbarte y charlar.

—Charlar… —repito aburrida—. ¿Siempre eres así o es que te echa para atrás que yo esté… convaleciente?

—No es eso para nada. Hay muchas cosas que podríamos hacer en tu estado. Casi todo, de hecho.

—¿Cómo qué? —pregunto provocativa.

—Podría darte un masaje, como sugirió tu hermano. Untar cada rincón de tu cuerpo con aceite y lamer cada centímetro cuadrado de piel…

Se me cierra la garganta al imaginarlo y tengo que coger mi vaso de agua para no morir incinerada por dentro.

—Pero no va a ser hoy… —deduzco.

—No.

—¡¿Por qué no?!

Él sonríe de medio lado y juro que me falta un pelo de gamba para lanzarme sobre su boca socarrona.

—Porque no me gusta acostarme con una chica sin que signifique nada. Me gusta conocer a la persona, desearla un tiempo, y cuando por fin pasa, entonces es mágico.

—¡Para mí siempre es mágico! Haré que veas fuegos artificiales…

—Creo que no hablamos de lo mismo. ¿Alguna vez te has acostado con alguien por el que tuvieras sentimientos profundos?

—¿A qué te refieres con profundos?

—Algo como… que no lo cambiarías por nadie. Alguien con quien te apeteciera pasar el día siguiente también. Alguien de quien no te querrías separar, aunque la vida te lo impusiera.

—No. Necesito mi espacio y separar ambos mundos.

—Entonces nunca te has enamorado de verdad.

—Supongo que no.

—Porque siempre has tenido todo lo que querías al instante y no lo valorabas.

—Mi padre dice que siempre consigo lo que quiero. Es lo que tiene ser la pequeña de cuatro hermanos.

—Imagino su debilidad contigo… Eres la viva imagen de tu madre.

—¿Y te gusta mucho mi madre, no? Te parece lo más.

—Sois como dos gotas de agua, ella con unos añitos más.

—¿Te gustan las maduritas?

—Me gustas tú, y cualquiera que se te parezca —zanja directo.

Mis hormonas crepitan dentro de mí. Parece tenerlo muy claro.

—Pues para gustarte yo, ella te impresiona más. A mí ni me miras.

—A ti todavía no te quiero, pero a ella podría quererla, es decir, a la imagen que proyecta. Es tu yo del futuro. Y me fascina observarla. Es como viajar en el tiempo.

—Estás muy loco, ¿lo sabías? —Me rio—. ¿Cómo puedes pensar en nuestro futuro? Solo tenemos el ahora…

—Piensa en alguien que esté enamorado, rápido. ¿Lo tienes?

—Sí. Mi prima Luz, por ejemplo, o Lenny.

—¿Y no planean, hoy por hoy, estar juntos para siempre? Así es el amor. Si tienes dudas, no es amor.

—No son dudas, es que nada está escrito…

—Pero tienes fe en que así sea. Eso es lo importante.

—¿Y crees que vas a enamorarte de mí? —pregunto coqueta.

—Podría. Sé que podría…

—¿Cómo lo sabes?

—Esas cosas se sienten. ¿Qué sientes tú por mí?

—Que quiero besarte —respondo sincera—. Quise hacerlo en el hospital, pero obvio, no era el momento. El otro día me moría de ganas y tampoco pasó. No he pensando en nada más a partir de ahí… Y ahora dices que hoy tampoco será. Empiezo a pensar que no ocurrirá nunca…

—Intento retrasarlo porque el primer beso da mucha información sobre la química de la

pareja.

—Y la información es poder… ¿Por qué esperar?

—¿Quieres besarme hoy? —Su mirada se torna oscura.

—Sí…

—Pues lo haremos. Al final de la noche.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Me humedezco los labios para que sufra un poco. Casi puedo sentir sus ganas intentando que se mueva y asalte mis labios ahora mismo, pero respira hondo para concentrarse y dice:

—Ahora cuéntame a qué se refería la gente el día de la fiesta cuando decían que habías salido del hospital justo a tiempo para hacer justicia… ¿Han procesado a la persona que te atropelló?

La pregunta me plantea una encrucijada. Yo no sé muchos detalles, pero sé que mi padre y mis tíos tienen experiencia en tomarse la justicia por su mano cuando la cosa se pone fea, y creo que Ray se merece saber que en nuestra familia no es oro todo lo que reluce.

—¿Me estás diciendo que tus tíos fueron en busca y captura del tío que te atropelló y lo trincaron en ese mismo momento?

—Sí. Junto con mi primo Marco. Él sí es un policía en activo.

—Menuda sangre fría…

—Sí. Ellos son así. Son unos tipos peligrosos.

—¿Y tu padre? ¿Cuál es su historia? He visto que tiene tatuajes carcelarios…

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo amigos que los llevan. Los reconozco a leguas.

—Estuvo en la cárcel de los diecinueve a los veinticuatro —confieso.

—¡Joder…! ¡¿Por qué?!

—Por traficar. Tuvo que fingir su propia muerte para salir de nuestro país.

—Madre mía…

—No debería habértelo dicho. Si se enteran de que te lo he dicho o se lo cuentas a alguien, te buscarás un problema.

Ray me mira fijamente con una sonrisa prohibida.

—¿Te he dicho que cada vez me gustas más…?

Me echo a reír y él conmigo.

—¿No querías conocerme? Ahora sabes que soy una bocazas —me riño a mí misma. Porque ese tipo de detalles, en realidad, asustan a la gente. No sé qué espera Ray de mí, pero estoy empezando a entender a mi madre cuando dice que sea yo misma. Y soy una Morgan… Nunca me había sentido tan unida a mi familia como estos últimos meses. Me han demostrado cuánto les importo y eso no se olvida.

—Fue hace mucho tiempo. En otra vida… Mi padre ya pagó su deuda con la sociedad. Y la pagó cara… Tiene sus traumitas.

—Se me da bien calar a la gente. Y sé que tu padre es un buen tío. Se ve a la legua.

—¿Y qué piensas de mí? —preguntó interesada.

—Tú eres todo un reto —Se muerde los labios—. Cuando te conocí eras un torbellino de enfado, pero sabía que lo que te había pasado te cambiaría. Les pasa a todos los pacientes. Y descubrí que había algo especial en ti que…

—¿El qué? —insisto muerta de curiosidad.

—Todavía no lo sé. Supongo que lo sabré cuando te bese…

Me sonríe y le sonrío.

Yo sé una cosa de él. ¡Es un puñetero masoquista! De esos que te torturan sin dejarte llegar al orgasmo fácilmente. Con él no serán simples fuegos artificiales… será la bomba de Hiroshima como poco.

Seguimos hablando sobre mi familia y mis hermanos. También le cuento lo del mutismo de Lenny y lo colgada que he estado siempre por él.

—El único tío al que no podías tener —discurre—. ¿Te das cuenta? Me estoy pensando lo de besarte luego… Creo que es pronto.

—¡Ni se te ocurra rajarte! —Y se ríe—. Estás tensando demasiado la cuerda y al final se va a romper. Te aviso…

Sonríe travieso y la conversación continúa. Terminamos hablando de por qué las cosas se torcieron con su última novia.

—Hacía planes con demasiada gente y nunca tenía tiempo para mí. Necesitaba estar todo el día divirtiéndose, entretenida…

—¿Qué tiene eso de malo?

—A mí me gusta tener mi rato de silencio y de pensar en mis cosas. No me gusta la gente que le aburre estar a solas con sus pensamientos. De hecho, eso es justo lo que cambia a los pacientes en el hospital, que no pueden hacer nada más que ver pasar el tiempo y tienen muchos ratos a solas consigo mismos. Esa riqueza interior es la que florece, y tú la empezaste a cultivar en esa habitación. Apuesto a que jamás te habías parado a pensar tanto sobre las cosas o la gente que te rodea…

Toda la razón. ¡Porque ahora soy una maldita rayada que no deja de pensar en ese maldito beso!

Jamás había hablado tanto con un chico… ¡ni con nadie! Y me resulta curioso lo rápido que ha pasado el tiempo, pero mi cuerpo magullado lo nota y me remuevo inquieta sin darme cuenta

—¿Estás incómoda ahí? ¿Te quieres tumbar en la cama?

—No sé… ¿Lo soportarás? —le vacilo. Él sonríe con guasa, pero entre broma y broma, la verdad asoma. Porque teniéndolo tanto tiempo de frente he podido estudiar mejor su lenguaje corporal, sus gestos, sus miradas y el tono de su voz… y resulta que no le soy tan indiferente como yo creía. Lo tengo al límite.

—Resistiré… Ven, debe de dolerte todo. No me he dado cuenta, lo siento.

—No te preocupes…

Maniobra conmigo para que me agarre a su cuello y colocar un brazo por debajo de mis rodillas y otro en mi espalda. Vamos hacia su amplia y apetecible cama, y me deposita sobre ella con suma suavidad, terminando sobre mí para no soltarme de golpe.

La nueva cercanía hace que nuestra respiración se dispare. Se queda atrapado en mis ojos y tiene pinta de que está muy cómodo teniéndome debajo de él en ese colchón. Me humedezco los labios como la perra provocativa que soy y él los mira con deseo. Ya no hay vuelta atrás. ¡Va a pasar! ¿Tendrá el aceite a mano?

Acaricio su nuca y le rodeo mejor con las piernas. Él exhala, rendido y se acomoda más sobre mí. Mi cuerpo chilla de gusto. Nuestros labios están cada vez más cerca. Siento su respiración en mi boca y no puedo creer que encajemos tan perfectamente.

—Tenías razón… —jadea—, no ha sido una buena idea tumbarnos en la cama… Mejor salimos a tomar algo por el pueblo.

Me agarra sin que pueda protestar y me saca del paraíso terrenal. ¡Nooo! ¡Yo debería estar dándome el filetazo ahora mismo, no en volandas!

No se me pasa el gesto enfurruñado hasta que paladeo el batido de chocolate triple con nata y

fresas que me ha prometido a cambio. Cuando nota que mi cuerpo lisiado ya no resiste más, me lleva a casa, y no pongo objeciones porque sé que ha llegado la hora de la verdad.

Detiene el coche frente a la puerta de la mansión y nos miramos.

—Bueno… —digo impaciente.

—Bueno… —contesta él. Y resoplo.

—¿Por qué tenía que ser aquí? ¿Por qué no en tu cama? Hubiera sido perfecto… ¡te morías de ganas! ¡No me mientas!

—Claro que sí, pero allí no habría podido parar… y quiero ir despacio, Cora. Te prometo que merecerá la pena…

—Por Dios… —cedo de mal humor. O quizá es que esté supernerviosa y no soporte esta presión.

De repente, noto que él se desabrocha el cinturón y hace lo mismo con el mío. No sabía que ese gesto pudiera ser tan erótico. El corazón se me para cuando me mira con aire de perdonavidas.

Acto seguido, echa su asiento hacia atrás, dejando espacio para mí, y me traslada sobre él sin preguntar, dejándome sobre sus fuertes muslos.

Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo gritan al sentir el contacto con su duro y caliente cuerpo. Su olor, más intenso ahora que estoy más cerca; sus ojos, que ya conozco de memoria, me miran viendo más allá de mi rostro… Amo compartir su espacio vital.

Me acaricia la cara con una veneración extraña y perfila mi labio superior antes de rozar su pulgar contra el inferior… Por último, me atrae hacia su boca como si fuera la decisión más importante de su vida.

¡OH, MY GOD!

Nuestros labios se montan el uno sobre el otro con un hambre y una destreza que va a parar directamente al puesto número uno de los mejores besos que me han dado en la vida.

Una de sus manos va a parar a mi cuello y la otra a mi muslo, mientras que las mías no pueden hacer otra cosa que agarrarle la cara para cerciorarme de que no se va a ningún lado. Pero es todo lo contrario. Ray se entrega como si no quisiera soltarme nunca. Como si quisiera que fuésemos eternos…

27
EL DÍA QUE SE PERDIÓ EL AMOR

“No hay dolor más intenso que el que te transmite, con su mirada, el amor de tu vida”
Javier Castillo

¿Dónde coño se ha metido Kali? La despedida está a punto de empezar. Lo tengo todo programado para que coincida con Lía en una actividad, ¡pero si no aparece, todo se irá a la mierda!

Lenny cruza el salón con prisa y lo intercepto.

—¿Has visto a Kali?

—No. ¿Y tú a Charlotte? —replica con ansiedad.

—No.

—¡Maldita sea! ¿Y si ya está en alguna habitación?

—El circuito todavía está cerrado. Relájate. Debe de estar en el baño.

—Estoy a punto de empezar a echar puertas abajo —bufa mi primo.

—¿Qué pasa? ¿No confías en ella?

—En lo que no confío es en mí si veo que alguien la toca. Está todo el mundo salidísimo por culpa de las dos sirenas…

Sonrío satisfecho.

Comprar un tanque de peces transparente de 1’60 por 1 metro y meter dentro a dos chicas preciosas semidesnudas enrollándose y metiéndose mano es lo que cualquiera necesita para calentar motores.

—No te quejes tanto y disfruta. Es Marco quien tiene una novia cañón que muchos querrán tocar, y nadie lo querrá tocar a él estando yo aquí…

—Eres un fantasma. ¿Enzo ha venido? —pregunta para bajarme de la nube. Eso me pasa por contarle que lleva unos días muy esquivo conmigo. Desde que el lunes se enteró de que el domingo no pude cortar con Hugo ha estado muy ausente, pero como le dije, fui el mismo martes a verlo a su casa y cumplí con mi palabra.

—Sabía que esto pasaría… —se derrumbó Hugo cuando le dije que era mejor dejarlo—. ¿Es porque te dije que te quiero? ¡Lo dije sin pensar!

—Eso da igual… Se nota que tú estás en otro punto. Y yo…, no puedo mandar sobre mis sentimientos, Hugo. Me importas mucho, pero no estoy enamorado de ti y te mereces que te quieran de la misma forma.

—¡Nunca se quiere de la misma forma! —protestó—. Cada uno lo hace a su manera, ¡y a mí no me importa que la tuya esté en otro plano! Tal vez sea tu forma de amar…

—No, Hugo, no lo es. Yo he sido tú. Yo he llorado y rogado para que no me dejen también…

—No te creo… ¿Quién no iba a querer estar contigo?

Suspiré hondo porque la explicación a por qué caía una y otra vez en sus brazos acababa de salir a la luz. Hugo sabía exactamente qué decir para hacerme sentir un Dios. Sus halagos eran un chute de endorfinas que debía agradecer de algún modo… Los guapos también tenemos problemas de autoestima, porque, aunque parezca mentira, sabemos que no todo en esta vida es el físico o el dinero. Algunos ven más allá y esos son los que tienen realmente el poder. Uno que no se compra ni se vende, sino que naces con él. Se llama honor. La meritocracia es una palabra olvidada en nuestros días, pero sigue estando ahí, recordándonos que nadie regala nada; que lo que fácil viene, fácil se va, y que puedes llegar a estar muy vacío rodeado de toda clase de caprichos y gente alrededor.

Cuando iba a marcharme de casa de Hugo, Enzo apareció en la puerta con una maleta gigante…

Los dos nos quedamos petrificados. Hugo no captó cómo nos mirábamos Enzo y yo porque él solito estaba flipando con la escena.

—Enzo… ¿Qué ha pasado?

—Que mi matrimonio se ha terminado —murmuró sombrío.

Me quedé tan bloqueado que no podía ni tragar saliva. ¿Era real?

—¿Tan definitivo es? —preguntó Hugo preocupado.

—Sí… Se acabó. Del todo…

—¡¿Pero por qué?! ¿Así de repente?

—No ha sido de repente. No ha funcionado desde que nos fuimos a vivir juntos. Ya no estamos enamorados y todo se ha vuelto muy difícil.

—No me lo puedo creer… —farfulló Hugo asombrado—. ¡Habría jurado que nunca os separaríais! ¡Erais la pareja perfecta!

—No existen las parejas perfectas… —susurré yo contrito. Y los gemelos me miraron—. Bueno, me marcho…

—Aitor… —me llamó Hugo en el último momento y me giré—. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme… Llámame como lo hiciste cuando te encontrabas mal el día que te dio un chungo. ¿Lo harás?

El mundo se me vino encima al ver su expresión esperanzada. Volví sobre mis pasos para abrazarlo con fuerza y musité:

—Procuraré no volver a hacerte eso nunca más, Hugo… Espero que seas muy feliz.

Me fui de allí sin mirar a Enzo, pero más tarde le escribí un mensaje.

«¿Podemos vernos? Donde sea…».

Lo leyó al momento, pero tardó en contestar envuelto en su eterno dilema entre el querer y el deber.

«Hoy no. Mi hermano está hecho una mierda y yo también».

«Lo siento mucho», tecleé sentido. No volvió a escribir nada. Era obvio que se sentía culpable y decidí darle espacio y esperar a que todo dejara de doler un poco. Hugo lo superaría. Lo nuestro era la crónica de una muerte anunciada. Que resucitó y volvió a morir fulminada.

Al día siguiente, me crucé con Marco. Sabía que habría visto a Enzo por temas de trabajo.

—¿Cómo está Enzo?

—Más serio que de costumbre. No ha querido hablar conmigo de nada. ¿Qué ha pasado?

—Ha dejado a su mujer…

—¿Por ti?

—En estos momentos no lo tengo muy claro…

—Joder… —Se frotó la cara—. ¿Necesitas que haga algo?

—Que le obligues a venir a la despedida… Solo te pido eso.

—Le insistiré. Pero, por favor…, no le rompas el corazón.

—Te prometo que no.

De lo que tengo miedo es de que rompa el mío no apareciendo hoy.

Justo en ese momento, veo a Kali y avanzo hacia él como alma que lleva el diablo.

—¿Dónde te habías metido? —mascullo.

—Estaba en el baño. Cuando estoy nervioso, me voy por la patilla.

—Qué asco. Espero que te hayas lavado las manos y todo lo demás.

—¡Sí, joder! Hasta me he echado un desodorante que he encontrado.

—¿Cuál?

—Era blanco y pequeño. De spray.

—¡Es de Charlotte! Ahora tu culo huele a tía.

—Estoy a punto de largarme. Ni siquiera sé qué coño hago aquí.

—Seguir nuestras indicaciones al pie de la letra. Lucas cumplió con su parte, sugiriéndole la idea de que le gustabas. Yo certifiqué que había tensión sexual entre vosotros. Y tú diste el primer paso hablando con ella en tu habitación…

—Ese día huyó de mí —corrige—. No quiero ni verla…

—Y no la verás… Conozco a mi hermana y sabía que elegiría la *dark Room*. Es la habitación perfecta para esconder sus inseguridades. A oscuras el físico no importa y los sentidos se agudizan.

—¿Y si me reconoce?

—Puedes alegar que era solo un juego.

—No estoy seguro de nada de esto…

—Dijiste que besarla en el Valhalla fue mágico.

—¡Yo no dije esa chorrada! Dije que no estuvo mal…

—Lucas cree que estás desesperado por ella.

—Me largo —Hace el amago, pero lo sujeto a tiempo.

Yo nunca podría frenar a un mastodonte como Kali con mis bracitos de Rex de *Toy Story;* si lo consigo es porque él me lo permite y mola todo notar que en el fondo no quiere irse. La de Lía y Kali es una relación compleja, se odian tanto como se atraen, y es muy difícil llegar a juntar sus labios, pero en cuanto lo hagan, no podrán parar. Eso le dije a Kali el domingo en la piscina cuando por fin se rindió a la evidencia.

—Nos hemos besado dos veces y hemos podido parar. Bueno, ha parado ella…

—Pero no podrá una tercera —sonreí granuja—. Y menos, con los estímulos adecuados.

—¿Qué estímulos?

—Déjale claro que tú sientes algo por ella.

—Me partirá la cara.

—Es probable —saltó Lenny—. Yo quise partírtela cuando me enteré de que intentabas ayudarnos infiltrándote en esa banda.

—Me lo dejaste muy claro en el baño del Manhattan…

—Pero con cada cosa buena que hacías, me iba ablandando contigo. Hasta que descubrí que te gustaba Taylor Swift y ya conquistaste mi corazón para siempre.

—Que te den por culo…

Las risas de todos no se hicieron esperar.

—Encontrarás la manera de demostrarle que para ti siempre ha sido importante —apunté.

—¿Siempre?

—Siempre —sentenció Lucas con firmeza—. Lía ha sido la única persona que ha tenido verdadero peso en tu vida. En tu peor momento llamaste al Green Phone, Kali… La llamaste a ella. A lo único que sabías que no te fallaría.

Kali guardó silencio y Lenny y yo miramos a Lucas maravillados.

—¿Qué más tengo que hacer? —preguntó Kali.

—¡Me va a encantar tenerte de cuñado! —exclamé feliz. Su respuesta fue cogerme y lanzarme a la piscina cuando había dicho expresamente que no quería mojarme el pelo. Doble LL se rieron a gusto ante mis lamentos. Kali también sonrió. Era un principio.

—Es el momento de la verdad, Kal… —le digo volviendo al presente—. Lo tienes muy fácil. Hazme caso.

—Me va a mandar a la mierda, joder…

—Esta vez no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a mi hermana le ponen mucho este tipo de fiestas con juegos eróticos. Es tu oportunidad. Solo tiene que bajar sus defensas y dejarse llevar. La idea de tener carta blanca es muy poderosa. Todo vale sin que cuente. Lánzate ya…

—Si sale mal, te cortaré los huevos.

—Recuerda, cuando empiecen los juegos, mantente al margen. Luego métete en la habitación azul con las gafas de visión nocturna y emparéjate con ella. ¿De acuerdo?

—Vale…

Nos separamos antes de que mi hermana nos vea hablando y quiera cortarme en pedacitos.

Miro la cuenta atrás que he puesto en la pared para que la gente vaya poniéndose cada vez más nerviosa. Quedan tres minutos para que todo empiece y Enzo sigue sin aparecer. Si no viene, me moriré de pena, porque no pienso hacer nada con nadie que no sea él.

Estoy demasiado liado. Lucas y Cora, que podrían ayudarme, no están, y toda la responsabilidad de esta noche recae sobre mí al intentar que Lía y Kali se líen y procurar que Lenny no le rompa la nariz a nadie.

Cuando el marcador llega a cero, se escucha una señal y cojo el micrófono que había dejado preparado. Busco a uno de los camareros que he contratado y le hago una señal.

—Buenas noches a todos —comienzo—. Gracias por asistir a esta fiesta tan especial. Para que todo salga bien debéis seguir las instrucciones del equipo contratado para el juego. Si en algún momento cambiáis de opinión, podéis abandonar, pero si os atrevéis a poneros a prueba y a seguir, hacedlo con precaución, limpieza y siguiendo las normas. ¿De acuerdo? Que empiecen los juegos del hambre y terminéis todos en una *petite mort*. A poder ser con un desconocido. ¡Aprovecha, Marco…! —Me carcajeo.

La gente aplaude y el susodicho me mira sonriente como si estuviera imaginando una dulce tortura para mí. Ni caso. Me ama.

—No os perdáis el chupito de bienvenida para entrar en calor —prosigo y tres camareros salen con bandejas de chupitos de colores—. Habéis elegido un papel con un color al principio de la

noche. Habéis tenido tiempo de comprobar dónde está esa habitación. Cuando se oiga la señal, que cada uno acuda a su puerta. Mucha suerte, valientes…

Voy directo a Marco, que parece reacio a tomarse un chupito azul.

—Bébetelo, anda.

—Y una mierda, no me fío un pelo de ti. ¿Qué has metido esta vez?

—¡Nada! Solo lleva alcohol.

—Vamos a acabar en los periódicos, lo presiento… —gime Marco.

—Te juro que no lleva nada. No estoy tan loco… El alcohol ya desinhibe lo suficiente.

—Más te vale… —Lo veo mirar a Luz, que está rodeada de un grupo de chicas, entre ellas Lía y Charlotte. Todas parecen pletóricas por comenzar y muy seguras de sí mismas con que no caerán en las tentaciones. Las veo brindar y sonrío.

—Como Luz haga alguna tontería drogada, te mato —dice Marco.

—Si la hace, no será por ese chupito. Será porque no te quiere.

De pronto, me agarra del cuello de forma amistosa, pero yo sé que no es así porque me está machacando una vértebra y estoy a punto de desintegrarme vivo.

—Por tu bien que no pase nada… —masculla serio.

No lo parece, pero Marco tiene muchísima fuerza. Le he visto reducir a Lenny gracias a su complexión y rapidez de movimientos. No lo ves venir y su resistencia es implacable.

—¡Entendido! Tranquilo. Te quiere… ¡Te quiere mucho!

—Eso pensaba…

Queda un minuto y me acerco a las chicas para asegurarme de ello.

—¿Estáis listas?

—¡Sí! —chillan entusiasmadas.

—Gracias por montar esto con Charlotte, Aitor —dice Luz—. Es la despedida perfecta. Una noche de diversión sin celos. ¡No sé cómo les has convencido, pero gracias! ¡Va a ser genial!

—Pero… ¿no vas a hacer nada, no? —pregunto con miedo.

—Depende de lo buenos que estén los chicos que has contratado —dice divertida. Todas se ríen. Pero yo no. Porque están muy muy buenos y no están contratados, sino que es gente que encontré en un foro de encuentros swinger, a los que les gusta guarrear y pasarlo bien. Glups…

—Charlotte, tú mejor no hagas nada, o alguien podría terminar en el hospital… —le advierto.

—Tranquilo, Lenny y yo lo hemos hablado. Como mucho les seguiremos la corriente con algún tocamiento y poco más.

—No tardes mucho en salir de la habitación, Lenny te estará esperando. Y si no sales, entrará él a buscarte como un toro de Miura…

—No te preocupes, Aitor. Todo está bien. Disfruta de la noche.

¡PIIIIII! Suena la sirena.

Antes de que nadie empiece a moverse me doy cuenta de que Enzo no está en el salón. No ha venido…

El tiempo de juego comienza y la gente se desplaza hacia sus colores. Me quedo solo con Kali y los camareros porque todo el mundo se ha animado a participar. Poco a poco, cae sobre nosotros un manto de silencio atronador. Sin duda, la calma que precede a la tormenta…

En ese momento, veo que Enzo aparece en el recibidor de la casa. Se interna en el salón y nos ve. No tengo que decirle a Kali que se largue. Desaparece escaleras arriba, sin prisa, sufriendo su propio infierno de nervios. Enzo se acerca a mí en la penumbra del salón, solo alumbrado por algunas luces de colores led.

—Llegas tarde… —le reprocho.

—Tampoco iba a participar en nada.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros sin saber qué decir y al final murmura un «voy tirando».

—Yo te he echado mucho de menos, por si te interesa saberlo…

Me mira conmocionado. Es como si no supiera qué hacer conmigo ahora que somos libres. Soy una pieza que no encaja en su vida, queda en mis manos recordarle cuál es mi lugar…

—Ven —Le hago pasar a la cocina. Es la zona de los camareros y las bebidas—. ¿Podéis dejarnos solos?

Los empleados se van y le hago sentarse en la mesa para colocarme entre sus piernas y abrazarlo. Enzo se deja.

—Abrázame, por favor —le pido. Y poco a poco apoya sus manos en mi espalda y me acoge entre sus brazos. Que aspire mi olor y se esconda en mi cuello me hace más feliz que cualquier mamada. Necesito que vuelva a mí. Que recuerde que no todo es malo en estos momentos. Que me tiene. Poco se habla del poder sanador de los abrazos.

—Todo irá bien… —susurro.

—¿Cómo lo sabes?

—Por esto… —Lo beso con una dulzura surrealista y rezo para que me responda como siempre. Lo hace despacio y mecánicamente, como si el peso de la culpabilidad le impidiera hacerlo como desea. Lo cojo de la mandíbula y profundizo en su boca, recordándole lo que es capaz de sentir y asegurándole que está bien. No le agobio tocando su cuerpo, solo la cara, y por momentos, su lengua se vuelve más colaborativa. Al final es él quien desliza las manos por mi espalda baja para atraerme más hacia su cuerpo.

—Te quiero, joder… Me tienes aquí —sentencio.

Al oírme, se enardece, y comienza a besarme con más ímpetu. ¿Cómo no íbamos a luchar por esta forma de besarnos? No es solo pasión, es devoción, son ganas, es amor. Su mano desabrocha mi pantalón lo justo para llegar hasta mi polla y acariciarla. Gimo en su boca cuando la aprieta con fruición.

—No quería creerlo… —dice una voz estrangulada.

El susto que nos llevamos es descomunal. Que fuera cualquiera, sería malo, pero siendo Hugo, se convierte en algo horrible.

Enzo suelta una exclamación ahogada y se aparta de mí de golpe. El pavor atenaza su garganta impidiéndole hablar.

—Hugo… —carraspeo yo. Pero me ignora. Él no deja de mirar a su hermano.

—Te he seguido… —explica—. Te habías echado demasiada colonia para ser un puto desgraciado…

—Hugo —repito alerta. Pero es como si no existiera para él. Yo tampoco sé qué decirle, solo quiero que deje de focalizarse en Enzo o terminará diciéndole alguna burrada.

—Ayer fui a hablar con Ruby —dice de pronto—. Quería saber su versión e intentar ayudaros, pero cuando me la dio, me mató en vida… ¿Es cierto que os liasteis hace años, y que en venganza, Aitor la convenció para que se casase con ella?

Si no fuera por sus ojos cargados de lágrimas sin derramar, juraría que Enzo está catatónico. Necesito que reaccione y deje de recibir golpes, porque al final, lo noqueará.

—También me dijo que hace poco habíais hecho un trío. Me pareció tan imposible que pensé que se había vuelto loca… Ayer me dormí pensando que estabas mejor sin ella, pero entonces recordé lo mal que estaba Aitor por terminar una relación recientemente… Y entendí que como no pudo tenerte a ti, se conformó conmigo como sucedáneo.

—Eso no es cierto —protesto serio. Pero es tan cierto que las palabras me queman en la boca. En los ojos de Hugo no caben dudas.

—Y ahora por fin, te has decidido a dejar a Ruby y volver con él… Espero que seáis putamente felices.

Se va con un cabreo monumental, y solo entonces, Enzo reacciona.

—¡¡HUGO, ESPERA!!

Lo sigue y yo voy detrás con el pantalón medio desvencijado.

Lo atrapa en la puerta de entrada, pero Hugo le da tal coz para quitárselo de encima que Enzo sale disparado hacia atrás. No se rinde y sale a la calle tras él para pararlo de camino hacia su coche.

—¡Espera un momento! ¡No te vayas así! ¡No puedes conducir!

—¡¡No vuelvas a hablarme en tu puta vida!! —le grita empujándole, pero Enzo intenta abrazarlo para retenerlo. Cabría esperar que fueran idénticos, pero no lo son. Hugo está mucho más fuerte y consigue deshacerse de él. Además, su cabreo es mucho más grande y eso le suma fuerza.

A su favor, Enzo solo tiene el miedo que le da que Hugo se marche así, y sé que hará cualquier cosa para evitar que se ponga en peligro, como atacarle para que descargue toda su ira contra él…

Y eso pasa. Se pelean y Hugo termina pegándole un puñetazo brutal a Enzo, pero a este parece darle igual e insiste en retenerlo. Hugo se vuelve loco y empieza a pegarle con más fuerza, varias veces seguidas, como si fuera un puñetero saco de boxeo.

—¡Para, Hugo! ¡Lo vas a matar! —grito despavorido.

Enzo no se defiende, solo lucha para que no huya de él y se queda amarrado a su cabeza. Los piñazos que le mete Hugo en el brazo son como para partírselo en dos. Está desatado.

Me siento tan inútil que hago lo único que puedo hacer. Llamar a Lenny.

—¡Sal rápido a la calle! ¡Hugo y Enzo se están peleando!

Los treinta segundos que tarda Lenny en aparecer, sirven para que Hugo lesione a Enzo de verdad, porque se retuerce malherido en el suelo, y me doy cuenta de que ya no puede usar el brazo, pero hace lo posible por agarrarlo con sus piernas. ¡Por Dios bendito…!

Hugo lo mira furioso y le grito para que se detenga.

—¡Hugo, no! ¡No lo hagas, por favor!

De repente, me mira con odio inyectado en los ojos.

—¡Todo esto es culpa tuya! —increpa—. Nunca se lo perdonaré… ¡NUNCA! Ya no tengo hermano.

Se deshace del amarre de sus piernas y le da una patada de regalo en toda la cara que me hace gritar. Lenny aparece corriendo y se lanza sobre Hugo para que no siga. Porque podría ser fatal.

—No dejes que se vaya… —farfulla Enzo con una voz irreconocible y escupiendo sangre. Nunca había visto a alguien tan mal. Tiene la cara amoratada e hinchada. Apenas se le ve un ojo.

—Enzo, por Dios… —me agacho a su lado—. ¡Hay que llevarlo al hospital! —les grito a Lenny y a Hugo, que siguen rodando por el césped, pero Lenny parece tenerlo aprisionado—. ¡Está muy mal!

—¡Llama a Marco! —exclama Lenny forcejeando.

—¡Todo esto es culpa tuya! —repite Hugo—. ¡Nos has destruido…!

—¡Eres un puto egoísta, Hugo! —vocifero—. ¡Siempre se trata solo de tu sufrimiento, pero nosotros también tenemos derecho a ser felices! ¡¿Eres consciente de lo que ha sufrido tu hermano todos estos años?! ¿Del poco tiempo que hemos tenido para hacer lo que realmente

queríamos mientras tú te hartabas de recibirlo? ¡Es muy injusto!

—¡¡ERA MENTIRA!! —explota de rabia—. ¡Yo nunca te he tenido realmente…! ¡Él sí! ¡Pero no os preocupéis, ahora vais a tener todo el tiempo del mundo para estar juntos! ¡No vais a volver a verme nunca, joder! ¡Ninguno!

—Hugo, no… —dice Enzo moribundo, gastando sus últimas energías, pero está demasiado débil y al final pierde el conocimiento.

—¡¿QUÉ COJONES PASA AQUÍ?! —aparece Marco, y que me mire como si yo tuviera la culpa de todo, me hace polvo. Su «te lo dije» se me clava en el estómago y siento que voy a vomitar.

—Necesita un médico —farfullo lloroso.

—Ya lo veo, joder. ¡Y tú para ya, si no quieres dormir en el calabozo esta noche —le dice a Hugo—. Tú… —me mira furioso—. Tú lárgate ahora mismo. Vete a casa de tus padres y no salgas. ¿Me has entendido?

Pero yo quiero ir al hospital con Enzo. Estar allí cuando despierte. Cuidarle. Decirle que todo se solucionará y…

—¿Me has entendido? —repite Marco muy serio, clavándome la mirada. Cuando usa ese tono sé que no tengo elección.

—Coge la moto y vete… YA.

Obedezco y llego a casa de mis padres con la mirada vidriosa. Todo está a oscuras y en silencio. Me descalzo y me lanzo sobre la cama para llorar contra la almohada al recordarlo todo.

¿Por qué mi vida es tan difícil? Iba en serio cuando le he dicho a Hugo que todo esto es muy injusto. ¡Todos somos víctimas!, pero él se repondrá cuando entienda que nunca tuvo posibilidades de conseguir lo que quería, ¡pero yo sí las tenía, joder! Yo lo tenía en la jodida mano y me lo ha arrebatado…

—¿Aitor? —escucho una voz en la oscuridad. Es mi madre. ¿Cómo ha podido oírme si el cojín aplaca cualquier sonido? Siempre he pensado que tiene un sexto sentido.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No… —respondo con la voz tomada por el disgusto. Me giro en la cama y ella se sienta para abrazarme.

En cuanto estoy en sus brazos me derrumbo del todo.

—Voy a perderle, mamá…. —sollozo—. Voy a perderle.

No pregunta a quién. Porque un dolor así solo puede provocártelo el amor de tu vida.

28
ADICTA A TI

“Cada momento a tu lado es una dosis de felicidad que no quiero dejar de experimentar.”
Laurelin Paige

Nota mental: «No hacer caso a los Morgan nunca más».

¡¿Quién me mandaría a mí?!

He subido las escaleras, tal como me ha indicado Aitor, sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho. ¿Cómo no me he dado cuenta de que iba directo a una trampa mortal? A quemarme como no lo he hecho en mi vida con nadie…

Cuando he llegado a la puerta en cuestión, he resoplado. Menos mal que he recordado apagar la luz para que no me vieran desde fuera, y me he puesto las gafas de visión nocturna. ¿Para qué? Para nada. Porque una vez dentro solo veía puntos verdes borrosos. ¡Esas malditas gafas eran del jodido Aliexpress!

—¡Otro valiente! Perfecto, así sois pares. Habéis elegido la habitación *dark room,* lo que significa que estáis dispuestos a que alguien que no sabéis quién es, os toque. Por lo que a mí respecta, es una experiencia genial porque puedes pensar que es quien tú quieras. O a veces, simplemente, necesitamos que nos toquen sin preguntas ni consecuencias, solo para sentir. Y aquí los sentidos se incrementan al privaros de la vista. La norma principal es que no se puede hablar, solo gemir. ¿Estáis listos?

Pero yo no lo estaba. No he dejado de moverme y de dar vueltas hasta que la he encontrado. O eso quería pensar. ¡Ha sido horrible!

Cuando me he quitado las gafas ha sido aún peor, porque no veía absolutamente nada, ¡y yo quería verla! Había estado mirándola toda la hora antes de empezar el juego. Llevaba un vestido que consistía en una parte de arriba negra elástica, con un precioso escote corazón y un apetitoso cuello barco que terminaba en su cintura alta, y desde ahí, comenzaba la caída de una falda de gasa estampada con una gran abertura que parecía muy fácil de apartar si la situación lo requería…

—Encontrad una pareja.

Mi mano temblorosa en el aire ha tocado a alguien que se ha asustado un poco, pero he

buscado su mano y la he agarrado con decisión.

—¿Ya está? Pues tenéis siete minutos para gozar.

Ha sido oírlo y entender que solo me quedaban 430 segundos de vida que debía aprovechar sin pensar, porque después ya nada importaría; sería hombre muerto.

Notar que deslizaba su mano por mi brazo desnudo me ha puesto la piel de gallina. Ella también tenía prisa. Su otra mano ha ido directa a mi tableta de chocolate y la he sentido respirar aliviada al comprobar que era un hombre. ¿Acaso tenía dudas sobre eso? Iba a quitárselas todas de golpe…

He tirado de su mano en busca de la cama que supuestamente se encontraba al fondo, detalle cortesía de Lenny, y cuando nos hemos topado con el borde, mis manos han trepado por su cuerpo hasta encontrar su cara. Necesitaba juntar nuestras bocas sin pensarlo ni un segundo más.

Su forma de derretirse en mis labios ha sido como la recordaba. Son tan jugosos y turgentes que cualquier movimiento que haga con ellos es la hostia de erótico. Su lengua ha empezado a acariciar la mía con timidez, como lo harías en un primer beso con un desconocido, pero no era mi caso. Yo conocía de antemano la elasticidad de su boca y he avanzado sin miedo hasta el fondo, sabiendo que podía darme muchísimo más que eso. Ella se ha excitado al sentir que me desenvolvía bien, o quizá estaba pensando en cómo sería disfrutar del poderío de mi lengua entre sus piernas…

Ha sido pensarlo y no poder quitarme la idea de la cabeza.

Sin darme cuenta, he empezado a besarla con más brío y sus manos se han elevado hasta tocarme el cuello. Pero no podía dejar que siguiera subiendo y me tocara el pelo, adivinaría al momento quién era, así que me las he ingeniado para girarla, dejándola apoyada sobre mi pecho, y cruzando un brazo por encima de sus…

En cuanto he notado sus tetas, mi mano se ha sumergido en su escote y ha amasado un pecho suntuoso. He creído morir cuando la he escuchado gemir casi en mi boca, con la cabeza girada de medio lado hacia mí. No he tenido más opciones que reclamar sus labios. Pero mi otra mano se ha puesto celosa y ha empezado a subirle la falda hasta encontrar más piel.

Rozar sus bragas con los dedos ha hecho que mi erección se multiplicara por dos, y notar cómo abría un poco las piernas, invitándome a hacer una incursión entre ellas, casi me hace soltar un improperio.

El plan era caer en la cama con ella, pero no quería dejar de tocarla. Mis manos y mi boca estaban justo donde querían, pero cuando he hundido la mano en su coño, me he dado cuenta de que el placer nos impediría aguantar de pie mucho más tiempo. A ninguno de los dos.

Sus jadeos al ritmo de las embestidas de mis dedos han llegado a volverme loco, sobre todo cuando su mano se ha movido hacia atrás en busca de mi dureza, como si quisiera sentirme dentro de ella.

La sola idea me ha mutilado. Pero no podía follármela. No así… Sin saber que era yo. Mi otra mano ha tenido que abandonar su pecho para agarrar las suyas y que dejara de tocarme. Y cuando ha empezado a luchar por soltarse de mí para reclamar lo que quería, he tomado una decisión: empujarla sobre la cama y cernirme sobre ella para devorarla.

He intentado apartar su falda por completo y me ha jodido tanto no poder ver nada, que mi instinto animal ha tomado las riendas y me he lanzado en picado a lamer lo primero que pillara.

He aterrizado en su tripa y me ha sorprendido sentir que estaba ardiendo como si tuviera fiebre. Una vez centrado, mis manos han ido hasta sus caderas para arrastrar sus bragas hacia abajo. El simple gesto ha provocado que gimiera de pura anticipación.

No podía follármela, pero podía degustarla a fondo.

En cuanto he localizado su sexo, me he amorrado a él como si fuera agua en el desierto. Su grito debe haberse escuchado en el piso de abajo.

Sus manos han ido a parar a mi cabeza, pero las he agarrado rápido para aprisionarlas en su vientre. Una vez a salvo, me he esmerado en practicarle el mejor cunnilingus de su vida. No podía estarse quieta ante mi depurada técnica. Gracias, Pornhub.

En un momento dado, incluso he podido apreciar un pequeño *squirt*. Al sentirlo he pensado que todo había merecido la pena. No he podido parar de lamerla despacio, limpiándola de su excitación, hasta que he oído:

—De acuerdo, se acabó el tiempo. Los hombres saldrán primero de la habitación, y un minuto después lo harán las mujeres.

Me he dado prisa en huir, y eso que casi no podía andar de lo empalmado que estaba. En cuanto he salido de la habitación me he ido directo al baño para lavarme la cara y eyacular. Porque aquello no iba a bajarse en la puta vida… Me he corrido en treinta segundos recordando sus gemidos y su sabor. Habría dado cualquier cosa por hundirme en ella. Cualquier cosa…

Cuando he salido del baño, después de respirar hondo varias veces, he ido en busca de Aitor, pero no estaba por ninguna parte. Tampoco Lenny ni Marco. ¿Dónde se habían metido? De repente, he visto entrar en el recibidor a Lenny con su habitual cara de pocos amigos, venía de la calle.

—Eh… ¿Qué tal? ¿Sabes dónde está Aitor?

—Es una larga historia… ¿Cómo te ha ido?



«No estoy bien», he pensado mirándome al espejo del baño.

Nada más salir de la habitación, me he encerrado en él. Necesitaba asimilar la corrida más increíble de mi vida. Y lavarme, eso también.

«En esta fiesta hay un tío muy alto que sabe muy bien lo que se hace», me he dicho acalorada todavía. Nadie me había puesto más cachonda jamás. Su olor, su forma de besarme… ¡por Dios! Necesitaba encontrarle. Era mi misión el resto de la noche.

Cuando he terminado de asearme y me he calmado un poco, he salido del baño en busca de mis amigas.

Encuentro a Charlotte y a Luz hablando acaloradamente sobre lo que han visto en el juego.

—¡Lía! ¡Cuánto has tardado en salir! ¿Cómo te ha ido?

—No os lo vais a creer, chicas… —digo enigmática—. Tenéis que ayudarme a encontrar al tío con el que me he liado en la *dark room.* ¡Ha sido increíble, en serio!

—¡CUENTA! —grita Luz ilusionada—. ¡¿Qué habéis hecho?!

—Es que no me vais a creer cuando os lo diga…

—¡Dilo ya, por favor! —exclama Char.

—Me ha provocado un squirt… con la boca.

—¡¡¿QUÉ?!! —chillan al unísono.

—Os lo juro… No daba crédito. ¡Mi primer squirt! Tengo que dar con él como sea.

—¿Cómo era?

—No sé, no veía nada, pero era alto… y tenía buenos abdominales.

—¡Aquí hay muchos tíos así!

—Era muy muy alto. Tipo Lenny. ¡Buscad opciones!

—¡Pero danos más pistas! —se queja Char como buena científica.

—¡Es que no sé qué más deciros! Que besa muy bien y tiene las manos grandes.

—¡Eso no nos sirve!

—¡Lo sé! —Río feliz. Todavía estoy asimilándolo. ¡Ha sido tan…!

—¿Qué más se te ocurre? ¡Piensa!

—A ver… Olía superbién.

—¡Tengo una idea! —dice Char abriendo mucho los ojos.

—¿Cuál?

—Nos ponemos en la puerta y hueles a todos los chicos altos que salgan por ella. ¡Así no se te escapará!

—¿Y qué les digo? Hola, perdona, ¡voy a olerte! —Me he acercado a ella imitando el movimiento. Y de pronto, una fragancia familiar ha invadido mi pituitaria, perturbándome por completo. He vuelto a acercarme para olerla mejor.

—Olía a ti… —farfullo extrañada—. ¿Qué llevas?

—Solo desodorante. El de emergencia que tengo aquí para cuando me quedo a dormir. Al principio de la noche me han entrado muchos calores al ver a las sirenas esas… y me he echado un poco.

—¿Y lo has dejado en el baño? Cualquiera ha podido cogerlo…

—Oh, Dios mío… —musita Char abriendo mucho los ojos con la vista perdida.

—¡Cómo va a cogerlo alguien! —berrea Luz—. ¿Quién se dedica a ir a casa de alguien y usar su desodorante? ¡Será que usan el mismo!

—¿Dios mío, qué? —pregunto a Char, que sigue con cara de pasmo y empieza a negar con la cabeza de una forma que no me gusta nada.

—Alguien ha venido antes a pedirme perdón por usar mi desodorante. No sabía que era mío… pensaba que era de los chicos.

—¿Quién? —pregunto con avidez.

Charlotte se tapa la boca y busca la salida más cercana con los ojos.

—No me obligues a decírtelo, Lía…

—¿Quién ha sido? —insisto adusta—. ¡Dímelo!

Ella ha negado con la cabeza, y ha señalado hacia la puerta.

Cuando miro, solo veo a Lenny plantado en medio del recibidor.

—¡¿LENNY?! —exclamo alucinada. ¡Ay, madre…!

Pero Charlotte ha negado con la cabeza, temerosa, y ha vuelto a señalar en la misma dirección.

Mis ojos se han topado con Lenny de nuevo, que está hablando con…

Mi corazón empieza a fibrilar y veo borroso. Kali…

K.A.L.I.

El bofetón de realidad es tan grande que suplico que me haga retroceder en el tiempo. Pero todo cuadra. Su forma de besar. Sus labios… La misma sensación de plenitud en la boca… Y su complexión grande al cogerme por detrás.

—No me ha dejado tocarle… —murmuro entendiéndolo por fin.

—¿Qué? —pregunta Luz perdida.

—Que no me ha dejado tocarle para que no le reconociera —digo perturbada—. Pero él lo sabía… Mi anatomía es inconfundible, aquí no hay nadie que esté tan gorda como yo.

—¿Estás diciendo que… quería liarse contigo?

—Sí, pero a espaldas de todo el mundo. Incluso de mí.

—¡Entonces le gustas! —grita Luz.

—No… —rezongo—. Solo quería demostrar algo, como siempre…

Me acerco a él como un elefante en una cacharrería y cuando me ve, no me hace falta preguntar, porque sus ojos se agrandan y abre la boca como si acabara de quedarse sin aire.

Un flash de los estragos de su lengua en mi clítoris hace que pierda el control.

—¡¿De verdad pensabas que no me enteraría?!

—¿Qué…?

—¡Del engaño! ¡¿Pensabas que me parecería bien hacer eso contigo?!

Se queda petrificado incapaz de replicar.

—¡¿Te dije o no te dije que nunca haría nada con un tío como tú?! ¡¿Qué intentabas demostrar?! ¡¿Tanto herí tu hombría el otro día?!

Me sostiene la mirada como si el ultrajado fuera él.

—¡Me siento asqueada! —grito—. ¡Te dije que me dejaras en paz!

—¡¿Y por qué me continuaste el beso cuando te besé en el Valhalla?!

—¡Si te aparté al momento!

—¡Anda ya! ¡Desde el día del fotógrafo estabas deseando que te entrara!

—¡Eso fueron imaginaciones tuyas!

—¡¿Y devolverme el trol cuando era pequeño o recomendarle a Cora que me hiciera el mejor regalo de cumpleaños del mundo?! ¡¿También fueron imaginaciones?! Me salvaste la vida, Lía… No intentes fingir que no te importo…

Esa acusación hace tambalear mis cimientos y eso no se lo permito a ningún hombre, mucho menos a él.

—¡¡Ojalá no lo hubiera hecho!! —estallo humillada—. ¡Habría sido mejor que te tiraras por ese mirador! ¡Eres un cerdo, un cobarde y un mierda! ¡Y nunca cambiarás!

Avanzo hacia la puerta con rabia y me voy dando un portazo. El ataque de nervios que tengo no lo había sentido nunca. Las ganas de llorar me acorralan al registrar todo lo que acabo de decir. ¡No es justo, joder! No lo es…

—¡Lía! —Me sigue Luz corriendo—. ¡Espera! ¡No te vayas! ¡Deja que te acompañe a casa!

Cuando llega hasta mí, me mira con una mueca de pena y las barreras de mi llanto ceden.

—¡¿Por qué lo ha hecho?! —sollozo.

Ella me abraza sentida.

—No lo sé… Pero entiendo cómo te sientes. Ha violado tu intimidad.

Pero es mucho peor que eso. ¡La ha violado y me ha gustado! Una sensación insoportable donde las haya. ¿Por qué el amor es tan caprichoso? ¿Por qué no puede lanzarme hacia alguien bueno y que no intente engañarme ni burlarse de mí?

¿Por qué no puedo admitir que me gusta Kali con todas sus mierdas?

Luz me lleva hasta casa y me pregunta si quiero que se quede conmigo.

—No, de verdad… Es tu despedida. Vuelve a la fiesta.

—Voy a ir a buscar a Marco. Me ha escrito un mensaje diciéndome que está en urgencias.

—¿Está bien?

—Sí, solo está acompañando a Enzo. Se ha peleado con su hermano.

—Vaya… ¿Sabes una cosa? Creo que sois los novios perfectos… Ninguno de los dos está en su despedida.

—Gracias, bonita. Descansa. Mañana será otro día.

Subo hasta mi habitación sin hacer ruido y me meto en la ducha. Necesito purificarme de él. Dejar de sentir su rastro en mi cuerpo. Dejar de sentir que lo que ha pasado en esa dark room ha sido digno de mención. Porque no lo es. Ha sido una aberración.

«Una aberración es lo que le has dicho antes de irte», dice una voz.

Utilizar sus miedos, su pasado, su inseguridad… ¿Cómo he podido? Yo fui testigo de aquella vez que se vistió de *Capitán América* para Halloween y mis hermanos se rieron diciendo que como mucho podría ser *Black Panther*… Fui testigo cuando Kali quiso aprender a surfear y alguien dijo que cómo se notaba que en África no había olas.

Me doy cuenta de que le he fallado como terapeuta y como persona y me pongo a llorar bajo el chorro de la alcachofa de la ducha. Cuando salgo, me enrollo el pelo en una toalla y me meto en la cama. Y cuando todo se queda en calma, escucho una voz.

—¿Va todo bien? Has vuelto pronto…

Es mi madre y los ojos se me llenan de lágrimas al momento.

—No… No va todo bien…

Se adentra en la penumbra y se sienta en mi cama.

—¿Qué ha pasado?

—He discutido con alguien y le he dicho cosas muy crueles…

—Seguro que sabe que nos las piensas…

—¡Ni yo misma sé lo que pienso! Ya no sé distinguir entre el bien y el mal, mamá…

—Claro que sabes… Sabes que ahora te sientes mal. Y también cuándo fue la última vez que te sentiste bien. ¿Cuándo fue?

Rompo a llorar y mi madre me abraza.

Porque la última vez que me he sentido bien ha sido con él durante esos malditos siete minutos.

29
CAZADORES DE SOMBRAS

“A veces se debe escoger
entre ser bueno o ser honorable.
No se puede ser ambas cosas.
Cassandra Clare



Viernes

Nunca pensé que llegaría este día.

Me refiero al momento en que la vida me devolviera todo lo que me quitó cuando un hijo de puta salido directamente del infierno, asaltó mi casa en plena noche para arrebatarme todo lo que tenía.

A mi hijo no nato, Neo. A mi hijo Lenny. Y a la mujer de mi vida.

Fue pasar de todo a nada. De ser asquerosamente feliz a recordar que no tenía ningún derecho a serlo. Que no puede haber paz para los tipos como yo. Nunca. Porque somos hombres de guerra.

Pero ha sido la guerra la que ha traído de nuevo a mi vida la esperanza y la que le ha devuelto la voz a mi hijo, y a mi mujer a mis brazos; y por último, a un niño salido de la mismísima nada, al que le gusta llamarse Neo…

No puedo asimilar que todo haya vuelto del cero al cien.

Kai dirá lo que quiera, pero desde que nuestros cachorros se metieron en líos, estamos viviendo una segunda juventud.

—Voto ir esta misma noche a casa del capitán y hacer lasaña con él —sugirió Mak nada más salir de casa de Marco, tras darle 24h para impedir que nos lo cargásemos a sangre fría.

—¡Mira que eres bruto! —me reí.

—Kai… —se quejó Mak—. Déjame cargármelo, no quiero que mi hijo esté preocupado por estas mierdas a pocos días de su boda. Vamos a su casa, lo ensarto con mi espada Samurai y lo

asamos en su propia barbacoa.

—Kai, dile a Mak que con la edad se está volviendo demasiado creativo…

—Nos lo vamos a cargar —zanjó Kai—. No os quepa duda. Intentó joder a mis hijos. Es un jodido hombre muerto…

—¡Toma! —celebró Mak. Yo lo miré aburrido.

—Vale, pero al estilo tradicional, sin cosas raritas.

—¡Te has vuelto un aburrido, Luk!

—¡Y tú un exhibicionista!

—Cada uno plasma su arte a su manera.

Kai se rio.

—No te lo tomes a guasa. Hay mucho en juego.

—¿Por qué estás tan aguafiestas? —protestó Mak.

—Como se nota que a ti no te rompieron la vida y estás a un paso de recuperarla… —solté con aspereza. Mis amigos me miraron serios—. Lo haremos rápido y limpio, joder…

—Así será. No te preocupes —musitó Kai empático.

Mak se acercó a mí como si fuera un niño que intentara pedir perdón.

—Lo siento, ¿vale? ¿Estás bien? —Me puso una mano encima.

—Sí… pero estoy a punto de recuperar mi vida y no quiero joderla otra vez. ¿Lo entiendes?

—Sí… Terminaremos rápido y nadie lo sabrá nunca. Te lo prometo.

—¿Qué le diremos a Marco? Se va a cabrear si actuamos por nuestra cuenta…

—Me da igual que se cabree —sentenció Mak—. Mi hijo está a punto de empezar su vida y no quiero que nada de esto le salpique. Lo haremos solos.

Miré a Kai y asintió de acuerdo. Teníamos 24 horas de libertad hasta que Marco volviera a vigilarnos, temeroso de lo que pudiéramos hacer. Antes de que se cumpliesen, el capi ya era fiambre y no fue difícil pringar al jefe Avery en su inminente muerte.

Coincidió con que la casa en la que se escondía el capitán era jurisdicción de la comisaría de Ballina, no de Byron, y Marco tardaría un poco más en enterarse de nuestra fechoría. De hecho, lo haría cuando irrumpieran en su comisaría con una orden de detención para el jefe Avery. Pagaría por haber visto sus caras, pero no se puede tener todo en esta vida. Eso es algo que aprendí hace mucho tiempo…

Fue poético que el Moonbow que les habían obligado a crear a mis sobrinos fuese lo que les condenara a los dos. El plan fue colocar pruebas concluyentes en casa del capitán que hallarían junto al cadáver. Incluso dejamos una nota escondida con el vídeo que culpabilizaba al jefe de policía, Richard Avery, dándole el cambiazo al cargamento de Moonbow en comisaría incautado la noche de «la tregua», asegurando que, si le pasaba algo, aquel era el motivo. También dejamos un rastro de material de laboratorio clandestino con la sustancia original y todos los materiales necesarios para producir el Moonbow.

El miércoles por la mañana recibimos una llamada mientras desayunábamos los tres en el bar de la playa.

—Es Marco —anunció Mak con guasa.

—Pon el manos libres —ordenó Kai con una sonrisa. Yo me mordí los labios por la adrenalina.

—Dime, hijo…

—¡¿QUÉ COÑO HABÉIS HECHO?! —ladró enrabietado.

—Feliz regalo de boda, campeón.

—¡¿Cómo se os ocurre?!

—Luk es un genio.

—¡Toda la comisaría está patas arriba con la detención del jefe! ¡Contadme qué habéis hecho exactamente!

—Es mejor que no lo sepas —contestó Kai—. La comisaría de Ballina lo tiene todo bajo control. Tú disfruta de tu regalo. ¡Adiós!

—¡Pero…!

Los tres reímos encantados.

—No sé por qué se pone así, es un regalo cojonudo —opiné.

—Ya te digo… —Me chocó el puño Mak.

—Igual le jode que sea de los que no se pueden devolver —terció Kai. Y los tres nos partimos de risa.

—Ojalá… —musité—. Ojalá no vuelvan nunca más…

Los periódicos se hicieron eco de la noticia el jueves. Fue un verdadero escándalo. Media ciudad estaba revolucionada, pero yo solo podía pensar en una cosa: en Neo.

Por la tarde, Mei, que había sido la que se había encargado de mover los hilos con todos sus contactos, recibió una llamada decisiva, tras la cual, llamó enseguida a su hermana.

—¡Ani! ¡Tengo noticias! —lo dijo tan alto que lo escuché sin necesidad de poner el altavoz, aunque mi mujer lo activó con manos temblorosas.

—Dime… —respondió cauta.

—¡OS VAN A CONCEDER LA CUSTODIA DE NEO!

—¿Qué…? —gimió incrédula.

Yo me tapé la cara porque no podía soportar la presión de mi rostro deshaciéndose.

—¡Mañana firmaréis los papeles!

—¡OH, DIOS MÍO! —sollozó mi mujer—. ¡Muchas gracias, Mei! ¡No habríamos podido conseguirlo sin ti!

—¡Esto hay que celebrarlo! —clamó entusiasmada—. Esta noche cenamos todos en mi casa. ¡Felicidades, papás! ¡Os quiero!

Ani dejó el teléfono sobre la mesa y se abrazó a mí, llorosa. Y la entendía, eran tantas emociones… Fue inevitable volver a revivirlo todo.

Recibir la noticia en el hospital de que habíamos perdido al bebé y que Ani no podría tener más hijos… Que ella me culpara de todo. Que Lenny no volviera a hablar… Recordar la tristeza absoluta en la que vivimos sumidos los siguientes dos años. Del día que decidimos vender esa casa maldita y vivir separados. El día que me llegaron los papeles del divorcio, Mak tuvo que llevarme a urgencias para que me inyectaran algo que me sacara del coma etílico que alcancé. Los días en los que Ani ni me miraba a la cara. El día que me enteré de que tenía una cita. El día que me fui solo al Manhattan y lloré como un crío mientras una desconocida me cabalgaba… Los años en los que mi hijo prefería no vernos a ninguno… Mucha mierda. Muchísima… Y toda salió por nuestros ojos en forma de lágrimas en un esfuerzo por retroceder en el tiempo y volver a ser esa familia.

—Van a dárnoslo… —gimoteó—. ¡¿Entiendes lo que significa eso?!

—Creo que sí…

—¡Solo tiene tres años, Luk! ¡Para él seremos sus padres de verdad!

—Así es… —sonreí.

—¡Hay que llamar a Lenny enseguida!

—Hazlo.

—¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! —le oímos gritar cuando se lo confirmamos—. ¿A qué hora será?

—Aún no lo sabemos. Supongo que nos llamarán ahora para concretarlo todo bien…

—¡No puedo creerlo…! —gritó entusiasmado.

Ani y yo nos miramos complacidos.

—¿Tenéis ya el mini traje a medida para que lleve mañana en la boda?

—¡Sí! Pensaba llevárselo hoy, pero ya no va a hacer falta porque el sábado se despertará aquí… en nuestra casa —dijo Ani emocionada.

—Mamá… Papá… Si Neo va a vivir con vosotros, yo quiero volver a casa. No quiero que se críe pensando que es hijo único. Quiero estar con él, al menos sus primeros años… ¿Os parece bien?

—¡Claro que sí! —exclamé con avidez.

—Por supuesto, cariño —dijo su madre—. Eso nos haría muy felices.

—Vale, pero… tengo novia —carraspeó—. Y necesito… poder estar con ella. Incluidas las noches… ¿Eso supone algún problema? Porque no es lo mismo practicar sexo cada uno en su *overwater* en las Maldivas, que todos bajo el mismo techo…

Ani y yo nos reímos en silencio.

—No habrá problema, hijo… —dije con voz seria, tapándome la boca de milagro. Ani me dio un codazo.

—¿Mamá?

—Mientras seáis silenciosos, haced lo que queráis… —Sonrió.

—Uy, eso va a ser un problema… —dijo soltando una risita irónica.

Jamás imaginé a mi hijo bromeando así, me había acostumbrado a verlo siempre hundido. Para mí Charlotte era la mejor lotería que nos podría haber tocado. La adorábamos hasta puntos insospechados. Otra cosa sería que rompiera con ella y se dedicara a traer a otras chicas a casa, ahí sí que tendríamos un problema, pero Carlota ya era de la familia.

La noche en casa de Mak y Mei fue genial, estábamos pletóricos con la noticia de Neo, pero lo que más juego dio fue saber que la despedida de Marco estaba basada en la recreación de *La Marca de Caín.*

—¡Habría matado por verlo! —gritó Mak emocionado.

—Pues yo no —sonrió Kai melancólico.

—¡¿Que no?! Aitor me contó que habría una habitación con una cruz de San Andrés… Tu favorita, Kai…

El aludido se rio entre dientes.

—Mi hijo tiene buen gusto, ¿qué le voy a hacer?

—¿Recuerdas que una vez me ordenaste que arrastrara a Mía a esa habitación y la dejara atada a la cruz para ti? —dijo Mak.

—Cómo olvidarlo… —murmuró relamiéndose los labios.

—¡¿Cuándo fue eso?! —preguntó Mei divertida.

—El día de la nueva inauguración… ¡Yo ya estaba embarazada de Lucas!

—Eres un bestia —opinó Ani, siempre sensible a la posibilidad de perder un embarazo.

—El bebé no corrió ningún peligro, fue sexo anal.

—¡¡KAI!! —Le pegó Mía, divertida. Y todos nos reímos.

—Me pregunto si habrá hecho una sala dorada… —fantaseó Kai—. Era la sala de sexo oral por antonomasia…

—¡Pues creo que sí! —rio Mak—. La que estaba seguro era la *Dark Room*. ¿La recordáis?

—Cómo olvidarla… —musitó Mía—. ¡Ahí me dejaste embarazada!

—Donde pongo el ojo, pongo la bala —bromeó guiñándole un ojo.

—En realidad, no sabemos si fue ahí o durante toda la noche de fornicio en tu habitación alegando que podríamos aprovechar para hacerlo sin condón…

—¡Serás cabrón! —me carcajeé.

—Aprended, chavales… —presumió Kai. Se notaba que estaba feliz.

—¿Por qué estás tan contento? —pregunté enigmático.

—Porque es la una de la madrugada y Lucas todavía no ha vuelto a casa.

—¿Y qué?

—Eso significa que le están yendo bien las cosas con Freya.

—¡¿Qué sabes?! —preguntó su madre cotilla.

—Yo lo sé todo, cariño… ¿Todavía no te has dado cuenta?

Fue una noche realmente mágica. De las mejores que recuerdo en mucho tiempo. Y estoy seguro de que todos tuvimos buen sexo después.

Hoy viernes, por la mañana, nos hemos personado en casa de Dani e Iker para llegar antes que la trabajadora social. Estamos muy nerviosos.

El niño está encantado con la mini bici sin pedales que le hemos traído como regalo con un casco y rodilleras y coderas a juego.

El que no tiene muy buena pinta es Kali. Parece un fantasma. No sé si es la resaca, que se tiene que despedir del niño, o que anoche le pasó algo que lo tiene hundido en la miseria. Puede que sean las tres cosas a la vez…

—Qué pasada de bici, Neo —le dice intentando fingir alegría, pero le sale de pena.

Que Lenny ponga una mano en su hombro, me llama la atención. Ha sido sutil, pero geo naces y geo te mueres, y algo le pasa al chaval que no tiene nada que ver con la despedida del niño. Sé que nadie más en la sala es capaz de verlo. Quizá Dani, que me mira queriendo tener una conversación paralela conmigo, y hace por buscar el momento.

—Felicidades, papi.

—Gracias…

—¿Listo para todas las preocupaciones que te va a dar? —me pica.

—Creo que sí.

—El mío tiene veinte años y no vivo preguntándome por qué tiene esa mala cara… ¿Es por el niño? ¿Es por su pasado? ¿Se terminará suicidando…?

Al decir eso, lo miro alerta y él baja la cabeza, preocupado.

—¿Quieres mi opinión?

—Claro, SkyWalker…

—Tu hijo está enamorado.

Me mira arrugando el ceño.

—Kali es un jodido tipo duro. Ha visto muchas cosas en su vida… Conoce la muerte y la destrucción y ha salido victorioso. La kriptonita de un hombre así es el amor. Te lo digo yo…

—Joder… —dice asombrado y me abraza con fuerza.

—No lo celebres. El amor es la droga más dura…

—Y también la mayor fuerza de la naturaleza. ¡Gracias!

Cuando llega la trabajadora social con los papeles, es un momento muy emocionante.

—Ya tiene una familia… —Nos sonríe emocionada.

—¡Millones de gracias por todo, de verdad! —la abrazamos.

—Ha sido un placer.

—¿Y si nos vamos todos a tomar un helado y venís con nosotros a casa? —le propone Ani a Iker—. Así entrará en un sitio nuevo con vosotros de la mano…

—Por supuesto. Buena idea.

—¿Vienes? —Me fijo que le pregunta Dani a Kali cuando nos movilizamos.

—No, yo me quedo… Iré a ver a Neo mañana. Le gustará que le visite en su nueva casa. Después acudiré con ellos a la boda.

—De acuerdo, hijo…

Kali se despide de Neo intentando que no se le note que es un alma en pena. Y que mi hijo prácticamente lo abrace me deja atónito.

—¿Qué le pasa a Kali? —le pregunto a Lenny en el coche, de camino a la heladería.

Charlotte y él se miran misteriosos. Ella no quería perderse un momento tan importante como este.

—Nada. Está bien…

—No me vengas con esas. Da pena. ¿Es por una chica?

—¿Cómo lo sabe? —susurra Char con inocencia.

—No digas ni una palabra más —susurra Lenny—. No es seguro.

—¿Es por alguna chica que yo conozca? —discurro.

Veo que Lenny le aprieta la mano a Carlota para que no hable. Pero sus ojos saltones la delatan. No tiene maldad. ¡Me encanta!

—No le mires… —musita mi hijo en su oído. Ella aparta la vista de mí automáticamente y yo sonrío.

—¿Es por Cora? ¿Porque ayer salió con otro chico?

«¿Cómo sabe eso?», preguntan los ojos de Charlotte a mi hijo. Es una fuera de serie, en serio.

—Sí… —contesta Lenny renqueante—. El pobre no lo lleva demasiado bien.

—Así que no es por Cora. ¿Por quién es entonces?

Los ojos de pánico de Charlotte hacen que mi diversión se dispare.

—Papá… ¿puedes parar el coche? Queremos bajarnos aquí.

—No puedo parar ahora. Lo siento… —digo fingiendo pena.

Veo que Lenny le pasa un brazo por encima a Char y ella se acomoda en su pecho, apoyando la mejilla y privándome de su contacto visual.

—Resiste… —susurra en su pelo.

—¿La chica que le gusta a Kali es amiga de Charlotte?

—Mamá, ¿puedes decirle a papá que pare esta tortura?

—Para, Luk… —murmura ella—. Oye, ¡¿no será Lía?! —Se gira mi mujer como si acabara de tener un flash.

Char amortigua un chillido contra mi esternón.

—Bingo, nena… —digo satisfecho.

—Ni se te ocurra usar esta información con fines humorísticos entre los tres reyes —amenaza mi hijo—. Lo joderíais todo entre ellos.

—¡Ayer se liaron y luego discutieron! —grita Char—. ¡No sabéis la que se armó! ¡Fue en la *dark room* de la despedida!, y claro, ella no sabía que era él… Pero según nos contó fue lo mejor que…

—Cariño, para…

—¡Él llevaba mi desodorante! —escupe por último tapándose la boca. Y me descojono vivo. No sé qué significa todo eso, pero suena a historia para la posteridad. De esas que se cuentan una y otra vez cuando ya eres un viejo que no corre riesgos.

—No digáis nada —advierte Lenny—. Es un tema muy delicado.

Y no me doy cuenta de cuánto hasta que llega la noche y vemos a Lía en la cena preboda en

casa de Kai.

Nada más abrir la puerta, Mía nos recibe con una gran sonrisa, pero todos los elogios son para Neo, que se vuelve loco cuando le regala una figura de Goku cabreado y musculoso. Ya no hay niño.

Entro en el salón y fijo la vista en alguien que me moría por ver: Vicky.

Si me la cruzara por la calle, no la reconocería. No queda nada de esa campanilla punk con el pelo de colores, piercings en los labios y maquillaje gótico. Ahora es una mujer, que tuvo una juventud salvaje, y se ha reformado convirtiéndose en una doctora de prestigio.

Cuando me ve, su mirada cambia. Esa complicidad siempre estará ahí. El legado de alguien que ayudó a construir los primeros cimientos sólidos de tu yo futuro.

Llego hasta ella y nos abrazamos en silencio, como si el tiempo no hubiera pasado. Hacía tres años que no nos veíamos. Roi y ella viven por y para el hospital en el que trabajan, y el resto del tiempo están muy ocupados con la prometedora carrera de Cloe como deportista de élite.

—Te veo mejor que nunca… —susurra ella en mi oído.

—Por una vez, voy a darte la razón —Sonrío—. Estoy feliz —digo mirando a Neo.

—Me alegro mucho por vosotros, os lo merecíais tanto.

—Muchas gracias… ¿Cómo te va a ti?

—Genial. No puedo quejarme.

—Y si tienes queja, siempre podemos hacerte un apaño… —Llega Mak por detrás de ella y los tres sonreímos. Nuestro instinto es abrazamos estrechamente, invadiendo por completo el espacio vital de los otros, como muchas veces hicimos.

—Alejaos de mi mujer —Se escucha una voz atronadora.

Nos despegamos con la sonrisa en los labios y encontramos a Roi de brazos cruzados.

—Tranquilo, pekemorgan… —se burla Mak.

—Se mira, pero no se toca —expone él—. Que corra el aire, chicos.

Se acerca a mí con la sonrisa en la boca y me da un gran abrazo.

—Muchas felicidades por tu nuevo retoño —Me palmea la espalda.

—Me alegro de que hayáis venido —susurro.

—¿Cómo íbamos a perdernos una boda familiar?

—Llegáis en el mejor momento…

Para algunos, claro, porque Lía tiene cara de venir de ahogar gatitos. El contrapunto de la noche lo protagonizan Lucas y Freya, llegando los últimos con una cara postcoital de alucine. Los miramos alucinados al ver que están radiantes, algo acalorados, despeinados y sin poder alejarse el uno del otro más de diez centímetros.

—Hola… —saluda Lucas intentando ocultar su dicha—. Sentimos llegar tarde, hemos tenido un problema…

—Dos… dos problemas… —corrige ella con guasa poniéndolo en un aprieto. Para rematar, se cuelga de su brazo, mimosa, y Lucas se traga el apuro ante nuestras sonrisas pícaras. Es evidente que han arreglado las cosas entre ellos y Kai los bendice, al decir:

—Llegáis justo a tiempo… Íbamos a sentarnos a cenar.

Le brillan tanto los ojos que creo que va a llorar.

—¡Mirad, mirad, mirad! —musita nervioso durante la cena, cuando pilla a Lucas y a Freya dándose un pico—. Madre mía… ¡No me dejéis llorar! —exclama tapándose los ojos.

Niego con la cabeza divertido.

—Olvídales —lo rescato—. Tengo información muy golosa sobre tu hija Lía… Al parecer ha salido a su madre y anoche en la despedida de Marco y Luz le dio por probar la *dark room*… —

digo subiendo las cejas.

Entiéndase que en la mesa ahora mismo hay catorce personas, así que podemos hablar en *petit comité* en una de las esquinas con Kai en la presidencia.

La mirada del patriarca se oscurece por momentos.

—¿Mi hija en la *dark room*? ¿Con quién?

—Ese es el tema… ella no sabía quién era él…

—¿Hay que cargarse a alguien? —pregunta Mak.

—¿Por eso tiene esa cara? —dice Kai serio—. ¿Quién fue?

—La última persona que ella podía desear… y ahí lo dejo.

La mente de Kai comienza a elucubrar posibles respuestas y de pronto veo en sus ojos cómo el ganador cae por goleada. Todos somos testigos de cómo su mandíbula se tensa. Mi hijo tenía razón, debería haberme callado.

30
BODAS DE SANGRE

“Cuando me voy de tu lado siento un despego grande y así como un nudo en la garganta”
Federico García Lorca



Sábado

Nunca he soñado con el día de mi boda.

Sí con estar casado, porque yo soy muy de comprometerme a muerte con la cosas, pero sé que en el fondo, ese vínculo no garantiza nada, que se rompen matrimonios a diario con una facilidad pasmosa y que hay parejas envidiables que nunca pasarán por la vicaría. A mí, lo que de verdad me hace ilusión es que ella quiera casarse conmigo.

Además no va a ser un bodorrio con doscientos invitados y un famoso cantando; somos cuarenta, y la mitad son compromisos de mis padres con amigos. Casi están más felices que nosotros por el enlace.

Será una comida gourmet en un lugar precioso vestidos de pingüinos y después unas copas en el Valhalla. Suena fácil… ¿verdad?

Mañana nos marcharemos a Madrid. Mi trabajo aquí ha terminado, aunque no lo he acabado yo, sino los tres reyes. Mamones…

«Feliz regalo de boda», dijeron. Pero después del pique inicial, sentí un alivio desorbitado. Apenas había podido centrarme en nada de la boda porque iba a contrarreloj para idear un plan. Y ellos lo hicieron por mí. Sin preguntas. Sin dudas. Me liberaron de una carga preocupante para que fuera más feliz, como les gusta hacer a los buenos padres sin que se lo pidas. Y ayer por la noche, pude agradecérselo por fin. Fue una noche realmente mágica con toda la familia reunida. Y hubiese sido perfecta si no fuese por las nubes negras que había sobre las cabezas de Lía y Aitor.

«Estos enanos van a acabar conmigo…», pensé cuando vi a Enzo reventado en el suelo la noche de la despedida. Lenny sujetaba a una bestia poseída y Aitor me miraba como si fuera a acabarse el mundo.

Joder… ¿y pensar que estaban a punto de chupármela?

¡No es lo que creéis! Yo no hice nada…

Juro que elegí la habitación más ridícula e infantil que podía elegir. Una que seguro que no estaba en la famosa *La marca de Caín*. Se trataba de un dado en el que había que besar, lamer, o morder una parte del cuerpo de quien señalara la ruleta. Ya ves tú… Podría resistirlo. Pero la primera fue en la frente cuando de entrada, a la tía más maciza de la sala, le tocó besarme la polla.

¡¿PERDÓN?!

No me lo podía creer… De hecho, estaba convencido de que todo estaba amañado por el retorcido de Aitor. Estaba tan furioso con él que me levanté y procedí sin darle ninguna importancia. Había una zona privada en la que se llevaban a cabo las sentencias. Estaba cubierta por una sábana e incitaba a continuar con el juego, si querías. Pero lo nuestro sería algo muy rápido. Un simple beso en mi…

La chica me sonrió de tal forma con su sensual boca que mi soldadito tuvo a bien hincharse de orgullo, en vez de presentarse con el ceño fruncido y arrugado…

Me bajé los pantalones como quien se enciende un cigarrillo. Uno que necesitaba como el respirar. Pero di una palmada en el aire con chulería y subí las cejas esperando a que procediera con el castigo.

—Adelante… Y cuidado con lo que haces. Se trata de un beso. Si te extralimitas, te detendré por no seguir las normas. Soy poli…

—Me encantan los polis… —susurró lasciva mientras se agachaba y ponía las manos en mis muslos—. Es una lástima que me haya tocado besar y no lamer… ¿Podría hacer un cambio de última hora o es demasiado para ti, tipo duro?

Cerré los puños con fuerza, cagándome en Aitor. ¡No soy de piedra, joder!, y tener a una chica de rodillas, rogando lamerme, hizo que mi erección se animara aún más. ¡Mierda! Me gustaba aprender cosas nuevas, pero no que un niñato me diera lecciones sobre que hay vacíos legales entre el sexo y el amor, creando un espacio de tiempo en el que las acciones no tenían consecuencias.

—Haz lo que quieras, pero solo uno.

Ella sonrió ampliamente y me preparé para recibir una descarga eléctrica en todos mis principios, pero de pronto escuché un grito…

—¡Para, Hugo! ¡Lo vas a matar!

Conocía esa voz. ¡Era la de Aitor! Me moví sin pensar, subiéndome los pantalones y fui hacia la ventana. Lo que vi me dejó petrificado.

—Mierda…

Salí corriendo de la habitación y el resto es historia. Y de las buenas, porque cuando no dejaba de dar vueltas en la sala de espera del hospital, con Hugo sujetándose la cabeza martirizado, yo solo pensaba en que Luz podía estar haciendo cualquier cosa en una de esas habitaciones. Que, de repente, apareciera, es algo que nunca olvidaré.

—¡Marco!

Vino corriendo hacia mí y nos abrazamos con fuerza.

—¡¿Qué haces aquí?! —pregunté extrañado.

—No te encontraba y Lenny me ha contado lo que ha pasado.

—Estos críos son un dolor de cabeza…

—Pues hay más, Lía y Kali han tenido una discusión terrible después de liarse en la *dark room*. Al parecer estaba todo amañado. La he acompañado a casa y he venido directamente aquí.

—Joder… —lamenté de veras cogiéndome el puente de la nariz—. El puto Aitor la ha liado

bien… ¡Es incapaz de mantenerse al margen y no meterse en líos! Esto va a ser un mazazo para él…

—Tranquilo, lo superará.

—No, Luz. Han pasado años y no lo ha superado… Lo de Enzo viene de muy lejos. Ha dejado a su mujer, pero no dejará a su hermano… Aitor lo tiene muy mal. Y no puedo irme mañana y dejarlo aquí… ¡Se irá a la mierda! Terminará fatal… —Tuve una premonición y se me encogió el corazón. Porque, de algún modo, me sentía responsable de que hubiera pasado eso. Aitor vino a buscarme al aeropuerto cuando llegué, dejé que me acompañara a la comisaría y volvieron a verse después de noches y noches de hablarlo cuando estuvo viviendo en Madrid, convenciéndolo de que ese chico, tan terco y estirado, no merecía la pena, pero yo le había seguido la pista a ese cabrón… Sabía que se había casado por sus cojones con esa chica, sabía que había entrado en la policía y que a Aitor no le había dado tan fuerte por alguien que no lo valía. Pero me despisté. Me olvidé de él nada más pisar Australia porque me puse a pensar en mis propios problemas. No quería encontrarme con Luz bajo ningún concepto, y mucho menos con Mak, y la cagué. Dejé que Aitor y Enzo se reencontraran y encendí una mecha que estuvo prendiendo hasta ese momento… donde todo explotó y encima yo lo culpé a él y lo traté fatal.

—Dios mío… —farfullé mareado. Me invadieron unas ganas de llorar inhumanas y cuando Luz se dio cuenta, me abrazó, atribulada.

—Marco, no quiero que estés así… ¡Se supone que este es el momento más feliz de nuestras vidas!

—Ya lo sé y lo siento… —Me tapé la cara, porque las cuencas de mis ojos iban a traicionarme de un momento a otro cediendo al llanto—. Se me pasará…

—No quiero que se te pase —dijo cogiéndome la cara.

—¿Qué?

—El hombre del que estoy enamorada no pasa de las cosas que le importan, busca soluciones. Los chicos de la despedida eran muy guapos, pero no son tú. No tienen tu inteligencia ni el poder de cambiar vidas…, tú sí. Piensa en cómo ayudar a Aitor, porque quiero verte feliz. Nos merecemos serlo.

—No puedo… ¡No puedo chasquear los dedos y arreglarle la vida! Su situación es muy complicada y nos vamos el domingo…

—Algo se te ocurrirá —Me acarició.

Miré a Hugo pensativo. Enzo había gastado las pocas fuerzas que le quedaban en intentar que su hermano no se alejara de él. Parecía preocupado por su inestabilidad emocional. Y era lo primero que debía amarrar en aquella puta tormenta. Porque en esos momentos parecía un loco.

Me senté a su lado, sabiendo que iba a encontrarme con un muro irracional y sordo, pero seguía ahí, no se había largado.

—¿Sabes por qué tu hermano ha dejado que le des una paliza?

—Porque se la merecía…

—No. Para protegerte de ti mismo. De tu ira sin límites que podía haberte hecho hacer cualquier cosa.

—Tenía mis motivos…

—Nadie pone en duda que tengas razón, Hugo, la traición entre familiares no es un plato de buen gusto, yo lo sé muy bien, pero aun así, tu hermano intentó protegerte por encima de todo. Valora eso. Tu hermano te quiere más que a nada, joder… Más que a sí mismo y más que a Aitor. Tenlo en cuenta cuando vuelvas a hablar con él.

—Si me quisiera así, no me habría hecho esto… —farfulló lloroso.

—Claro, claro… —dije con burla—. Yo también tenía muy claro que sería imperdonable follarme a mi hermanastra menor de edad. Sabía que lo perdería literalmente todo, como así fue, pero hay algo contra lo que el hombre más disciplinado y recto del mundo no puede ganar y es el amor… Por algo Einstein decía que era la fuerza más poderosa del universo. El día que te enamores de verdad, y no hablo de un tío como Aitor, sino cuando te enamores de alguien que te corresponda en serio, te darás cuenta de que tu hermano nunca tuvo elección…

Hugo se sujetó la cabeza y negó resistiéndose a creerlo. Solo esperaba que mis palabras hicieran mella en él y algún día las recordara.

El viernes, como digo, fue un día memorable. La mitad del día lo pasé en la cama, haciendo el amor con Luz, hablando de mil detalles de la boda y dándole vueltas a cómo abordar a Aitor cuando lo viera.

Además, Luk y Ani pudieron adoptar a Neo por fin y por la noche hubo una reunión familiar épica, en la que Roi, Vicky, Cloe y su novio Nicky completaron la estampa por una vez. Pero lo que terminó de echarle purpurina al asunto fue ver aparecer a Lucas y a Freya, más liados que dos ardillas en primavera.

Rezumaban más luz que nosotros, que éramos los novios de la inminente boda, y lejos de molestarme, me alegré mucho por ellos.

Por su parte, Aitor se buscó la vida para esconderse de mí y no tener ni que saludarme. La única a la que permitía que le hiciera algún cariño era a su madre. Era evidente que su padre no se había enterado de la movida y tampoco Lucas. Mucho menos Cora o Lía, que suficiente tenían con lo suyo.

Aitor nunca se levantaba a recoger los platos tras una comida, siempre se quedaba haciendo gracias y charlando, pero ayer se levantó todas las veces que pudo y permaneció callado casi todo el tiempo. Yo lo taladraba con la mirada, pero no me hacía caso. Tuvo que ser Lenny quién salvara la situación contándole a Lucas todo lo referente a la despedida. Aitor también escuchaba porque se había perdido la mayor parte de ella.

—O sea, que fue una jodida bacanal… —rio Lucas.

—Yo solo digo que hasta que no contratemos un equipo de limpieza profesional, no vuelvo a dormir en esa casa… —bromeó Lenny.

—No me jodas… ¡que yo tengo que dormir ahí hoy, no puedo quedarme en la fabulosa casa de mis padres donde se queda Luz!

—Pues ya puedes llamar a un exterminador de ladillas —se mofó Lenny.

—Mejor llama a los Cazafantasmas —dijo Charlotte—. Ayer había muchos en la fiesta. Solo unos pocos valientes se animaron de verdad…

—Como tú… —dijo Lenny guiñándole un ojo. Carlota se puso roja—. Muy buena idea lo del columpio, por cierto… —le dijo a Aitor. Este intentó sonreír, pero le salió una mueca rara.

Lucas me miró arrugando el ceño y yo puse los ojos en blanco.

Cuando Aitor se ofreció a ir a por los platos de postre, me levanté con él para arrinconarlo en la cocina. Al verme, intentó huir de mí.

—Déjame en paz…

—No pienso hacerlo, así que cuanto antes hables conmigo, antes terminaremos.

—No tengo nada que decir. Tenías razón. Me advertiste. Tú ganas. Se acabó.

—No se acabó nada. Esto solo acaba de empezar y todavía te queda lo más duro. No pienso dejarte solo…

—¿Y qué es lo más duro según tú? —dijo con los ojos encharcados en lágrimas—. ¿Que no me haya contestado en todo el día? ¿Que no sepa nada de él? ¿Que tenga que actuar como si no

significara nada en su vida cuando él lo significa todo?

No respondí. Lo dejé marcharse, impresionado por su dolor, y se encerró en el baño. Cuando volvió, bastante tiempo después, tenía su postre intacto en la mesa.

—¿Dónde estabas? —preguntó Cora—. He protegido tu postre con ferocidad. Está buenísimo, pruébalo…

—No quiero postre. Me ha dado un apretón…

—Pues me lo como yo —celebró contenta.

—Voy a subir a mi habitación —anunció derrengado—. Tengo que descansar para estar bien mañana…

—¿Te encuentras mal? —preguntó su madre, tocándole la frente.

—Solo estoy… cansado.

—Pues vete a dormir, cariño.

—Vale. —Mía volvió a su sitio. Y él emprendió camino.

—Tor… —protestó Lucas sin poder evitarlo. Apenas habían podido hablar desde que llegó y necesitaba una explicación de lo que sucedía. No le servían las nuestras, quería la suya.

Aitor lo miró más muerto que vivo y se acercó a él, despacio, para satisfacer sus deseos.

Se colgó del cuello de la pareja del año y agachó la cabeza para decirles algo en privado.

—Enzo ha dejado a su mujer… Pero ayer Hugo se enteró de lo nuestro y le dio tal paliza que tuvieron que llevarle al hospital. Llevo todo el día sin saber nada de él, pero quiero que sepáis que me alegro mucho por vosotros. Muchísimo… Os quiero, chicos. Pero no puedo seguir aquí ni un segundo más. Necesito estar solo…

Se fue sin dejar que le contestaran nada y sin mirar a nadie más. No hizo falta, la cara de Lucas lo dijo todo. Su padre lo miró preocupado y toda la mesa se quedó en un silencio frío. Fue Mía la que se puso de pie.

—¿Quién quiere café? —preguntó al viento como si nada.

Todos nos quedamos atónitos de que ignorara la situación. Lucas se levantó de la silla, atormentado, dispuesto a seguir a su hermano.

—Siéntate, Lucas —ordenó su madre categórica. Y con eso dejó claro que nadie debía importunar a Aitor—. He preguntado quién quiere café, no me hagáis repetirlo.

Todos contestamos atropelladamente a la vez.

Lucas volvió a sentarse y Freya lo abrazó, susurrándole que no se preocupara.

—¿Vosotros lo sabíais? —preguntó.

—Sí —admití—. La pelea fue al principio de la despedida. Me fui con los gemelos al hospital y mandé a Aitor a dormir aquí.

—No tiene pinta de haber dormido mucho —opinó Lucas—. Pero pensaba que era por la fiesta que se había corrido…

—Él no estuvo en la fiesta —acertó a decir Lenny—. Los muy cabrones me dejaron solo al mando de Sodoma y Gomorra…

—No estabas solo —corrigió Charlotte—. Me tenías a mí.

—Es verdad. Menos mal que Charlotte tiene alma de dominatrix…

—¿Ocurrió algo más en la despedida que deba sabe?

Todos pusieron cara de póker y se miraron entre sí, cohibidos.

—No —respondió Lía tajante. Nadie osó llevarle la contraria.

Aitor era la salsa de todas las fiestas y se hacía muy evidente que le pasaba algo, pero a Lía no se le notaba, porque su rictus habitual era el de parecer enfadada y a la defensiva con el mundo.

Pero mi primo Lucas, que es más listo que el hambre, preguntó indolente:

—¿Qué tal se lo pasó Kali? —Miró a Lenny para conseguir una respuesta, y este se recompuso como pudo ante tamaña pregunta.

—Se comenta por ahí que… bastante bien.

—Sois gilipollas —masculló Lía—. Y cuando Aitor resucite, voy a llegar al fondo de todo esto.

—Pensábamos que Kali ya lo había hecho… —dijo Lenny burlón.

—Pues no. No llegó al puto fondo de nada.

—Igual no me refería a ti… —la provocó.

—¡¿PERO DE QUÉ PARTE ESTÁS!? —gritó Lía, alarmando a toda la mesa—. ¡¿Desde cuándo eres su amiguito del alma?!

—Desde que tú eres una hipócrita —escupió airado.

—Lenny… —lo avisó Lucas, serio.

—Cariño, basta… —le suplicó Charlotte a su novio.

—Qué pronto olvidáis todo lo que nos ha hecho… —bramó Lía.

—Es al revés —intervino Lucas—. Tenemos muy presente todo lo que ha hecho por esta familia.

—A mí eso me da igual, porque yo no pinto nada en esta familia.

Se levantó y salió al jardín. Todos nos miramos, contritos, y Mía se levantó de nuevo.

—¿Alguien quiere una copa? —Cri, cri, cri—. He dicho que si alguien quiere una copa…

—¡YO! —gritaron todos, aunque no la quisieran.

Como he dicho, otra noche memorable en casa de los Morgan.

Para sorpresa de nadie, he dormido solo en el chalet de mis primos.

Lucas se quedó a dormir en casa de su padres. Aitor igual. Lenny huyó a casa de Charlotte y, aunque a mí Luz me insistió en que fuera con ella, sabía que le hacía ilusión eso de verme justo en el momento de la ceremonia y me sorprendiera con su belleza. Así que me fui a mofetalandia, con mis amigas las ladillas, y dejé el traje que Aitor me tenía preparado fuera e hice la maleta porque la noche de bodas la pasaríamos en una *suite* nupcial de lujo.

No me dormí hasta que di con una solución para Aitor. También le escribí un mensaje a Enzo.

«Espero que estés bien».

Cuando me levanto por la mañana y veo que no me ha contestado tengo un mal presentimiento, pero decido que no puedo seguir preocupándome por él. ¡Es el día de mi boda!

Cuando estoy listo, espero a que Mei venga a por mí, como acordamos ayer; nosotros seremos los primeros en llegar y Mak y Luz lo harán los últimos.

El lugar es precioso, me avergüenza admitir que ni siquiera lo había visto antes, pero me sorprende para bien. Saludo a todo el mundo y recibo muchas felicitaciones y elogios. El cabrón de Aitor tiene muy buen gusto para elegir trajes de novio…

Cuando se acerca a mí lo hace mucho más tranquilo que ayer. Juraría que ha tomado algún tipo de ansiolítico para deprimir su sistema nervioso central.

—Estás increíble… —dice simplemente al abrazarme.

—Todo gracias a ti. Tú también estás genial.

No responde con su típico «¿Lo dudabas?», sino con un «Gracias» que me da a entender que lo estamos perdiendo del todo.

—Después quiero hablar contigo de algo… —digo confidente.

—Hoy no es el día —me riñe—. Disfrúta, por favor… Hazlo por mí o no me lo perdonaré nunca. Yo voy a intentar estar bien. Y luego me emborracharé a tope, ¿de acuerdo? —Me mira

suplicante.

—Vale…

—No quiero que te preocupes por mí en absoluto. Es tu día…

—Está bien.

Y no lo hago. Suficiente tengo con cerrar la boca cuando veo a la novia para que no me entre ninguna mosca. Es la mujer más impresionante que he visto en mi vida. Por dentro y por fuera.

Más tarde, mientras los invitados disfrutan de un cóctel previo antes de entrar a cenar, Luz y yo aprovechamos para hacernos algunas fotos de pareja. Pocas, porque queremos disfrutar con nuestra gente el máximo tiempo posible. Y entonces lo veo… Enzo aguarda discreto en un lateral de la entrada, esperando a que, como buen policía, me fije en él. Pero cualquier zoquete lo vería porque viene en vaqueros, con un cabestrillo en el brazo y la cara de todos los colores…

—Ahora vuelvo… —Beso a Luz.

Me acerco a él sin prisa, pero nervioso. No quiero que Aitor lo vea, y para un obseso de la moda, cualquier desacato a la etiqueta, salta a la vista a kilómetros.

—Lo siento… —dice en vez de un hola—. Sé que te vas mañana y solo quería despedirme de ti.

—Ayer te escribí un mensaje…

—Ah… Me he desinstalado WhatsApp. Y también cualquier red social en la que puedan encontrarme… Pero quería felicitarte y darte las gracias por todo. Echaré mucho de menos trabajar contigo…

—Enzo… —digo muerto de lástima al ver su aspecto. Me gustaría decirle tantas cosas. Pero como ha dicho Aitor, no es el momento. Así que intento abrazarlo sin hacerle daño, pero solo puedo acariciarle el hombro.

—No tenías por qué venir… Haberme llamado. ¿Te duele mucho?

—Le duele más a él —Señala hacia afuera—. Hugo está esperándome en el coche. Voy a estar de baja una temporada… pero estaré bien. Gracias por interceder… Cuando apareciste, por fin pude desmayarme a gusto…

—Siento mucho todo esto —pronuncio. Porque lo siento de verdad.

—No lo pienses… Disfruta de tu día. Espero que seáis muy felices.

—Gracias…

—Cuida de él, por favor… —Y no tiene que decir nada más para saber que está hablando de Aitor. Su cara de impotencia y pena lo dice todo. Lo tiene muy claro y nada de lo que diga servirá para hacerle cambiar de opinión.

—Lo haré. Descuida… —respondo.

Lo veo apretar los labios un segundo y se marcha.

—Enzo… —lo llamo. Y se gira—. Llámame… Para lo que sea.

Me enseña un pulgar arriba y desaparece.

Aprovecho para encenderme un cigarrillo y darle un par de caladas profundas. Supongo que no existen los días de boda perfectos. Pero no esperaba que el mío pudiera estropearse tanto…

Ocurre en el momento más inesperado, en el Valhalla, con la mayoría de la gente con dos o tres copas encima. Algunos, como Lía y Aitor, unas cuantas más… Todo son bailes y risas. Anécdotas y fotos. Rondas gratis y deseos de que la noche no acabe nunca. Pero todo lo bueno llega a su fin, por eso es tan bueno… Y en un momento dado, oigo una exclamación ahogada y varios gritos.

Me giro de golpe y veo a la gente haciendo un corro porque hay alguien en el suelo, pero no veo quién es ni qué ha pasado.

Me acerco deprisa y me encuentro con lo peor que podía pasar…

Kai está en el suelo, desmayado.

—¡Cariño, vamos! —le palmea la cara Mía—. No me hagas esto…

—¡¿Dónde está Roi?! —grita Mak. Y el aludido aparece atolondrado.

Luk ya tiene un teléfono en la oreja y habla con emergencias.

—Hola, necesitamos una ambulancia urgentemente en el bar Valhalla… Sí… Un hombre se ha desmayado. No responde. Vengan lo más rápido posible, por favor.

Roi se agacha a su lado y comprueba su pulso. Los segundos pasan de forma agónica. Cada vez hay más gente alrededor y Lucas consigue abrirse paso a codazos.

—¡Papá…! —exclama asustado. Se agacha junto al lado de su madre, que ya está llorando como si diera por hecho que ya no se puede hacer nada por él. Y eso me escama mucho. Debería estar como Lucas, desesperado por hacer todo lo posible. Sin rendirse. Sin creerlo…

—Tiene pulso —informa Roi—. Pero es débil.

El cielo se abre por un momento y veo que Roi le desabrocha la corbata y la camisa, dispuesto a hacer lo que haga falta. Pone una mano en su pecho y acerca su oreja a su nariz.

—Está respirando… Quizá solo ha sido una bajada de tensión.

Lucas respira aliviado, pero Mía no expresa nada. Ella sabe lo que le pasa. Y no es una jodida bajada de tensión.

Mak mantiene los dedos en su carótida como si fuera un monitor humano, con la otra mano lo tiene agarrado del brazo. Lucas también se aferra a su mano todavía caliente. Hay mucha gente aquí que no lo va a dejar morir así como así.

31
EL PACIENTE INGLÉS

“A partir de este momento, o encontramos nuestras almas o las perdemos.”
Michael Ondaatje

Cuando los médicos de la ambulancia nos dicen que está estabilizado y que no nos preocupemos, les creo. Se lo llevan al hospital para hacerle pruebas y descubrir lo que ha ocurrido, pero nos aseguran que su vida no corre peligro.

No lo he pensado en ningún momento, ¿vale?, porque he empezado a ser feliz hace unas cuarenta y ocho horas y esta sensación no puede durar tan poco. Es una proporción ridícula para todo lo que llevo sufriendo.

«Si hay alguien ahí arriba, aparte de bolas de fuego y gas, que atienda mis súplicas, por favor», pienso mirando al cielo.

Veo que Marco abraza a Luz y le dice unas palabras de consuelo al oído, y entiendo que es lo que debería hacer yo con mis hermanos, porque mi madre se ha ido con mi padre en la ambulancia y estoy al cargo. Estoy al cargo, joder…

—No os preocupéis, se va a poner bien —les digo a Cora y a Lía, que me miran desconsoladas —. Os lo prometo —añado incauto. Pero insisto en que sería demasiada mala suerte que no fuera así. ¡Las matemáticas están de mi lado!

Aitor aparece en un estado etílico lamentable.

—¿Ha muerto?

—¡Claro que no! —contesto enfadado—. No vuelvas a decir eso…

—Es que cuadraría perfectamente con mi vida de mierda… —murmura beodo.

—Nos vamos al hospital. Lenny, lleva a Aitor a casa, por favor.

—¡Nooo! ¡Yo voy al hospital! Tenía que haber ido al hospital ayer…, no a casa. Voy a ir. Bueno, me vas a llevar —señala a Lenny.

—Que conduzca Charlotte, yo también he bebido bastante…

Y de pronto me doy cuenta de que la mayoría vamos mal, pero no todos. Hay gente que no ha bebido. Freya, evidentemente, Cloe, que jamás bebe. Charlotte, que apenas ha bebido. Y Ani, que no se ha separado de Neo, aunque hace horas que duerme en un carrito.

Organizo a todo el mundo en coches con conductores serenos y me preocupo de que mis hermanos vengan conmigo y con Freya.

—¿Qué creéis que le ha pasado? —empieza Cora—. ¿Será grave?

—No creo —contesto para calmar los ánimos.

Los pesimistas, Lía y Aitor, se mantienen callados.

—Seguro que no es nada… —subrayo.

—¿Y si lo es? —dice Lía.

—No nos pongamos en lo peor —repone Freya.

Cuando llegamos al hospital, engalanamos la sala de espera. Le he dicho a Marco y a Luz que se queden en el Valhalla con el resto de invitados a la espera de noticias. Nadie merece pisar urgencias el día de su boda. Me han insistido, pero al final les he convencido diciéndoles que harán sentir fatal a mi padre como no sea nada.

Marco me ha mirado preocupado, pero ha terminado cediendo.

En un momento dado, mi madre ha salido a informarnos.

—Siguen con pruebas. No encuentran lo que es. Pero está bien. Le están mirando el corazón. Seguro que le mandan unas pastillas para la tensión o algo así. No os preocupéis, ¿de acuerdo? Kai me ha pedido que volváis a la fiesta…

—Ni de coña —responde Mak serio—. De hecho, quiero verle. Graba un vídeo mostrando la hora real y nos lo traes. No pienso moverme de aquí hasta que sepa que está bien…

—No seas idiota —Le empuja Luk—. Está bien. ¿Verdad, Mía?

La mira con sus ojos azules que son tristes de por sí.

—Claro… —dice mi madre con ternura—. Está bien, de verdad… Solo muy avergonzado por haber estropeado la fiesta.

Quiero creerla. Todos queremos. Pero hay algo raro en su forma de… no sé… algo no cuadra.

—¿Estás diciendo la verdad, mamá? —pregunto serio, agarrándola de la mano, por si quiere claudicar.

—¡Que sí! —Me la sostiene con fuerza—. No le pasa nada… Son achaques de la edad, solo eso… Se cree que todavía tiene treinta años. Debería cuidarse más a partir de ahora.

Todo el mundo se queda callado y convencido.

—Luego volveré a salir, pero por favor, marchaos y seguid con la fiesta. Es lo que me ha pedido.

Mi madre se marcha y nadie se mueve. Luk y Mak se miran. Lenny espera mis órdenes. Aitor… Aitor está apoyado en una pared, mirando al suelo. Diría que va a vomitar en cualquier momento.

—Tío Mak, tío Luk… ¿qué opináis? —les pregunto mosqueado.

Que se tensen no me gusta nada.

—Por favor, decidme lo que estáis pensando. Sed sinceros por una jodida vez…

—No me gusta —empieza Mak—. Tu padre no está bien, se ha desmayado, esa es la verdad. La gente que está bien no se desmaya.

—¿Luk?

Mi tío baja la mirada y suspira. Tiemblo cuando veo que le cuesta decir lo que va a decir.

—Si no fuese algo grave, tu madre estaría aquí, con nosotros… —dice sombrío.

Está claro que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Pero a mí no me la dan. Pienso averiguar lo que le pasa a mi padre.

—Cora… —digo de pronto y me mira asustada—. Llama a Ray. Pídele que venga. Necesitamos que sea nuestro chivo expiatorio.

—Está aquí. No ha venido a la boda porque trabajaba de noche, aunque yo creo que lo pidió a propósito para no tener que ir a la boda…

—Perfecto. Llámale.

Cuando Ray aparece, le contamos lo sucedido y nos pone cara rara.

—No puedo dar información médica de ningún paciente…

—Ray, Ray, Ray… Si quieres entrar con buen pie en esta familia, nos dirás qué le pasa a nuestro padre.

—¡Lucas…! —Me pellizca Cora por hablar como un mafioso.

—¿Ves a esta chica? —Señalo a mi hermana—. Pues es una Morgan. Y los Morgan nos saltamos la normas constantemente. Tú decides si quieres ser uno de los nuestros o no…

—¿Entraría por la puerta grande?

—Muy grande.

—Ahora vengo…

Media hora después estamos desesperados. ¡¿Dónde se habrá metido ese maldito celador?! ¿Cómo puede tardar tanto?

En ningún momento se me pasa por la cabeza que pueda ser que no haya encontrado buenas noticias y tenga miedo de venir a decírnoslo. Hasta ahora, claro… ¡¿Y si es eso?!

Trago saliva acojonado. Tiene que ser eso… Pero no me atrevo a compartirlo.

Cinco minutos después, Ray aparece caminando despacio, como si no quisiera llegar nunca hasta nosotros. Cuando lo hace, me mira serio.

—¿Podemos hablar en privado?

Jamás unas palabras me habían dado tanto pánico.

Camino con él para alejarnos del resto y lo miro sin parpadear.

—¿Qué has averiguado? —pregunto con avidez.

—Esto no es fácil de decir… —musita sin saber a donde mirar.

—Dilo ya. Cuanto antes mejor. De carrerilla. Como una tirita.

—Tu padre está en la sección de oncología… Hace dos años le fue detectado un tipo de tumor raro y muy agresivo que acelera la creación y el crecimiento de las células de los conductos biliares, es decir, los que conectan el hígado, la vesícula y el intestino delgado… Por entonces le dijeron que era inoperable y vaticinaron que le quedaba un año de vida…

La información me cubre como una avalancha de nieve dejándome a oscuras y sin aire por un momento. No oigo nada. Ni siquiera mi respiración porque se ha cortado.

—Lo siento mucho… —musita Ray atribulado—. Odio ser portador de tan malas noticias. De verdad que lo siento…

—¿Por qué no es… operable? —pregunto desesperado.

—El tumor tenía un tamaño demasiado grande y se había extendido, lo que hacía imposible intervenir.

—¿Y no pueden… tratarlo con quimioterapia o radiación para que se reduzcan y luego operarlo?

—Ese tipo de tumor no es sensible a ninguna inmunoterapia. Tampoco a la quimio o a la radio… Se llama cáncer del conducto biliar intrahepático.

—¿Por qué se ha desmayado exactamente?

—Creen que ha sido un problema vascular.

—¿Qué podemos esperar?

—No soy médico, tío… Solo soy un celador.

—Pero lo has visto muchas veces. Dime la verdad…

—No creo que vuelva a salir del hospital… Irán fallándole todos los órganos poco a poco, sin remisión…

Me tapo la boca para no gritar. Y subo la mano hasta mi pelo porque veo que todo el mundo me está mirando.

—Gracias, Ray.

—Lo lamento mucho…

—No es culpa tuya —Huyo de él. Porque más que entrar por la puerta grande, no quiero volver a verlo en mi puta vida. Y él lo sabe.

Me acerco a los reyes, que me miran como si supieran lo que les voy a decir, aunque sea imposible. Pero mi cara ha mutado. Acabo de envejecer veinte años de golpe y sé que ellos pueden verlo. Soy incapaz de hablar cuando cruza por mi cabeza que mi padre no conocerá a mi hijo…

—¿Qué pasa? —pregunta Mak.

Se me escapa un sollozo sin querer, como si fuera una arcada de llanto. Me agarro a su camisa y él me sujeta a su vez, asustado. Se me cierra la garganta. No puedo respirar, y cuando por fin se abre solo es para llorar.

—¡Respira, chico, vamos!

Lo intento, pero no puedo y me rindo al ataque de pánico, ansiedad o lo que quiera que sea esto. Puedo estar un minuto sin respirar, no hay prisa. Termino apoyando la cabeza contra su pecho haciendo leves intentos por coger algo de aire, y en una de esas, lo consigo. Para entonces mis hermanos y Freya ya están a mi alrededor, preocupados.

—¡¿Qué te ha dicho Ray?! —exclama Cora—. ¡No ha querido decirnos nada y se ha ido!

—¡¿QUÉ PASA, LUCAS?! —grita Lía agarrándome con más fuerza.

—Se muere… —digo solamente. Y todos me miran como si no quisieran creerlo, pero sabiendo que es verdad.

—¡¿Qué tiene?! ¡¿Qué te ha dicho?! —pregunta Mak, agarrándome la cara y haciendo que le mire.

—Un cáncer inoperable en el conducto biliar. Se lo diagnosticaron hace dos años y ya ha superado su esperanza de vida.

Mak me suelta porque la información lo deja sin fuerzas.

Escucho llantos femeninos a mi alrededor y siento que alguien me abraza. Es Freya, el resto está en *shock*. Me agarro a ella como si fuera mi chaleco salvavidas. De pronto, veo que Aitor está tumbado entre dos sillas, durmiendo la mona. Y mi primer instinto es querer ocultárselo para mantenerlo a salvo. No quiero que sepa lo que es estar furioso contra alguien que se muere.

¡¿Por qué se lo callaron?! ¿Por qué mi madre no nos ha dicho la verdad ahora? ¡Cuanto tiempo desperdiciado…!

Todo el mundo a mi alrededor llora, incluso Freya, pero yo no puedo.

¿Por qué no puedo? Algo no encaja…

Y de repente, me viene a la mente lo que es: «Sigue vivo».

Esa premisa da vueltas dentro de mí como un boomerang mientras acaricio la espalda de Freya y huelo su pelo. Sigue vivo por algo… Porque es especial. Diferente. Ni siquiera los médicos deben saberlo.

Mis ojos se abren con una lucidez desconocida y me separo de Freya que me mira extrañada. A mi alrededor todo es caos. la gente está hundida y no ve solución a la hecatombe, pero yo sí. Yo presiento que hay una explicación esperando en alguna parte. Pero el tiempo se agota.

Me llevo a Freya para alejarla del resto y hablo en voz baja.

—Voy a salvarlo, Freya.

—¿Qué? Lucas…, te han dicho que es imposible.

—Debería haber muerto hace un año… Hay algo que no están teniendo en cuenta. Mi padre es especial, quizá haya alguna cura alternativa por ahí que…

—Lucas… —dice apenada—. Algunas personas reaccionan así ante noticias de este tipo. Creen que podría haber un remedio mágico por ahí y no dejan de luchar hasta el mismo instante en que su ser querido deja de respirar. Luego se arrepienten de no haber estado a su lado el tiempo que les quedaba. Por favor, Lucas… No quiero que eso te pase a ti. Cargarás con ello de por vida…

—Vale, sí, pero escúchame, Freya —La sujeto con fuerza—. Yo también pensaba que era imposible que me perdonaras y míranos ahora. Hasta tú misma dijiste que venías decidida a romper conmigo para siempre. ¡Las cosas cambian! No me pidas que me rinda con esto, por favor… Confía en mí. Cree en mí solo esta vez…

Ella me mira de forma especial y me acaricia el cuello.

No sé si la súplica en mis ojos termina de convencerla, pero asiente.

—De acuerdo. Estoy contigo. ¿Qué quieres hacer?

—Buscar información, pedir una segunda opinión, hablar con varios especialistas. Con supervivientes… hasta dar con algo que nos sirva. Tiene que haber una variable…

—¿No crees que todo eso ya lo habrán hecho tus padres?

—No tengo ni idea. Se lo tenían muy callado. Demasiado. Y desde luego seguro que hay algo que no han hecho, y está lo primero de mi lista.

—¿El qué?

—Hablar con Dani y sus amigos expertos en fármacos contra el cáncer. Quizá ellos conozcan algún ensayo experimental. Hay que intentarlo todo…

—De acuerdo. Te apoyo.

—Gracias… —La abrazo con fuerza. Y con un gesto tan simple, Freya me demuestra que es la mujer de mi vida.

Jamás había tenido una pareja a la que quisiera abrazar en un momento así. Por fin siento que se ha convertido en mi casa.

32
EN EL FONDO, ME QUIERES

“Lucha siempre por lo que quieres,
y con más fuerza, contra ti mismo”
Anny Peterson



«Mi padre se muere», no puedo pensar en otra cosa.

Se muere de verdad, y yo llevo todo el día maldiciendo mi vida. En realidad, dos. Ayer viernes fue un día de mierda y llegó a su momento álgido cuando Lenny me llamó hipócrita. ¡¿A MÍ?!

¿Qué quería decir con eso? ¿Que decía una cosa y pensaba otra o que pensaba una cosa y sentía otra?

Porque decir, no dije ni una palabra cuando Kali me acusó de tocarle el paquete por curiosidad, o cuando me dijo que siempre había sido yo, en vez Cora…

No lo hice porque me dejó sin palabras. Porque no me lo podía creer, o porque sabía que era cierto y me aterraba la idea.

Estaba hecha un auténtico lío, y mis hermanos y mi primo querían convertirlo en el ovillo más grande y visitado de Australia…

¡¿CÓMO SE LES OCURRE JUNTARNOS EN UNA HABITACIÓN?!

Cuando me levanté de la mesa cabreada declarando que no me sentía parte de la familia, me fui a los sofás del jardín. Necesitaba aire fresco.

Poco después, apareció mi padre dispuesto, como siempre, a quitarme de la cabeza esos malos pensamientos. Sabía que le dolía oírme hablar así, pero recordar ahora lo que me dijo, sabiendo que se muere, es muchísimo peor.

—Cariño…

—Papá, ahórratelo, no quiero hablar —dije amargada.

—Y yo no quiero oírte decir que no te consideras parte de la familia.

—Lo siento. Te pido perdón. Olvídalo, ¿vale?

—Soy yo el que tiene que pedirte perdón por dejar que te sientas así… Fuiste la tercera, y ya sabes lo que dicen de los terceros, que se crían solos. Eras tan fuerte e inteligente, que creí que no me necesitabas, pero me equivocaba…

—Nada de esto es culpa tuya, papá —gemí sintiéndome egoísta.

—Yo creo que sí.

—No me hagas sentir peor, por favor…

—Lía, algo he hecho mal para que dudes de que eres una chica formidable.

—No soy formidable, papá, estoy gorda, y cuando la gente me mira es lo único que ve.

—Yo creo que es lo único que ves tú —sentenció—. Yo te miro y veo a una mujer preciosa, decidida y sexi que…

—¡Papá…! ¡No digas que soy sexi! —Me tapé la cara, abochornada.

—No me creas si no quieres, pero podías creer a las miles de personas que han dado *like* a todas esas fotos tuyas que pululan por Instagram.

—¡¿Las has visto?!

—Yo lo veo todo, cariño, y más, si es acerca de mis hijos, así que no vuelvas a decir que no eres parte de esta familia y empieza a verte como eres en realidad. Eres la única que todavía no se ha dado cuenta… Hasta el idiota de Kali lo ve…

Que mencionara ese nombre me alertó muchísimo. ¡Era cierto que lo sabía todo! ¡¿Cómo era posible?!

—No me hables de él —zanjé asqueada. Llevaba todo el día martirizándome por lo que le dije y rememorando nuestro encuentro. Sentía una vergüenza máxima en ambas facetas. No sabía si le debía una disculpa, una hostia o un orgasmo… No era una hipócrita, ¡era un juguete del destino!

—Yo solo quiero que seas feliz, hija. La vida pasa y no debes desperdiciar el tiempo sintiéndote mal. Piensa en lo que quieres y ve a por ello sin prejuicios ni excusas.

—¿Y si no sé lo que quiero?

—No fastidies… Tú sabes lo que quieres, Lía, el problema es que te da miedo.

—¿Cómo no iba a tenerlo? Con el daño que me han hecho…

—¿Quién te ha hecho daño?

—Déjalo, papá…

—Es que me cuesta creer que alguien te haya tosido encima siendo una Morgan. Igual está todo en tu cabeza, cariño.

—Te puedo asegurar que no.

—Menciona a uno…

—¡Kali mismo! —dije sulfurada.

—¿Y tú lo has tratado bien a él?

Esa acusación llegó en el peor momento posible y los ojos se me llenaron de lágrimas contra mi voluntad.

—No…

—No podéis seguir así. Tus hermanos se han encariñado por fin con él y vuestros problemas no deben ser un impedimento.

—Lenny ya ha dejado claro que la que sobro soy yo —dije dolida.

—Creo que no terminas de entenderlo, Lía… Tú eres el motivo por el que se han unido. Kali tenía su permiso para entrar en la *dark room* o le hubieran roto el cuello. ¿No te das cuenta? Él quería estar contigo.

—¿Tienes idea de lo que hicimos en esa habitación?

—Me lo puedo imaginar… Yo también he sido joven.

—No puedo creer que estemos hablando de sexo…

—¿Por qué? Forma parte de la vida. Y tú eres una chica tan deseable como Cora.

Un calor aplastante devoró mi pecho. El amor más puro e incondicional.

—Gracias, papá…

—Solo digo la verdad.

—No, gracias por abordar este tema de una forma tan sana y abierta. Eso no lo hace casi ningún padre. Si estoy orgullosa de pertenecer a esta familia es por esto.

—Cariño… —Me abrazó.

—Eso no quita para que tu amor de padre te ciegue o estés en pleno proceso de deterioro cognitivo si de verdad piensas que soy deseable…

Eso le hizo sonreír.

—Me recuerdas mucho a tu madre.

—Con cuarenta kilos más…

Me observó con cierta impotencia.

—Prométeme que algún día dejarás de esconderte detrás de tu peso y te plantearás valorar lo preciosa, lista y divertida que eres…

—Lo que tú digas…

—Prométemelo…

—Te prometo que lo intentaré.

La sensación que tuve al día siguiente al mirarme al espejo no contó, porque vestido de boda todo el mundo está guapo. Y cuando digo todo el mundo, también me refiero a chicos que planean coincidir contigo en una habitación a oscuras para llevarte al orgasmo…

¡¿Por qué coño lo hizo?! Supongo que para demostrar que podía y vanagloriarse de su técnica. Misión más que cumplida, idiota… Para ser sincera, lo que más me enfadó es que estuve pensando en él mientras dejaba que un desconocido me tocase… No había dejado de pensar en él desde ese beso violento en el Valhalla y cualquier parecido con la realidad lo achaqué a mi vívida imaginación. Pensaba que me arrepentiría de someterme a ese experimento sexual, pero el resultado superó con mucho mis expectativas. Enterarme de que fue realmente él fue como escupir mis propias babas hacia arriba…

Hui de Kali durante la ceremonia porque no podía soportar lo bien que le quedaba el *smoking*. Era verlo y mojarme entera. Esa forma de tocarme y de besarme me había desquiciado… sobre todo el pensar que nunca volvería a tenerlo.

Estuvo todo el tiempo con mis hermanos, que parecían empeñados en custodiarle en un círculo protector. Protector de brujas como yo… Pero cuando me localizó en la recepción, me atravesó con la mirada y ya no pudo soltarme. La desplazó por mi vestido y por mi pelo, y luego disimuló que hubiera visto algo de su interés.

Estaba dolido y se notaba. Quería encontrar un hueco para pedirle perdón por todo lo que le dije, pero no sabía cuándo hacerlo. Se supone que nos iban a poner a todos los primos en la misma mesa para cenar, pero eran de ocho y no cabíamos todos. Le pedí a Luz no coincidir con Kali, pero me dijo que habían trasladado a Cloe y a Nicky a la mesa de los amigos de Marco de Madrid porque ya se conocían. Tenía que abordarle antes o la velada sería insostenible, así que me armé de valor y me acerqué a él cuando fue a hacerle una visita al cortador de jamón.

Al verme, el obrador me ofreció a mí el plato que acababa de finalizar por pura cortesía.

—No, déselo a él, estaba antes que yo.

—Quédatelo tú —cedió Kali.

—No lo quiero, es tuyo…

—Insisto —musitó como un verdadero *gentleman*. ¡Qué puto calor!

—Oye, yo… quería pedirte perdón por lo que dije en la fiesta. No lo pensaba de verdad… Yo solo…

—Estabas enfadada —terminó por mí—. Lo entiendo. No te preocupes…

Pero no podía evitar sentirme mal.

—Yo… —empezó él—. te pido perdón por…

«¿Llevarme al orgasmo con tu boca…?».

—Por tocarte como lo hice sin tener tu permiso. Me equivoqué… —murmuró avergonzado—. Me dejé convencer por tus hermanos y la cagué. Soy un cobarde y un mierda, como bien dijiste, pero no soy un cerdo… Pensaba que había algo entre nosotros…

Desvió los ojos para no leer en mi cara la confirmación, pero no la habría encontrado porque tenía razón. Claro que había algo. ¡Teníamos una historia! Una muy negra, muy personal y muy íntima.

—Olvídalo todo, por favor… —Se alejó de mí.

Que no me mirase en toda la cena me crispó más de lo esperado. ¡Me ignoraba deliberadamente! Estuvo tan poco participativo como Aitor, y todos me miraban como si fuera culpa mía.

¡Ya habíamos hablado y decidido olvidar el asunto! ¿No podía comportarse normal? Pero mi sorpresa fue cuando trasladamos la fiesta al Valhalla y descubrí que se había ido a casa.

—¿Se ha ido?

—Sí, ha dicho que estaba cansado —explicó Cora—. No sé qué le pasa, está muy raro.

No sería yo la que le contara por qué. ¿O sí?

Tardé una hora y dos copas en decidirme, pero volví a buscarla.

—Es por mi culpa —le dije al oído, beoda.

—¿Qué?

—Que Kali se haya ido. El jueves en la despedida discutimos y le dije cosas horribles…

Cora arrugó el entrecejo.

—¿Por qué discutisteis?

La pregunta del millón. Ayer ella nos contó, toda ilusionada, que se había enrollado con Ray en su coche y que fue espectacular, pero yo era incapaz de decirle que lo de Kali había sido la rehostia. ¿Por qué? Supongo que tenía miedo de que se enfadara si descubría que sentía algo por él. Algo pequeño. Minúsculo. Irrisorio… Pero muy real. Entonces me di cuenta de que… ¡ella ya pensaba que nos habíamos enrollado! ¡Y no le había dado la importancia que yo creía! ¿Era posible?

—Camarero, por favor, un chupito de tequila —supliqué.

Necesitaba ayuda si iba a sincerarme con ella. No podía seguir así.

Al momento me puso un vasito delante y agarró una botella.

—No te la lleves —le pedí antes de bebérmelo de trago—. Pon otro.

Me los tomé seguidos y bufé para aliviar el ardor de mi garganta.

—¿A qué viene esto? ¿Qué pasa? —preguntó Cora perdida.

—¿Recuerdas tus sospechas de que Kali y yo nos habíamos enrollado?

—Ajá… —Me miró asustada.

—Pues es verdad.

—¡¡¡¿QUÉ?!!!

—¿Me odias? —pregunté con culpabilidad.

—¡¡LO SABÍA!! —chilló ilusionada, como si hubiera ganado un puto premio.

—¿No te molesta?

—¡Lo que me molestaba es que tardarais tanto! ¡Siempre como el perro y el gato…! ¡Siempre con Lía esto y Lía lo otro…! Que si Kali es un tal o un cual. ¡Cuando lo cierto es que no podías dejar de pensar el uno en el otro! ¡Qué pesados!

—¡¿Si pensabas eso, por qué te enrollabas con él?!

—¡Porque me daba pena que tú no le hicieras caso! De hecho, la primera vez que me lie con él fue para darte celos y que reaccionaras.

—¡¿Pero qué me estás contando?!

—¡Te lo juro!

—Una noche que estaba borrachísimo me llamó Lía…

—¡¿QUE QUÉÉÉ?! —Estaba a punto de darme una apoplejía—. ¡¿Por qué no me lo habías contado antes?!

—Porque no quería exponerle. Lo veía tan imposible por tu parte… Siempre he pensado que le gustabas. ¡Si vieras la cara que puso hace dos años cuando le dije que su regalo de cumpleaños lo habías elegido tú…! Casi conseguí que diera el paso, pero justo ese fin de semana te enrollaste con el alemán ese que vino de intercambio. ¿Te acuerdas? Cuando se enteró, me folló con todo su cabreo. Fue muy guay.

Imaginarlos juntos hace que se me cierre el estómago.

—Nunca podría estar con él después de haber estado contigo…

—¡Qué gilipollez! ¡Es solo sexo! Nunca hemos estado enamorados. ¡Pero cuéntame, por favor! ¡Quiero todos los detalles! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué discutisteis en la despedida?

Me sujeté la cabeza y quise morirme. Pero eso no es más que una frase hecha que se dice cuando tienes un problemilla sin importancia, escuchar exclamaciones de la gente y ver a mi padre en el suelo, eso es otro nivel.

Escuchar a tu hermano destrozado decir que tiene un cáncer terminal, supera con mucho la visión anterior… y darte cuenta de que la vida es frágil y yo no he hecho otra cosa más que estar enfadada y desperdiciarla, ya es lo máximo.

Salgo del hospital porque necesito aire fresco. ¡Esto no puede estar pasando! Todo lo que nos queda por vivir al lado de mi padre será peor que todo lo vivido hasta ahora y esa realidad me ahoga.

Todo está mal. Todo…

Cuando vuelvo a tomar consciencia estoy subida en un taxi en dirección a mi casa, pero al llegar, no voy hacia la puerta de mi casa, sino a la de Kali.

Llamo, aunque sea de madrugada. Cuando me vea, lo entenderá. Pero no me abre nadie. Sé que Iker y Dani estaban en el Valhalla, pero él debería estar aquí. Insisto con más fuerza, pero obtengo el silencio por respuesta.

Miro hacia mi casa. No quiero entrar en ella y ver la foto de nuestra familia sonriente en el recibidor, así que extiendo la mano hasta la maceta colgada y consigo la llave escondida.

Cuando entro en la casa, me sigue sorprendiendo que Kali no esté. ¿Dónde se habrá metido? Una imagen de él en el mirador me golpea el pecho. Sin darme cuenta, llego a su cama y me siento.

No sé cuánto tiempo paso allí, pero me parece una eternidad ahogada en lágrimas que caen incansables por mis mejillas y sumergida en recuerdos que van desde mi infancia hasta el día de hoy, cuando mi vida todavía era perfecta, aunque no me diese cuenta…

De pronto, noto una presencia en la habitación y giro la cabeza, llorosa. Su mirada llena de pena me hace consciente de la realidad. Lo sabe… Es recordarlo y bajar la cabeza, superada. Nada más soltar un sollozo, lo siento al lado dispuesto a abrazar mi desolación y sujetar mi dolor.

—Lo siento mucho… —musita sentido contra mi pelo.

—No… Lo siento yo… No te equivocabas, Kali. He sido una arpía.

—Shhh… Eso ahora no importa —Me sostiene contra su pecho. Sé que estoy poniéndole la camisa perdida de maquillaje, pero ya nada de eso importa.

—He sido una estúpida…

—De eso nada… —Me coge la cara—. Tenías tus motivos. Soy yo el que siempre se ha portado como un auténtico gilipollas… No me merezco nada de ti —Me limpia las lágrimas y junta su frente con la mía, cerrando los ojos con fuerza—. No puedo creer que estés aquí…

Agarro su camisa porque no quiero que se aleje, me gusta sentirlo cerca. Me separo de él para mirarlo a los ojos por primera vez en la vida con la verdad por delante.

Me encanta que no pueda evitar bajar la vista hacia mis labios y una fuerza sobrenatural me empuja hacia ellos. Él responde alucinado, pero enseguida intenta apartarse y lo retengo con fuerza.

—Lía, yo… —jadea nervioso—. Estás mal… No es buena idea…

Mis ojos llorosos se amotinan.

—Por favor… —digo acariciándole el cuello y atrayéndolo de nuevo hacia mí.

Él no puede resistirse y vuelve a besarme como si corriera fuego por sus venas. Me coge la cara con fruición y me besa con una pasión que no consigue medir. Justo lo que necesito. Sentir intensidad. Lo contrario a la muerte. Sentir la vida.

—Lía, por favor… —Vuelve a parar con la respiración entrecortada—. No creo que pueda volver a detenerme… —admite asustado—, y no quiero que mañana te arrepientas de nada. Estás vulnerable…

—Estoy más segura que en toda mi vida —sentencio seria—. Te necesito, Kali… Ahora mismo te necesito dentro, por eso he venido…

Su cara se desencaja y se lanza contra mis labios conmocionado. De vez en cuando se acuerda de tratarme con suavidad, pero a un tío así se le da fatal ser delicado y eso me encanta de él.

Me desabrocha la cremallera como si llevara toda la tarde estudiando cómo hacerlo, y yo hago lo propio con su camisa, mientras seguimos devorándonos sin control. Tenemos prisa, como si el mundo fuera a acabarse otra vez en siete minutos.

Nos desnudamos en tiempo récord y cuando nos damos cuenta, nos miramos borrachos de deseo.

Ambos sabemos que no es una de esas veces en las que se pueda perder tiempo practicando sexo oral, la premura por poseernos es tanta, que sería una tortura medieval esperar. Nos besamos desesperados y las manos van, inevitablemente, al pan. Un pan muy duro, grande y húmedo, dispuesto a meterse en un horno al rojo vivo recubierto de glaseado líquido.

Una de sus manos va a parar a mis pechos por pura casualidad, y la sensación es tan electrizante que nos deja claro que tampoco hay tiempo para eso.

Kali se abalanza sobre mí, ganándome la posición en el colchón y metiéndose fácilmente entre mis piernas. El roce piel con piel es tan delicioso que me pongo a temblar. Jamás me había pasado nada igual.

Lo veo coger un preservativo de la mesilla y rasgar el envoltorio.

—No sabes cuántas veces he soñado con hacer esto… —confiesa.

—¿En serio? —digo emocionada.

—Sí… Voy a intentar durar, pero te juro que nunca he estado tan excitado como ahora.

—Yo tampoco…

—La última vez fue cuando vi cómo te hacían esas fotos…

Notar su punta en mi entrada, deseosa de abrirse paso entre mis pliegues, hace que me dé un espasmo de placer.

Le suplico con los ojos que lo haga ya.

Él se lame los labios y lo noto avanzar despacio, con la mirada empañada. Lo que siento cuando su largura dilata mi carne hasta introducirse del todo no es de este mundo. Mi boca gime de forma descontrolada cuando sale y vuelve a entrar apretando las mandíbulas.

—Joder… —se queja—. Estás tan apretada que me muero de gusto.

Si supiera lo que estoy sintiendo yo alojando semejante verga…

Me besa sobrepasado y pienso que estoy en el puñetero cielo.

Una vez coge ritmo, ya no hay lugar para besos ni conversación, solo cabe prepararme para el orgasmo más antológico de mi vida. Y aun sabiéndolo, cuando llega, me sorprende y se lo hago saber clavándole las uñas en la espalda. ¡QUÉ PUTA BARBARIDAD!

Casi desmayada, lo oigo soltar un sonido gutural y ser testigo de cómo su potente cuerpo se contorsiona impresionado es algo único.

Cuando nos tranquilizamos, me mira e implora:

—Por favor no te vayas todavía… Quédate un poco más conmigo.

—No pensaba ir a ninguna parte —Lo tranquilizo. Y nos besamos despacio, en otra realidad que no es la del sexo, una más bonita y real.

Es curioso cómo la vida puede cambiar en segundos… Para bien y para mal. En esos momentos, tocas fondo. Y cuando pasa, mejor que tengas a alguien esperando en él.

33
MI ISLA

“No es el mismo vacío vivir sin algo que te llene que rozarlo con los dedos y tener que dejarlo marchar”
Elisabet Benavent

Frente a la casa de mis padres hay una playa, pero curiosamente es a la que menos voy. Supongo que la relaciono con una época de mi vida en la que no tenía erecciones y mi subconsciente considera que ya no va conmigo.

Pero hoy necesito esa playa.

Necesito volver a ser un niño y me cuadra bien, porque lo de tener una erección ha pasado a mejor vida. Estoy tan hundido que se me ha roto la polla. No es broma. Se me ha muerto. Es como si al perder a Enzo, se me hubiese desconectado del cuerpo.

Ayer me quedé dormido en la sala de espera del hospital y me he despertado a las ocho de la mañana. Ver a mis tíos discutiendo con mi madre no me ha gustado.

—Eh, ¿qué pasa? —He salido en su defensa, y todos han puesto cara de circunstancias. Mi madre no tenía buena cara, parecía a punto de echarse a llorar y la he abrazado.

—Cuéntale a tu hijo lo que pasa —ha dicho Mak con inquina.

—No me culpéis a mí. Fueron sus deseos. Si os lo hubiera pedido a vosotros, hubierais hecho lo mismo.

—¡Yo le hubiera convencido para contarlo!

—Basta, Mak. Ahora ya está…

—¡Podíamos haber reaccionado mucho antes!

—Nos dijeron que no había nada que hacer.

—¿Hacer con qué? —pregunto perdido.

—¿Sabes al menos por qué estamos aquí? —dice Mak, cabreado.

—Mi padre se desmayó —recuerdo a duras penas—. ¿Cómo está?

Mak niega con la cabeza y resopla airado.

—Me voy al baño, no quiero ver esto.

Miro a Luk y a mi madre, y me mosquea que no me mire.

—¿Qué pasa?

Es Luk, quien, finalmente me pone al día.

Mi primer impulso es consolar a mi madre, porque se echa a llorar y cada partícula de mi ser me pide socorrerla. Yo no reacciono. Esto es demasiado. Estoy en modo negación. Mi mundo ayer se estaba hundiendo, pero hoy se ha sumergido y me estoy quedando sin aire.

Intento pensar en el último máster que me saqué de Gestión y desarrollo de recursos humanos. Creo recordar que había algún tema de cómo solventar una gran crisis. La peor.

La muerte es un tema que me tomo muy en serio, por eso siempre he sido tan «viva la vida», porque sé que en cualquier momento, adiós. Vivimos en una eterna ruleta rusa y a todos nos llegará la hora, pero que mi padre se muera implica que ya nada volverá a ser lo mismo. Que mi vida ya no brillará con tanta fuerza nunca más.

Me hubiera gustado que viviera lo suficiente para estar orgulloso de mí, pero se ve que ese no es mi destino. Yo no tengo de eso. Ya no.

Sigo paseando por la playa desierta. Es uno de esos días en los que hay un poco de niebla y ni vestido dejas de tener algo de frío. No me he cambiado de ropa. Sigo llevando la misma camisa y pantalón de traje que ayer, pero sin corbata ni chaleco. El conjunto es una sombra de lo que fue. Igual que yo.

De repente, veo una figura a lo lejos sentada en la arena. Si hubiera creído en Dios, pensaría que es un puto milagro, pero como no creo, sé que es el karma, que ha venido a darme lo mío… porque es… Enzo.

Cuando gira la cabeza y me ve, no se mueve. Yo sigo caminando despacio hacia él. No tengo prisa por llegar a esa conversación.

Cuando estoy a su altura me paro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Lo mismo que tú, supongo. Aceptar mi destino…

—El mío es que mi padre se muere.

Esa información lo hace mirarme fijamente. Le cuento lo ocurrido.

—Lo siento mucho… ¿Cómo estás?

—Paso palabra. ¿Cómo estás tú? ¿Te duele mucho?

—Le duele más a él…

Y con esa frase consigue callarme. Hugo está arrepentido. Ya puede estarlo. Reaccionó como un puto energúmeno. Pero creo que fue más por él que por mí. A mí ya me había dado por perdido hace mucho.

—Mis mensajes no te llegan, ¿me has bloqueado? —preguntó señalando su inmadurez.

—No, me desinstalé WhatsApp.

—¿Y por qué no me has llamado?

—Pensé que eso ya enviaba un mensaje por sí mismo…

—Entiendo… Pues nada. Hasta nunca…

Seguí andando con la sensación de que me ahogaba. Quería cortar por lo sano, aunque en nuestro caso, la herida se infectaría y dejaría una cicatriz y unas secuelas que siempre arrastraríamos.

—Aitor… —me llama, pero no me giro. No quiero oír más. Estoy superado por todas las malas noticias y necesito poder seguir respirando.

—¡Aitor! —exclama y maldice en voz baja.

Tarda un poco en plantarse delante de mí con cojeo y cabestrillo incluidos.

—¡¿No me digas que no lo entiendes?! ¡¿Renunciarías a Lucas por mí?! ¡Mi hermano es

frágil, joder! ¡Si le doy la espalda, quién sabe qué podría pasarle…! ¡No tiene a nadie!

—¿Frágil? ¡Te dio una paliza, Enzo! ¿Sabes lo que creo? ¡Que eres tú el que necesita una espalda fija en la que apoyarse y que jamás te has fiado de que pudiera ser la mía! ¡Has dejado a Ruby, pero sigues creyéndote la mentira! Te contarás una y otra vez que yo era un vampiro emocional que te engatusó para hacerte caer en la tentación, ¡pero fuiste tú el que volvió a buscarme! ¡Fuiste tú el que me besó y me dijo que se estaba muriendo sin mí! ¡Y por eso corté con Hugo, si no, quizá seguiríamos juntos! ¡Así que no te atrevas a convertirme en el malo!

—¡No pensaba hacerlo! El malo soy solo yo… —admite dolido. Y me agarra de la camisa para que no huya o para sujetarse—. No te culpo, Aitor… Al revés. Esto es lo mejor para ti. ¡Para todos! Puedo dejar a Ruby, pero jamás podré salir del armario, ¡es superior a mis fuerzas! ¡Nunca podré aceptar cuánto me gustas, porque es demasiado para mí! Ni siquiera soporto que lo sepa mi hermano… que sé que me entiende mejor que nadie porque le pasa lo mismo…

—¡¿Y cuál es tu plan a largo plazo?! ¡¿Volver a salir con chicas?!

—No lo sé… Tener una vida tranquila y discreta. Predecible. Controlada. Donde no haga daño a nadie… y menos a ti.

—¿Crees que así serás feliz? —digo con pena. Porque sé que no.

—Es a lo máximo que puedo aspirar…

Me lo quedo mirando con una amargura infinita, como si jamás fuera a volver a verlo. De hecho, el Enzo que una vez me dijo que me quería, ya no está aquí, lo noto. Me cuesta un momento asimilar que esto es el final. Que esa persona se ha ido y ya no volverá…

—Di algo, Aitor… —suplica consternado—. Dime que estarás bien. Que en el fondo lo entiendes. Que sabes que tengo razón… No puedo perder a mi hermano. ¡Me necesita y yo también! E igual que no pude soportar verte con él, él nunca sobrellevará bien que estemos juntos. No puedo hacerle esto…

Asiento sobrepasado. La aceptación es la fase final del luto, dicen.

—Dime qué piensas… —musita preocupado.

—Pienso que mi padre se muere… —digo desolado—. Pero tú, Enzo, ya estás muerto.

Vuelvo a casa tan chafado como me he ido, porque en realidad, perdí a Enzo cuando Hugo entró en esa cocina. Murió en mis labios, joder, pude sentirlo, y de alguna forma, sabía que era el final. Pero no importa que la muerte sea anunciada, doler, duele igual, o más, porque yo llevo retorciéndome días antes del último adiós y la culminación me ha pillado con el cuerpo en horas bajas.

Me preparo un café y oigo que llaman a la puerta. ¿Quién no tiene llaves de esta casa? Porque creo que todo el mundo tiene una copia.

Me acerco a abrir y me encuentro a Marco en el umbral.

—¿Tú no deberías estar camino del aeropuerto?

—Sí, pero tenía que recoger una última cosa antes…

—¿El qué?

—A ti.

Abro mucho los ojos. ¿Va a secuestrarme?

—Haz las maletas. Te vienes con nosotros a Madrid…

El No incrédulo que tengo en la punta de la lengua se hace añicos, y se convierte en un «es lo mejor que podría pasarme». Despertar mañana en otra parte. En otro lugar que no me recuerde a él. Ni a que mi padre se está muriendo… Pero no puedo ser tan egoísta.

—No puedo… Mis padres me necesitan.

—Ha sido idea de tu madre. Sabe lo que te conviene.

—Pero Lucas…

—Lucas no te necesita, Aitor, ahora tiene a Freya. Lenny a Charlotte.

—Y Lía a Kali —informo—. Los he visto despedirse cuando llegaba del hospital en la puerta de su casa, ha sido chocante verlos tan acaramelados, supongo que unos se juntan y otros se separan…

—Y no nos olvidemos de Cora… —añade mi primo—. Ese maldito hippy está enamorado de ella. Puedes irte tranquilo. Lucas está de acuerdo.

Creo que lo último se lo ha inventado, pero sé que Lucas hará cualquier cosa que le recomiende Marco. Confía mucho en él. Le confiaría mi vida.

—Pero Luz y tú estáis recién casados… —discurro—. No puedo estar en medio, molestando.

—Solo será una temporada. Después te obligaré a llamar a tu amigo Varo, seguro que puede darte trabajo.

—No puedo dejar Byron, Marco… —Me entra el típico miedo de «mejor lo malo conocido»—. Mi padre está terminal… —Recuerdo.

—Sé de buena tinta que Luk y Mak están movilizando hasta a los rusos para salvar a Kai. Hay mucha gente ocupándose de él, y si empeora, siempre puedes volver. También puedes llamarle todos los santos días… Pero tú tienes que irte de aquí, Aitor. O acabarás mal…

Nos miramos. Marco es la persona más inteligente que conozco y una de las que mejor me conocen a mí… Cuando empeore, que lo haré, ¿quién cuidará de mí si él se va?

—Dame cinco minutos, voy a coger lo básico.

—Lo básico para ti es media hora, coge lo imprescindible, ya te irás de compras en Madrid.

—A veces hasta tienes buenas ideas… —Voy a irme corriendo, pero freno sobre mis pasos—. ¿Seguro que a Luz no le importa que vaya?

—Ella fue quien dijo que, si no te ayudaba, no sería el hombre del que se enamoró…

—Te espera un matrimonio de aupa —me mofo. Y me marcho a la carrera. La adrenalina corre por mis venas y me siento mejor. Pero sé que es solo lo que llaman «la última mejoría» antes de caer a los infiernos.

De camino al aeropuerto llamo a Lucas y le cuento mis planes. Para mi sorpresa, le parece genial.

—¿Seguro que estarás bien? —insisto culpable.

—Sí, no te preocupes. Lo importante es que tú te recuperes. Marco ha tenido una gran idea. Y ahora mismo prefiero que no estés aquí…

—Pero papá…

—Precisamente, Aitor… Soy el responsable de que tu magia no se apague y estás parpadeando… Déjame a mí lo de papá, no pienso rendirme. Y tengo a Freya. Cualquier novedad, te aviso…

—De acuerdo… Eres el mejor hermano del mundo, ¿lo sabías?

—No sé de qué hablas —se hace el loco—. Dile a Marco que gracias.

—Dice Lucas que gracias —transmito.

—¿Por qué?

—Pregunta por qué. Pongo el manos libres.

—Por salvarme siempre el culo, primo… —se escucha a Lucas—. Me tenías muy preocupado, Tor, y hoy te oigo mejor.

—No te dejes engañar —repone Marco—. Está en pleno subidón de adrenalina. Es como esos tíos que no se dan cuenta de que tienen un brazo roto hasta que ha pasado el peligro. Pero todo llega… Rezo para que ese momento no empiece a diez mil metros de altura.

—Está exagerando. Estoy mejor, en serio. Enzo me lo ha dejado todo muy claro, me lo he encontrado esta mañana en la playa…

Se hace un silencio en el habitáculo y me da la sensación de que Marco ni siquiera respira.

—¿Has hablado con él esta mañana? —repite nervioso.

—Sí, y nos hemos despedido. Está todo bien…

—Acelera… —masculla Luz preocupada.

—Muy graciosos… ¡Estoy bien, de verdad! —repito con más júbilo. Pero sé que sueno a Ross Geller, justo antes de que le robaran su bocadillo. SU. BOCADILLO.

—Ya lo has oído, Lucas —dice Marco indolente—. Todo está bien. Sigue informándonos sobre Kai, por favor. Hasta pronto…

—Estoy bien —repito tras colgar.

—No vuelvas a decirlo o me voy a acojonar —masculla Marco.

Sonrío. No sé a qué viene tanto drama… Solo acabo de perder al amor de mi vida. Para siempre. PARA SIEMPRE…

Solo me he despedido de la única persona que ha conseguido que sienta algo especial y único en todo el mundo. De alguien que se condena de antemano para sentirse seguro y que sobrevivirá sin permitirse ser como realmente es… Alguien que no me ha elegido por segunda vez en su vida y que nunca lo hará.

De pronto, empiezo a marearme y apoyo la cabeza atrás.

Mi respiración se entrecorta y comienza a dolerme el pecho.

Esta sensación me suena… Ahora es distinto porque estoy sentado y no noto tan intensamente la fragilidad de mis articulaciones.

Estoy a punto de decir, «da la vuelta, llévame al hospital», pero cierro los ojos y me callo, rezando para no desmayarme. No puedo hacerles eso…

Quizá Enzo tenga razón y alejarme de él sea lo mejor para mí. Porque cuando algo se rompe, siempre, siempre, se pierden piezas pequeñas que nunca recuperas. Y a mí solo me queda medio corazón.

34
EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

“Todos necesitamos alimentar en nosotros alguna vena de loco para que la realidad se nos haga soportable”
Marcel Proust



Cuelgo el teléfono y confío en que Aitor estará bien con Marco. Nunca podré agradecerle a mi primo que se ocupe de él en estos momentos, pensaba hacerlo yo, pero las prioridades han cambiado.

Anoche nos fuimos del hospital de madrugada. Freya me convenció para que hablase con mi madre cuando estuviera más calmado. Y terminamos durmiendo en su casa. En su cama. Ella daba por hecho que no estaría de humor para hacer nada, pero se equivocaba, porque las fuerzas para luchar por mi familia empezaban en su cuerpo, junto a mi hijo.

Ahora sé que está aquí por un motivo muy concreto: que luche para que mi padre pueda verlo nacer.

No es que yo estuviera pensando en sexo, pero sí en el abrigo y el calor de sus labios y sus caricias, y una cosa ha llevado a la otra sin poder detenerlo. Por algo se llama hacer el amor. Y yo necesito el suyo.

Por la mañana, me he ido a duchar a mi casa, y nada más desnudarme, Aitor me ha llamado. Al parecer, no nos hemos cruzado de milagro. Pero casi mejor así, quizá se hubiera echado atrás. Soy el único que hubiera podido convencerle para que se quedara, pero, como he dicho, prefiero que se marche y no sea testigo de lo que está por venir. Quiero que siga siendo ese chico bromista y desvergonzado que no tiene un padre muriéndose, porque así cuando estemos juntos, podrá hacer que yo también lo olvide.

Llamo a Freya por teléfono.

—¿Estás lista?

—Sí… Oye, ¿cómo podías hablar por teléfono conmigo con la voz de Landon? No te reconocí.

—Con esto —Le enseño el intercambiador de voz.

—¡Qué fuerte! Eres todo un espía.

—Lo llevo en la sangre. Te espero en la puerta de tu tío Dani.

—Voy.

Al juntarnos, no tengo más remedio que atraerla hacia mí y besarla despacio. Es mi nueva adicción.

—¿Estás listo?

—No. Pero vamos…

Llamamos a la puerta del cielo creyéndonos Bob Dylan y respiro hondo antes de que abra alguien, porque sé que va a ser duro.

Nos recibe Dani y, en una décima de segundo, pone cara extraña. Su cerebro no entiende que tengamos nada mejor que hacer que estar aquí. En los aperitivos de la boda, se acercó para abrazarme sentido y decirme enigmático:

—Sabía que lo conseguirías…

—¿A qué te refieres? —sonreí.

—A todo. La empresa, Freya… No hay más que verte. Eres pura luz. No podría estar más orgulloso de ti ni aunque fueras hijo mío…

Una vez más, flipé con Dani y sus frases.

—Gracias… —contesté emocionado. No es una palabra que me guste decir porque no me mola que me hagan favores, pero Dani llevaba sosteniéndome mucho tiempo, no solo con el dinero. Eso fue el colofón final. Y le dejé hacerlo porque sabía que no se rendiría hasta que lo aceptase. Eso lo aprendí de él. A no rendirme.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupado al vernos.

—Es mi padre…

Su rostro se resquebraja como si esperase la peor de las noticias.

—¡Sigue vivo…! —digo enseguida.

—¡Joder…! —Se pone una mano en el pecho—. ¿Quieres matarme, chico? Pasad y sentaos… ¿Cómo está?

—No muy bien… —farfullo obedeciendo—. A raíz del desmayo nos hemos enterado de que tiene… cáncer —suelto la bomba—. Uno muy jodido. Inoperable.

Dani nos mira serio, pero no hay rastro de sorpresa en su cara.

—¿Tú lo sabías, tío Dani?

—Sí.

Mis ojos se abren como platos.

—¡¿LO SABÍAS?!

—En cuanto tu padre supo que era inoperable, me lo contó. Quería saber más sobre los fármacos que estamos desarrollando. Invirtió dinero en levantar un proyecto para investigarlo…

—¡¿Y?! —pregunto esperanzado.

—No está listo, Lucas… Estas cosas tardan años, quizá diez… Lo hizo más bien pensando en vosotros. En que pudiera ser hereditario.

Los ojos se llenan de lágrimas al momento al tumbar mis esperanzas de una patada.

—No puede ser… —jadeo. Él pone una mano sobre la mía y se la agarro con fuerza—. Dani, por favor… Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Ya has hecho mucho, Lucas. Estos dos años, cada vez que hemos salido al mar ha sido para buscar una solución para esto…

—¡¿Por qué no me lo dijiste?! —digo enfadado—. ¡Habría buscado más horas! ¡Con más esfuerzo! ¡Podía haberlo salvado…!

Rompo a llorar y Dani me abraza para consolarme.

—¡Tú no lo entiendes! ¡No puede morir! ¡Acabo de recuperarlo! ¡Debería vivir veinticinco

años más! ¡No puedo perderlo ahora!

Lo miro, totalmente superado e intento rescatar en sus ojos una pizca de esperanza, pero es más probable que me conteste una de sus frases naturistas de «polvo eras y en polvo te convertirás».

—Lucas…

—Sigue vivo —lo corto serio—. ¿No te preguntas por qué?

—Tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Ya hay muchos remedios que han resultado ser beneficiosos para ciertos tipos de cánceres, y a Will se le ocurrió fabricar un compostaje con algunos principios activos que, si bien, no lo curarían, podrían ralentizar el proceso.

—El puto Will Williams…

—El mismo. Y creo que funcionó. Pero no lo detendrá para siempre. El cáncer es un ente que hay que erradicar del cuerpo, si no, termina apropiándose de su huésped y contaminando otras zonas.

—No pienso rendirme, Dani. ¿Qué alternativas hay?

—Ninguna.

—Quiero que me lo diga Will —digo cabezota—. Llámalo.

—Lucas…

—No me gusta nada tu tono —digo sin mirarle—. Suena a que te has rendido, y tú nunca te rindes. No lo hagas ahora, por favor… —La voz me tiembla al final y Freya me pone una mano en la espalda.

—Lucas… Déjame hablar —pide Dani.

—Habla —Me muerdo la lengua impaciente.

—Antes de llamar a Will, quiero que pienses bien la respuesta a lo que te voy a preguntar. Es muy importante.

—Vale…

—Si te dan a elegir entre, tener tres años más con tu padre o someterlo a un tratamiento experimental que se lo llevará en tres meses, ¿qué elegirías?

—Si hay alguna posibilidad de que…

—Las probabilidades de que funcione son del cinco por ciento.

Ese dato me corta la respiración. Jamás pensé que doliera tanto que las matemáticas se pusieran en mi contra.

Los ojos vuelven a traicionarme.

—Tus padres eligieron los tres años —expone Dani.

—¡¿Cómo es posible?!

—A la vista de lo bien que le funcionó el compostaje y de la calidad de vida que le daba, consideraron que era lo mejor. Otra cosa hubiera sido que estuviera sufriendo encamado…

—Me parece increíble que no nos lo hayan contado…

—No querían preocuparos antes de tiempo. Tú crees que los habrías aprovechado y disfrutado más, pero no es cierto.

—Estoy cabreado, Dani. ¿Cómo me quito este enfado de encima?

—No puedes. Solo te puedo decir que ellos son los que más han sufrido. Tú acabas de llegar y deberías respetar sus decisiones en un tema así, no imponer lo que tú harías o crees que es lo mejor. Ponte en su lugar…

Y lo intento. Pero sigo pensando que se está mejor que en el mío.

Estoy un minuto en silencio pensando en todo.

—¿Nos acompañas al hospital? —digo por fin.

Al llegar al centro médico, no vemos a nadie en la sala de espera, están todos apelotonados en la habitación de mi padre. Mis tías Mei y Ani; mis hermanas acompañadas de Kali; Lenny y Char. Y por supuesto, mi madre.

Al verme, todo el mundo se calla. Me quedo mirando a mi padre como si fuera a estallar y la gente reacciona.

—Nosotras mejor nos vamos —dicen mis tías—. Seguro que cuando nuestros maridos se despierten, tendrán hambre.

—Pues que se preparen un sándwich —replica Lía—. No sois sus esclavas.

—No se refería a esa clase de hambre, hija… —aclara mi madre. Y mis tías sonríen.

—Nosotros también nos vamos —dice Lenny.

—¿Me esperas fuera? —le pido.

—Claro… —Choca contra mi hombro y aprovecha para darme un pequeño abrazo. Char me acaricia el cuello de pasada.

—Yo tengo sed —dice Cora—. ¿Alguien me lleva a la máquina?

Kali se encarga de su silla y Lía vuelve a abrazar a mi padre.

—Gracias, papá… —susurra sentida. Y se va.

—Esperadme fuera, Lía. Quiero hablar con todos luego…

—De acuerdo. —En un impulso, también me abraza y se va veloz.

¿Desde cuándo es doña abrazos? Mis padres me miran.

—¿Quieres que espere fuera? —susurra Freya discreta, con un tono de voz tan comprensivo que me dan ganas de llorar ya.

—No, quédate… Eres mi mujer —Sus ojos se abren como platos.

—El matrimonio no se pide así, hijo… —bromea mi padre.

Freya me mira con los ojos como platos.

—Me refería a que no quiero tener ningún secreto contigo —digo nervioso—. Mis padres siempre se lo han contado todo. Solo guardan secretos con los demás… —aprovecho para lanzar la pulla.

Me miran contrariados.

—No esperamos que lo entiendas, Lucas… Eres muy joven —dice mi madre.

—Y no tienes hijos, todavía —secunda mi padre—. Lo más parecido es Aitor, y no has tenido problema en mandarlo lejos del problema. Cuánto más lejos, mejor. Seguro que hasta pagarías por que no supiera nada mientras tú buscas una solución.

El *touché* se me clava en medio de los omoplatos.

—Aitor es diferente, pero yo lo habría encajado.

—En aquella época me odiabas, Lucas, y no quería que me perdonaras por estar enfermo.

—¿Y si hubieras muerto estando enfadados?

—No te habría dolido tanto…

—Al revés —mascullo.

—Por suerte he vivido para verte convertido en un hombre de éxito, enamorado y a punto de ser padre. Es lo que siempre deseé para ti. Ya puedo morirme en paz…

El corazón se me encoge y los ojos se me llenan de lágrimas. Freya me coge la mano.

—Dani dice que no es asunto mío…, que no tengo derecho a opinar ni a quejarme, pero maldita sea, por una vez, se equivoca… No estoy preparado para sustituirte. Para ser quien ellos necesitan que sea… —digo señalando fuera—. Todavía te necesito, papá…

Él abre sus brazos y me lanzo a por ellos.

Estoy como un minuto llorando en su regazo, mientras mi madre me acaricia la espalda. En un momento dado, deja de hacerlo para abrazar a Freya, que también está deshecha en lágrimas por verme así.

—Todo irá estupendamente… —musita mi padre. Y niego con la cabeza—. Dejadnos un momento a solas, por favor, quiero decirle algo a mi hijo…

No levanto la cabeza cuando las oigo marchar porque no quiero escucharle. No quiero que se despida de mí.

—Mírame, Lucas…

Lo hago, pero cada vez que parpadeo se me caen las lágrimas que no dejan de salir. No sabía que fuera capaz de llorar tanto.

—Mis padres murieron cuando yo tenía diecinueve años… Los dos a la vez. Me quedé al cargo de todo y la cagué, terminé en la cárcel. Tú tienes veinticinco, y estás de sobra preparado para esto. Lo has demostrado con creces…

—¿Cómo puedes decir eso después de la que he liado?

—Pues lo digo. Eres todo lo que siempre deseé que fueras, Lucas, e incluso mejor. Sé que lo harás muy bien.

—No soy como crees… Ya te lo dije. Me da miedo todo.

—No confundas el miedo con que te importen las cosas. Tú eres valiente, Lucas.

—No es cierto… Si fuera valiente podría afrontar esto. Pero soy egoísta y te suplico…. te suplico que luches e intentes curarte con el fármaco experimental que propuso Will. El del cinco por ciento.

—Lucas…

—¡No quiero tres años, quiero más! Y sé que no tengo derecho a opinar, pero por favor, papá… ¡No te rindas! ¡Tú eres especial! El compostaje ese te ha sentado de lujo, ¿por qué no iba a funcionar lo otro?

—Lucas… tres años es mucho tiempo…

—Nadie te garantiza que vayas a vivirlos bien. ¡Mira lo que te ha pasado! Si hay posibilidades de que te cures, deberías intentarlo… Sé valiente… Yo confío en que puede funcionar porque hoy por hoy ya eres un jodido milagro clínico. ¿Cuántas posibilidades había de que vivieras más de un año? Por favor, papá… No me dejes… —Me derrumbo sobre él.

—Si no sale bien, no conoceré a tu hijo…

—Me da igual —digo tajante—. Él no va a recordarte… ni tú vas a crear un vínculo con él. Yo lo que quiero es que estés en su boda. Que le des consejos y le cuentes batallitas. Quiero que te quiera tanto como yo… y si hay alguna posibilidad… —Vuelvo a hundirme en su regazo.

—Lucas, yo lo haría… Pero tu madre, Luk y Mak no van a dejarme. Y no quiero pasarme el tiempo que me quede discutiendo con ellos. Me dirán que es un suicidio…

—La mayoría de las proezas parecen suicidios. Nada extraordinario comienza con un «¡Ah, sin problema!». Me da miedo que ocurran cosas que no puedo controlar, pero me da todavía más miedo no hacer nada cuando dependen de mí. Sé que es arriesgado, y si sale mal lamentaré toda mi vida no haber tenido esos tres supuestos años, pero si no lo hacemos, lamentaré toda la vida no haberlo intentado. Sea como sea, lo lamentaré. Pero si sale bien, tenemos mucho que ganar.

—No le digas a nadie que hemos tenido esta conversación —dice de pronto—. No quiero que te culpen a ti…

Mis cejas se elevan.

—¿Significa que… vas a hacerlo?

—Sí. Yo quería, pero no tenía apoyos.

—Dani sospechará… sabe cómo pienso.

—Dani no te condenará, te quiere demasiado. En cualquier caso, te ayudará a sobrellevarlo si sale mal.

—También voy a decírselo a Freya…

Mi padre sonríe.

—Aprendes rápido, chaval.

Nos abrazamos con fuerza.

—Y ahora lávate la cara antes de salir a darle una charla tranquilizadora a tus hermanas…

Obedezco y salgo de la habitación. No sin jurarle que lo acompañaré durante todo el proceso para que mi madre pueda descansar de hospitales. Lleva una racha agotadora desde lo de Cora.

Mis hermanas, mi primo y Kali me observan llegar hasta ellos. Sé lo que necesitan de mí. En su presencia no puedo ser ese chico amarrado a su padre suplicando que no le dejé. Yo tengo que ser a lo que se agarren cuando se sientan así. Y para ello necesito que me vean bien. Pero lo primero es lo primero. Beso a Freya y la amarro contra mí. Ya la echaba de menos.

—Qué cuquis sois… —opina Cora soñadora.

—¿Has vuelto a ver a Ray? —le pregunto de vuelta.

—No. —Hace un mohín—. Dudo que vuelva a verle. No es de los que se saltan la ley y creo que le asustaste un poco ayer.

—No lo dejes escapar. Ese chico tiene un par de huevos.

—Si tú lo dices… yo no se los he visto.

Lía sonríe divertida. Dirá lo que quiera, pero Cora le hace gracia. Y muy pocas cosas se la hacen. Ahora que mi hermana menor ha dejado la tontería atrás, sé que van a estar más unidas y eso me gusta.

—¿Tú qué haces aquí? —Miro a Kali extrañado. Me ha sorprendido verlo antes en la habitación y me he dado cuenta de que estaba sospechosamente cerca de Lía. ¿Se habrán liado?

Mi hermana se pone nerviosa; la intuición no me ha fallado.

—He venido por tu hermana —contesta sincero.

—¿Por cuál de ellas?

—Por las dos…

—Eso no me vale. Tienes que elegir… ¿Por quién estás aquí?

Kali me mira serio y capta mi intención y alevosía. Lía se muerde los labios.

—Por Lía…

—Bien. Pues agárrala o… no sé, ¡haz algo!

—¡Lucas…! —Se queja Lía, avergonzada.

Lenny y yo nos reímos entre dientes. Doble LL significa cabrones.

—Ahora en serio, me alegro mucho por vosotros.

—Gracias por todo, tío… —balbucea Kali agradecido.

—No, gracia a ti… —Lo agarro del hombro—. No solo vas a hacer muy feliz a mi hermana porque sois el uno para el otro, sino que salvaste a Lenny y has traído a Neo de nuevo a nuestras vidas. Nunca podremos agradecértelo lo suficiente. Solo puedo decirte… Bienvenido a la familia.

—Sí, bienvenido —confirma Lenny poniéndole una mano en la espalda. Kali nos mira con los ojos brillantes y Lía termina dándole un beso antes de que se eche a llorar.

—¡Ay, me encantaaaa! —aplaude Lía emocionada.

—En otro orden de cosas —cambio de tema para darle un respiro a Kali—. Aitor se ha

marchado con Marco a España…

Mis hermanas me miran extrañadas.

—¿Con papá tan mal?

—Él está casi peor… —subrayo—. Y lo de papá va para largo. Creen que puede aguantar unos tres años más.

—¿Solo tres años? —dice Lía asustada.

—Eso será en el mejor de los casos —afina Cora triste.

—Pueden pasar muchas cosas en ese lapso de tiempo, como que den con una cura. Necesito que os mantengáis positivas y que ayudéis en todo lo que podáis a mamá.

—¿Y Aitor qué? —pregunta Lía—. Es su niño bonito. Le necesita.

—Ella sabe que necesita más irse. Además, ahora estamos todos emparejados y él…

—¡Yo no estoy emparejada con nadie! —exclama Cora.

—Tú bastante tienes con ir a rehabilitación y dejar esa silla atrás. Y en menos de nada, recuperarás a Ray. Lucha por alguien por una vez en tu vida —Miro a Lenny—. ¿Dónde está Charlotte, por cierto?

—Tenía que irse a currar…

—Pues, venga, todo el mundo a imitarla. Circulen…

Me quedo solo con Freya y nos abrazamos.

—¿Estás bien?

—Sí… —Junto mi frente con la suya.

—¿De qué habéis hablado tu padre y tú?

—Esta noche te lo cuento. Cuando estemos los dos en mi cama, digo, en nuestra cama… —Ella sonríe—. Iba en serio lo de que eres mi mujer. No va a ser ahora, pero algún día, cuando llegue el momento, nos casaremos.

—¿Y cuándo será eso?

—Al final de los tiempos, cuando seamos muy muy ancianos.

Ella se ríe porque sabe que estoy de broma. Me gusta saborear que todavía tenemos muchos momentos que vivir, lo estamos haciendo todo de forma desordenada, pero es igual de bonito o más.

—Quiero vivir contigo y me da igual donde —confieso—. Lo único que tengo claro es que no quiero volver a separarme de ti. Quiero comprar una casa y hacernos un despacho gigante para trabajar juntos.

—¿Trabajar y vivir juntos? ¡Mortal! —Cruza los ojos y saca la lengua.

—También podemos acostarnos juntos donde sea y cuando sea…

—Eso ya me gusta más —dice mimosa.

—Pero de momento, tendremos que apañarnos donde podamos. ¡Venga, vamos!

—¡¿Adónde?! —pregunta ella alarmada.

—¡A trabajar! Hay que pagar esa casa, cariño.

Por la noche, cuando por fin podemos descansar, Freya vuelve a preguntarme de qué he hablado con mi padre y se lo cuento.

—¿Estás seguro de querer eso? Es arriesgado…

—Lo sé, pero toda la vida he tenido corazonadas y no suelen fallarme por muy locas que sean. Y si no le hago caso a esta, me arrepentiré siempre.

—Yo lo que no quiero es que caigas en una depresión y te culpes, si sale mal…

—No lo haré. Nunca me arrepentiré de haberlo intentado todo.

—De acuerdo.

Un par de noches después, tuve una horrible pesadilla y me desperté sofocado.

—¡¿Estás bien?! —preguntó Freya asustada.

—Sí… —procuré respirar con una mano en el pecho. Iba a decirle que no se preocupara, que todo iba bien, pero no era cierto. ¿Y si mi plan salía mal? ¿Y si lo perdía? ¿Y si hubiera muerto el otro día?

La posibilidad me dio tanto pánico que ya no pude dormir. Fui al baño a lavarme, y cuando me acosté, Freya se agarró a mi espalda. Su contacto hizo que algo dentro de mí se rompiera y empecé a llorar en la oscuridad sin poder evitarlo. Su respuesta fue besar mi espalda y pedirme que me diera la vuelta.

Me limpió las lágrimas y me besó. Pero era un despojo humano.

—Llevo días esperando que llegue este momento. Tu madre me avisó de que pasaría…

—¿Qué te dijo?

—Que en algún momento a solas, te derrumbarías, porque tu padre es tu punto débil. Siempre lo ha sido.

—No quiero perderle… No puedo.

—No lo harás… Eso no pasará nunca, Lucas. Ya sé que es muy manido y que Mufasa se llevó la exclusiva, pero él vivirá en ti.

—Eso le sirvió a Disney, no a mí.

—De acuerdo… —Se levantó y encendió la luz para buscar algo—. Lo estaba reservando para este momento.

—¿El qué? —pregunté perdido al ver un sobre en sus manos.

—Antes de ayer me hice una prueba en sangre para saber el sexo del bebé.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque necesitaba saber si era niño o niña.

—¿Por qué?

—Porque si es niño podríamos llamarle Kai…

El corazón me dio un vuelco.

—Kai Morgan seguirá existiendo, y tendrá un 25% del ADN de tu padre.

—¿Tú sabes lo que es?

—No… —Abre el sobre y lee el resultado. Mis ojos comienzan a titilar al ver su sonrisa.

—Es un niño… —dice emocionada.

Me tapo los ojos, devastado y la siento a mi lado. La abrazo con fuerza entre lágrimas.

—Gracias…

Cuando me sereno, pregunto: ¿Y si hubiera sido una niña?

—También la habríamos llamado Kai.

Me rio en sus labios.

—Te quiero tanto…

—Y yo a ti. ¿Y sabes qué? Tú has soñado eso, pero yo he soñado lo contrario, que todo salía bien, y mis sueños son como tus corazonadas, siempre se cumplen…

—Tú eres mi mayor sueño cumplido, Freya.

35
BAJO LA MISMA ESTRELLA

“Puedes elegir entre fingir que nada es un milagro
o aceptar que todo lo es”
Jhon Green



Seis meses después

Lucas ha acompañado a Kai todas las veces que ha tenido que ir a la clínica estos últimos seis meses, y han sido muchas. No ha sido un camino de rosas, empezando porque la decisión de someterse a esa locura cayó en la familia Morgan como un jarro de agua fría y terminando por los efectos secundarios que sufrió.

Luk, Mak y yo nos lanzamos a su cuello cuando nos informó de que pretendía participar en el ensayo de Will.

—¡Voy a matar a ese tío! —exclamó Mak con los dientes apretados.

—¿Tienes prisa por morir o qué? —bramó Luk enfadado—. Años callándotelo sin que podamos aprovechar el tiempo contigo, ¡y ahora que lo sabemos, tienes prisa por dejarnos!

—No es eso, chicos… —Torció la cabeza disgustado—. ¡Lo que quiero es salvarme!

—Las estadísticas no están de tu puto lado, Kai.

—Nunca lo han estado y aquí sigo.

—Cariño… —dije cogiéndole la mano, cariñosa—. El remedio de Will te está alargando la vida, ¡y estás bien! Dentro de un año, podría aparecer algo más fiable, una cura mejor…, embarcarte a lo loco en ese ensayo tan poco prometedor me parece demasiado arriesgado. Si estuvieras peor podría entenderlo, ¡pero estás bien!

—No estoy bien, Mía. Este desmayo ha sido un aviso. Y cuanto más esperemos, peor estaré. Ahora me siento fuerte para aguantar cualquier cosa. Quizá más adelante, no lo esté.

—¡Esto es increíble! —clamó Mak dándole una patada a una silla—. ¡Te estás precipitando, Kai! ¡Siempre lo haces! ¡Y esta vez no podré salvarte el culo, joder!

—Tengo fe en que funcione.

—¡¿Fe?! ¡¿Qué eres, un jodido testigo de Jehová?!

—No quiero discutir con vosotros, Mak, solo que me apoyéis.

—¡Pues no cuentes conmigo para mandarte a la tumba! ¡¿Qué pretendes?! ¡¿Quitarte de en medio rápido para no molestarnos?! ¡¿O crees que Mía todavía está buena y podría encontrar a otro? ¡¿O es que solo quieres hacernos sufrir a todos más?! ¡Sea lo que sea, no estás pensando con la puta cabeza!

Se fue de la habitación, airado, y Luk miró a Kai sombrío.

—Hablaré con él… Joder, tío, solo a ti se te ocurre tener cáncer.

También se marchó.

Solo quedaba yo y mi marido me miró suplicante. Sabía que no podía resistirme a esa carita de delincuente blandito y tatuado. Era mi perdición. Lo cierto es que haría cualquier cosa por él, incluso dejar que se matara.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —dije con amargura.

—Ya has oído a Mak, todavía estás buena… —El comentario no me hizo ni puta gracia.

—Danos más tiempo, Kai. Luk y Mak están asustados, y tus hijos…

—Mis hijos todavía no han empezado a vivir —dijo tranquilamente—. Mi vida empezó cuando te conocí, Mía, y acababa de cumplir treinta. Hasta ese momento, nada importó realmente. Ni siquiera que mis padres murieran, nunca pienso en ellos.

—¡Tú no eres como tus padres! Tus hijos todavía te necesitan. ¡Yo te necesito! Y los idiotas de Luk y Mak también. No nos hagas esto… ¡No nos dejes! Danos tres años para hacernos a la idea y crear recuerdos de los que podremos vivir el resto de nuestras vidas hasta que volvamos a vernos al otro lado…

—No hay otro lado, cariño… Yo quiero quedarme aquí, con vosotros, y si no hago todo lo que esté en mi mano para conseguirlo, mis hijos no me lo perdonarán jamás…

En ese momento me di cuenta de que Lucas se lo había suplicado. Todo cuadraba. No se puso como un loco cuando le informé de que su padre quería tratarse, y la cara de «pillado» de Kai en ese momento, terminó de confirmármelo.

—Dame un beso… —me pidió mimoso. Y como soy una buenaza, cedí y me acerqué a él—. Apóyame como lo has hecho hasta ahora, por favor. Confía en mí, pequeña. Puede salir bien.

Suspiré rendida y le robé un suave roce de su boca.

Mis dos alfas se habían puesto de acuerdo; aquello era imparable.

—Quiero saber en qué consiste exactamente ese ensayo clínico. Cómo se administrará el fármaco. Si estarás aquí o en casa. Posibles efectos secundarios…

—Seguramente me lo administren en una clínica privada, por vía intravenosa en gotero y quizá esté combinado con algún tipo de radiación. Las primeras semanas tendré que estar hospitalizado porque me harán muchísimas pruebas, electros, me sacarán sangre a todas horas y me tendrán monitorizado día y noche. Pero poco a poco, las visitas se irán espaciando. Will cree que puedo tener una buena respuesta al tratamiento debido a mis elevadas mutaciones genéticas en los últimos meses…

—¿Mutaciones genéticas? ¿Ya formas parte de la fauna de Marvel? —bromeé. Porque aunque la situación era de mierda, las sonrisas obraban milagros.

—Puede… —dijo levantando las cejas—. El compostaje que he estado tomando ha ayudado a mi sistema inmunitario a combatir el cáncer, y no hay razón para que esto no funcione.

A los tres meses, todos estábamos muertos de miedo. Kai había perdido bastante peso y su mata de pelo de león ya no era el mismo. La piel de las manos se le caía a tiras y tenía muchas náuseas. Había días que se sentía tan débil que no podía levantarse de la cama.

Sabía que odiaba que le viera así, por eso le di espacio y tiré mucho de Luk y Mak. Ellos habían sido sus sombras en las peores circunstancias. No había día que no se pasaran por mi

casa, sus visitas lo animaban bastante, pero Mak seguía enfadado con él y se notaba.

—Como te mueras no pienso perdonártelo… —solía decir en broma, pero todos sabíamos que iba en serio.

Un día Kai estuvo tan mal que quise llevarlo a urgencias, pero él se negó porque tenía miedo de que suspendiesen el tratamiento. Llamé a los chicos y se quedaron con él durante horas, sentados en el suelo de mi habitación, al lado de la cama. Kai les echó de mala manera, pero dijeron que no se marcharían.

Yo me quedé fuera porque notaba que mi presencia empeoraba la situación, así que me quedé sentada en el pasillo, escuchando cómo les pedía que desaparecieran una y otra vez.

—¿Por qué dais tanto por culo en un momento así? —gorgoteó Kai.

—No vamos a dejarte morir… —musitó Luk—. Los reyes magos son tres. Dos no van a ninguna parte…

—Lo que intenta decir es que si te pasa algo, no podremos superarlo, así que ni se te ocurra morirte. No te dejamos, ¿me oyes? Dile a esa luz que no vas. Que a ti te gusta la oscuridad…

—Todos moriremos… —contestó débil—. Pero nosotros siempre estaremos juntos…

Fue un momento crítico en el que pensé que ya había empezado a delirar. Me recorrió un escalofrío al pensar que podía estar en parada y no sabríamos reanimarlo… Mi impulso seguía queriendo llevarlo al hospital, pero si realmente era el final, no soportaría que sus últimos momentos fuesen agonizando contra su voluntad, viendo médicos histéricos intentando salvarle, en vez de apagarse aquí, hablando bonito con sus mejores amigos y sin sufrir.

—¿Qué quieres decir con que siempre estaremos juntos? —preguntó Mak lloroso. Hasta ese momento no lo había visto llorar ni una sola vez desde que se supo todo. Solo había estado furioso.

—Lucas dice que van a llamar Kai a su hijo… —explicó mi marido con voz rasposa—. Otro Kai Morgan, ¿os lo podéis creer? Será un principito, pero os puede valer…

—No nos sirve —farfulló Luk hundido.

—Yo seguiré vivo en él. Y también en vuestros hijos… Los habéis tenido con mis hermanas, así que tienen mi ADN. ¿Entendéis lo que eso significa, tíos? Estamos unidos para siempre. Vuestros hijos llevan mi sangre en sus venas. Tenemos un legado, juntos…

Dos lágrimas cayeron por mis mejillas. Luk se desmoronó, quedándose de medio lado en el suelo y Mak se colocó sobre Kai, para rezar contra su mano.

—Resiste, por favor… —musitó concentrado—. Si alguien puede hacerlo, eres tú, Kai. Te he visto hacer cosas increíbles, ¡imposibles!, ¡extraordinarias…! Hazlo una última vez, por favor. ¡Por favor…!

Puede que fuera un milagro o que decidieran interrumpir las sesiones de radio, pero a partir de ese momento, Kai comenzó a mejorar.

Estábamos en un sinvivir por saber si había surtido efecto, y están a punto de decirnos si todo ese infierno mereció la pena.

Kai mira al médico, esperando que le conteste a cómo está.

—Los resultados muestran que el tumor se ha reducido lo suficiente para que podamos operarle —dice complacido.

—¡¡DIOS MÍO!! —exclamo entusiasmada, agarrándolo del brazo con fuerza—. ¡Gracias!, ¡gracias!, ¡gracias, doctor!

—¿Significa eso que van a poder quitármelo entero?

—Abriremos y veremos lo que encontramos, pero espero que sí.

Lucas ha entrado con nosotros, como apoyo moral, por si no eran buenas noticias, tenía las

manos en la cara antes de que el médico nos diera el veredicto. El pobre no aguantaba la tensión.

—¡No me lo creo! —exclama abrazando a Kai con fuerza—. ¿Cuándo le operarán?

—Lo antes posible. Intentaré que sea mañana. Voy a buscar un hueco de urgencia. ¿Les parece bien?

—¡Perfecto!

Cuando salimos de la consulta, la familia nos está esperando fuera.

Cuando Kai comunica la noticia, todos saltan de alegría y nos abrazamos unos a otros. Chip y Chop lo aplastan tanto que apenas puede respirar.

Veo que Lucas está al teléfono.

—¡Ha funcionado! Sí, tío… Menos mal…

Seguro que habla con Aitor. Su padre insistió en que no volviera cuando estuvo mal. Su forma de convencerlo fue confesarle que hablaba más con él estando fuera; mi hijo se partió de risa. Según Kai, Aitor iba a mejor. Estaba muy ilusionado con su nuevo trabajo en una importante cadena de hoteles internacional.

—¿Y qué haces? ¿Qué puesto tienes? —escuché en una de sus videollamadas.

—Soy la mano derecha del jefe de zona. Hago de todo, papá.

—¿De todo? Eso suena pervertido… —Volvió a reírse.

No me metía en sus conversaciones, porque a Kai le gustaba tenerlo solo para él. Decía que en persona yo lo eclipsaba. Bueno, y todo el mundo. Y que nunca tenía tiempo para él, así que estaba feliz.

Cora también está llamando por teléfono.

—¡Se ha reducido! ¡Sí! ¡Van a operarle! —la oigo chillar.

Seguro que habla con Ray. Su supernovio. Que nadie me oiga, pero me recuerda a Kai hace veinte años y no puedo evitar ponerle ojitos cuando lo veo. ¡Me encanta! Pero me callo porque no quiero que Kai le coja manía, es más efectivo hacer ver que no termina de convencerme. Cuanto más lo critico yo, más me lo vende él. La verdad es que tiene un aire místico que le viene genial a Cora. Está muy cambiada. Ha conseguido maravillas manipulándola con sexo. ¡Es el mundo al revés!

—Un sexo que flipas, mamá… —Me contó ella confidente. Si era la mitad de bueno que Kai en la cama, podía imaginármelo.

—Pero cuéntame… ¿Cómo lo hacéis? Porque tú todavía no estás del todo bien… Tu cuerpo no es… flexible en muchos puntos.

—Voy mejor de lo que crees; Dani está flipando con mis avances. Él cree que es muy bueno, pero no sabe que me paso las tardes en la caravana de Ray, embadurnada de aceites esenciales, practicando un yoga sexual alucinante… ¡Me lleva al límite, mamá!, física y emocionalmente. Es mucho más torturador que Dani…

Me alegraba de que mis hijas fueran felices, aunque Lía era mucho más reservada con su relación con Kali, pero se le notaba en la cara que iba bien servida, y una vez, los pillé en su habitación. Entré pensando que no habría nadie para dejar ropa limpia y…

—¡Mamá…!

—¡PERDÓN! —Hui despavorida. Y alucinada. ¿Ese badajo era real? Servida no, ¡va servidísima!

—Joder…, pensaba que tenía clase de Espalda Sana, ¿qué coño hace en casa? —La escuché mascullar.

—Han operado a la madre de mi profesora y hoy no ha habido clase —expliqué—. Podríais poner un calcetín en la puerta o algo así…

—¡Sí, claro! ¡Si quieres lo anuncio a los cuatro vientos! ¡No tenías que saber que estábamos aquí!

—Cariño, lavo tus sábanas. Sé todo lo que hacéis y de hecho, tengo un par de consejos…

—¡MAMÁ…!

—Vale, ya me voy. Pero dame las gracias, si te pilla tu padre, lo saca por la ventana.

Aunque el mes siguiente me tragué esas palabras cuando Kai y yo nos encontramos a mis hijas con sus novios cenando en una hamburguesería del pueblo. El padre de las criaturas empezó a babear al ver cuánto se divertían los cuatro juntos, y captando multitud de carantoñas entre todos.

—Da gusto verlas así… —suspiró Kai satisfecho.

—Yo he visto más de lo que me gustaría, pero sí…

—¿Qué?

—Nada. Que son muy monos, sí. Están felices.

—Nunca había visto así a Lía. Espero que les dure…

—¿Bromeas? ¡Estos se casan! Llevan toda la vida picándose, es evidente que no pueden vivir el uno sin el otro, y tengo entendido que el sexo les va de maravilla…

—¿Qué?

—Nada, nada… Con Ray y Cora tengo más dudas. Ella está a punto de recuperarse del todo, y me preguntó si Ray no ha sido un chico parche para esta época de convalecencia donde no se sentía tan sexi.

—¡¿Chico parche?! ¿Ray? ¡¿Mi Ray?! ¡Pero si es la bomba! Me recuerda a mí cuando era joven.

—Parece demasiado sensible…

—¡Yo soy sensible!

—Mataste a un tío delante de mí sin pestañear, Kai.

—Te había visto la cara.

—Fue un gesto muy romántico —Me pongo mimosa.

—¿El novio de nuestra hija no es lo suficiente asesino para ti?

—¡Solo digo que sería bonito que matase por ella…!

—Cariño, mejor cállate… —Se rio—. Cuando creo que estás madurando, vas y dices algo así.

—Kali me gusta porque podría matar a alguien con lo que tiene entre las piernas…

—¡Mía…!

Empezamos a reírnos y le tapé la boca con las manos. Nuestras hijas nos cazaron mirándolas y comportándonos como unos quinceañeros.

—Nosotros… ya nos íbamos. ¡Adiós! —Me sacó de allí mi marido.

Hay cosas que nunca cambian. Y que no cambien, por favor…

Al día siguiente, operan a Kai a las once. Ha llegado el momento.

—Todo irá bien —digo besándole en los labios una última vez.

—Voy a salir como nuevo, nena —dice contento. Y le sonrío, porque ya lo parece. Hace poco más de un mes que vuelve a ser él mismo. Mi marido. Y si ahora nos dicen que hay algún problema, creo que me moriré.

—Te quiero… —susurro cuando se lo están llevando.

—Y yo… Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Mía. Gracias por tanto…

Lo alejan de mí y no me gusta la imagen.

—¡Tengo otros treinta años para darte el coñazo! Así que ya sabes… —digo emocionada.

Menos de una hora después, aparece uno de los ayudantes del médico con cara de pasmo. Juro que jamás he pasado tanto miedo. ¡Es demasiado pronto! Nos dijeron que duraría dos o tres

horas. ¿Y si ha pasado algo malo?

—¡¿Cómo está?! —pregunto antes de que diga nada. Mi corazón se aprieta en un puño. Sigue sin sonreír.

—Me mandan para informarle sobre su marido…

—¡Sí, ya! ¡¿Qué pasa?!

Todos los Morgan se apelotonan detrás de mí para saberlo. El chico se siente abrumado con tantos ojos astutos clavados sobre él.

—¡Habla ya, chico! ¿Qué pasa? —grita Mak impaciente.

—Cuando le han abierto, han visto algo muy extraño…

—¿Qué quiere decir? —pregunto con miedo.

—No han encontrado ninguna célula cancerosa activa. Es decir, no había tumor, solo han encontrado tejido muerto.

—Eso es… bueno, ¿no?

—Sí, significa que el tratamiento ha eliminado todas las células cancerosas. Está limpio… Lo han analizado dos veces porque los médicos no se lo terminan de creer.

—¡¡TOMA!! —grita Mak contento.

—¡PUTO KAI! —celebra Luk juntándose con él—. Nos va a enterrar a todos, el cabrón —murmura abrazándolo con fuerza.

Estamos tan flipados que la alegría tarda en salir al exterior, pero cuando lo hace, armamos un jaleo que no nos echan de milagro.

Veo a Lucas abrazado a Dani como si no quisiera soltarlo. Está llorando. Voy a buscarlo porque yo también necesito su contacto.

—Cariño… —Lo miro emocionada. Mi hijo me abraza con una fuerza sobrehumana y musita un «Lo hemos conseguido, mamá» que termina de confirmarme que él fue el precursor de todo. Lo miro con los ojos húmedos—. Gracias por lo que has hecho, mi vida.

—Yo no he hecho nada…

—Me lo has devuelto, Lucas. Nos lo has devuelto a todos. Sabía que algún día salvarías a esta familia…

Él me abraza en silencio y después de decirme que soy la mujer más lista que ha conocido, me ruega que no diga nada y sentencia que el mérito es todo de su padre.

—Cariño… —oigo detrás de nosotros. Es Freya, supongo que querrá abrazar a su chico. Pero su cara no es de felicidad, sino de susto.

—¿Qué ocurre? —pregunta Lucas extrañado.

—Creo que he roto aguas… —Se señala el pantalón empapado.

—¡Dios mío…!

—Es que… me he emocionado demasiado y creo que…

—A mí me pasó lo mismo —digo con una sonrisa tranquilizadora.

—¡Pero todavía quedan quince días! —exclama Lucas histérico.

—Cambio de planes, hijo, creo que va a nacer hoy. Compartirá cumpleaños con tu padre, porque él también acaba de volver a nacer…

Nos sonreímos dichosos y les doy instrucciones para que no cunda el pánico que ya veo en sus ojos.

—Solo ha roto aguas, no tiene contracciones, tenéis tiempo de sobra para ir a casa, que se duche, coger todo con calma e ir al hospital que os toca.

—¡Es este! —dice Freya nerviosa. No me escuchan. ¡Primerizos!

—Pues igual te puedes duchar aquí y que Lucas vaya y vuelva a casa a por todas tus cosas.

—¡¿Y si sale cuando él no esté?!

Mi hijo me mira aterrado y me río de ellos.

—Qué más quisieras, chata… Esto va para largo, confiad en mí. Seguramente tu padre despierte antes de que nazca el bebé ¡y eso que todavía tienen que cerrarle!

Me miran alucinados.

—De verdad, va a tardar horas. Lo viví con este de aquí —Señalo a Lucas—. Rompí aguas bailando Daddy Yankee.

—¿Quién es ese? —pregunta Freya.

—No hagas que me cabree. Marchaos.

Lucas me abraza sentido y susurra en mi pelo que me quiere.

—Y yo a ti, mi vida. Cuando tu padre despierte, igual se muere de felicidad cuando se lo diga…

Lucas me ofrece una sonrisa radiante y se van. Estoy tan feliz por todo que noto una tensión extraña por todo mi cuerpo. O quizá me esté dando un infarto con tantas emociones. ¿Le pondrían mi nombre al bebé? Sería lo justo, ¿no?

—¡¡YA HA NACIDO!! —grita Lía apareciendo en la habitación de su padre—. ¡Y tanto el niño como Freya están bien!

Todos chillamos y aplaudimos emocionados.

—¡Felicidades, abuelo! —vocea Mak, burlón—. A partir de ahora, te vamos a llamar así: el abuelito.

—Cuidado con lo que haces, a ti te tocará pronto —dice mi marido.

—¡Ya soy abuela! —grito con alegría subiendo los brazos, pero los bajo al momento—. ¿Parezco una abuela?

—Todavía no —contesta Kai feliz—. Lo parecerás cuando lo sostengas y se te caiga la baba. ¿Cuándo podrán traerlo para que lo veamos? Yo no puedo moverme…

—Tendrán que limpiarlo primero, ¿no? —sugiere Luk feliz—. O lo quieres lleno de sangre…

—Kai es un tío de lo más sanguinario —tercia Mak. Ninguno puede disimular su sonrisa de felicidad.

Tarda un par de horas, pero Lucas aparece empujando una cuna de cristal despacio y todos nos quedamos boquiabiertos de ilusión.

—Familia… os presento a Kai junior —susurra Lucas cogiendo a mi nieto en brazos. Jamás había visto tanto orgullo en su mirada. Lo observo embelesada desde su hombro y suelto un ruidito de ardilla. Mi hijo se acerca a su padre y Kai lo mira extasiado.

—Es perfecto… —balbucea el abuelete visiblemente emocionado.

—Todo es perfecto —contesta mi hijo conmovido por su recuperación—. Lo hemos conseguido, papá…

—Tú lo has conseguido —Lo agarra del brazo—. Tenías razón… —dice enigmático—. Estoy muy orgulloso de ti, no solo eres padre con la mujer de tus sueños, sino que tus negocios van viento en popa gracias a la jugada de las olimpiadas. Conseguir patrocinar tu marca personalmente fue admirable. Mi misión contigo termina hoy, ya que tú entras en una nueva etapa… Míralo bien porque nunca vas a dejar de preocuparte por él, como yo he hecho hasta hoy por ti. Ser padre será lo más duro y bonito que harás en tu vida.

—No estoy preocupado —dice emocionado—. Porque te tengo a ti y a toda mi familia, y si algo hacemos los Morgan es cuidar los unos de los otros.

Todos nos miramos solemnes secundando sus palabras y sé que todos piensan que nadie podría desear una familia mejor.

EPÍLOGO 1
CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

“Olvidar es algo de lo que solamente el tiempo se ocupa, pero perdonar es un acto de la voluntad y solamente el que sufre está calificado para tomar la decisión”
Marian Rojas

Siete años después

Miro a Aitor alucinada.

Todavía no me creo que haya conseguido subirlo a un avión rumbo a Australia. Llevo años rogándoselo, pero nunca da su brazo a torcer. Siempre hay una excusa. Ha tenido que morir alguien para que lo haga.

¡No! ¡Tranquilidad! Mi suegro está perfectamente. Ha sido Samu…

Apenas recuerdo que Varo me lo presentara cuando estuve en Mallorca aquel fin de semana hace poco más de un mes.

¡Perdón! Varo es un chico que estudiaba con Aitor en Oxford y el heredero de una famosa cadena hotelera llamada HispaStar. Al terminar la carrera, Varo le dijo que podía ofrecerle trabajo, pero Aitor quiso volver a casa. Un par de años después, justo cuando mi primo Enzo dejó a su mujer, Aitor se marchó y nunca volvió.

Pero no os alarméis, no es que no conozca a mis dos hijos, Kai y Aria, porque le encanta hacer de tío guay cuando viajamos a España y a otras partes del mundo para verle, es que, en cuanto aceptó el trabajo de Varo, Aitor comenzó a moverse mucho a nivel internacional, lo que nos vino de perlas porque hizo las veces de comercial de la marca Morgan. Aitor tenía estrella, y prácticamente, nos veíamos a diario por videollamada. Al final, se ha mantenido bastante en contacto con la familia, aunque no físicamente.

Eso sí, en el momento en que alguno salía de Australia, no perdía ocasión para coincidir con él al precio que fuera. Por otro lado, cuando tuve a Aria, dejé de trabajar un tiempo, y un día, Aitor me llamó.

—¿Cómo está mi cuñada favorita? —saludó engatusador.

—Corta el rollo, soy la única que tienes. ¿Qué quieres?

—Necesito que le eches un vistazo a unas propuestas para el nuevo logo de HispaStar. Quieren modernizarlo, pero a mí me parecen todas horribles. Paso de llevar algo así en una camisa de lino…

—Mándamelas.

—Ya lo he hecho. Si tienes alguna sugerencia, será bien recibida… Ya sabes, algo que no me dé vergüenza ajena lucir.

—Veré qué puedo hacer…

El resultado de aquello fue una oferta estratosférica de trabajo para ficharme como consultora publicitaria de la cadena HispaStar. He dicho «consultora», es decir, que ni siquiera tenía que diseñar yo las cosas, solo pensarlas y dar órdenes para que se ejecutaran como yo quería. ¡Era un flipe!

Lucas me animó a que aceptara porque sabía que estaba un poco aburrida del mundo del surf y porque me invitaban a todas las inauguraciones de hoteles en Riviera Maya, Miami o cualquier punto del planeta donde abriesen un hotel HispaStar. Además, eso nos uniría todavía más a Aitor, y Lucas necesitaba a su hermano. Siempre serían Zipi y Zape.

Varo y yo nos hicimos tan amigos que hasta nos invitó a su boda. Él era un chico encantador; su mujer no tanto… Y no me sorprendió cuando me enteré de que le había pedido el divorcio, además de renunciar a la custodia de su hija adoptiva, Kimi, una chinita de la que yo vivía enamorada.

Intentamos apoyarle cuanto pudimos porque fue duro para un recién divorciado adaptarse a las necesidades de una niña pequeña, por eso lo acompañé ese fin de semana a Mallorca. Varo tenía una reunión importante con los accionistas de HispaStar y también iba a acudir a una boda con Aitor de acompañante; entre los dos me convencieron para que me quedara con Kimi. Yo estaba en España para asistir a una inauguración en la Costa del sol la semana siguiente, y para visitar a Luz, Marco, ¡y al pequeño Travis!, su precioso hijo, el mayor terremoto del universo. También había ido para intentar convencer a Aitor en persona de que acudiera a la boda de su hermana Lía con mi primo Kali…

Su primera respuesta fue negativa.

—¿Cómo te la vas a perder?

—Tengo mucho trabajo…. Ya les haré un regalo caro.

—¡¿Y crees que con eso ya has cumplido?! ¡Tienes que ir, Aitor, es tu hermana! Y es el momento de volver a abrazar a tus padres.

—¡Si los abracé en Navidad cuando estuvieron esquiando en Suiza!

—Me da igual… no puedes faltar.

—Cada vez que piso Australia, ocurre una desgracia…

No lo admitiría, pero el problema era «el novio», o más bien, sus parientes, entre los que se encontraba Enzo. Si fuera Cora la que se casara con Ray, iría de cabeza. Pero esos hippies no van a casarse nunca. Ni siquiera como hicimos Lucas y yo, en un crucero de lujo con toda la familia con nuestros hijos ya creciditos. Fue hace un año y todavía se me ponen los pelos de punta. Enzo faltó por problemas de agenda… o eso dijo. Pero lo mejor fue que en ese viaje, Kali le pidió matrimonio a Lía, y mi cometido como dama de honor era conseguir que su escurridizo hermano acudiera a la boda.

Aitor volvió de las Baleares con muy mala cara.

—¿Tiene algo que ver con el chico de la tienda de decoración?

—No quiero hablar de eso, ¿vale?

—¿Tanto te gustaba?

—No es eso… es que… me recordaba mucho a Enzo.

Mi cara cambió de golpe al escuchar ese nombre. Él nunca, jamás, lo mencionaba. En la familia Morgan era más innombrable que el mismísimo Voldemort.

—¿En qué te recordó a él? —pregunté intrigada.

—Ya sabes… supermacho casado y con hijos, horrorizado al entender que es gay. O bi. O lo que sea… Prefiere vivir amargado que salir del armario y le dije lo mismo que a tu primo, que vivir así es estar muerto en vida…

Esa frase fue una premonición maldita, porque poco después murió.

Varo me llamó alertándome de lo afectado que estaba Aitor y recordé lo que me había contado. Eso me hizo ver la luz. La puñetera luz iluminando el camino de vuelta a casa. Era mi oportunidad.

Llamé a Aitor mientras le buscaba vuelos a Brisbane, sin importar el precio por la premura. Me contó que se sentía muy culpable e intenté convencerle de que debía volver a casa para cerrar el círculo y hablar con Enzo, o también se culpabilizaría de cualquier cosa que pudiera pasarle.

—¡¿Por qué iba yo a sentirme culpable por él?! ¡Han pasado siete años! Seguro que ya ha rehecho su vida y ni se acuerda de mí.

—No, Aitor… No ha rehecho nada —dije con voz temblorosa—. Enzo sigue igual o peor que cuando te fuiste. Mi primo sigue muerto en vida…

Quizá me pasé, dada la situación, pero necesitaba que reaccionase. Me mandó al infierno y decidió acudir al entierro de Samu como buen masoquista. Yo, sin embargo, no dudé en coger un vuelo a España porque lo conocía y sabía que todavía tenía que explotar y tocar fondo. Y cuando lo hiciera, yo estaría ahí, con la mano tendida. Aún quedaban un par de días para acudir a tiempo a la boda.

Le escribí diciéndole que estaba en Madrid, esperándole para coger un vuelo juntos y volver a casa. Y… no sé lo que debió ocurrir en ese entierro, pero al día siguiente, o sea, ayer, me llamó para decirme que nos veíamos en Barajas.

Al colgar di saltitos de alegría y llamé a Lucas para contárselo todo.

—Eres un genio, mi amor… Estoy deseando verte.

También avisé a mi primo Hugo; tenía que saberlo. El plan «juntarlos de nuevo» iba viento en popa.

Aitor ha volado hasta Madrid para encontrarse conmigo en la terminal y ahora estamos los dos sentados en el avión.

Repito, aún no me lo creo.

—Cuéntame qué panorama voy a encontrarme, Frey —me pide serio Aitor—. ¿Enzo sigue igual que siempre? No me lo creo…

—Para empezar vive en la misma casa, le compró su parte a Ruby cuando se divorciaron. Y sigue trabajando en la policía.

—Pero… ¿No ha tenido… parejas?

—Que yo sepa no. Vive solo.

Se muerde los labios con remordimientos. La muerte es solitaria…

—Nunca has querido hablar de él, ¿por qué de pronto sí?

Aitor suspira pesaroso haciendo un esfuerzo por desenterrar una parte de su vida que creo que, la envolvió tan bien, que sigue intacta.

—Samu me recordó tanto a él… —dijo pensativo—. Sufría mucho. Y mira lo que le ha pasado…

—Fue un accidente, ¿no? Un acto heroico…

—Sí, bueno… Pero yo solo veo que su instinto de protección no se activó. En ese microsegundo, una persona normal intentaría salvar su vida, si es que la aprecia… Y Enzo es policía, seguro que tiene muchas oportunidades de sacrificarse por los demás…

—Cora se sacrificó por mí cuando intentaron atropellarme.

—No fue por ti —contesta rápidamente.

—¿Cómo?

—Fue por la familia… A los Morgan nos han inculcado que debemos morir los unos por los otros, y tú eras… el corazón de Lucas. Cora estaba salvando a Lucas de morir de pena, porque sabía que eras muy importante para él. Fue algo instintivo.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Cómo está Hugo? —pregunta cambiando de tema.

—Realmente bien. Él sí ha rehecho su vida con otra persona.

—¿En serio?

—Sí. Se casó con un chico majísimo y adoptaron a una niña china.

—Joder… —musita sorprendido—. Me alegro por él.

—Los primeros años fueron duros para él, se sentía muy culpable por su reacción. Fue a terapia para aprender a gestionar sus emociones y Enzo no dejó de estar a su lado en ningún momento. Con el tiempo mejoró. Y hace tres años conoció a Greg. Todo fue muy rápido entre ellos. Amor a primera vista. Le salvó de un incendio en un colegio y surgió la chispa. Es profesor.

—No necesito tantos datos —me corta incómodo.

Por mucho que se alegre, creo que le parece injusto que él sea feliz y ellos no, porque por su culpa, lo suyo con Enzo terminó mal.

A mí los tres me dieron mucha pena.

Nunca he dejado de hablar con mis primos y mostrarles mi apoyo. Al principio eran reacios a entrar en detalles conmigo porque me consideraban una aliada de los Morgan, pero poco a poco, aflojaron. Siendo hija única, para mí son como hermanos, y los dos han tenido mucha relación con mis hijos. Sobre todo Enzo… Eso, sí, él tampoco ha querido hablar nunca de Aitor. Ni siquiera con Hugo, según me contó este último.

Hace un par de años, en su boda con Greg, nos cogimos una borrachera alucinante. Y en un momento dado, Hugo abordó a su hermano y le dijo con picardía:

—Deberías llamar a Aitor…

—No digas eso ni en broma —masculló Enzo.

—¡Lo digo en serio…! ¡Es evidente que no le has olvidado!

—Estás loco si crees que volvería a cruzar una palabra con él.

—¿Por qué? ¿Por mí? ¡Yo lo tengo superado! Aitor es mi pasado, ahora soy otra persona. Me daría igual que estuvierais juntos, si eso es lo que quieres…

Su cara de pasmo fue grotesca. Pensaba que empezaría a darle una paliza a Hugo allí mismo. La misma que él le dio cuando se enteró de todo… Pero al final, logró dominarse, como siempre, y huyó de él.

—¿A que ha venido eso? —le pregunté beoda a Hugo.

—No hay día que no me sienta culpable por ellos —confesó—. Pero hoy todavía más… Soy feliz, Freya…, más feliz que en toda mi vida. Marco tenía razón… La noche de la pelea, en urgencias, me dijo que algún día, cuando me enamorara, me daría cuenta de a lo que mi hermano había renunciado por mí… y… desde que conocí a Greg, no dejo de imaginarme la situación opuesta. ¿Habría renunciado a él porque mi hermano se enamorara como un loco irracional?

Le acaricié el brazo y negó con la cabeza, dejando que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Necesité años de terapia para entenderlo, y ahora que lo he vivido, no puedo sentirme peor por Enzo. Y por Aitor. Tenía razón, fui un egoísta. Si Enzo hubiera rehecho su vida, sería distinto, pero no guardo esperanzas de que lo haga. Sé que a veces se va a Sídney o a Gold Coast para quedar con… hombres. Su vida es muy triste, Freya.

Lo abracé y le dije que todo se arreglaría.

También hablé con Marco sobre el tema la siguiente vez que lo vi. Me dijo que él mantenía bastante el contacto con Enzo, que se escribían en cumpleaños, Navidad, y a veces, le consultaba o comentaba algún caso policial.

—¿Y de Aitor te pregunta algo?

—No, nada… Pero tampoco tiene necesidad. Aitor tiene unas redes sociales muy activas. Inmortaliza su sonrisa de cabrón cada vez que se cambia de camisa. Enzo puede saber lo que quiera de él. Si me das dos días, puedo decirte si se ha metido en su perfil de Instagram.

—No, da igual. No me hace falta.

—¿Por qué no?

—Porque sé que no lo ha hecho o ya se habría vuelto loco.

—Mejor no remuevas la mierda, Freya, a Aitor no le conviene Enzo.

—¿Por qué lo dices?

—Le costó muchísimo superarlo. Creo que nunca lo hará del todo…

—¿Y no crees que eso indica que deberían estar juntos? Hugo se siente culpable, quiere arreglarlo.

—La culpa nunca fue de Hugo, sino de Enzo.

—No lo entiendo…

—No quiero hablar mal de tu primo, es mi amigo, pero en realidad es un gay homófobo que nunca saldrá del armario y Aitor no se merece eso. Vale demasiado para que alguien lo tenga escondido, es un puto lujo para la humanidad, y Enzo solo destruye su autoestima.

Me quedé planchada. Nunca había visto sacar ese genio a Marco. Siempre parecía tan sereno. Y tampoco hubiera pensado que mi primo tuviera ese problema. Para mí era todo un ejemplo a seguir de honradez, honor y lealtad. Hacia todo, menos hacia sí mismo, al parecer. ¿Cómo era posible? Me negaba a creer que alguien no se aceptara o sacrificara su felicidad durante tanto tiempo por el qué dirán. Ahí había algo más. Y necesitaba averiguar lo que era.

Hablé con Hugo para que le preguntara a Enzo por qué no querría volver con Aitor.

Al cabo de unos días, vino a verme.

—Sus palabras textuales han sido: «¿Crees que soy un jodido maltratador?».

Me quedé parada.

—¿Qué leches significa eso?

—¡Y yo qué sé!

—¿No le preguntaste?

—¡Me quedé tan en *shock* que no dije nada…!

—Joder… ¡yo no hablo ese lenguaje de chulazos!

—¡Yo tampoco!

—¡Lucas! —Lo llamé irritada.

—¿Qué? —Mi marido apareció dándole una voltereta a Aria, después de cambiarle el pañal y fue a tirarlo a la basura arrugando la nariz.

Mi hija de dos años fue directa a su tío Hugo al verlo y este la acogió en su regazo.

—¿Qué significa que Enzo haya dicho que no quiere volver con Aitor porque no es un

maltratador?

—¿Volver con Aitor? —repitió extrañado—. ¿Se os va la pinza o habéis leído demasiadas novelas románticas?

—¡¿Qué significa?! ¡Dínoslo!

—Pues que volver con él sería doloroso para Aitor. Y estoy de acuerdo. No podría estar con él como Aitor necesita. Ya lo intentaron dos veces, y Aitor casi no lo cuenta. Su corazón es frágil, chicos, no os olvidéis de eso. Es mejor que ni se vean… Aitor ahora es feliz.

—Pero mi hermano no —rezongó Hugo.

Lucas miró a mi primo combativo. Estaba claro que por Aitor mataba.

—Cada uno tiene sus prioridades, tío… No se puede tener todo —Y se marchó, para no liarla.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Hugo perdido.

—No sé, es otra frase de chulazo —Nos reímos.

—Llámame loco, pero yo creo que solo necesitan volver a verse —opinó mi primo.

—Yo también. Los chulazos no cuentan con el factor mágico del amor. Para ellos todo es filosofía cuadriculada.

—Hay que intentarlo…

—¡Chi! ¡Intentarlo! —exclamó Aria aplaudiendo.

—¡Síií, cariño! Mamá sabe que tú eres una romántica —Besé su cabecita.

Y no sé cómo, NO SÉ CÓMO, un año después he conseguido montar a Aitor en un avión y pronto verá a Enzo. ¡Soy la mejor!

Estoy deseando coger cobertura para escribir a Hugo. Hay que formalizar un encuentro sorpresa antes de que mi primo se entere de que Aitor ha vuelto a Byron Bay y decida encerrarse a cal y canto.

Lucas nos recibe en el aeropuerto con su mejor sonrisa y con los dos niños al lado con pancartas de «Mami, te queremos». ¡Los adoro!

Recibo a los niños en mis brazos mientras los hermanos se abrazan con fuerza.

—Cómo me alegro de que hayas vuelto…

—No he vuelto. Estoy de visita. Pero yo también me alegro de estar aquí.

Lucas percibe que viene amurallado y sonríe enigmático. Al final lo he metido en el ajo. Resulta que terminó entendiéndolo…, y como dato, en ese momento no llevaba pantalones.

—No vas a reconocer el pueblo, Tor —digo ilusionada—. ¡Esta todo muy cambiado! Esta noche podríamos salir a cenar por el paseo marítimo.

—¿Papá y mamá no tienen nada preparado para mí?

—Es que no saben que vienes —se adelanta Lucas—. Va a ser una gran sorpresa para todos mañana, así que mejor te vienes esta noche a dormir a nuestra casa y así la conoces.

—Me la imagino llena de diamantes, cabrones…

—Nah… Solo unos pocos —bromea mi marido. Está tan encantado de que su hermano esté en Byron que le ha cambiado hasta la expresión de la cara.

Al final lo convencemos para ir a cenar por ahí, al terminar, damos un paseo ligero charlando, a los hermanos nunca se les acaba la cuerda cuando están juntos. Y de pronto les veo…

Hugo, Enzo y Greg aparecen en el horizonte. Vienen distraídos y directos a nosotros. El choque es inminente. Intento respirar con normalidad o no hacerlo, para que no se note lo tensa que estoy.

«¡Disimula, nena!». Pero ya no hace falta, porque Aitor se queda paralizado como si se le hubiese fundido la pila con la vista al frente.

Enzo está a cinco metros a punto de sufrir un ictus.

Hugo y yo nos miramos nerviosos. ¡Cuánto tiempo planeando este instante!

—¡Hola…! —exclamo fingiendo sorpresa—. ¿Qué hacéis por aquí?

Me acerco a abrazar a Hugo y a Greg para dar ejemplo, pero veo que Enzo ni me mira. No puede dejar de mirar a Aitor como si fuera una alucinación.

Quizá me he pasado, porque yo he visto a Aitor bastantes veces en estos últimos años, pero admito que ha pegado un cambio bestial desde que se fue de aquí. Ahora es un hombre hecho y derecho. Con su sombra de barba y una mirada más astuta y experimentada que antes. Sigue estando loco, pero es mucho más maduro y fuerte.

Y corroborando lo que digo, es él quien se acerca a Enzo despacio para saludarle.

EPÍLOGO 2
LA BODA

“La felicidad no es algo que se encuentre, sino algo que se crea a través de nuestras propias acciones y actitudes”
Danielle Steel

En los últimos años he pasado por situaciones realmente jodidas, pero ninguna como esta… ¡No sabía que mi cuñada era tan diabólica! Porque las coincidencias existen, pero esto no lo es, ¡esto es un despropósito!

Enzo antes estaba bueno, pero ahora está como un puto pan. Tengo la sensación de que le ha crecido hasta la polla…

¿Por qué me mira como si acabara de pillarle desnudo? Eso a mí no me pasa gracias a mi camisa Hugo Boss edición limitada.

—Hola —vocalizo con mis depuradas dotes de relaciones públicas.

Si superé saludar a un pigmeo que medía la mitad que yo, llevando una camiseta amarilla de los Lakers que le llegaba hasta el suelo, podré con esto…

—Hola… —contesta él a duras penas.

—¡Aitor…! —exclama Hugo sonriente sin ningún tipo de rencor en la voz—. Te presento a mi marido, Greg.

—Es un placer conocerte —Le doy la mano.

—Encantado… —musita alucinado. Que no pueda evitar comerme con los ojos, me violenta un poco.

—¿Has vuelto a Byron? —pregunta Hugo.

—Solo he venido a la boda de mi hermana… —Al decirlo, vuelvo a mirar a Enzo, pero él ya no me mira, al parecer el suelo es mucho más interesante que yo.

—Bueno… —dice Lucas inquieto—. Vamos a continuar el paseo…

—¡Sí, nosotros también! —contesta Hugo algo decepcionado y luego me mira—. Nos vemos en la boda…

Asiento y suelto un «adiós» al viento, pero entre todos los de vuelta no consigo discernir el suyo. Tampoco importa. Es evidente que no se alegra mucho de verme.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas preocupado.

—Sí… —contesto pensativo—. Verles es como el puto día de la marmota… Nada ha cambiado. La historia siempre se repite…

—¿A qué te refieres? —pregunta Freya, fiel defensora de sus primos.

—A que Enzo sigue sintiendo repulsión por mí y los otros dos se me estaban comiendo con los ojos. La historia de mi vida…

—¡Hugo solo estaba siendo amable!

—Claro, pero esta noche van a follar pensando en mí, te lo digo yo.

—¡Para nada! ¡Lo ha superado! ¡Si hasta le dijo a Enzo que te buscara!

—¡¿QUÉ?! —Freno en seco—. ¿Cuándo le dijo eso?

—Hace un par de años… —responde cauta—. Se arrepiente mucho de haberos separado en su día.

—Él no fue el problema… —parafraseo a Marco. Me costó mucho entender esa postura, porque el bombero la armó buena, pero ahora veo con claridad que él no fue el obstáculo. Lo fueron los prejuicios de Enzo. Son los mismos que los de Samu…

—Te juro que Hugo solo desea que su hermano sea feliz, Aitor.

—¿Por eso habéis montado este encuentro fortuito?

Freya no sabe dónde meterse ante mi acusación.

—¡No, yo…! ¡Ha sido una casualidad!

—Sí, claro… Soy perro viejo, Frey. Pero no pasa nada. Ha estado bien vivir el momento violento aquí y no en la boda.

—¿Tú estás bien? —insiste Lucas preocupado.

—Sí… —digo tranquilamente—. Es él el que no puede ni mirarme. Yo tengo mi vida, mi trabajo, amantes por todo el mundo… Soy feliz…

Ambos me miran como si no se creyeran mis palabras. Así que extiendo la explicación.

—¿Que si me gustaría tener una choza propia como la vuestra en vez de vivir en hoteles? ¡Pues claro! ¿Que si quiero tener un retoño tan cuqui como Kai junior, Travis o Aria? Por supuesto. Pero no tengo prisa. Aún soy muy joven… Algún día encontraré a la persona adecuada para mí. A poder ser, alguien que no se avergüence al verme…

Y sé que con esa última frase me he condenado. Porque Lucas y Freya son intuitivos como zorros y ya me miran con cara de pena. Está claro que todavía me queda mucho que aprender…



—¿Ese era Aitor? HOS-TIAS… —comenta Greg traumatizado.

—Calla —lo riñe Hugo en voz baja—. ¿Estás bien, Enzo?

—Sí…

—¿Seguro? Ha sido bastante chocante…

—Podías haberme avisado, así no hubiera quedado como un imbécil.

—¡¿Qué?! ¡Yo no sabía nada!

Niego con la cabeza, aburrido. Conozco a mi hermano y reconozco su tono falso de «¡Anda, hola…!». Él no es consciente, pero es distinto del real. Además, los policías somos expertos en tonos falsos de delincuentes, y mi hermano hoy merecería dormir en prisión, porque esta encerrona ha sido un delito contra la integridad moral.

Puto Aitor…

Greg ha flipado. Como todos… Estaba más guapo y maduro que nunca, el cabrón. Y más follable si es que eso es posible…

Intento no pensar en toda la gente que se habrá tirado estos años, porque me estallaría la cabeza al no caber todos; también procuro no pensar en los que me he follado yo… ¿O debería decir «intentado»? Soy penoso.

Me he acostado con alguna chica, pero ha sido como comer una ensalada verde sin aliñar. Masticar y tragar. Listo. Cero sabor. Para comer eso, casi prefiero el ayuno…

Mi vida cambió cuando me compré un vibrador. Lo llamé Tor…

—Podrías hablar con él —sugiere mi hermano—. Poneros al día.

—¿Para qué? Ha venido a la boda de su hermana, después se irá.

—Nunca se sabe…

Me río como si hubiera contado un chiste.

—Dime una cosa, Greg —formulo intrigado—. ¿Aitor te ha parecido un chico normal? Es decir, ¿crees que encaja en un sitio como Byron?

—La verdad es que no… Parece salido de un sueño húmedo.

—No hay más preguntas, señoría…

—La verdad es que no me sorprende que os volviera locos.

Detengo mis pasos en seco y lo miro serio:

—No fue culpa suya, fuimos nosotros. Él solo… —Me callo porque sin querer me he puesto en evidencia—. Da igual…

Mi hermano y Greg se miran pensando que aún bebo lo vientos por él, pero en mi vida ya no hay viento. Ni sol. Ni lluvia. Nada crece en mi corazón desde hace años. Mis compartimentos de cariño están destinados a mi nueva sobrina, a los hijos de Freya, y a mi perro Moonbow. ¿Qué pasa? Es un gran nombre… Me lo compré porque odiaba llegar a casa y no poder decir en voz alta «¡Ya estoy aquí!». Nada como el amor de un animal para sentirte querido de verdad.

—¿Por qué has provocado este encuentro, Hugo? Ya íbamos a vernos en la boda…

—Porque no me parecía suficiente. Os merecéis más tiempo para…

—¿Para qué?

—¡Para arreglar las cosas!

Mis ojos salen disparados de sus órbitas.

—¿Estás mal de la cabeza o qué? ¡No hay nada que arreglar!

—Por tu tono de voz yo diría que sí… Los motivos por los que no estáis juntos ya no existen, Enzo.

—No tienes ni idea de los motivos…

—El motivo fui yo. Te hice elegir… Y lo siento en el alma.

—¡No, Hugo! ¡Te lo he dicho más de mil veces! Había otros motivos.

—¡¿Cuáles?!

—Son personales. Problema mío. No te metas en eso…

—¡Claro que me meto, porque no eres feliz! Siempre has cuidado de mí, ¡pero no sabes cuidar de ti mismo, Enzo! ¡Te maltratas! Y no me queda otra que empezar a cuidar de ti, empezando

con este encuentro.

—No te vengas arriba porque te hayas casado y tengas un hijo. Soy policía, ¡mi obligación es cuidar de los demás! Y alejándome de Aitor también estaba cuidado de mí mismo. ¡Era demasiado para mí, para cualquiera de los dos! ¡Me habría roto el puto corazón!

—¡¿QUÉ CORAZÓN?! ¡SI NO TIENES!

—¡Chicos, basta! —nos frena Greg, asustado, poniéndose en medio.

—Si de verdad eso de proteger a los demás fuera vocacional, no le habrías roto el corazón para salvarte tú. ¡Fuiste egoísta y cobarde! Y yo fui tu excusa perfecta para quedar como un héroe salvador delante de él.

Me quedo atónito de que se haya atrevido a decírmelo a la cara. Ya sabía que pensaba así, porque lo escuché una noche, el verano pasado, hablando con Greg en el jardín. Siempre creí que se sentía culpable, pero ahora me culpaba a mí.

—Tienes razón… —digo dolido—. En todo. Por eso no me merezco arreglar nada, ¿vale? Fui un imbécil y lo sigo siendo.

—¡Pues cambia, maldita sea!

—¡Cambia tú! ¡Deja de creer que tienes que arreglarme la vida!

—¡No puedo! ¡Eres mi hermano y te quiero! Y cuando te vi con Aitor en esa cocina, sentí celos, sí, pero lo peor fue tu traición… la sorpresa de saber que no conocía a mi propio hermano y él sí. Él tuvo la verdad por unos instantes… Lo que nos das a los demás es una mierda.

—Siento parecerte una mierda… —digo alejándome de ellos.

—¡Quiero conocer a ese Enzo! ¡Al auténtico…! —dice a mi espalda.

—Ese Enzo murió…

—No, es el otro el que está muerto por dentro.

Freno mis pasos, impactado porque use las mismas palabras que Aitor me lanzó hace siete años. Echó un montón de cemento en la herida y escuece, pero es de secado rápido y me permite seguir caminando. Mañana será otro día…

A ver cómo le digo a Kali que no voy a acudir a su boda. No puedo.



—¿Cómo que Enzo no viene a la boda? —repito hastiado.

Yo no quería esto. ¡Si alguien sobra en ella soy yo!

—Eso le ha dicho a Kali —explica Lía ofuscada.

—Joder… Diles que yo no voy, así él irá.

—¡Tú eres mi hermano!

—Piénsalo, posiblemente Kali esté más unido a Enzo que tú a mí.

—¡¿A que te doy un capón?! ¡Ya puedes arreglarlo, Aitor! Tenéis que venir los dos. Ve a

hablar con él y convéncele.

—¡Ah, qué fácil! ¡Rogarle algo al tío que me partió el corazón!

—¡Supéralo ya! ¡A ti Enzo siempre te ha dado igual!

—¡Eso no es cierto! —exclamo alucinado.

—¡Admítelo! Siempre fue un caprichito. Cora y tú erais así… Podíais tenerlo todo y os obsesionabais con lo único que no podíais conseguir. Haz memoria, ¿a cuántos tíos heteros te has ligado? Para ti es un reto demostrar hasta dónde llega el poder de tu *sex appeal*.

Abro la boca ultrajado. ¡¿De dónde coño ha sacado eso?!

—No me jodas… ¿Te crees muy buena psicóloga? —digo enfadado—. ¡Para tu información, ligarme a tíos heteros no es un puto pasatiempo para mí! Me habré liado con tres en mi vida, ¡y es porque eran gays y les atraje, no porque yo quisiera jugar a ser Dios! ¡Además, de todos los hombres con los que he estado, Enzo fue muy especial! ¡No fue ningún capricho!

—¿Y por qué renunciaste a él con tanta facilidad? —señaló la verdadera psicóloga agazapada tras su trampa—. Porque ese tipo de conexiones solo pasan una vez en la vida, Aitor…

Achiqué los ojos, mosqueado.

—Vale, tú ganas, eres buena —Apoyé los codos en la encimera y luego mi cabeza en mis manos. Ella me frotó la espalda.

—Dices ve a verle, pero no es tan fácil, Lía. Yo luché por él. Dos veces. Fue él quién no quiso luchar por mí. Me lo dejó muy claro: prefería estar muerto a salir del armario. Y yo no pienso entrar en uno por nadie. El amor es libertad, no opresión.

—La gente cambia, Aitor. Aprende. Cambia de opinión. El tiempo lo pone todo en su lugar. El miedo es lo único que permanece.

—Pudo venir a buscarme y no lo hizo…

—Por miedo —repite—. Quizá pensaba que no le perdonarías. O puede que él mismo decidiera que no tenía perdón.

—Eso es muy Enzo —musito pensativo.

—Habla con él. No pierdes nada…

En cuanto dice eso, al que le invade el miedo es a mí. Si fuera verdad que lo tengo superado, no tendría nada que perder, pero no es así. Enzo siempre me importará. Sigo sin entender de dónde saca esa fuerza de voluntad para no estar conmigo… por eso no tengo más opción que pensar que no me quiere. No lo suficiente.

Voy maldiciendo a Lía todo el trayecto en moto hasta su casa.

¡Me ha comido el tarro en un segundo! Por eso ha podido costearse la boda de trescientas personas que ha preparado. ¡Al parecer va todo el maldito pueblo! Todos, menos él… Manda huevos.

Me detengo frente a su casa y cuando me quito el casco, tengo un *déjà vu* brutal. Flashes de aquella tarde juntos cruzan mi cerebro.

«Ahora no, joder».

Camino hasta su puerta y consulto la hora, son las seis. Tiene que estar ya en casa… es viernes. Y Enzo es de costumbres fijas.

Llamo al timbre y el corazón se me dispara. ¿Qué coño voy a decirle?

«¡Pues lo que has venido a decirle a Australia! ¡Que Samu ha muerto y no quieres que a él le pase lo mismo!».

La puerta se abre y Enzo aparece al otro lado, desconcertado.

Me mira como si no entendiera qué hago en su puerta después de lo que me hizo. Y yo tampoco, sinceramente. Estuve tres meses al borde de la muerte. Pasé por todas las fases

maníacas: euforia, descontrol, delirios… Quise follarme a todo el mundo para demostrarme a mí mismo que había mucha gente mejor que él, pero fui a peor, claro. En terapia me convencieron de que el problema era él, que no sabía quererme bien. Mala suerte… Pasé por una fuerte posesión demoníaca de ironía y me pasaba el día compadeciéndome de él, y cuando Marco se hartó de mí, me agarró con fuerza y me gritó:

—¡Cállate ya! ¡Yo he sido Enzo, ¿vale?! ¡Le entiendo! ¡Solo trata de hacer lo correcto! ¡Yo no podía estar más enamorado de Luz, pero sentía que no era lo mejor para ella! ¡Mak se cabreó tanto como Hugo! ¡Y tampoco podía hacerle eso a él! ¡Es una posición muy jodida, así que deja de burlarte de él! ¡Deja de compadecerte de ti mismo pensando que no te quería, porque cayó en la tentación contigo aun sabiendo que iba a cargarse su matrimonio y a su hermano! ¡Y sabiendo que nunca podría estar contigo de verdad!

Estuvimos días ignorándonos por casa. Pero esa conversación me sirvió de mucho. Hice un esfuerzo y llamé a Varo. Necesitaba sentirme útil de nuevo, porque ya no me creía una palabra de nadie. Me sentía un despojo humano que merecía ser maltratado. Me sentía como si todo el mundo perdiera la cabeza cuando solo daba un 40%, y cuando decidí dar el 100%, no fue suficiente.

Poco a poco, a través de pequeños logros personales, logré salir del hoyo. Me costó mucho volver a disfrutar del sexo. Muchísimo. Alguna vez intenté que fuera algo más que eso, pero me sentía igual que cuando estaba con Hugo. Era como si les engañase; no molaba.

Y ahora estoy aquí, en su puerta, perdido en su mirada y derritiéndome porque lleva una maldita camiseta con un dibujo de un policía encima de un tenedor y debajo pone «Policía encubierto».

El tiempo pasa y no decimos nada. Y sin verlo venir, me agarra con fuerza y carga conmigo contra una de las paredes del recibidor.

Antes de que pueda decir nada lo tengo en la boca.



No aguantaba ni un segundo más…

Verlo en la puerta de mi casa, con ese deseo en la mirada, se ha convertido en el nuevo límite elástico de mi cordura. O lo besaba o me volvía loco.

Aitor me agarra, no sé si para apartarme o encajarme más contra él, pero todo mi cuerpo se electrifica al saborearle de nuevo y solo puedo forcejear con él para conseguir más.

El roce violento de nuestras lenguas repercute en mi polla como si estuviera a punto de correrme, esto no es normal.

Los tirones son tan fuertes que tengo miedo de romperle otra camisa y me mate. Ni siquiera me creo que me esté devolviendo el beso. ¿Qué significa esto? ¿Es amor? ¿Es frustración? Yo

siento un poco de todo, pero ahora mismo soy incapaz de dominar mis sentimientos.

—Para… —Me empuja con fuerza para separarme de él.

Nos miramos fijamente, jadeando como perros.

—Lo siento… —musito.

Pero es él el que ha venido a mi casa, y la lógica pide que se excuse:

—He venido a pedirte que vengas a la boda… Mi hermana dice que tenemos que ir los dos o nunca me lo perdonará. Así que, por favor, ven…

—Vale… Iré… —intento recobrar la compostura. Pero ver su nuevo pecho subiendo y bajando acelerado, no me deja.

—¿Por qué no ibas a ir? —pregunta acusador.

—Porque sabía que si te volvía a ver, pasaría esto… y no era plan, con todo el mundo mirando…

—Claro… Dios te libre de que alguien crea que te gusto… —replica con desdén.

Volvemos a mirarnos, todavía con la respiración entrecortada. No es para menos. No sé cuántas veces he soñado con que Aitor aparecía en la puerta y yo le besaba desaforadamente sin mediar palabra. Y ahora que ha pasado, la realidad supera la ficción.

—Aitor…, yo…

—Ahórratelo —me corta dolido—. Sé que lo lamentas. No hay más que verte. Vives con la culpa de lo que pasó. Por Hugo, por mí, pero ya es hora de que pases página y pienses un poco en ti mismo, Enzo. Te mereces ser feliz… Ya has sufrido bastante.

Sus palabras me acarician de una forma que no esperaba. Pensaba que me odiaría… Le debo al menos la verdad.

—Si hubiera podido ser feliz, lo habría sido contigo.

Me mira como si esa frase acabara de romperle en mil pedazos, porque entiende que mis prejuicios siguen siendo más fuertes que mis anhelos.

—He venido a Australia por un motivo, y no es la boda, eres tú.

—¿Yo? —digo incrédulo. El cielo se abre. Dios que viene a verme.

—Hace poco conocí a un chico con el que tuve una conexión brutal. Éramos totalmente opuestos, pero, por primera vez, sentí una afinidad muy parecida a la que tuve contigo.

Trago saliva impresionado. ¿Hace poco? ¿En todo este tiempo no ha sentido nada parecido…? Siento calor en mi pecho. ¿Quién coño será ese tío?

—Samu era un borde de narices y estaba siempre a la defensiva. Tenía mujer e hijos y había tenido relaciones extramatrimoniales otras veces, pero nunca con un hombre. Se moría de ganas por probarlo y a la vez quería ser el más macho del lugar, burlándose de los «maricones».

Me quedo anonadado.

—¿Por qué hablas de él en pasado?

—Porque ha muerto —contesta con voz temblorosa—. Dicen que fue un accidente, pero la verdad es que vivía tan amargado que no le importó sacrificarse por alguien que sí pudiera ser feliz. Se había sentenciado, igual que tú. La última vez que le vi le dije que estaba muerto en vida, y creo que a ti te dije algo parecido… He venido a decirte que no estás muerto, Enzo… Aún no.

Niego con la cabeza, quitándole importancia.

—Tranquilo. Tenías razón… Esa parte de mí murió hace mucho tiempo. La maté el día que me peleé contigo por primera vez con doce años y me gustó demasiado. Solo quería volver a hacerlo… Tenías una sonrisa preciosa y descarada y solo pensaba en borrártela con mis labios. Pero yo nunca quise ser gay y enterré esos impulsos.

—Samu odiaba ser gay, pero lo era. Y renunciar a esa parte de él lo hacía tremendamente infeliz. Él pensaba que era un tipo duro, hasta que un día, tuvo la oportunidad de ser un héroe y no se lo pensó dos veces… Lo que yo creo es que se sintió aliviado de que todo terminase. Y llegará un momento en tu vida, Enzo, en el que te pase lo mismo. Y no quiero que tomes esa salida… Es la incorrecta.

—Tranquilo. A mí no me pasará. Soy fuerte.

—Precisamente, joder… Samu decía que salir del armario era superior a sus fuerzas… Pero tú sí podrías, porque eres mucho más fuerte que él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a él su familia no lo apoyaba, a ti sí. Nadie puede luchar solo contra el mundo, pero si tienes un punto de apoyo, solo uno, puedes moverlo a tu antojo.

—Dejé a Ruby para estar contigo. Simplemente, no quería que nadie lo supiera, pero ella me traicionó, Hugo se enteró, y la sensación de vergüenza que experimenté me dejó claras muchas cosas. Si con mi hermano, que me quería, la reacción había sido nefasta, cómo sería cuando se enterase el resto. Hugo fue mi excusa… Me vi superado. Pero eso no significa que lo que sentía por ti no fuera importante. Es lo más grande que he sentido y sentiré nunca… Por eso no he podido evitar besarte… —Miro al suelo.

—Te equivocaste, Enzo, dejaste que el miedo te ganara la batalla y la cagaste conmigo. Pero eso fue hace siete años, yo te hablo de ahora y del resto de tu vida… Has estado privándote de ser tú mismo por el miedo al qué dirán, pero vete a saber a quién más se lo contó Ruby sabiendo que era lo último que querías. Seguramente se enterara todo Byron…, y mientras tú guardabas luto, la gente pensaba lo mismo de ti, lo hicieras o no.

—No pueden demostrar nada…

—Eso no importa. La gente siempre hablará. La diferencia es la importancia que tú quieras darle.

Me quedo callado mirándole embelesado. ¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin hablar con él? Sin besarle. Sin sentir su cálida mirada sobre mí…

Me acerco a él sin poder evitarlo, disfrutando del milagro de tenerlo delante en carne y hueso.

—No puedo creer que estés aquí… —musito levantando una mano para tocarle la cara. Él se deja.

Mis dedos rozan la piel de su mejilla y bajan por su barbilla hasta el cuello, el trapecio y el pecho, como si estuviera cerciorándome de que es real y no va a desaparecer de un momento a otro.

Su olor embriaga toda la estancia y me trae tantos recuerdos que se me pone dura sin poder evitarlo. Un mareo extraño se apodera de mí, deben de ser las ganas de desmayarme en sus labios.

Me pilla mirándoselos con fruición y él mantiene su posición, como si estuviera esperando algo. Me acerco más a él y bordeo sus labios con los dedos, deseándolos como nunca, y cuando me dispongo a besarle, me coge de la muñeca y consigue frenarme sin mover un pelo.

—No va a volver a pasar nada entre nosotros nunca más… —me informa—. Si fueras más valiente, te follaría aquí mismo, sobre el suelo de este recibidor. No me molestaría ni en buscar una jodida cama…

Trago la saliva acumulada en mi boca.

—Pero nunca podrás darme lo que yo quiero. No tienes huevos…

—¿Qué quieres?

—Todo… Te lo hubiera dado todo si me hubieras elegido por encima de tu miedo. Si no

renegases de ti ni de mí. Si fueras un hombre de verdad consecuente con sus sentimientos… Quizá yo no sea lo que buscas, pero encuéntralo y entrégate a ello sin importar nada más. Es la única forma de ser feliz de verdad, Enzo.

—¿Tú eres feliz? —Le lanzo el guante.

—En realidad, no —contesta sincero—, pero sigo intentándolo, que es lo importante. Yo no me he rendido. No lo hagas tú tampoco.

Se marcha de mi casa, ofreciéndome una espalda perfecta a la que podría dormir abrazado el resto de mi vida, pero tiene razón, el miedo me lo impide.

¿Miedo de qué?

La lista es muy larga y muy real.

Rechazo laboral. Fobia social. Lo que piense gente como Marco o los tres reyes… Yo quería ser como ellos. ¡Me siento como ellos y quiero que me respeten! Pero si saben que se la chupas a un tío, ya no lo hacen, solo lo hacen cuando empotras a una tía contra una pared. Esa es la puta verdad. Pero es que ellos no saben cómo es la polla de Aitor… No saben cómo folla, ni cómo besa, ni cómo te hace sentir… Eso solo lo sé yo y el secreto vendrá conmigo a la tumba. ¿Infeliz yo? Soy el tío más afortunado del mundo solo por haberlo experimentado… No han entendido al pobre Samu, lo toman por un suicida, pero yo sé su secreto y es que, después de estar con Aitor, ya te puedes morir tranquilo.

Se ha ido y el recibidor todavía huele a él. A su esencia. Ojalá este olor no desapareciera nunca de aquí. Haría cualquier cosa para que no se marchara… Cualquier cosa, joder… CUALQUIER COSA.

De pronto, tengo una epifanía. «Hay una cosa que puedo hacer».

EPÍLOGO 3
UNA CORTE DE ROSAS Y ESPINAS

“Los errores del pasado no definen nuestro futuro, solo nuestras acciones en el presente lo hacen”
Sarah J. Maas

Oigo el Canon de Pachelbel y pongo los ojos en blanco. Con esta canción jugábamos a casarnos los cuatro hermanos de pequeños. Bueno, Lucas solía oficiar las ceremonias y yo me casaba con todas.

Saludo al estúpido de Kali y le doy la enhorabuena. Los había cabezotas y luego estaba él… Debe ser cosa de familia. Pero parece que al final atendió a razones.

Veo a los gemelos y me cortocircuita el cerebro. Freya tenía razón, Hugo parece muy feliz con su nuevo marido y su hija. Se lo merece. El único que parece no merecer nada soy yo, es la maldición de los guapos. Encima tengo buen gusto, no como Ray, que el tío no está mal, pero la pifia con la vestimenta. ¿Eso es una camisa morada? Ugh… Quizá sea daltónico.

El que ha aparecido rompedor es Enzo; está claro que Dios me odia.

Si alguien tenía dudas de si era gay, acaba de despejarlas, porque su estilo destaca al lado de Marco, Lenny y mis tíos de manera descarada.

Me lo comería entero y escupiría solo la corbata…, pero me digo que es una sensación con la que solo tendré que convivir unas horas más. Mañana me iré, puede que directo a Dubai. Me vendrán bien unas compras ostentosas.

Nuestra mirada coincide y no se corta ni un pelo en darme un buen repaso. ¿Será consciente de ello o su lado racional habrá perdido una pelea salvaje en su interior contra su lado animal? Es como si pudiera oler las ganas que le tengo. «Pero no, Aitor, no vas a hacer nada en los servicios, sé fuerte. Esa droga se acabó. Ayer la tuviste en la boca y ya te ha perturbado. No puedes ponerte hasta el culo… Hasta el fondo del culo…». ¡NO!

Aparto la mirada y busco a mi madre. La necesito. ¡Mami…!

Pero Marco me corta el paso.

—¿Cómo estás?

—Buenísimo, ¿o no lo ves?

Él sonríe ante la broma.

—Se me hace raro verte aquí, ahora eres un tío de mundo…

—No creas… No quería venir porque tendría que luchar con las fuertes tentaciones de quedarme.

—Lo sé. Aquí está tu familia. Tu hogar. Tu corazón.

—¿Quieres que llore, mamón?

—No… —Se muerde una sonrisa.

—Pues cállate. Estaba a punto de ir a buscar a mi mami.

—Ayer por la tarde quedé con Enzo… —suelta de pronto.

—Ah…

—Me dijo que te había visto…

Odio que Marco haga esto. Rollo te acorralo al estilo «Los tres reyes», él se debe de creer Santa Claus…

—Sí, fui a decirle que no fuera tonto y viniera a la boda.

—Pues te hizo caso. Me pregunto cómo lo convencerías…

—¿Puedes parar de hablar con voz interesante? Hablamos. Nada ha cambiado.

—Eso no es cierto… me preguntó si le ayudaría a pedir una plaza para ser policía en Madrid…

Giro el cuello de forma tan brusca que casi me lo disloco.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto con avidez.

—Me echa de menos —dice encogiéndose de hombros—. Dice que se aburre en Byron… Te lo cuento porque quizá, ahora que él se va, puedas plantearte volver aquí y extender el imperio de HispaStar por Australia… Seguro que Varo está interesado.

¿Estar en Byron sin Enzo? ¿Que trabaje con Marco en Madrid y queden todos los viernes a tomar unas cervezas…? El corazón se me sube a la garganta como si quisiera huir de mi cuerpo y de todo lo que estoy sintiendo.

Miro a Marco y apenas se aguanta la risa.

—¿Es una puta broma? ¿Te hace gracia?

—No es una broma. Me lo dijo.

—Joder…

—¿Qué pasa?

—Nada. Voy al baño… La ceremonia está a punto de empezar.

De camino al puto baño veo a Enzo hablando con los tres reyes. Mi padre le pone una mano en la espalda. No puedo verlo.



Debo de estar loco.

Ayer me lie la manta a la cabeza y tomé una decisión: No volver a huir de ese olor ni de él. Al

contrario. Juntarnos y que pase lo que tenga que pasar, porque lo he pasado mal estos siete años sin verle, pero en persona no puedo resistirme a él y quizá esa sea la clave. Yo quiero ser valiente… Quiero ser todo lo valiente que él cree que soy. Y si tengo que lanzarme al infierno para serlo, lo haré.

Y en eso estoy ahora mismo, en el puto infierno enfrente de los tres reyes. Para mí, la supremacía humana. Mis ídolos. Una de las cosas que más me paralizaban es lo que ellos pensarían de mí… Pero ha sido ver aparecer a Aitor en la boda y que el miedo desapareciera un poco. Porque lo que sentí ayer cuando frenó ese beso fue peor. Mucho peor.

—Felicidades, Kai —dije con voz rasposa—. Chicos,… Bonito día para una gran unión.

—¡Ya lo creo! —secundó Mak—. Hacen parejaza.

—Sí, Dani e Iker están encantados. Kali ha cambiado mucho desde que está con Lía.

—No ha cambiado tanto —opina Kai—. Sigue siendo un tocahuevos, pero eso es lo que lo hace divertido. Las uniones entre nuestras familias suelen ser un acierto —Me mira—. Freya y Lucas, ahora Lía con Kali… y hubo un tiempo en el que pensé que Aitor acabaría con un gemelo…

Trago saliva. ¡Este tío es imposible! Podía haber dicho «Hugo». Es con quien Aitor ha sido novio formal delante de sus narices, pero ha dicho un gemelo. UN GEMELO. Lo sabe… Siempre lo ha sabido. ¡Me va a dar algo!

—Sí, bueno… —carraspeo—. Aitor es especial. Creo que no encaja con nadie de por aquí. Él está en otro nivel…

Los reyes se miran entre sí maquinando alguna cabronada o aprieto en el que me puedan meter.

—Bueno, aquí hay gente muy válida… —replica Kai.

—Aunque un poco lenta —añade Mak. Luk le da un pisotón—. ¡Ay!

—Te quieres callar…

—¡Si no he dicho nada! ¡Solo que es un poco lentito!

Los dos me miran.

—No hablamos de ti —aclara Luk avergonzado—. Hablamos de otro tío que…

—Sí, es otro poli.

—¡No es poli!

—¿No?

—Quería decir que tiene más huevos que un poli normal…

—Si huevos tiene, lo que pasa que…

—Chicos… —pronuncia Kai con suavidad. Y los dos lo miran como sus perfectos acólitos—. ¿Por qué no vais a ver si necesitan algo antes de empezar?

Tardan un segundo en entender que tienen que irse y se esfuman.

Kai me mira y me preparo para el peor momento de mi vida.

—Perdónales, en el fondo son buena gente. Solo quieren que Aitor sea feliz…

No puedo analizar lo que significa esa puta frase. Si lo hiciera, creo que lloraría. ¿Cómo alguien es capaz de decir tanto con tan pocas palabras? Nunca entenderé cómo lo hace. ¡Es el rey de la Neurolingüistica!

Trago saliva, pero antes de que pueda decir algo, lo hace él.

—¿Qué planes tienes tú para… ser feliz, Enzo? Cuéntame…

—Yo… estoy pensando en mudarme a Madrid…

Me mira con atención.

—¿Y eso?

—Como he dicho, quizá Byron sea demasiado pequeño para encontrar mi felicidad.

Su sonrisa no se hace esperar.

—Me parece muy buena idea.

—Aunque por otro lado creo que nunca podré ser feliz… —le planteo mi cruz—. Mi imagen ante todos cambiará cuando descubran… lo que necesito para ser feliz. Y ya no lo seré. Es la pescadilla que se muerde la cola.

Kai achica los ojos.

—La gente que no respete tu felicidad o que la juzgue no merece ni un minuto de tu tiempo, Enzo. Te lo dije una vez, nunca nadie va a darte las gracias por no molestarle, solo abrirán la boca para quejarse. Esa gente no merece la pena.

—Yo quería ser normal… —suelto a bocajarro. De perdidos al río.

—¿Normal? ¿Qué coño significa esa palabra? ¿Crees que yo soy normal?

—No —me sale decir—. Desde luego que no. Tú eres… la hostia.

—¿Y mis cuñados? ¿Te parecen normales?

—Son los mejores… Tienen a sus mujeres, a sus hijos y un gran instinto policial.

—Pues hubo una época en la que pensé que terminarían juntos…

Mis ojos se abren como platos.

—Y no me hubiese importado. No habría cambiado ni un ápice lo que pienso de ellos. Pero al final, me querían más a mí y cuando vieron a mis hermanas, ya no pudieron escapar del influjo Morgan —Se rie.

—Les entiendo. Conozco ese influjo…

—Tienes que reaccionar, Enzo, lo de quedarte siete años parado, no es tu estilo. Te he visto en acción. Eres tan letal como nosotros. Es hora de demostrarlo…

—Voy a mudarme a Madrid. Hablé con Marco y va a ayudarme.

—Está bien… Pero ataja, Enzo. Piensa como un verdadero rey.

—No sabes la cantidad de veces que he pensado en mi vida: ¿cómo harían esto los tres reyes?

Kai sonríe con orgullo.

—Pues piensa en algo a la altura, aquí y ahora. Tienes todo mi apoyo y mi bendición.

Es decir esa palabra y que una idea disparatada cruce mi cerebro. «Bendición». El corazón me palpita frenético, igual el mío también es frágil. Necesito toda la ayuda posible si voy a ponérselo en bandeja…

Ayuda femenina. Ayuda Morgan.



Llego al baño y me lavo la cara. Necesito refrescarme.

Sabía que volver a Byron no sería fácil, pero verle ha sido demasiado, y pensar que lo voy a ver en Madrid, me ha desequilibrado. No puede estar en mi vida… No como amigo. Me moriría… Caería una y otra vez. Me arrastrará a su armario, como siempre ha querido, y acabará

conmigo del todo. Mi corazón parcheado lo tenía controlado haciendo como si no existiera, pero si lo veo, si está en mi vida y no puedo tenerlo como quiero, mis arterias no lo resistirán.

—¿Todo bien? —pregunta Luz entrando en el baño.

—Sí…

—¿Estás así por Enzo?

—Se me pasará… Pensaba que lo tenía más superado…

—Yo también pensaba que tenía superado a Marco, había pasado muchos años sin verle, siete exactamente…, y de repente, todo volvió de golpe. Fue muy chocante.

—¿Cómo le perdonaste que hubiera pasado de ti tanto tiempo? ¿Que sus miedos y prejuicios pesaran más que vuestro amor?

—Muy sencillo. Se lo curró y consiguió impresionarme. Además, cuando supe cuánto había sufrido en mi ausencia, le perdoné porque yo vivía pensando que el problema era que no me quería lo suficiente, pero nadie sufre tanto por alguien a quien no quiere. Se ponía obstáculos para no poder estar juntos, pero él nunca me olvidó. Y creo que Enzo tampoco te ha olvidado.

—Marco fue valiente… se enfrentó a Mak. No veo a Enzo haciendo lo mismo.

—¿Qué harías si lo hiciera?

—Ni me lo planteo. Solo quiero que la boda termine ya y largarme de aquí.

Salgo alterado de baño y busco mi sitio en la ceremonia. Me toca en las primeras filas, al lado de Lucas, Freya y los niños.

—Tío Aitor, ¿puedo sentarme en tus rodillas? —pregunta Aira. Me mira con sus ojos alucinantes y no puedo negarle nada.

—Vas a arrugarle el traje, cariño… y tu tío es muy presumido.

—No pasa nada, ven. —Me la subo y ve conmigo toda la ceremonia. Es muy emocionante verlo a través de sus ojos. Y sé que a partir de hoy, soñará con el día de su boda, mientras que el cretino con el que se case, seguramente ahora mismo se esté comiendo un moco.

—¡Qué ramo más bonito! —exclama la niña al ver a Lía pasar por nuestro lado. Ella nos mira y sonríe. Le guiño un ojo. Apenas he podido hablar con ella hoy. Está radiante.

La cara de idiota que pone Kali cuando dice «Sí, quiero» es para enmarcarla. Lucas y yo nos miramos satisfechos.

—Ya sólo quedas tú, Tor. Porque Ray y Cora no van a casarse.

—Igual yo tampoco me caso. Seré el eterno soltero.

—Algo me dice que te estás cansando de eso.

—No flipes. Estoy en mi mejor momento.

—Yo creo que todavía no ha llegado, pero estoy deseando que te arriesgues a perseguirlo.

—Me va a perseguir él a mí... Enzo va a mudarse a Madrid.

Lucas me mira con atención.

—¿Y qué harás tú? ¿Volver aquí? —pregunta esperanzado.

—¿Tú quieres que vuelva?

—Yo me adaptaré a ti. Pero si vas a volver, echaré atrás la operación de comprarme una casa en Madrid. Ya hemos dado la fianza.

—¡¿QUÉ?!

—Cuando me dijiste que Varo te había ofrecido el puesto de coordinador general de los hoteles del Mediterráneo, hablé con Freya y nos pareció buena idea. Ella cada vez viaja más a España y estaría bien tener una base allí. Además, en un futuro los niños podrían tener la posibilidad de estudiar allí y… si tú vas a ser el eterno soltero, podrías vivir con nosotros. Nos sobra una habitación para ti…

Lo miro conmocionado. Llevo años obsesionado con vivir más cerca de Lucas. Nos hemos visto mucho, pero no es lo mismo. Siempre lo echo de menos y creo que él también a mí.

—Gracias por pensar en mí… Tengo que meditarlo.

La ceremonia termina, y la gente se moviliza desde la carpa hacia la zona de los aperitivos. Reparten bandejas con bebidas y me quedo charlando con los hombres en un lado. Varios gritos llaman nuestra atención cuando todas las chicas se agrupan para coger el ramo que Lía está dispuesta a lanzar hacia atrás. Sonrío con guasa. Esto quiero verlo. Con la fuerza que tiene mi hermana, igual guillotina a alguna.

Hay una cuenta atrás y el ramo vuela por el aire, pero unas manos fuertes y capaces lo interceptan antes de que llegue a las féminas. ¡ES ENZO!

Pide disculpas con una sonrisa vergonzosa a todas la solteras que esperaban que aterrizara en sus elegibles brazos y viene directo a… mí.

¡A MÍ!

Mi corazón pega un brinco doloroso. ¡¿QUÉ COÑO HACE?!

Me clava una mirada retadora hasta que llega a mi lado y… SE ARRODILLA.

¡¿Qué está pasando?! Los latidos de mi corazón apenas me dejan oír nada, pero escucho exclamaciones de todo tipo a mi alrededor. La gente saca sus teléfonos para grabarlo todo. Oigo un taco procedente de mi derecha, es Marco. También un «Qué crack». ¡¿Ese ha sido mi padre?! El «Dios mío» alucinado de mi madre me atraviesa los tímpanos.

Trago saliva conmocionado y Enzo se dispone a hablar:

—He sido el tío más idiota del mundo. He desperdiciado muchísimo tiempo sintiéndome culpable, odiándome a mí mismo y no permitiéndome pensar en ti más de diez minutos al día… pero nunca he dejado de quererte, Aitor, ni un solo día de estos siete años separados. No tengo nada que ofrecerte, solo el resto de mi vida, y si me aceptas, me dedicaré a hacer que no te arrepientas de haberme dicho que sí… ¿Quieres casarte conmigo?

Mi mundo vuelca y pierdo el norte por un momento. Mi centro de gravedad se desmaya igual que mi cerebro. ¡¿Ha perdido la cabeza?!

Que la respuesta lo convierta en mi pareja perfecta, me abruma. Al fin la ha perdido…

Miro a mi alrededor sin dar crédito a lo que estoy viviendo y todos me sonríen, sabiendo antes que yo lo que voy a contestar.

—Sí, quiero… —Me oigo decir.

Su cara de sorpresa compite con la mía, y de pronto, nos sonreímos alucinados cuando muchísima gente empieza a aplaudir y a gritar emocionada. Pensaba que nunca volvería a sentirme así.

Enzo se pone de pie y se acerca a mí entre vítores. Mi cuerpo se tensa, porque está tan guapo con esa cara de granuja que no puedo con mi vida. ¿Dónde ha quedado su vergüenza y su sentido común?

—¿Qué coño has hecho? —susurro embelesado.

—Querías que fuera feliz… —Se encoge de hombros—. Y yo solo puedo serlo contigo.

Me besa, arrobado, y suelto el mismo chillido interno que las chicas que tengo al lado. Esto es demasiado. Esto es… lo que llevo soñando cada noche desde que me fui de aquí.

Y ahora sé que era una maldita señal. Una premonición. Mi destino. Algo me gritaba que volviera a mi hogar. A Byron. A él…

Miro a mi familia y los veo a todos aplaudiendo satisfechos. Reconozco en su mirada la maniobra estratégica conjunta de mafiosos que han llevado a cabo para que esto sea posible y los amo por ello.

Ser un Morgan es lo mejor que me ha pasado en la vida.



Tres años después

Me asomo al mar desde el mirador del faro de Byron y la invoco:

«Querida abue… Ojalá estuvieras aquí para ver todo lo que he conseguido gracias a ti. Un día pusiste a Mía en mi camino y mi vida cambió. Pude dejar mi sórdida vida de narcotraficante atrás y he podido formar una familia de la que no podría estar más orgulloso.

Hace años tuvimos la movida del Moonbow… Se veía venir. Mis hijos llevan mi locura en la sangre, y sus primos, la de Luk y Mak, así que no es de extrañar que la liaran parda… Pero no hay ni un solo día que no dé gracias a Dios por ello. Las verdaderas familias se unen en el peor momento, y la nuestra resurgió de sus cenizas hace diez años.

No podría estar más contento por cómo les van las cosas a todos. Lucas finalmente se fue a vivir a Madrid. Esa misma noche tuve un sueño: Vi a Marco, Aitor y Lucas, sentados a la mesa, viendo pasar la vida, como siempre hemos hecho Luk, Mak y yo. Vi nuestra fuerza en ellos, pero mejorada, porque no repitieron nuestros errores, sino que aprendieron de ellos. Y también aprendieron a no romper el vínculo que los unía. Lenny y Charlotte viajan mucho a verles, pero lo mejor es cuando estamos todos en Byron, en Navidad, disfrutando del verano australiano y sus maravillas.

Este año es más especial que nunca porque Aitor se casa… De hecho, se casa en diez minutos en un faro que está a trescientos metros. Y si no me voy ya, no voy a llegar. Uno ya no está tan ágil…

—¡¡Vamos, abue!! —grita mi nieto Kai dede mitad de camino. Ya tiene diez años y es la viva imagen de Lucas. Tiene su porte y su astucia. A su lado, Neo, de trece, me hace gestos para que me mueva. Es un rebelde sin causa, pero tiene buen fondo. Kai lo calma. El que no tiene remedio es Travis, el hijo de Marco y Luz… Es chispeante y travieso, y desestabiliza a Neo cada vez que se ven. Los tres juntos son una combinación explosiva…

Tengo que irme, abue. Gracias por cuidar de mí siempre.

Para mí eres y siempre serás *ETERNA*.



AGRADECIMIENTOS

Una vez más, me quedo sin espacio para los agradecimientos, pero como lo único que voy a hacer es repetirme, los haré cortitos.

Vengo a agradecer la emoción que le ponéis siempre a todo lo relacionado con la familia Morgan. Para mí son especiales. Vosotras hacéis que lo sean. Gracias por cada comentario, amenaza encubierta o directa y cada lagrimita y carcajada que habéis soltado con ellos. Nada me hace más feliz que vuestro disfrute.

Muchas me preguntáis si es el final, si no volveremos a saber nada de ellos, y yo contesto: ¿como va a terminarse algo que es *ETERNO*?

Gracias por hacerlos inmortales.

Querida **Maca**, **@macaoremor**, gracias por estar a mi lado en esta travesía. Ha sido fantástico contar con tu ayuda, tus audios, tus listas y tu emoción. Por muchas aventuras más juntas, amiga.

Querida **Irene**, **@ladyromantikbook**, nuestros chicos han llegado a su fin. Con ellos te convertiste en parte de mi familia. Gracias por aguantarme y soportar mis neuras. Te tengo maltratada. No me dejes porque te necesito para levantar otro imperio y otra familia que supere esta, aunque esté difícil, pero tú sabes y yo sé, lo que se viene… ¡Hagan sus apuestas!

Querida **Bego Pérez**, una vez más me impulsas con tu magia, amiga, con tu forma de ver la vida y con esa precisión milimétrica para transmitir lo que quiero de una forma «políticamente correcta» Jajaja! Yo es que muy política no soy, ya me conoces, pero lo intento. Y gracias a ti, lo consigo. Gracias por estar en mi vida y hacerla mejor.

Querida **Eli** de **@Elipr**, gracias por vivir esta historia como siempre soñé que alguien la viviera. Y gracias por tus ojitos de águila. ¡Eres lo más! No me faltes nunca. Y tus tíos buenos tampoco.

Querida primita **Ana Galarraga,** ¿Qué decirte? Millones de gracias por tu increíble trabajo. Cuando creo que vas a mandarme a la mierda porque sabes que te adoraría igual, siempre cumples y con creces. Gracias por ser como eres y animarme tanto. I NEED YOU! No me faltes nunca, por favor. Te quiero mil millones.

Querida **Alma S.C.**, por mi culpa has terminado este libro vendada… pero quiero que sepas que ha merecido la pena, porque tu trabajo es brutal y me encanta hablar contigo, hasta cuando te accidentas por darte vacaciones jaja Ahora en serio, muchísimas gracias por todo lo que haces por mí, por tus audios, por tus conocimientos, por las risas, por la rapidez. Eres un hacha. Espero que sigas soportándome un poquito más.

Y ahora, vosotrxs, mis Fuxias, mi familia cibernética que me fabrica sonrisas a diario con vuestros mensajes y comentarios. Gracias por ser la gasolina que necesito para continuar en marcha. Mil gracias a:

@yaii_books25, @gabrente, @laurelleeyescribe, @africa_cantero @la.peluteca, @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings,

@irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @cristina_segarra_escritora,@kilimz82, @lectoraenverso_26, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @noefru, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet @bgomezmartin, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @locasdelmundo4, @silpavila, @lectoras_con_clase, @crisfillolacas,
Raquel Morantes de @raquel_morante_morales, Nieves López de @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @booksloversh ouse, @cynthia.cerveaux14, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu,@romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23, @mlcg1986cins, @rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @jessi.5113, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río.
@cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez,

@raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @salseo_de_libros, @siempreleyendoydesconectando, @nita_fdez1, @mayblacksmith, @everlasting_reader, @garbival, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573, @nago24, @laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @_monica._8, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @aili.evansecrivain, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape, @sarita_rcgt,

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

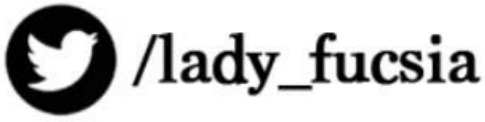
Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.
Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.
Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo.









/@ladyfuxia